

♦ RAUL POMPEIA

EL ATENEO ♦  
(CRÓNICA DE NOSTALGIAS)

Estudio preliminar, traducción  
y notas de  
PAULA ABRAMO

Es ésta es la primera traducción al español de una de las novelas más importantes en el panorama de la literatura brasileña decimonónica. Escasamente conocido fuera de Brasil, en *El Ateneo* el relato de las venturas y desventuras que experimenta un niño de clase alta en un internado de elite sirve como pretexto para emprender una de las críticas culturales más mordaces, agudas e implacables del Brasil imperial. Su estilo espeso, complejo, de una riqueza léxica excepcional y un preciosismo proustiano, fluye desmantelando incluso su propia retórica, en un mecanismo ya puramente moderno, que emparenta a su autor con el mejor Machado de Assis. La presente edición recupera todas las imágenes que Raul Pompeia realizó para la versión definitiva de su obra y procura preservar, con el cuidado gráfico y la impresión a dos tintas, la idea ampliada que el artista tenía de la novela: más que un instrumento solo, una orquesta.

Raul Pompeia nació en 1863, en el seno de una familia terrateniente, en Angra dos Reis. Pasó la infancia en Río de Janeiro, entonces capital del imperio. Desde muy joven se revelaron sus destrezas como escritor y dibujante. Publicó su primera novela, *Uma tragédia no Amazonas*, a los diecisiete años. Estudió Derecho en São Paulo, donde abrazó las causas abolicionista y republicana con marcado radicalismo. Consagrado al periodismo combativo, fue una presencia constante en las páginas de los diarios, en los que publicaba columnas incendiarias y caricaturas implacables. A los veinticinco años escribió *El Ateneo*. Una vez abolida la esclavitud y decretado el fin de la monarquía, apoyó el gobierno de Floriano Peixoto y el movimiento jacobino. Se suicidó a los treinta y dos años, incitado en parte por acusaciones de homosexualidad. Entre sus obras pueden mencionarse, también, la novela *As joias da Coroa*, los primeros poemas en prosa escritos en Brasil, *Canções sem metro*, e infinidad de cuentos y notas periodísticas.

EL ATENEO  
(CRÓNICA DE NOSTALGIAS)

CÁTEDRAS  
♦ SERIE GUIMARÃES ROSA ♦



RAUL POMPEIA

EL ATENEO  
(CRÓNICA DE NOSTALGIAS)

Estudio preliminar, traducción y notas de  
PAULA ABRAMO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
DIRECCIÓN GENERAL DE ASUNTOS DEL PERSONAL ACADÉMICO  
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



Dirección General de Asuntos del Personal Académico

La presente edición de *El Ateneo (crónica de nostalgias)* fue realizada en el marco del proyecto PAPIIT IN400710 y con el apoyo de la Embajada de Brasil en México, en el Seminario de Traducción Literaria, dirigido por Valquiria Wey e Ignacio Díaz Ruiz.

Ilustraciones gentilmente cedidas por el doctor Ivan Teixeira

Primera edición: 2012  
9 de noviembre de 2012

DR © UNIVERSIDAD NACIONAL  
AUTÓNOMA DE MÉXICO  
Avenida Universidad 3000,  
colonia Universidad Nacional Autónoma  
de México, C. U., delegación Coyoacán,  
C. P. 04510, D. F.

ISBN 978-607-02-3823-9

Prohibida la reproducción total o parcial  
por cualquier medio sin autorización escrita  
del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

## ♦ Nota a la edición ♦

La presente edición de *El Ateneo*, de Raul Pompeia, constituye la primera versión en español —hasta donde tengo conocimiento— de esta obra clásica de la literatura brasileña, publicada originalmente por entregas en la prensa de Río de Janeiro durante algunos meses de 1888. Prácticamente desconocido en el resto del mundo, *El Ateneo* es, sin embargo, una de las obras consagradas por la tradición en Brasil, y ha sido juzgada, por muchos críticos, como un texto cuyo único parangón posible son las obras del mejor Machado de Assis, con quien Raul Pompeia guarda, sin embargo, marcadas diferencias.

*El Ateneo* constituye una crítica cultural despiadada de la sociedad brasileña del Segundo Imperio, vertida en una prosa inusitadamente compleja y enriquecida de manera constante con parodias literarias —críticas abiertas a la retórica de la época— que mueven la obra en un nivel sostenido de referencias meta-lingüísticas.

Antonio Tabucchi dijo alguna vez que traducir es como ver al autor en pijama, libre del esmoquin del aura y el prestigio. El traductor, en efecto, debe entablar una relación de intimidad con el autor al que traduce. Al final, de tanto leerlo, a veces es capaz de predecir sus giros, intuye anticipadamente sus reacciones y salidas, pues comparte con él un mismo espacio: conoce las cuarteaduras del techo, mete los dedos en la misma masa.

La intimidad, empero, no puede ser la misma en todos los casos. Se complica un tanto con autores distantes en el tiempo,



por ejemplo, o provenientes de culturas extintas. En el caso de Pompeia, que era un *dandy*,<sup>1</sup> la pijama es tan elegante que cuesta distinguirla del esmoquin. Así, pues, hay que actuar en consecuencia, siguiendo los patrones finos y complejos de ese corte sin traicionarlos con hechuras fáciles o burdas. La presente traducción procura respetar, en la medida de lo posible, la dificultad estilística del original en portugués, que muestra complejidades insólitas tanto en el plano sintáctico como en el aspecto léxico. En el primer caso, se respetó la densidad del estilo, que aglutina subordinaciones sobre subordinaciones, sin cortar las interminables cláusulas salvo ahí donde fue estrictamente necesario. En el segundo caso, se respetaron las palabras provenientes de otros idiomas, que dan cuenta del espíritu cosmopolita y al mismo tiempo localista que se vivía en el Brasil del siglo XIX, y se buscaron, en español, equivalentes poco comunes para los términos que en el mismo portugués resultan infrecuentes. No se procuró, en tal sentido, allanar el camino a los eventuales lectores. Quienes se encuentren con esta traducción, en el mejor de los casos, enfrentarán dificultades semejantes a las que sufre un lector brasileño cuando se interna en las páginas de *El Ateneo*. Las notas a pie de página procuran aclarar algunas cuestiones de índole cultural e histórica, mas pocas veces buscan simplificar la lectura mediante explicaciones léxicas.

Esta novela se tradujo en el contexto del Seminario de Traducción Literaria del Centro Cultural Brasil México, dirigido por la maestra Valquiria Wey, coordinado por la profesora Ma-

<sup>1</sup> Para la identificación de Pompeia como *dandy*, vid. Lúcia Miguel Pereira, *Dandies no Brasil?*, apud Marco Antonio Yonamine, *O reverso especular: sexualidade e (homo)erotismo na literatura brasileira finissecular*. São Paulo, 1997. Tesis, Universidad de São Paulo, p. 224.

ría Auxilio Salado e inscrito en el programa PAPIIT IN400710, “La literatura brasileña en México. Materiales para la docencia y la investigación”, de la UNAM.

El seminario, organizado bajo la iniciativa y dirección de la maestra Wey, fue creado con la intención de verter al español obras fundamentales de la tradición literaria brasileña, sea en el terreno del ensayo, de la crítica textual, de la narrativa o de la poesía, y ha rendido frutos palpables, especialmente valiosos en el contexto del creciente interés de México hacia Brasil y de la apertura de una nueva Licenciatura en Letras Modernas Portuguesas.

No tengo palabras suficientes para agradecerle a la maestra Wey la confianza que depositó en mí al encomendarme la traducción de una novela tan compleja en estilo como *El Ateneo*, y el largo camino de placer y aprendizaje que me abrió al hacerlo.

Hago también una mención especial de la profesora María Auxilio Salado, que coordinó el equipo y las sesiones. Pocas personas conocen, como ella, las sutilezas de registro, los matices y los giros más aparentemente inocuos y más peligrosamente engañosos del portugués. Con su larga experiencia en el terreno de la traducción literaria, llevó las discusiones del seminario a un nivel de alta seriedad y rigor.

Agradezco también, de manera especial, la oportunidad de trabajar con el grupo de traductores que conformaron el equipo y que, durante más de un semestre, se reunieron cada semana para revisar con atención, profesionalismo y una generosidad poco común las entregas de mi trabajo. Sin Brenda Ríos, Carlos López Márquez, Cristina Hernández y Sulemi Bermúdez esta traducción no sería ni sombra de lo que es. Agradezco a todos ellos las largas disquisiciones en torno a los criterios de traducción y las distintas lecturas, enmiendas, correcciones y consejos

que compartieron conmigo a lo largo de ese periodo de intenso trabajo. Su compañía y ayuda me confirmó que en la traducción, como en los trabajos más nobles del mundo, dos cabezas piensan mejor que una.

Tampoco me hubiera sido posible realizar el estudio preliminar de la presente novela sin la amable ayuda de la maestra Consuelo Rodríguez Muñoz, y de mi primo Mario Abramo. La primera, miembro del seminario a larga distancia, me envió desde la Universidad de São Paulo materiales copiosos, fundamentales para la elaboración de este trabajo. El segundo me asesoró, desde São Paulo, respecto de algunas dudas que no habíamos sido capaces de resolver en el seminario: investigó con escrúpulo y a fondo pasajes oscurísimos de la novela, sobre los cuales arrojó una luz providencial que le agradezco desde lejos en las páginas de este libro.

Por último, agradezco al jefe del Sector Cultural de la Embajada de Brasil, el secretario Paulo Chuc, y al doctor Ivan Teixeira, académico de la Universidad de São Paulo, el entusiasmo y el trabajo que se dieron para hacerme llegar la totalidad de las ilustraciones que Raul Pompeia realizó para *El Ateneo*, provenientes de la edición definitiva, que sigue los originales legados por el autor. El doctor Teixeira, director de Ateliê Editorial, consciente del valor que tiene la inserción de las imágenes en el texto, no sólo me envió las ilustraciones en alta resolución, sino que me hizo llegar, junto con éstas, imágenes de página entera en que puede verse la proporción y la disposición que las ilustraciones guardan en relación con el texto. Tal cuidado cobra sentido si se tiene en cuenta que hacia fines del siglo XIX, en Brasil, los libros ilustrados constituían una rareza. Sólo algunos pocos incorporaban ilustraciones, como fue el caso de *Las mil y una noches*, cuyos “cromos espléndidos” no se sabe bien si eran

europeos o brasileños.<sup>2</sup> La segunda edición de *El Ateneo* constituye, en ese contexto, una verdadera excepción, pues se trata del primer libro ilustrado con dibujos del propio autor, quien, por lo demás, era un dibujante reconocido. En este sentido, han sido varios los estudiosos que han prestado atención a las imágenes de la novela, tanto desde el punto de vista simbólico como desde el estilístico.<sup>3</sup>

Teniendo en cuenta lo anterior, quiero agradecer, por último, a Carmen Sánchez, Mauricio López Valdés y el equipo de trabajo del área de publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, la sensibilidad cómplice y generosa que manifestaron en todo momento hacia este proyecto, en que la dimensión gráfica es tan importante, y el gran cuidado con que se entregaron a la consecución del mismo hasta hacer posible la existencia física del hermoso ejemplar que el lector tiene ahora en sus manos.

La importancia que Raul Pompeia concedía a la organización de la página es visible en el cuidado que dedicó, por ejemplo, al contorno de las imágenes por el texto, que a veces las rodea circularmente, otras acompaña los contornos de las figuras femeninas, situadas con gracia en los bordes del texto, al que enriquecen desde varios puntos de vista, no todos ostensibles. La ubicación de las imágenes y su impresión original en sepia se respetan en esta edición, haciendo eco de las posturas estéticas del autor hasta donde lo permiten los principios de la legibilidad tipográfica. Las imágenes de Raul Pompeia, lo mismo que

<sup>2</sup> Cf. José E. Mindlin, "Illustrated Books and Periodicals in Brazil, 1875–1945", en *The Journal of Decorative and Propaganda Arts*. Miami, Universidad Internacional de Florida, 1995, vol. 21, p. 65.

<sup>3</sup> Destaca, entre todos ellos, José Paulo Paes, con libro *Gregos e bahianos* (São Paulo, Brasiliense, 1985).

su texto, no siguen un mismo estilo, sino que oscilan deliberadamente entre lo sublime y nostálgico, por un lado, y lo burlesco y satírico, por el otro, acompañando el tono del pasaje que procuran ilustrar. Esta coherencia estética no hace sino reforzar la concepción que Raul Pompeia tenía de la novela: “imposible hacer de un monocordio una orquesta”. Habrá que entender, pues, que estas ilustraciones, por lo demás bellísimas, forman parte de la orquesta que el autor nos legó. Su inclusión en este volumen, que se ajusta en lo posible a la disposición, proporción y localización en la página originales, constituye un pequeño y necesario homenaje a las concepciones estéticas de un autor para quien, como para Baudelaire, imágenes, sonidos, sentimientos y aromas se correspondían.<sup>4</sup>

<sup>4</sup> La presente traducción está basada en Raul Pompeia, *O Ateneu*. Introd. y notas de Emília Amaral. São Paulo, Ateliê, 2005.





# ESTUDIO PRELIMINAR





♦ I ♦

“*Pathos* hostil”, “obra auténticamente indecible”, “ejemplo de parodia de la retórica”, obra de “tapicería estilística”, “novela poética”, “novela de la inteligencia”, “deliberado acto de rebeldía”, “novela extraña, distinta”, “principal novela de formación brasileña”, “obra de arte filigranada, trabajada, magnificente de gracias y belleza”, “novela de la desilusión”, “novela de la destrucción”, “macizo bloque de recuerdos”, “novela autobiográfica del desencanto y del mal”, “del descubrimiento erótico”, “narración en tránsito, en movimiento”, “uno de los momentos más altos de la narrativa brasileña”, “caricatura sarcástica y dolorosísima”, “uno de los más admirables álbumes de la refulgencia solar, de las lunaridades y de los verdescimientos tropicales”, texto “de carácter paroxístico”. Ésta es una selección azarosa de los calificativos con que algunos de los escritores y críticos más importantes de la literatura brasileña han intentado sintetizar el carácter de *El Ateneo* de Raul Pompeia. El texto, obra de una inteligencia aterradora, “magnetiza y captura”, como dice José Antônio Pasta Júnior, “como el ofuscamiento de una aparición ineluctable que atrapa al lector en una sola aura de videncia y le impone la sujeción de un culto”.<sup>1</sup>

No obstante, y pese a que en Brasil *El Ateneo* se considera uno de los clásicos fundamentales de la literatura nacional y se

<sup>1</sup> José Antonio Pasta Júnior, *Pompeia: a metafísica ruínosa d'O Ateneu*. São Paulo, 1991. Tesis, Universidad de São Paulo, p. 7.

le incluye en el canon signado por los programas escolares, el poco caso que de él se ha hecho en la escena internacional se hace evidente en la asombrosa escasez de traducciones, que se limitan, hasta el momento, a una versión en francés y otra en checo.<sup>2</sup>

Es un tanto temerario hablar de *El Ateneo* tratándose, como es el caso, de una novela central en la tradición brasileña y absolutamente desconocida en México. El presente estudio se limitará a discurrir, sin un afán exhaustivo, en torno a dos conceptos centrales que resuenan con ecos dantescos, a manera de frontispicio, en la primera frase del libro: “Vas a enfrentar el mundo [...] Ten valor para la lucha”.<sup>3</sup>

Mundo y lucha se articulan en *El Ateneo* en una relación de antagonía plurivalente, como se articularon en la vida de su autor, ese rebelde que, en medio de una trayectoria literaria de reconocida genialidad, radical de los más encarnizados en materia de política, se pegó un tiro en el pecho a una edad dolorosamente temprana.

<sup>2</sup> Raul Pompeia, *L'Athénée: chronique d'une nostalgie*. Trad. al fran. de Françoise Duprat y Luiz Dantas. Toulouse, Ombres, 1989; R. Pompeia, *Atheneum*. Trad. al checo de Jarmila Vojtíková. Praga, SNKLU, 1963.

<sup>3</sup> Cf. *infra*, p. 77.

## ♦ II ♦

Hijo mío, en su momento has de ver el mundo.  
El mundo es una especie de circo enorme de  
fieras.<sup>4</sup>

Raul Pompeia, “Cartas para o futuro”

Circo enorme de fieras, el mundo, entendido en su sentido de *kosmos*, es un orden establecido, pero entierra sus cimientos en el terreno movedizo de una lucha que, según la colorida perspectiva naturalista, hace triunfar a los fuertes: instauro un sistema de poderes basado en una *aristeia* cuyos matices conviene discernir.

En 1888, cuando Pompeia, de veinticinco años, publicó *El Ateneo*, ocupaban la cúspide de la sociedad brasileña los terratenientes, ante todo, los cafetaleros del sureste (São Paulo y Río de Janeiro), pero también algunos ganaderos de Minas Gerais y la vieja aristocracia azucarera de la región del noreste, que experimentaba una lenta y nunca definitiva decadencia. Sobre este escenario regía una particularidad anacrónica: una familia real portuguesa que, para congraciarse con la clase pudiente, había independizado al país y distribuido títulos de nobleza a diestra y siniestra.

Instaurado en el trono desde 1831, don Pedro II era, para mediados de siglo XIX, un monarca encantador y corrupto. Se-

<sup>4</sup> R. Pompeia, *apud* Eloy Pontes, *A vida inquieta de Raul Pompeia*. Río de Janeiro, José Olympio, 1935, p. 171.

gún los intereses de la oligarquía, otorgaba el cargo de primer ministro al diputado o senador de su conveniencia, dando bandazos entre el partido liberal y el conservador, y manteniendo así una amistosa aprobación de ambos partidos.<sup>5</sup> Los latifundios engordaban y se perfilaba el futuro monocultivo de exportación que habría de constituir la base de la economía brasileña hasta entrado el siglo xx. Según un dicho corriente de la época, “Brasil era el café y el café era el negro”.

Bajo la opulencia del latifundio y la corte, seguía vigente la crueldad del sistema esclavista. El declive de este último fue largo: ocupó casi toda la segunda mitad del siglo xix y tuvo en Pompeia uno de sus testigos privilegiados. El tráfico negrero internacional había dejado de verse bien desde la década de los treinta, pero en Brasil sólo se prohibió a partir de 1850, bajo una fuerte presión inglesa. No obstante, el tráfico interno de esclavos continuó durante decenios, del norte azucarero en decadencia hacia el floreciente sur cafetalero. Habría que esperar casi cuarenta años para que la abolición se consumara. Una larga serie de ardientes luchas, encabezadas por los sectores más progresistas de la sociedad, habría de obligar al monarca a hacer concesiones periódicas, hasta que, finalmente, el año mismo de la publicación de *El Ateneo*, se firmaron los documentos que estatúan la abolición.

Mientras se imponían límites al sistema esclavista, Brasil comenzaba a importar mano de obra de Asia y Europa. Oleadas de inmigrantes asiáticos,<sup>6</sup> italianos, alemanes, españoles y portugueses comenzaron a ser atraídas hacia el país con la intención de sustituir el trabajo esclavo por trabajo asalariado. Para 1870,

<sup>5</sup> Cf. Emília Amaral, “Em meio a esse dilema entre a repulsa instintiva e o envolvimento”, en R. Pompeia, *O Ateneu*. 2a. ed. São Paulo, Ateliê, 2005, p. 14.

<sup>6</sup> Sobre todo chinos e inmigrantes del sureste de Asia.

Brasil presentaba casi una apariencia moderna. Se extendían las redes de vías férreas, se instalaban algunos talleres manufactureros, y el comercio interno, concentrado casi por completo en manos de portugueses, funcionaba bien, aunque por las calles aún se vendían esclavos.

Aunque ideológicamente ligado a los intereses de las clases medias y militante abolicionista, Raul Pompeia provenía, como su personaje Sergio, de la “más fina flor” de la sociedad brasileña. Por línea paterna, descendía de una familia asociada con la Inconfidência Mineira, aquella revuelta independentista que crearía un héroe y un mártir: Tiradentes. La familia, huyendo, había ido a instalarse a Angra dos Reis, municipio cercano a Río de Janeiro, puerto de entrada para el tráfico negrero y zona productora de azúcar y alcohol, industria en que se basaría, en adelante, la fortuna de los padres de Pompeia.

Raul Pompeia nació en 1863. Vivió los primeros años en el seno de una familia sumamente reservada. En algún momento de la infancia de Pompeia, la familia se mudó a Río de Janeiro, donde el padre ejercería como abogado.<sup>7</sup> A los diez años, Pompeia se inscribió en el Colegio Abílio, uno de los mejores internados de la época. Su director, el doctor Abílio Cezar Borges, barón de Macaúbas, fue el patrón conforme al cual, más tarde, el novelista habría de recortar la figura de Aristarco. Fue este colegio el semillero de donde el novelista extrajo los recuerdos que dieron lugar, años más tarde, a su obra más famosa.<sup>8</sup> Al decir del poeta Ledo Ivo:

[...] de entre los escritores del Segundo Imperio, Pompeia es uno de los que más lúcidamente documentan la estructura económico-

<sup>7</sup> Cf. E. Pontes, *op. cit.*, p. 16.

<sup>8</sup> *Idem.*

social y política entonces vigente. El Ateneo, con su pedagogía utilizada para hacer dinero y atraer estudiantes ricos, es un símbolo de una sociedad jerarquizada, fundada en los privilegios.<sup>9</sup>

En el libro hay pocos cuadros de la vida cotidiana de las clases menos favorecidas. *El Ateneo* es un retrato de la ideología de la clase dominante y está hecho desde dentro. Como experiencia cultural, el internado era transmisor de los principios básicos de esa ideología (el bien, lo bello, el orden, la moral y el progreso),<sup>10</sup> y era el organismo que preparaba a los miembros de la elite para incorporarse a su papel en la sociedad, disciplinándolos en un sistema basado en el castigo a las desviaciones. Como reflejo de la sociedad que lo sustenta, es precisamente ese discurso el blanco principal de la obra de Pompeia.

A partir de la década de los setentas del siglo XIX habían comenzado a leerse en Brasil los textos de Taine, Darwin, Spencer y Comte.<sup>11</sup> La mayor parte de los letrados brasileños entendía el proceso civilizatorio en términos de evolución y progreso. Eran estos textos los que se estudiaban en la escuela, misma que, por lo demás, seguía los modelos franceses también en términos de programas educativos, manuales de estudio y formas de calificar. Al decir de Leyla Perrone, Pompeia y sus jóvenes condiscípulos se veían obligados a deglutir, “hasta la indigestión, la misma le-

<sup>9</sup> Ledo Ivo, *O universo poético de Raul Pompeia*. Río de Janeiro, Livraria São José, 1963, p. 16.

<sup>10</sup> Cf. Leyla Perrone-Moisés, “Apresentação”, en L. Perrone-Moisés, coord., *O Ateneu: retórica e paixão*. São Paulo, Brasiliense / Edusp, 1988, p. 10.

<sup>11</sup> Hippolyte Taine, francés, 1828–1893; Charles Robert Darwin, británico, 1809–1882; Herbert Spencer, británico, 1820–1903, y Auguste Comte, francés, 1798–1857, fueron los más importantes ideólogos del naturalismo y del positivismo en la Europa del siglo XIX.

che discursiva: la leche gorda de la retórica liceana que, pretendiendo alimentar los jóvenes espíritus, inoculaba en ellos los venenos de una ideología hipócrita e interesada”.<sup>12</sup>

No es éste el único texto dedicado a la denuncia de tal ideología y de su concreción en medidas disciplinarias y de orden. Las novelas de formación (y *El Ateneo* es una de ellas) suelen hacerlo, y fueron un género especialmente fértil durante el siglo XIX. Este tipo de narraciones presenta ciertos *topoi* que refuerzan el sentido de reclusión demarcando el espacio mediante muros y señalando las vías de fuga; que realzan lo inhóspito del sitio, la mala comida, las instalaciones siempre incómodas e insalubres; que apuntan hacia la rutina, o que resaltan los reglamentos, los códigos morales, las “leyes del arbitrio” y el sistema casi siempre absurdo de premios y castigos. “Ese espacio —en la novela designado por el salón de clases, el patio y la piscina— no es un espacio de transformación, sino de preparación para la sociedad”, dice Caio Gagliardi, pero su afirmación se enriquece dialécticamente si se combina con otra casi contraria, formulada por Pompeia en boca del profesor Claudio: “No es el internado el que hace a la sociedad; el internado la refleja. La corrupción que allí se muestra lozana viene de fuera. Los caracteres que allí triunfan traen, al entrar, el pasaporte del éxito, y los que se pierden, la marca de la condenación”.<sup>13</sup>

En *El Ateneo*, este discurso del orden se halla personificado en su figura más fascinante, rector del *kosmos* e imagen del triunfo: el rutilante Aristarco. Varios estudiosos de Pompeia han llamado la atención sobre ese nombre, cuyas raíces vienen del griego *áris-*

<sup>12</sup> L. Perrone-Moisés, “Lautrémont e Raul Pompeia”, en L. Perrone-Moisés, coord., *op. cit.*, p. 18.

<sup>13</sup> *Cf. infra*, p. 304.



tos (el mejor) y *arjon* (gobernante). Aristarco llevaba, sin embargo, dos apellidos que, por su registro caricaturesco, mitigaban el efecto de grandeza clásica: Argolo (argolla) de Ramos (¿ramos de laurel?).<sup>14</sup> La adopción del alegorismo en nombres no es un recurso raro en Pompeia,<sup>15</sup> pero sin duda ésta es su manifestación más refinada. La mixtura de la pretensión clásica con los rasgos provincianos es sólo una de las muchas formas en que Pompeia da al director del internado una fisonomía que lo emparenta con Proteo. Así lo vemos revelando, como si su sustancia variara dependiendo de la luz, destellos arquitectónicos, estructuras de sastrería, materiales de propaganda, multiplicaciones infinitas como en una anticipación del futurismo, hasta llegar al culmen de la apoteosis, cuando, al erigírsele un monumento, el modelo y la copia se transmutan en una escena de un psicologismo eminente:

El director sentía cómo se le metalizaba la carne a medida que Venancio hablaba. [...] Se le consolidaban los pliegues de la ropa en drapeados resistentes y fijos. Se sentía extrañamente macizo por dentro, como si hubiera bebido yeso. La sangre se le detenía en las arterias comprimidas. Perdía la sensación de la ropa; se empedernía, se mineralizaba entero. No era un ser humano: era un cuerpo inorgánico, un peñasco inerte, un bloque metálico, una escoria de la fundición, una forma de bronce que vivía la vida

<sup>14</sup> Cf. Élide Valarini, “Vínculo e ruptura: a carnavalização da linguagem”, en L. Perrone-Moisés, coord. *op. cit.*, p. 180; Caio Gagliardi, “Singularidades em Raul Pompeia: o homem, a escola, o romance”, en R. Pompeia, *O Ateneu*. São Paulo, Hedra, 2008, p. 35.

<sup>15</sup> En su libro de poemas en prosa, titulado *Canções sem metro* (*Canciones sin metro*), la mujer que protagoniza el texto dedicado a la paz se llama Irene (*paz*, en griego), por ejemplo.

exterior de las esculturas, sin conciencia, sin individualidad, muerto sobre la silla... ¡oh, gloria!, pero convertido en estatua.<sup>16</sup>

Pasajes como éste sólo pueden entenderse del todo si se considera que Pompeia era un caricaturista eximio. Había destacado desde niño en el dibujo, y sus caricaturas, casi siempre incendiarias, fueron publicadas en varios de los periódicos más importantes de Río y de São Paulo. Todo buen caricaturista es, por fuerza, un fabricante de metonimias. Si se lee *El Ateneo* desde la perspectiva de esta práctica semiótica, pueden sacarse conclusiones muy interesantes partiendo desde la más general y obvia concepción del Ateneo como metonimia de la sociedad hasta llegar al proceso más menudo y profundo de construcción de símbolos.

No obstante, y pese a sus constantes metamorfosis, Aristarco encarna siempre el Poder: es amo de un cierto universo y, como tal, está directamente emparentado con la divinidad. También representa al monarca como autoridad suma de la microsociedad sobre la que impera a su arbitrio. Está, además, cerca de sus referentes reales, que asisten a las fiestas del colegio y lo benefician con atenciones especiales. No sólo: Aristarco es el gran capitalista, propietario de una empresa (educativa) cuyo fin esencial es el lucro, el cual obtiene con éxito sangrando a las familias más pudientes del país. Pompeia se esfuerza en reiterar la preeminencia del interés económico de Aristarco, para que no se olvide que ése es el verdadero fin del personaje. Como esos intereses tienen que cubrirse con capas de argumentos más etéreos y convincentes, en torno a Aristarco hay un frondoso discurso de moralidad, rectitud y filantropía que no contraviene (más bien recalca) sus virtudes de comerciante.

<sup>16</sup> Cf. *infra*, p. 322.

Así, Aristarco, portador de la moral y la verdad, asume la misión de

[...] moderar, animar, corregir a esta masa de caracteres en los que comienza a hervir el fermento de las inclinaciones; encontrar y encaminar la naturaleza en la época de los ímpetus violentos; amordazar los ardores excesivos; retemplar el ánimo de los que se dan por vencidos precozmente; acechar, intuir los temperamentos; prevenir la corrupción; desalentar las apariencias seductoras del mal [...tapizar su establecimiento con máximas morales y episodios de la historia sagrada, y luchar contra un fantasma convenientemente indefinido: la inmoralidad].<sup>17</sup>

“Implacable” en este terreno, el director del Ateneo sabe mostrarse bondadoso con los “buenos”, frente a quienes asume el rol de un padre. Sus rasgos de bondad y de clemencia son, pese a ello, siempre calculados en función de un interés de otra especie.

El conjunto de directrices —dice Juan Carlos Chacón refiriéndose a los códigos disciplinarios del Ateneo— es inequívocamente represor y opresivo: moderar, corregir, amordazar, desilusionar, espiar y castigar son verbos que crean un campo semántico que presupone la falta antes que el acierto, el error antes que lo correcto, la culpa antes que el delito.<sup>18</sup>

Es en el terreno del castigo donde Aristarco muestra su mayor refinamiento. Capaz de fulminar con la sola mirada el repu-

<sup>17</sup> Cf. *infra*, pp. 102–103.

<sup>18</sup> Juan Carlos Chacón, “O Animal Cultural”, en L. Perrone-Moisés, coord., *op. cit.*, p. 132.

blicanismo de su propio hijo, el director del Ateneo se ufana ante el carácter moderno del sistema de puniciones: se han anulado los castigos corporales. Último grito de la pedagogía de ese entonces, tal supresión da lugar a una denuncia refinada, por parte de Pompeia, del “nuevo” sistema que, basado en la humillación de los castigados, acaba volviendo a su carnal y sucio punto de partida: el cuerpo.

En contrapartida, las recompensas suelen ser menos escandalosas, pero están organizadas en otro sistema. Entre ellas destaca el obsequio de salidas para visitar a la familia cuando el desempeño del estudiante es bueno. Especialmente interesante es la concesión de puestecillos de poder que generan sátrapas en miniatura: a los alumnos destacados en algo (*áristoi*, por ende), se les concede un minúsculo sable de madera, como si se les adiestrara de antemano para los puestos de dirección económica, militar o política. La galería de aristócratas colegiales insinúa las veleidades con que se conformaba la nobleza brasileña.

Este sistema de concesión de títulos de nobleza representa una ventaja para Aristarco: expande las redes de su vigilancia, complementando la supervisión de los bedeles, que registran el comportamiento y las relaciones de los alumnos, enriqueciendo las estratagemas que él mismo emprende para asegurar el dominio de su reino.

Pero *kratos* y *bía* se hacen manifiestos por medios menos oficiales. Los alumnos instauran entre sí una red de dominadores y dominados cuyo poder revela sustentáculos diversos. Merecen especial respeto los elocuentes, los adinerados y los fuertes, pero por lo general una y otra cosa van ligadas. En casi todas las ocasiones, las relaciones de poder entre los alumnos marcarán también una especie de división entre sexos, uno de los grandes temas de la novela. Los fuertes hacen el papel de varones,

al tiempo que los débiles son “blandamente empujados hacia el sexo de la debilidad”.<sup>19</sup> Pese a constituir un *topos* más de las novelas de formación, esta división “artificial” de los sexos suele ilustrar el papel subyugado de la mujer, aunque ésta se encuentre representada por hombres que cumplen con el rol femenino.<sup>20</sup>

Así, las relaciones que Sergio mantendrá con otros alumnos, y que marcarán el ritmo de la narrativa, estarán casi siempre determinadas por una desigualdad de poder, más manifiesta en la primera de ellas, cuyo protagonista es Sanches. Éste, alumno destacado, tenía el deber de introducir a Sergio en las materias escolares, y el interés de mantenerlo en deuda y en situación de vulnerable inferioridad para poder cobrarle, como pago por su protección, favores eróticos. Rechazado en más de una ocasión por Sergio, Sanches vuelve a la carga intimidándolo con el poder del saber (en especial, literario) y del discurso como instrumentos de dominio.

En la época en que se desarrolla la trama, la década de los setentas del siglo XIX, la educación era predominantemente literaria. Se dedicaba mayor tiempo al estudio de las disciplinas vinculadas con el lenguaje y la retórica que al estudio de las ciencias<sup>21</sup> y, dentro de la dinámica escolar, se le asignaba a la oratoria un sitio de honor, encarnado, en la novela, en el Gremio Literario Amor al Saber.

De acuerdo con Oliveira Brandão, los manuales retóricos del siglo XIX:

<sup>19</sup> Cf. *infra*, p. 111.

<sup>20</sup> Cf. Marco Antonio Yonamine, *O reverso especular: sexualidade e (homo) erotismo na literatura brasileira finissecular*. São Paulo, 1997. Tesis, Universidad de São Paulo, p. 215.

<sup>21</sup> Cf. Laura Hosiasson, “Disciplinas e indisciplinas no Ateneu”, en L. Perro-ne-Moisés, coord., *op. cit.*, p. 69.

[...] muestran muy bien cómo se dio el proceso de condicionamiento a través del cual el tono retórico-literario, liberándose de sus causas históricas concretas, pasó a constituirse en meta deseable por representar una situación privilegiada y, con el paso del tiempo, acabó por incorporarse a la personalidad. Pero no está de más repetir que, en el Brasil del siglo XIX, permanecieron casi todos los pilares de la sociedad colonial, de los que es ejemplo significativo la actividad productiva apoyada en el trabajo esclavo, que creaba, de este modo, una aversión generalizada por los trabajos del campo, los trabajos rústicos, animando, en consecuencia, la ambición hacia las letras, hacia las profesiones liberales, hacia los empleos públicos como afirmación real y simbólica de dignidad social.<sup>22</sup>

Así, según el mismo autor, “la posesión de la palabra, representada por la alfabetización y en seguida por el dominio de la elocuencia, constituían criterios de división social del mismo modo que la fortuna, la nobleza, la posesión de tierras y de esclavos”.<sup>23</sup>

En los manuales que se estudiaban en la escuela, el lenguaje se explicaba como un fenómeno de origen divino.<sup>24</sup> Por un lado, era imposible desligarlo del poder, pues habría sido dado al hombre por la Providencia para “mostrarlo como el rey de todo aquello que la mano del Omnipotente creó en la faz de la tierra”,<sup>25</sup> y, por el otro, era imposible desligarlo de la moral, pues la

<sup>22</sup> Oliveira Brandão, “Os manuais de retórica brasileiros do século XIX”, *ibid.*, p. 58.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 56.

<sup>24</sup> Cf. Maria Luiza Guarnieri Atik, “O mestre e a providência”, *ibid.*, p. 86.

<sup>25</sup> T. A. Craveiro, “Discurso acerca da rhetorica”, *apud* L. Perrone-Moisés, *ibid.*, p. 83.

retórica debía refrenar y regular los ardores falsos del espíritu, como afirma con frecuencia Aristarco. La novela, por ejemplo, se definía como un género cuya finalidad era “deleitar el espíritu y perfeccionar el corazón de sus lectores [...] Deleitar, instruir y corregir, he aquí lo que debe proponerse todo novelista moralizado”.<sup>26</sup>

<sup>26</sup> José Maria Velho da Silva, *Lições de rhetorica*, apud O. Brandão, “Os manuais de retórica...”, *ibid.*, p. 53.

### ♦ III ♦

El *medio*, filosofemos, es un erizo invertido: en vez de la explosión divergente de dardos, una convergencia de puntas en torno. A través de las punzantes dificultades, es necesario descubrir el meato de paso o aceptar la lucha desigual de la epidermis contra las púas. Por lo general se prefiere el meato.<sup>27</sup>

Raul Pompeia, *El Ateneo*

El medio término es el *statu quo* de la cobardía. En la lógica, es el pavor a la consecuencia, deshilada en deducciones por el declive del argumento. En la vida común es la duplicidad tímida ante las coherencias enérgicas del carácter.<sup>28</sup>

Raul Pompeia, escritos inéditos

Pocos autores del siglo XIX brasileño alcanzan el grado de complejidad y de crítica al que llegó Raul Pompeia, cuyo único parangón posible es el Machado de Assis<sup>29</sup> de la segunda fase creativa.

Evitemos, empero, el comprensible equívoco que podría suscitarse a partir de esta afirmación: para Raul Pompeia la lite-

<sup>27</sup> Cf. *infra*, p. 178.

<sup>28</sup> Apud E. Pontes, *op. cit.*, p. 49.

<sup>29</sup> Machado de Assis (1839–1908), novelista, poeta, cuentista, dramaturgo y crítico literario, es el escritor brasileño más importante del siglo XIX y uno de los más importantes de la literatura latinoamericana. Entre sus obras destacan,



ratura jamás fue prioridad. Pompeia escribía ficciones cuando y como podía, cada vez que las actividades de sus incesantes luchas políticas le daban una tregua. En ocasiones, cuando esas treguas se consagraban a la escritura de textos en los que literatura y lucha coincidían, Pompeia alcanzaba las cumbres más perfectas del sarcasmo y su estilo brillaba único y apasionado. Tal es el caso de *El Ateneo*. Cuando, al final de su vida, las luchas absorbieron toda su concentración, Pompeia dejó de escribir ficciones y se entregó al periodismo. Su último cuento fechado data de mayo de 1890, seis meses después de la proclamación de la República y cinco años antes del suicidio del escritor.<sup>30</sup>

Por ello, una biografía de Raul Pompeia debe por fuerza seguir el curso de sus luchas. Su vida se extinguió pronto porque, en lugar de buscar un meato, el autor de *El Ateneo* optó por ofrecer su epidermis, de natural poco resistente, a los desgarros del *kosmos*, que le resultaron fatales. Pero así como la muerte le vino prematura, también las luchas, que inició desde la pubertad. En efecto, desde su primera escuela, el Colegio Abílio, Pompeia comenzó a redactar e ilustrar un periodiquito manuscrito titulado *O Archote (La Antorcha)*, que circulaba de mano en mano,

por la lucidez, originalidad y osadía en el tratamiento de lo narrado, las novelas y cuentos escritos durante su “segunda fase de producción”, iniciada a partir de 1881, con la novela *Memórias póstumas de Bras Cubas* y el volumen de cuentos *Papeis avulsos*.

<sup>30</sup> El volumen III de la colección de obras completas de Raul Pompeia, organizada por Afrânio Coutinho, comprende una compilación minuciosa de todos los cuentos que el autor publicó en la prensa, que se presentan siguiendo el orden cronológico. El último cuento fechado es “A cruz da Matriz”, publicado en la *Gazeta de Notícias* el 19 de mayo de 1890. Después de éste, Coutinho incluyó en el volumen dos cuentos más, provenientes de “fuente fidedigna, pero no identificada”, cuya fecha se desconoce.

donde se criticaba con iracundia a profesores y bedeles. Eloy Pontes, que tuvo en sus manos el cuarto y último número, escrito cuando Pompeia tenía quince años, cuenta que en éste:

[...] se entremezclan el polemista, el espíritu independiente y el corazón generoso, que se complace en asumir los dolores, las protestas y las decepciones ajenas. Se critica la conducta de un alumno que se batió con el subdirector y fue expulsado a golpes. *O Archote* reprueba la actitud del subdirector, que lanzó a los criados contra su adversario [...] Finalmente, *O Archote* trata sobre la distribución injusta de los premios.<sup>31</sup>

Más o menos a esa misma edad, Pompeia comenzó a escribir su primera novela, *Uma tragédia no Amazonas*, que se publicaría en volumen dos años más tarde, en 1880. Según Capistrano de Abreu,<sup>32</sup> Pompeia autopublicó esa novela cuando ya era estudiante del Imperial Colegio don Pedro II.<sup>33</sup> La novela narra la historia de una familia acomodada que muere sangrientamente a manos de malhechores. Es muy poco significativa en términos literarios y políticos, pero no en el terreno biográfico: la crítica del momento vio en ella el vigor de una promesa literaria y saludó con esperanzas la eclosión del joven talento en importantes periódicos brasileños. A partir de entonces, y por el resto de su vida, Pompeia sería blanco de las luminarias de la prensa.

El año 1880 fue crucial en la vida de Pompeia, no sólo por su estreno como novelista y por sus destellos de fama, sino porque

<sup>31</sup> E. Pontes, *op. cit.*, p. 26.

<sup>32</sup> João Capistrano de Abreu (1853–1927) fue un gran historiador y crítico brasileño, autor de obras fundamentales sobre la historia colonial de Brasil.

<sup>33</sup> Cf. E. Pontes, *op. cit.*, p. 40.

también marcó los primeros pasos del joven en la lucha por la abolición de la esclavitud, que lo absorbería durante los próximos ocho años.<sup>34</sup>

A partir de 1870, la *inteligentzia* brasileña había comenzado a ver con buenos ojos ciertos cambios estructurales que tenían que ver con la abolición de la esclavitud y la proclamación de un gobierno republicano. Abolicionismo y republicanismo coincidían en los elementos más progresistas de la sociedad, pero estas dos causas no siempre estuvieron ligadas. Algunos monárquicos favorecían la abolición, aunque eran más frecuentes los republicanos no abolicionistas. Contra éstos Pompeia escribe uno de sus cuentos más luminosos en el que, ya plenamente dueño de un estilo propio y contundente, crea un escenario en que hacendados republicanos festejan el aniversario de la Revolución francesa y visten a los esclavos que cargan las antorchas con gorros fríos. Sin embargo, ya mucho antes de la redacción de esas líneas, Pompeia se entregaba a la denuncia de la esclavitud y a la crítica a la monarquía,<sup>35</sup> que fue objeto de su segunda novela.

<sup>34</sup> Esos primeros pasos (cf. E. Pontes, *op. cit.*, p. 47) consistieron en la publicación de un artículo titulado “A vergonha da bandeira”, que seguía temática y anímicamente el célebre poema abolicionista del romántico brasileño Castro Alves (1847–1871). Dicha obra, publicada en 1869, lleva el título de “O navio negreiro”.

<sup>35</sup> En el mismo año de 1880, Pompeia expresó fuerte simpatía por un movimiento urbano que agrupaba a los republicanos, y que tuvo sus raíces en un levantamiento popular provocado por la creación de un impuesto sobre los boletos de tranvía. Liderada por un joven estudiante de medicina que, en momentos críticos, se libró de la policía gracias a la protección solidaria de las prostitutas de Río de Janeiro, la campaña, pese a la fuerte represión, triunfó. Pompeia le dedicó un panfleto enardecido, titulado “Um reu perante o futuro”. (Cf. *ibid.*, p. 50.)

Mientras tanto, adolescente como era, Pompeia seguía enredado en las luchas domésticas de la escuela, enarbolando la causa de la justicia contra los abusos de los profesores. Tal era la fuerza con que se entregaba a la polémica, que hubo profesores que se vieron obligados a renunciar antes que seguir siendo objeto de sus implacables campañas. Pompeia llevaba sus luchas hasta las últimas consecuencias. Los profesores, heridos en el prestigio, lo penalizaban negándole las máximas notas que merecía. Tal fue el caso de un profesor de griego, que decidió reprobar al joven al final de los cursos. Pompeia presentaría cuatro veces el examen hasta sacar “distinción” y luego desdenaría el diploma. Años más tarde denunciaría al profesor en los siguientes términos:

El doctor Schieffer ignora la materia que imparte. Se ciñe al manual de Kuehner que él mismo tuvo la amabilidad de arruinar mediante una traducción monstruosa, incomprensible como un jeroglífico; no da a los discípulos ni la menor explicación, más que muy rara vez y sobre niñerías; manda hacer unas traducciones enormes de la *Iliada* [...] dejando sin una sola observación las bellezas de las que está constelado el poema griego, [...] y consintiendo en que los pequeños sicarios que son sus alumnos descuarticen los cadáveres que él prepara sin poder gritarle (los alumnos), como un poeta francés: *Arrête, par pitié!*, porque él mismo es el primer asesino; mascando una algarabía que sólo un políglota del infierno podría entender, a pesar de que ha residido en Brasil diez veces más tiempo del que se necesita para aprender a hablar una lengua.<sup>36</sup>

<sup>36</sup> Texto escrito por Pompeia en 1882. (*Apud* E. Pontes, *ibid.*, pp. 57–58.)

Concluidos los años de estudio en el Colegio don Pedro II y ya famoso en los círculos estudiantiles, Pompeia se mudó a São Paulo en 1881 para cursar la carrera de derecho. São Paulo era una ciudad aún pequeña, pero agitada por el ambiente estudiantil. El progresismo de estos jóvenes chocaba con el conservadurismo de sus profesores, que aceptaban mejor las ideas republicanas que el entusiasmo abolicionista. Pompeia llegó precedido por la fama de su *Tragédia*. Pronto halló puertas abiertas en los círculos intelectuales de la nueva ciudad y en las páginas de sus diarios.

Una vez allí, Pompeia entró de lleno en la lucha antiesclavista. Entre los varios modelos que inspiraban a la mocedad de entonces (como Joaquim Nabuco y José Martiniano),<sup>37</sup> Pompeia se inclinó por uno de los más heroicos, con quien trabó lazos de amistad y a quien dedicó una de sus crónicas más conmovedoras: Luiz Gama.

Gama era un mulato nacido en Bahía, de madre liberta y padre portugués. Su madre había jugado un papel activo en las rebeliones de esclavos y, huyendo de las represalias, había dejado a Gama en manos de su padre. Éste, después de despilfarrar la fortuna que había heredado, decidió vender a Luiz ilegalmente,

<sup>37</sup> Joaquim Nabuco (1849–1910), político monárquico, periodista, historiador y diplomático brasileño, era defensor de la causa de la abolición desde una posición relativamente moderada, que procuraba acabar con dicha institución de manera paulatina. Se le conoce como una de las figuras más importantes del movimiento abolicionista y fue fundador de la Sociedade Antiescravista Brasileira. José Martiniano Pereira de Alencar (1794–1860), padre del más famoso novelista romántico brasileño, José de Alencar, fue un importante político brasileño durante la fase de la independencia y del Primer Reinado brasileño. Participó en la Confederación del Ecuador (1824), movimiento de emancipación del estado de Pernambuco, en el Nordeste brasileño, que reaccionaba contra las tendencias absolutistas de don Pedro I.

pues había nacido libre. El muchacho llevó una vida de esclavo doméstico durante años, hasta que, siendo adolescente, aprendió a leer gracias a un joven estudiante que simpatizó con él. Enterado de la ilegalidad de su situación, huyó, se enroló en el ejército y estudió como oyente en la Facultad de Derecho de São Paulo. Cuando Pompeia llegó a São Paulo, Gama se dedicaba a liberar esclavos por todos los medios. Por la vía jurídica, liberó a más de mil individuos ilegalmente esclavizados; pero, consciente de que las armas del Estado nunca bastan para combatir en cabalidad las instituciones estatales, Gama también dirigía un grupo de agitación conocido como los Caifases, que, amparado en una red de refugios y vías de escape clandestinas, fomentaba fugas masivas de esclavos en las *senzalas*<sup>38</sup> y ayudaba a los forajidos a llegar al norte del país, donde la esclavitud ya había sido abolida.

Pompeia se unió con entusiasmo a los Caifases,<sup>39</sup> a quienes siguió apoyando aún después de la muerte de Gama, en 1882, y frecuentó con asiduidad a un grupo de intelectuales radicales que simpatizaban con la causa: Valentim Magalhães, Fontoura Xavier, Augusto de Lima, Raymundo Correia y Luiz Murat<sup>40</sup>

<sup>38</sup> Habitación extensa donde vivían los esclavos de las haciendas brasileñas.

<sup>39</sup> Cf. E. Pontes, *op. cit.*, p. 71.

<sup>40</sup> Valentim Magalhães (1859–1903) fue uno de los escritores brasileños que fundaron la Academia Brasileña de Letras. Escribía poemas adscritos a la tendencia parnasiana, que reaccionaba contra el romanticismo, pero su mayor notoriedad se dio en el ámbito del periodismo, pues participó en la creación de rotativos que vehiculaban los intereses y discusiones de la juventud progresista de São Paulo. Antonio Vicente da Fontoura Xavier (1856–1922) fue también poeta parnasiano y periodista. Realizó una importante labor de traducción de autores como Poe, Baudelaire y Proudhon, y elaboró versos satíricos en contra de la monarquía. Augusto de Lima (1859–1934) fue político, periodista y poeta de tintes panteístas. Raimundo Correia (1859–1911) fue uno de los principales

constituían, junto con Pompeia, el núcleo de redactores de un diario denominado *A Comédia*, que más tarde daría lugar a *O Bohêmio*, con algunas adiciones importantes, como Assis Brasil.<sup>41</sup> El nuevo diario causaría escándalo por el radicalismo de sus miembros, así como por sus caricaturas provocadoras, todas ellas obras del autor de *El Ateneo*. Un periódico reaccionario, el *Diário de Campinas*, saludó con sarcasmos la existencia de *O Bohêmio*. No faltaba más para encender la mecha corta de Pompeia: en el siguiente número de *O Bohêmio*, en una caricatura titulada “Agonia e morte do *Diário de Campinas*” el periódico rival aparecía bajo la forma de un burro que a la vez hacía las veces de Cristo en pleno viacrucis. Con una cruz a cuestas que simbolizaba al *Bohêmio*, el asno moría finalmente crucificado entre dos cerdos. La caricatura, aunada a los encendidos discursos abolicionistas que Pompeia profería cada vez que se le presentaba ocasión en la Facultad de Derecho, atraieron las desconfianzas de los profesores, que lo consideraban un elemento agresivo y sacrílego.<sup>42</sup>

Pompeia formaba parte también de los comités de redacción de otros pequeños diarios, como el significativo *Ça Irã*, órgano del

poetas parnasianos brasileños. Su obra está marcada por un fuerte colorido, una tendencia al pesimismo y ciertos puntos de contacto con la escuela simbolista, más experimental que la parnasiana. Dedicó algunos versos a Pompeia donde resalta el gusto por la pintura de cuadros llenos de movimiento y tonalidades estridentes. Luiz Murat (1861–1929), el más cercano de todos estos escritores a Pompeia, era también periodista y poeta cronológicamente ligado al parnasianismo, pero de inclinaciones románticas.

<sup>41</sup> Joaquim Francisco de Assis Brasil (1857–1938) fue un escritor polígrafo y político brasileño. Realizó importantes aportaciones a la discusión política brasileña en torno al sistema presidencial de gobierno y desempeñó importantes cargos diplomáticos, entre los cuales figura su servicio en México, en 1902.

<sup>42</sup> Cf. E. Pontes, *op. cit.*, p. 90.

Centro Abolicionista, donde publicaría algunos de sus textos más contundentes:

Imaginad, señores esclavistas, imaginad que os agarrasen, os pudiesen un fierro en el pescuezo, os curvasen con el trabajo del campo, pagándoos las gotas de sudor con golpes de látigo; imaginad que castigasen vuestra primera desobediencia cortándoos las nalgas con el filo de una navaja y que, como lenitivo, os llenasen de sal los labios sangrientos de las navajadas; que os dejasen exhaustos y esperasen el retorno de vuestras fuerzas para repetir los mismos latigazos y los mismos cortes de navaja; imaginad que os condenasen a esa vida de delicias por veinte años o más... Yo os pregunto si, al cabo de algún tiempo, pese a vuestra superioridad moral sobre la infeliz raza de los esclavizados, no os encontraríais soñando francamente con cuatro puñaladas liberadoras. Todo hombre que considere que mediante el homicidio puede alcanzar la libertad injustamente pisoteada por la opresión, todo hombre esclavizado tiene derecho al puñal. [...] La humanidad no tiene sino que felicitarse cuando un pensamiento de revuelta pasa por el cerebro oprimido de los rebaños de obreros de las haciendas. La idea de la insurrección indica que la naturaleza humana aún vive. Todas las violencias en pro de la libertad violentamente arrebatada deben saludarse como santas venganzas.<sup>43</sup>

La segunda novela de Pompeia se publicó dentro de ese mismo espíritu contestatario, con el título *As joias da Coroa* (*Las joyas de la Corona*).<sup>44</sup> Con personajes que aludían a Pedro II y al conde d'Eu,<sup>45</sup> quien explotaba vecindades en el centro de Río,

<sup>43</sup> R. Pompeia, *apud* E. Pontes, *ibid.*, p. 92.

<sup>44</sup> R. Pompeia, *As joias da Coroa*. São Paulo, Clube do Livro, 1962.



la obra denunciaba la corrupción y la sórdida impunidad de un emperador decadente e inmoral. Se trata de un texto virulento, pero aún inmaduro en términos estilísticos.

La actividad periodística de Pompeia creció continuamente durante los próximos años. Fue fundador, en 1883, de uno de los diarios más importantes de São Paulo, el *Diário do Commercio*. Ese mismo año inició la escritura de las *Canções sem metro*,<sup>46</sup> de fuerte influencia baudeleriana. Se sospecha que fue entonces cuando comenzó a leer al poeta francés. La lectura lo marcaría para siempre. Aunque sus reflejos más obvios saltan en las *Canções*, la influencia, ya digerida, maduró en *El Ateneo*, donde Pompeia alcanza con la mayor naturalidad imágenes de una originalidad sorprendente y su trabajo de los símbolos llega al punto más alto.

El radicalismo de Pompeia se acentuaba con el paso de los meses. Muy comprometido con la causa abolicionista, no cesaba de denunciar a los republicanos esclavistas con una virulencia marcada. El abolicionismo de la intelectualidad brasileña era, en muchas ocasiones, un discurso políticamente correcto, humanista y mitigado, que corría con cierta calma por la tinta de las columnas de los diarios; pero Pompeia excedía la línea del buen

<sup>45</sup> Cf. *infra*, p. 90, n. 12.

<sup>46</sup> *Canções sem metro* es el primer libro de poesía en prosa escrito en Brasil. La obra se publicó póstumamente, aunque algunos textos pertenecientes a ella fueron publicados en periódicos aún en vida de Pompeia, que les dedicó ilustraciones profusas, donde casi parece preanunciarse la estética del *art nouveau*. En la percepción del novelista, ésta era la obra más importante de toda su producción. Durante años, hasta el momento de su muerte, pulió y corrigió minuciosamente los textos. (Vid. R. Pompeia, “*Canções sem metro*”, en L. Ivo, *op cit.*, pp. 101–162.)

gusto y la superficie del papel, cuyas cualidades incendiarias nunca igualan las de una verdadera antorcha. Salía de la legalidad para ligarse, tras la muerte de Luiz Gama, al nuevo líder del movimiento de los Caifases, Antonio Bento,<sup>47</sup> a quien Eloy Pontes apostrofa como “ateo, blasfemo, sacrílego, demócrata y carbonario”.<sup>48</sup> En ese agitado año 1883, cuando el calor de sus luchas había llegado a la cúspide, Pompeia fue reprobado por los profesores de derecho de São Paulo, junto con su colega Luiz Murat. Varios testigos que asistieron a ambos exámenes declararon que el desempeño de los escritores había sido óptimo. La evidente represalia del profesorado conservador de São Paulo causó escándalo en numerosos diarios, donde intelectuales de diversos portes protestaron contra la injusticia cometida contra dos jóvenes de reconocida brillantez. Incluso el *Diário do Campinas* reprobó la decisión de la mesa examinadora.<sup>49</sup>

La vieja historia de las represalias escolares se repetía. El escritor quiso presentar la prueba hasta obtener una calificación satisfactoria. Mientras tanto, fueron tales y tantas las protestas estudiantiles contra la actitud retrógrada de la academia paulista, que los profesores reprobaron en masa a los jóvenes. La situación desencadenó una histórica huelga estudiantil. Poco menos de un centenar de estudiantes abandonó la Facultad de Derecho de São Paulo y se transfirió a Recife para continuar sus estudios. Entre ellos iba Raul Pompeia.

<sup>47</sup> Antonio Bento de Souza e Castro (1843–1898) fue un abogado abolicionista brasileño. Buscó, como Luiz Gama, garantizar la existencia de leyes que aseguraran la libertad de los esclavos contrabandeados después de la prohibición del tráfico.

<sup>48</sup> E. Pontes, *op. cit.*, p. 134.

<sup>49</sup> *Ibid.*, p. 90.

El periodo pasado en Recife fue crucial para el desarrollo literario de Pompeia. La academia allí daba más tiempo de ocio a los estudiantes. El escritor halló alojamiento en Caxangá, un pueblo distante de Recife. Un episodio oscuro vino a distraerlo de las actividades políticas y literarias. En 1885 se desató en Recife una epidemia de fiebre amarilla que cegó la vida de muchos habitantes, entre ellos, varios amigos de Pompeia. En una carta dirigida a un amigo, Pompeia describiría este periodo como el más triste de su vida. El sosiego anhelado se vio interrumpido por el drama de la epidemia y porque muchos jóvenes fueron a refugiarse de la enfermedad a pueblos como Caxangá. Estas circunstancias, aunadas al hecho de que Recife tenía menos esclavos y de que en algunos de los estados colindantes la esclavitud ya se había abolido, distanciaron temporalmente a Pompeia de la lucha política.

Pasado el problema de la fiebre amarilla, Pompeia se dedicó a terminar sus estudios y a leer. En ese periodo entró en contacto asiduo con Saint Simon, La Bruyère y Rabelais,<sup>50</sup> y escribió numerosos cuentos que se publicarían más tarde en la prensa de São Paulo y Río de Janeiro. Su estilo no volvería a ser el mismo a partir de la estancia en Recife. Entre 1885 y sobre todo a partir de 1886, la calidad de las obras literarias de Pompeia asciende notoriamente. Su manejo de la sintaxis se enriquece con enra-

<sup>50</sup> Claude Henry de Saint Simon (1760–1825) fue un teórico social francés, antecesor del socialismo; Jean de La Bruyère (1645–1696), autor de *Les caracteres ou les moeurs de ce siècle*, fue un escritor que se volvió célebre por el agudo retrato que plasmó en dicha obra de la sociedad francesa del xvii; François Rabelais (1494–1553), autor de *Gargantúa y Pantagruel*, obra clásica de la literatura francesa en que la literatura popular y la literatura erudita aparecen estrechamente ligadas.

recimientos y cláusulas ciceronianas; su destreza para la construcción simbólica y alegórica, que despuntaba aquí y allá en los escritos anteriores, se va convirtiendo en una presencia constante a lo largo de su prosa. Fue en 1885 cuando el autor de *El Ateneo* comenzó a esbozar algunas notas e ideas que conformarían más tarde su obra maestra, y de las que queda registro en sus diarios personales. Pompeia concluyó en Recife la carrera de derecho, que jamás ejerció, y en 1886 volvió a Río, a sumergirse en el periodismo y en la crítica mordaz a las instituciones.

La campaña abolicionista seguía ardiente. En torno de figuras relevantes, como Valentim Magalhães y José do Patrocínio, se reunían los intelectuales más progresistas, muchos de ellos interesados en las aportaciones estéticas del naturalismo. Se rendía culto a Machado de Assis, a quien Pompeia admiraba. No obstante, obsesivo con la idea de originalidad, Pompeia arrojaba en su diario íntimo ideas en torno al estilo que dejan clara su lucha consciente por la individualidad: “ideas coincidentes, sea; imágenes coincidentes, salvo casualidad excepcional, son plagio”.<sup>51</sup>

Plantado con convicción sobre esa línea, en 1888 Pompeia comenzó a publicar *El Ateneo* por entregas en la *Gazeta de Notícias*. Los folletines tuvieron un éxito inmediato. Al punto surgieron textos de los más afamados críticos del momento exaltando la originalidad de Pompeia.<sup>52</sup> La obra se publicó en libro el mismo año.

1888 fue un año crucial en la historia brasileña. El 13 de mayo, presionada por varios frentes y con la intención de debilitar

<sup>51</sup> R. Pompeia [diarios íntimos inéditos], *apud* E. Pontes, *op. cit.*, p. 187.

<sup>52</sup> Entre ellos, Valentim Magalhães y Araripe Júnior (1848–1911), este último, crítico literario y escritor brasileño contemporáneo de Pompeia, a quien dedicó extensas páginas críticas.

la fuerza del movimiento republicano mediante concesiones, la princesa Isabel, entonces regente del imperio, promulgó la Ley Áurea, que abolía por completo la esclavitud en el territorio brasileño. Acto seguido, el trono imperial pasó a la ofensiva, conformando una Guardia Negra, compuesta por ex esclavos que reprimían brutalmente a los republicanos. Los antiguos miembros de la causa abolicionista se dividieron. Algunos de ellos, congraciados con la Corona, mitigaron sus viejos ardores republicanos. Los siguientes meses de la vida del novelista estuvieron inmersos en discusiones entabladas en la prensa, en los cafés y confiterías, donde Pompeia dejaría cariño y admiraciones. Se le recordaría después como un joven superexcitado cuando se trataban cuestiones políticas, siempre dado a la polémica y dueño de un mordaz sentido del humor que animaba las reuniones. Era, sin embargo, reservado en grado sumo cuando se hablaba de asuntos cotidianos y pedestres. No se le conocían amantes. No bebía. No reía, pese a ser con frecuencia el centro de las fiestas. Vestía con suma elegancia, siempre de negro.

En los meses que siguieron a la abolición, la idea republicana fue cobrando fuerza entre la oficialidad del ejército. Éste arrastraba viejas cuitas con el gobierno monárquico, que habían iniciado casi cuarenta años antes, con paulatinas modificaciones en la composición de la milicia y en la mentalidad de sus integrantes. A partir de 1850, la composición del ejército se había ido volviendo cada vez más popular. Luego de la victoria en la Guerra de Paraguay, la milicia había formado cuadros más profesionales y más comprometidos con la corporación que con el gobierno. La Escuela Militar formaba profesionales especializados en matemáticas y humanidades. Como, además, durante la Guerra el ejército había constituido un medio de alcanzar la libertad para muchos esclavos, concentró, a partir de entonces,

una fuerte simpatía entre los abolicionistas y una gran fuerza popular. Para la década de los ochentas decimonónicos, los militares tenían prohibido discutir asuntos políticos en la prensa y desacataban las órdenes de restricción económica que el emperador intentaba imponerles.<sup>53</sup>

Por otra parte, los hacendados republicanos de São Paulo, aquellos esclavistas contra quienes Pompeia tantas veces había dirigido la punta de sus dardos, resentidos por la abolición, enfilaron su ataque contra la monarquía. Aprovechándose del descontento del ejército, orquestaron el golpe militar que destronó al régimen monárquico el 15 de noviembre de 1889. La salida de la familia real tuvo a Pompeia por testigo: el novelista vio pasar la carroza donde iban los monarcas, sin equipaje ni lujos de ninguna especie, y relató más tarde el episodio en una crónica titulada “Uma noite histórica”.

La proclamación de la República impuso en el gobierno al mariscal Deodoro da Fonseca. Se trataba de un viejo militar que permaneció al frente del país hasta 1891. Su breve gobierno transcurrió bajo la presión de los republicanos y congresistas —que exigían que se convocara una Asamblea Constituyente—, y los militares, que sentían mayor simpatía por el mariscal Floriano Peixoto, nombrado vicepresidente por los hacendados republicanos, quienes procuraban fragmentar la unidad del ejército. En 1891, un golpe republicano entregó a Floriano Peixoto las riendas del gobierno. El nuevo régimen otorgó a Pompeia el cargo de profesor de mitología en la Academia de Bellas Artes. Más tarde ocuparía el puesto de director de la Biblioteca Nacional.

Floriano Peixoto representaba una imagen nacionalista opuesta a la de los monárquicos, que incluso habían ocupado puestos

<sup>53</sup> Cf. Boris Fausto, *Brasil, de colonia a democracia*. Madrid, Alianza, 1995, p. 130.

gubernamentales en el régimen de Deodoro. Se le consideraba una solución inmediata en la fase militar y transitoria del poder político. No obstante, la oposición por parte de los conservadores fue violenta. Una revuelta de la Marina y una revuelta federalista fueron reprimidas. Las cárceles, torturas y asesinatos de opositores valieron a Peixoto el sobrenombre de Mariscal de Hierro.

La situación política había orillado a los intelectuales a tomar posiciones opuestas. Se acabó el grupo de amigos de estudio y de tertulias: los viejos camaradas abolicionistas ahora se dividían en bandos e intercambiaban insultos encendidos. La mayoría de los intelectuales que antes militaban con Pompeia, pasaron a la oposición. Pardal Mallet, Olavo Bilac<sup>54</sup> y Luiz Murat fundaron un periódico, *O Combate*, desde donde mantenían un constante ataque contra el régimen. Pompeia, en cambio, se convirtió en un florianista ferviente.

El autor de *El Ateneo* apoyó el florianismo posiblemente por congruencia con su oposición a la oligarquía paulista. Abolicionista y republicano convencido, vio en el militarismo posterior a la abolición un mal necesario para sostener el desarrollo nacional en Brasil y entendió a Floriano como una fuerza antioligárquica y nacionalista. Las críticas que esta postura le acarrearían habrían de hacer, en los últimos tres años de su vida, una profunda mella

<sup>54</sup> João Carlos de Medeiros Pardal Mallet (1864–1894), novelista y periodista, coetáneo y amigo de Raul Pompeia, era un republicano convencido desde los primeros años de escuela, tal como este último. Fue el responsable de poner de moda la excentricidad de los duelos. Se le conoce especialmente por su obra *Lar*. Olavo Brás Martins dos Guimarães Bilac (1865–1918) fue el más famoso e importante poeta parnasiano en Brasil. Autor de una obra prolífica, entre la que se cuentan también obras narrativas, fue una de las figuras más destacadas de entre los fundadores de la Academia Brasileña de Letras. Mantenía una postura republicana, opuesta al Mariscal de Hierro.

en su carácter. En esa época, Pompeia ya no escribía ficción. Hasta su muerte se volcaría enteramente a la *res publica*, sosteniendo que “el término medio es el *statu quo* de la cobardía”.

La segunda gran fase de las luchas de Pompeia es la que empieza en ese momento, y se engloba dentro del movimiento conocido como jacobinismo.

En los años posteriores a la proclamación de la república comenzó a reinar en Brasil un clima de paranoia, nacionalismo y xenofobia. Los republicanos más radicales veían cualquier rebelión como un intento de restauración de la monarquía y de injerencia extranjera. El jacobinismo, que brotó en este contexto, era un movimiento de los sectores medios de la población.<sup>55</sup> Reunidos en torno a un ideario nacionalista que procuraba proteger la agricultura, la embrionaria industria nacional y a la clase trabajadora urbana, buscaban nacionalizar el comercio al menudeo y sostener un gobierno autoritario, capaz de hacer frente a las amenazas extranjeras. En suma, los jacobinos traducían un viejo malestar de la clase media local ante la preponderancia que, hasta entonces, había gozado la extensa comunidad portuguesa de Brasil.

En efecto, durante todo el siglo XIX, aun después de la independencia, la colonia portuguesa había concentrado en sus manos

<sup>55</sup> Cf. June E. Hahner, “Jacobinos versus Galegos: Urban Radicals versus Portuguese Immigrants in Rio de Janeiro in the 1890s”, en *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*. Miami, Universidad de Miami, mayo, 1976, vol. 18, núm. 2, p. 131. En relación con sus referentes franceses, según Hahner, “los jacobinos brasileños y sus grupos de acción incluían mucho menos artesanos y ninguna mujer. Tampoco estuvieron compuestos por ninguna mayoría de los asalariados que, hacia mediados del siglo XIX, estaban remplazando a grupos sociales como los pobres urbanos de los días revolucionarios de Francia y que eran los principales participantes en los movimientos sociales urbanos en Gran Bretaña y Francia”.



el comercio al menudeo y el sector de financiamiento. Esta próspera colonia se había visto aumentada en número por una inmigración más tardía, en la década de los noventa decimónicos, que obedeció a problemas económicos de Portugal: los que llegaban eran, en general, hombres jóvenes sin educación, y lo hacían sin subsidios gubernamentales. No se establecían en el campo, como los italianos, sino en las ciudades, y se concentraron principalmente en Río de Janeiro.<sup>56</sup>

Como señala June E. Hahner, para la década de los noventa, la colonia portuguesa de Brasil abarcaba todos los estratos sociales.<sup>57</sup> Los elementos favorecidos de dicha colonia eran los dueños del comercio al menudeo, por lo que el odio que contra ellos sentía la clase media nacional se extendía a todos sus compatriotas. Parte de esa animadversión se debía a la natural competencia entre grupos de la pequeña burguesía. Funcionaba, sin embargo, el factor (mucho más demagógico) del aumento de precios. Según relata Hahner, “un periódico sindical de 1893 [*O Socialista*, 18 de febrero de 1893] denunciaba que los precios básicos de los alimentos se habían triplicado en el espacio de algunos pocos años”.<sup>58</sup> Los sectores nacionalistas culpaban a la colonia portuguesa de la carestía. En diversos momentos de su gestión, el mariscal Peixoto supo aprovecharse del jacobinismo para defender las trincheras del nacionalismo centralizador.

El jacobinismo fue un movimiento visible, estruendoso y aguerrido. Cobró verdadera fuerza a partir de la revuelta naval de 1893. Tras la derrota de la marina, el jacobinismo nutrió sus filas con cuadros de los viejos clubes republicanos del imperio

<sup>56</sup> *Ibid.*, pp. 126–127.

<sup>57</sup> *Ibid.*, p. 128.

<sup>58</sup> *Ibid.*, p. 129.

tardío y los recién surgidos “batallones patrióticos”, que conformaban una milicia ciudadana, armada y entrenada por el gobierno.<sup>59</sup>

Pompeia, que ejercía el cargo de “agitador oficial” del Club de los Jacobinos de Río de Janeiro, tenía la función de actuar como nexo entre los intelectuales y los activistas. En 1893 redactó un prólogo violento para un libro del poeta y cronista Rodrigo Octávio,<sup>60</sup> titulado *Festas nacionais*. En dicho texto se deja ver la visión que Pompeia tenía del estado de cosas en esos primeros años de la república:

Los grandes centros sensoriales de nuestro organismo de intereses están en Londres o en Lisboa. Ausentes de nosotros, por lo tanto. Somos, así, en economía política, unos miserandos invertebrados. Esta singular lesión se evidencia bien por síntomas dispersos de incoordinación mórbida en nuestra vida social. Por ésta se explica la paciencia con que nuestros pretendidos conservadores soportaron, bestializados durante todo el segundo reinado, el régimen mortal de los déficit financieros, que no podía, sin duda, levantar la revuelta de las masas liberales que apenas si estaban medianamente informadas sobre este descalabro, pero que debía, necesariamente, atizar la irritabilidad instintiva al menos del conservadurismo. Por ésta se explicaría la posibilidad (al mismo tiempo que la simétrica desgracia de que no tenemos un periodismo verdaderamente popular para clamar contra los estragos de la carestía) de que la prensa que representaba los más graves instintos conservadores se convirtiera en panfleto formidable de

<sup>59</sup> *Ibid.*, p. 133.

<sup>60</sup> Rodrigo Octávio Langaard de Meneses (1866–1944) fue un narrador, cronista y poeta brasileño. Fundador de la Academia Brasileña de Letras.

demolición a todo trance. Por ésta se explica la campaña perpetuamente instituida en la opinión pública en nombre de fórmulas vanas de liberalismo contra las medidas, los recursos, las precauciones enérgicas que han constituido la salvación económica y financiera de otros estados. Y se explica la enorme y poderosa opinión financiera favorable al préstamo externo, que será la manada que devorará a la república como devoró al imperio.<sup>61</sup>

Tras la victoria sobre la revuelta naval, el jacobinismo sistematizó sus demandas: reservar el comercio al menudeo a los brasileños nativos; confiscar los edificios que fueran posesión de portugueses; prohibir a los extranjeros que sirvieran en las fuerzas armadas y en la administración pública; controlar la inmigración; proteger la industria nacional y la agricultura; expulsar inmediatamente a cualquier extranjero que se atreviera a criticar los actos o costumbres brasileños en la prensa; expulsar a aquellas familias que permitieran que sus hijas se casaran con portugueses; prohibir las loterías y los juegos de azar; remover la capital federal del decadente Río de Janeiro e instituir la pena de muerte.<sup>62</sup> Con semejante programa, el jacobinismo no pudo nunca granjearse la simpatía de la clase trabajadora, casi toda compuesta de inmigrantes, aunque lo intentó recurriendo al argumento de que la carestía era provocada por los portugueses, sobre todo en el terreno de los alimentos y de la vivienda, pues la clase trabajadora vivía en vecindades propiedad de portugueses. Pese a tales intentos, el jacobinismo no pudo competir contra los incipientes anarquismo y socialismo en la conciencia de los obreros.<sup>63</sup>

<sup>61</sup> *Apud* E. Pontes, *op. cit.*, pp. 258–259.

<sup>62</sup> *Cf.* J. E. Hahner, *op. cit.*, p. 134.

<sup>63</sup> *Ibid.*, p. 138.

En 1894, Floriano Peixoto dejó el poder en manos del primer presidente civil de Brasil: Prudente de Moraes. Éste no simpatizaba con el movimiento jacobino, que se recrudeció. Aún tras la muerte de Peixoto en 1895, los jacobinos seguían llamando por un gobierno fuerte, sin congreso: una dictadura militar positivista. Pompeia defendía estas posiciones en los siguientes términos:

No exconjuremos el militarismo sin más ni más. El militarismo no sirve para nada, valga la verdad. Tiene todos los defectos que le atribuyen, no siendo el menos considerable de ellos el eterno recelo que éste crea, de hallarse el pacato ciudadano repentinamente involucrado en un caso horripilante de política a mano armada. Pero el militarismo para Brasil no es el mayor mal. Las dos facciones históricas más pronunciadas de nuestro pueblo son, sin duda, la energía de las clases militares y la indiferencia casi completa de las otras. [...] El militarismo, esto es, la preponderancia política de los militares, su atenta intervención en las cosas políticas, puede causar problemas especiales. Pero Brasil, pueblo que apenas se forma, puede sufrir de un mal mucho más peligroso, inherente a su condición de pueblo recién nacido: el cosmopolitismo. El cosmopolitismo es lo que viene a ser esa indiferencia en los momentos graves, misma que sabe, sin embargo, transformarse en lucha desenfrenada por los intereses inmediatos del simple provecho personal, cuando la inercia encoyada no es el consejo oportuno de la cautela. Y mejor todas las dificultades creadas por el elemento militar que, en último caso, por el honor del uniforme, por el fetichismo de la bandera, al que no escapa ni un solo soldado [...] que el régimen del abandono indiferente, del desinterés de todos, del relajamiento cívico que, en los momentos de calma social, se manifiesta por la avidez de las fortunas rápidas.<sup>64</sup>

El sepelio de Peixoto se convirtió en un acto político que habría de precipitar el desenlace de la vida de Pompeia. Pero la debacle personal del autor había iniciado algunos años antes.

Pompeia, que defendía con fuerza el gobierno del Mariscal de Hierro, había publicado, en 1892, un artículo contra los opositores en que se exaltaba la figura de su antecesor, Fonseca, y se forzaba la insinuación de cierta continuidad y empatía con Peixoto. La respuesta de *O Combate* fue virulenta. En una columna de oscura autoría, por cuya publicación era responsable Olavo Bilac, se leía lo siguiente:

“As Lembranças da Semana”, folletín del *Jornal do Comércio*, bien se merece una mención especial en nuestra crónica. El autor de “As Lembranças” es un empleado del gobierno, profesor de mitología en la Escuela de Bellas Artes. Ese joven bien podría ganarse y tragarse su sueldo completamente, sin rebajamiento de carácter y sin alusiones indignas. No obstante, prefiere comer ese pan que el diablo amasó untándolo con la manteca del servilismo y de la adulación. Es muy pretencioso cuando piensa que alabando al mariscal Deodoro lo arrastra hacia el bando del florianismo, donde impera la deshonra. Quizá no sea pretensión; quizá sea ablandamiento cerebral, pues Raul Pompeia se masturba y disfruta, a altas horas de la noche, en una cama fresca, a la media luz de una *veilleuse* mortecina, recordando amoroso y sensual todas las beldades que vio durante el día, y contando en seguida las tablas del techo donde éstas, vaporosamente, bailan.<sup>65</sup>

Según el testimonio de la familia de Pompeia, éste aguardó una disculpa espontánea de sus antiguos amigos de escuela y de

<sup>64</sup> R. Pompeia, *apud* E. Pontes, *op. cit.*, pp. 265–266.

<sup>65</sup> *Ibid.*, p. 242.

luchas. Ni Pardal Mallet, director de *O Combate*, ni Luiz Murat ni Olavo Bilac, se retractaron. La respuesta de Pompeia fue también virulenta. Fingiendo desprecio, aprovechaba la ocasión para insinuar acusaciones de incesto sobre sus atacantes. En cierta confitería de la *rua do Ouvidor*, pese a los intentos pacificadores de amigos comunes, Pompeia retó a duelo a Bilac.<sup>66</sup>

Los duelos no eran algo usual en la cultura brasileña urbana del siglo XIX. Se trataba de una excentricidad que se había puesto de moda en las últimas décadas, y exclusivamente en los círculos bohemios de Río de Janeiro, por obra de Pardal Mallet. La práctica estaba prohibida y se realizaba de manera clandestina. Olavo Bilac había ya participado en algunos duelos de los que había salido invicto o con heridas leves. Por lo general se trataba de enfrentamientos con arma blanca que se dirimían con la primera sangre. Pompeia condenaba la práctica del duelo como costumbre poco civilizada. En aquella ocasión, sin embargo, juzgándose herido en el honor, no halló otro medio de limpiar su imagen pública. Eloy Pontes cuenta que Pompeia, excelente gimnasta, era, sin embargo, torpe en la esgrima. El duelo estuvo a punto de realizarse en un par de ocasiones, pero se vio suspendido por circunstancias que no vienen a cuento. Finalmente, habiéndose hallado con éxito un sitio apropiado y testigos confiables, se suscitó una escena que habría de ser motivo de futuras ignominias. Los testigos lograron convencerlo de no batirse con Bilac. Las afrentas se perdonaron. Los adversarios firmaron las paces con un abrazo y lágrimas en los ojos.

Tres años más tarde, en el sepelio de Peixoto, Pompeia pronunció un discurso incendiario, en el que parecía desacatar al nuevo presidente. De inmediato fue destituido de su cargo de director

<sup>66</sup> Cf. *ibid.*, p. 244.

de la Biblioteca Nacional. Los proyectiles de sus adversarios, que ya habían sufrido cárceles y exilios, volvieron a caer sobre él. Un mes después del sepelio, Luiz Murat publicó un artículo titulado “Um louco no cemitério”, en el que se leían las siguientes líneas:

¿En qué país cree que vivimos el señor Raul Pompeia? ¿Qué diablo de república quiere su señoría? ¿No está satisfecho con el actual orden de cosas? ¿Deseará, por ventura, que se prolongue el régimen de sangre, de violencias, de martirios, de persecuciones y de guerra? Pero sólo puede aspirar a tal régimen quien tiene un ánimo fuerte y valor para tomar un fusil y salir a la calle a defender, en el caso excepcional de una revolución legítima, los intereses de la patria, pisoteados por un déspota. No obstante, a su señoría incluso le faltó valor para rechazar un insulto de los más graves en plena *rua do Ouvidor*, a la hora en que esa calle es más frecuentada. Su señoría, a quien le faltó el valor, después de mandar a sus testigos a entenderse con el agresor, para medirse con él en el momento en que éstos iban a dar la señal de combate y que, en vez de batirse en desagravio de su honor, seriamente comprometido, se arrojó a los brazos de su adversario, llorando y dejando atrás la afrenta [...] Ya se ve, pues, señor don Raul Pompeia, que estas bravatas demagógicas no le quedan bien.<sup>67</sup>

Pompeia no supo de la existencia de este artículo, publicado en octubre de 1895, sino hasta un mes después. Juzgando que su silencio hasta entonces habría sido interpretado como un síntoma más de cobardía, cayó en un profundo abatimiento. Se consideraba deshonrado y, en el culmen del nerviosismo, interpretó

<sup>67</sup> Luiz Murat, *apud* E. Pontes, *op. cit.*, p. 279.

una demora de dos días en la publicación de un artículo suyo en *A Notícia* como un reflejo de su deshonra. El día de navidad de 1895 garabateó en un papel una nota lacónica: “Al periódico *A Notícia* y a Brasil declaro que soy un hombre de honor”.<sup>68</sup> Y se pegó un tiro en el pecho. Tenía treinta y dos años.

<sup>68</sup> R. Pompeia, *ibid.*, p. 289.





#### ♦ IV ♦

Ese día, Raul Pompeia entró en la inmortalidad. Es curioso, sin embargo, considerar que los esfuerzos a los que dedicó la mayor parte de la tensión emocional e intelectual de su vida (la causa jacobina, su noción del honor propio) no fueron los que le granjearon un lugar en la memoria universal del pensamiento. Aun dentro de su obra literaria, los peldaños a los que dedicó las mayores energías (las *Canções sem metro*) quedaron a la sombra de una pieza realizada en pocos meses, casi con la fácil espontaneidad de la inspiración: *El Ateneo*. Acaso esto se deba a que tal novela, más que ninguna otra empresa de su vida, expresa y resume orgánicamente su fibra de multilateral rebeldía.

En la historia de Raul Pompeia, *El Ateneo*, *pólemos* total, es el único terreno en que, en “la lucha desigual de la epidermis contra las púas”, venció la epidermis. Considerando algunas de las contexturas de esa superficie sensible y vibrátil, quizá sea posible intuir mejor cuáles fueron los matices de la victoria.

Uno de los aspectos más estudiados de *El Ateneo* es el de la crítica hacia las instituciones del Segundo Imperio. El sarcasmo con que se ataca el sistema pedagógico, la jerarquía de poderes escolares —metonimia de los poderes sociales y políticos— y, en general, la ideología de las clases dominantes es, en efecto, uno de los rasgos más patentes de la obra, y es por ello que el presente estudio introductorio no se detendrá demasiado en él.

El argumento de la obra podría resumirse a la forma en que el personaje central, Sergio, lucha por hallar su individualidad

en ese medio hostil. Reducir la obra a la simple trama es casi un crimen. Ha habido casos de lectores de *El Ateneo* que hacen ver la desproporción entre el asunto tratado y la grandilocuencia con que se trata como un error, como un desequilibrio; pero aquí se intentará demostrar lo contrario. *El Ateneo*, como toda novela de formación, avanza en dos direcciones sólo aparentemente opuestas. Por un lado, el autoconocimiento del personaje; su desarrollo interior, que apunta hacia la formación de una identidad propia. Por otro lado, el intento de comprensión del mundo/*kosmos*. Tal como señala Caio Gagliardi, en su prólogo a la edición de *El Ateneo* en Editora Hedra:

En la escuela o fuera de ella, el protagonista lucha, pero, específicamente, para satisfacer su necesidad de autoconocimiento. Conocerse implica, en ese sentido, no un acto de separación y aislamiento, sino un intento de conciliación, de comprensión profunda de la realidad histórica. Es necesario estar atentos a ese aspecto de la novela de formación, porque la costumbre de identificarla simplemente como “novela subjetiva” o “introspectiva” borra, justamente, su rasgo más distintivo. En el *Bildungsroman*, la realidad histórica tiene una acción transformadora sobre el individuo.<sup>69</sup>

Así, el joven Sergio, recién salido del ambiente materno, virginal e intonso, sale, como materia fácilmente modelable, a “enfrentar el mundo”. La serie de enfrentamientos se realiza, en el texto, como si se siguiera un esquema definido de antemano. El protagonista debe hacer frente, primero, a las reglas más elementales de la institución escolar y descubre, al hacerlo, el

<sup>69</sup> C. Gagliardi, *op. cit.*, p. 26.

enorme potencial que ésta tiene para lo inhóspito. Tras una visión panorámica del “circo enorme de fieras” que le proporciona el misántropo Rabelo, compañero de escuela, es luego instruido por un alumno mayor, Sanches, y casi sucumbe bajo el peso del conocimiento. En consecuencia, anulado por la enorme carga de saber que se le arroja encima (y por las insinuaciones sexuales asociadas con la posición de poder de su colega), decide autorrecluirse en una versión idolátrica y personal de la religión que acentúa aún más la vulnerabilidad e indefinición de su carácter. La religión, que lo anula también a su manera, lo acerca al escalafón más bajo de la jerarquía escolar, el eterno castigado Franco.

En una charla crucial con su padre, Sergio comprende el valor de la búsqueda de la individualidad. A partir de ahora todo será más llevadero en el internado, pero la relativa tranquilidad que le brinda la definición de su propia identidad no va en detrimento de esta organización agónica que conforma la estructura de la novela, basada en las relaciones que Sergio mantiene de manera sucesiva con otros compañeros.

Las relaciones que se darán después de ese “descenso a los infiernos” serán un tanto más complejas si se tiene en cuenta el elemento de repentina subjetividad que ronda, a partir de entonces, la figura de Sergio. Las opiniones aquí se dividen, tendiendo, en su mayoría, a acentuar la posición de objeto en que Sergio aparenta colocarse en casi todas sus relaciones.<sup>70</sup>

<sup>70</sup> Araripe Júnior, por ejemplo: “Sergio no es Sergio. Sergio es un compuesto de transfiguraciones, dolorosas, muchas veces extraordinarias, durante las cuales, si bien su conciencia no siempre se anula del todo, como en ciertos casos patológicos mencionados por los psiquiatras, su voluntad, por lo menos, sufre las consecuencias de la superposición de una, de otra y de cuantas voluntades se le presentan. Su

Una lectura sumamente interesante es la de Yonamine, quien en su espléndida tesis sobre *Sexualidad y (homo)erotismo en la literatura brasileña finisecular* resalta la capacidad de decisión de Sergio en un juego de poder que lo lleva a adoptar roles de ambigüedad sexual, que gozan de ciertos beneficios dentro del intercambio de poderes, aunque reafirman —como señala Yonamine— el papel subyugado de la mujer, independientemente de que ésta aparezca representada a través de la figura de muchachos afeminados. Como sea, se nota, en las relaciones de Sergio con otros varones, un creciente empoderamiento que refleja el desarrollo íntimo del personaje en una serie de esferas cuyos límites difícilmente pueden discernirse (he ahí parte importante de la riqueza del texto), de manera que el muchacho pasa de una condición por completo sometida (cuando se relaciona con Sanches o Franco) a una circunstancia menos desfavorable. Finalmente, el protagonista logra establecer una relación plena y extática, que, sin embargo, rompe de manera inesperada para entrar al ciclo de las relaciones heterosexuales (aunque platónicas); un paso que reafirma la teoría, esbozada por el narrador, de que cierto afeminamiento sería natural en el desarrollo de los niños.<sup>71</sup> Venciendo esta serie de *agones* o pruebas, el niño debería llegar al pleno desarrollo de sus fuerzas, pero el dramático fin de la novela oculta el resto de la historia.

A lo largo de este complejo proceso de definición identitaria y sexual (una lucha que libra el protagonista por hallarse a sí mismo entre las púas del erizo invertido), el narrador va pin-

carácter es víctima del contagio, y a cada momento lo invade lo que hay de sobresaliente o hiriente en el carácter de los individuos que se le acercan". (*Apud* M. A. Yonamine, *op. cit.*, p. 112.)

<sup>71</sup> *Cf. infra*, p. 200.

tando cuadros aparentemente inconexos de la vida en el internado. Clases, aburrimiento, rutina y actividades extraordinarias: fiestas, banquetes, competencias, cierres de ciclos, actividades recreativas y comerciales que retratan bien, en miniatura, con ese gusto naturalista por las metonimias, la sociedad carioca del Segundo Imperio. Al frente de todo esto, Aristarco se revela como el otro gran rival con quien Sergio debe enfrentarse. Ostentando sus dimensiones de Goliat, Aristarco reduce a Sergio al papel de David. La figura insinuada es rica en matices políticos y psicológicos. Superados los primeros terrores ante la divinidad omnipotente, el niño poco a poco va comprendiendo los móviles materiales del viejo director de la escuela y termina enfrentándolo físicamente. El triunfo final de Sergio sobre Aristarco se da cuando el primero entabla una relación edípica con Ema, derrotando la figura de Aristarco como padre y rival. Pero la derrota completa de Aristarco trasciende a Sergio y alcanza las dimensiones de la alegoría. Para hablar de ella es necesario dejar atrás este nivel psicológico de la lucha, librado a través de la mera trama, y pasar al *pólemos* que se libra en otros planos de la novela, empezando por el más francamente ideológico.

De entre las batallas que se libran en *El Ateneo*, las que más discreta y refinadamente se insinúan son las más cruciales. Vista de esta manera, la novela constituye una crítica cultural despiadada. La escuela, con sus fronteras inquebrantables de muros encalados que encerraban el tedio, con paredes desde donde se proyectaba el fuego constante de las máximas morales, con su sistema de bedeles y la ruda vigilancia de Aristarco, no guardaba en su interior el orden, sino el caos. La obra entera está diseñada para demostrar el anacronismo y la inadaptación de ese sistema (educativo, político) frente a una realidad donde pulsán fuerzas de otro orden. Entre el cosmos que pretende imponerse y ese

caos informe de pulsiones y energías, es el caos el que triunfa. Todo está planeado para demostrar la superficialidad de las raíces con que se afianza el dominio de Aristarco sobre ese terreno movido cuyas trepidaciones él no intuye siquiera, o, mejor, finge no intuir en un juego de hipocresías materialmente redituable.

Así, bajo la retórica de los castigos, la pureza y las implacables reglas morales, vibra un mundo no menos voraz, jerárquico y cruel, que funciona con otra lógica, no mejor que la del cascarón de aparente orden que lo recubre, pero que es donde puede desarrollarse, complejo, sin idealizaciones y nunca libre de una fuerte dosis de sufrimiento y culpa, el elemento más subreptivamente subversivo de la novela: el placer.

Interesa hablar del placer porque conforma una especie de eje que traspasa tres planos cruciales: el del saber, el del sexo y el del discurso. Se trata, además, de un elemento poco enfatizado en los estudios sobre Pompeia, y no deja de ser necesario tenerlo en cuenta cuando se habla de las batallas emprendidas por este autor.

Un tema recurrente entre los estudiosos de *El Ateneo* es el de la sexualidad y, de modo específico, la homosexualidad. El homoerotismo que permea la novela no ha dejado de inquietar a los críticos, algunos de los cuales no osan llamarlo por su nombre. Uno de los casos de reacción más virulenta en este campo es el de Mário de Andrade.<sup>72</sup> Al interpretar *El Ateneo* como una venganza de Raul Pompeia contra los malos tiempos que

<sup>72</sup> Mário Raul de Moraes Andrade (1893–1945) fue un poeta, novelista y crítico brasileño. Constituyó, junto con Oswald de Andrade y Tarsila do Amaral, la tríada fundadora del movimiento modernista (*id est*, vanguardista) brasileño, inaugurado con su obra poética *Pauliceia desvairada*. Se trata de una de las figuras más destacadas de las letras brasileñas del siglo xx.

pasó en el internado, el autor de la *Pauliceia desvairada*, sobre quien pesaban también sospechas de homosexualidad, designa las relaciones de Sergio con otros alumnos como “ambiciones envilecedoras”, “cariños dudosos”, “análisis comprometedores” “sin calor dramático”, “ejemplo común y corriente de homosexualidad”. Por otra parte, la generalidad de los estudiosos sigue el postulado que el propio Pompeia pone sobre la mesa, y que plantea que el periodo de afeminamiento es una fase de transición hacia la heterosexualidad, considerada normal y natural.<sup>73</sup> Hay que subrayar que *El Ateneo* se publicó casi al mismo tiempo que las novelas naturalistas más importantes de la tradición brasileña. No era raro que aparecieran en estas novelas cuadros de amores “indebidos” o escenas sexuales de una intensidad poco común. Tampoco era raro que en una novela cuya trama se ubicaba en un ambiente de reclusión varonil se hablara de estos asuntos, pues suele darse por sentado que en ese tipo de circunstancias la homosexualidad brota de manera forzosa y natural. Considerado desde esta óptica, Pompeia lo tuvo todo para tratar un tema escabroso bajo la máscara, políticamente correcta, de la denuncia. Una primera lectura del texto podría considerar que, al poner al descubierto las relaciones homoeróticas de Sergio con sus discípulos, el autor estaría denunciando la “corrupción” de esa clase de establecimientos. Esa eventual lectura podría concluir que la lucha, librada en ese plano unívoco, terminaría por reafirmar los valores de la sociedad imperante: la moralidad y la heterosexualidad; pero debajo de esa fácil superficie actúan fuerzas más complejas.

Existe cierta postura determinista que tiende a considerar que los ambientes de reclusión entre individuos del mismo sexo

<sup>73</sup> Cf. M. A. Yonamine, *op. cit.*, p. 174.



propician la aparición de prácticas homosexuales. En esas condiciones, según estas posturas, la simple necesidad sexual explicaría la práctica del homoerotismo. Pero, como bien señala Yonamine, hay que distinguir (y esto es crucial) dónde termina la necesidad y dónde empieza el placer. Así, es posible situar el discurso erótico de la novela justo en esta franja de indefinición, donde ya no funciona tan unívocamente el recurso de la denuncia moral. Leída de esta manera, la novela presenta las relaciones homoeróticas en una clave de consumada belleza estética, sin que su embellecimiento implique, de modo necesario, que el autor se mueva en el terreno del sarcasmo. Al contrario: la sombra de sarcasmo dejó salir a la luz un discurso plenamente subversivo, donde el amor entre efebos se designa con su propio nombre: *amor unus erat*.

No obstante, lejos de purismos, el erotismo se manifiesta con diversos rostros, algunos de los cuales parecen amenazar la integridad sexual del protagonista, como es el caso de la relación con Sanches, en que todos los acercamientos se perciben como agresiones, bajo el signo de la repugnancia. Nótese que, en ese episodio particular, el narrador lo deja entrever todo a través de reticencias. La relación entre Sergio y Sanches nunca se verbaliza,<sup>74</sup> como tampoco la consumación de las relaciones sexuales que los alumnos del internado mantienen con Ángela, la criada canaria, aludida en un párrafo oscuro como pocos. Lo mismo sucede cuando se describe por primera vez la práctica del baño en la “natación”. Se trata de una escena cargada de una sensualidad amenazadora.<sup>75</sup>

<sup>74</sup> Cf. Gloria Carneiro do Amaral, “O Ateneu e os movimentos literários”, en L. Perrone-Moisés, coord., *op. cit.*, p. 198.

<sup>75</sup> Cf. J. C. Chacón, “O animal natural”, *ibid.*, p. 129.

Sin embargo, otras facetas del erotismo se describen con mayor deleite. Ciertamente es que la relación de Sergio con el fuerte y valeroso Bento Alves tiene destellos de caricatura, pero es, por momentos, de un patetismo conmovedor. Es, no obstante, con Egbert con quien el homoerotismo alcanza sus vuelos más altos y más positivamente consumados.

La sensualidad no está presente sólo en los casos en los que Sergio se relaciona con sus compañeros, sino que podría decirse que traspasa toda la novela, presentándose también en torno a las figuras femeninas de *El Ateneo* (Ángela, Melica y Ema). Y no sólo: la sensualidad de la obra va más allá: brota por todos lados, incluso en la relación con el saber, por ejemplo, o con el arte:

La gramática, a su vez, se me abría como un cofre de confites de Pascua. Satín color de cielo y azúcar. Elegía los adjetivos al capricho, como si fueran almendras endulzadas por circunstancias adverbiales de la más agradable variedad; los amables sustantivos, propios y comunes, revoloteaban en torno mío como criaturitas aladas de alfeñique; la etimología, la sintaxis, la prosodia, la ortografía: cuatro grados de dulzura en una misma degustación. Cuando mucho, me disgustaban, al principio, las excepciones y los verbos irregulares, como esos feos confites crespos de chocolate que, una vez en la boca, resultan sabrosísimos.<sup>76</sup>

Cabría una lectura que destacara en esto un reflejo más de la “pan-sensualidad / pan-sexualidad”, si así pudiera llamarsele, de Pompeia; y, en segundo lugar, un procedimiento habitual de su violento proceso formador de símbolos: las metáforas que emplea, en especial las más efectivas, son aquellas que acercan

<sup>76</sup> Cf. *infra*, pp. 126–127.

mundos violentamente disímiles, y su sentido no siempre es satírico. Este placer sensual, traducido en metáforas que enaltecen la materialidad del lenguaje, hace pensar en la alta sensualidad del estilo mismo de Pompeia. Como bien señala el poeta Ledo Ivo, *El Ateneo* es una

[...] novela poética, abierta a los esquemas conjuratorios y transfiguradores, bañada de una imaginación que tiende hacia lo frenético y que, en su extraordinaria mutación de situaciones estilísticas, se avecina muchas veces al poema, tanto así que en su tejido se engarzan muchos alejandrinos y endecasílabos.<sup>77</sup>

Esta constatación no hace sino reafirmar las teorías de Pompeia, para quien, por un lado, la novela debía acercarse a la poesía y, por otro lado, debía incorporar una amplia gama de estilos: “El estilo se gradúa proporcionalmente al tema. Estilo representativo de una idea, estilo representativo de una sensación. Dibujo y tinta. O, variando la metáfora: imposible hacer de un monocordio una orquesta”.<sup>78</sup>

Así, en *El Ateneo* se encuentra un surtido de estilos que debe siempre entenderse como una opción lúcida del autor, aunque el estilo que más resalta, quizá por su dificultad y erudición, es el de los momentos delirantes, en que Pompeia alcanza una complejidad única en la literatura brasileña de la época. Mário de Andrade no duda en calificar como “barroco” este abigarramiento del estilo.<sup>79</sup> En efecto, es difícil encontrar, en el elegante siglo XIX brasileño, una sintaxis tan dada a las subordinaciones.

<sup>77</sup> L. Ivo, *op. cit.*, p. 35.

<sup>78</sup> R. Pompeia, *apud* E. Pontes, *op. cit.*, p. 324.

<sup>79</sup> Cf. M. A. Yonamine, *op. cit.*, p. 102.

En *El Ateneo* se encuentran periodos de más de veinte líneas, en que a veces el autor mismo parece perder el hilo y dejar cabos sueltos, acometido repentinamente por una verborrea que desborda los cánones del decoro y del llamado “buen gusto”, y entregado al placer de la palabra por la palabra, como si degustara a puñados aquellos confites de pascua de la lección de gramática, con una concupiscencia inmoderada. Pompeia no ignoraba que, al obrar así, contradecía las normas esenciales de la pulcritud, ésas que aquejan al canon occidental desde las viejas discusiones clásicas entre asianismo y aticismo.

Si cupiera aquí establecer un paralelo con los gustos de la Antigüedad, podría decirse que, mientras el gran Machado de Assis habría encantado al oído ateniense, Pompeia habría entrado de lleno en el linaje proscrito de Gorgias y Hegesias,<sup>80</sup> esos asianistas ampulosos contra los cuales el propio Cicerón,<sup>81</sup> a su pesar impuro, abría fuego, pues escribían “muchas cosas bastante in-

<sup>80</sup> Gorgias de Leontinos (ca. 485–380 a. de C.) fue un sofista griego, autor de un tratado *Sobre el no ser* y de discursos en que se defendía a personajes míticos considerados indefendibles, como Helena de Troya y Palamedes, con la intención de demostrar el gran poder de convicción de la palabra. Gorgias adornaba su discurso con una sonoridad muy marcada, llena de rimas internas y con atención al ritmo. Con el paso del tiempo fue denostado por el peso de la tradición grecorromana, más tendente hacia una prosa limpia y transparente. Platón le dedica un diálogo: *Gorgias*. Hegesias de Magnesia, que alcanzó su acmé hacia el año 300 a. de C., fue un historiador helenístico, autor de una historia de Alejandro Magno que no se conserva. Su estilo era complejo, florido y “amanerado”, según autores posteriores, como Agatárquides de Cnido, Cicerón y Dionisio de Halicarnaso, quienes lo critican duramente. Se le considera como uno de los representantes más extremos del estilo asiánico.

<sup>81</sup> Marco Tulio Cicerón (106 a. de C. – 43 a. de C.) fue uno de los más importantes rétores romanos, autor de varios tratados sobre retórica y responsable de realizar los primeros esfuerzos filosóficos en la tradición romana.

geniosas, pero como recién nacidas, vulgares y parecidas a los versos, algunas de ellas excesivamente pintadas”.<sup>82</sup>

En lugar de entregarse a tales excesos, la gran elegancia clásica del estilo, ligada al gusto aticista, recomendaba que el orador fuera “sumiso y humilde, imitador de la costumbre [...] De tal manera que quienes lo escuchen, aunque no sepan hablar, crean que ellos también pueden expresarse de esa manera”.<sup>83</sup> Creando esta sencillez ficticia, el orador ático debía alejarse de la poesía, evitando aquellas cláusulas que contuvieran alguna cadencia métrica.<sup>84</sup> Como en el caso de las mujeres, en el discurso ático “se retirará todo insigne ornamento, como si de perlas se tratara, y no se añadirán oropeles; se rechazarán todos los entintados remedios del candor y del rubor: sólo permanecerán la elegancia y la limpieza (*munditia*)”.<sup>85</sup> Lo que debe buscarse es, pues, la *munditia*: la limpieza, el orden, palabra etimológicamente emparentada con mundo/*kosmos*, al tiempo que en el estilo asiánico prevalecen el desorden y la dificultad. Cabe citar aquí lo que el propio Pompeia opinaba acerca de la simplicidad en el discurso:

La cuestión de la simplicidad viene del prejuicio, desacreditado actualmente, de que la prosa literaria está excluida de los privilegios de la metrificación de los versos: la franqueza, el impudor del alma, sólo pueden hacerse oír en la estrofa como a través de la ventanita convenientemente enrejada de un confesionario. No: la prosa tiene que ser elocuente para ser artística, tal como los versos. Y no se vaya a creer que la elocuencia es tan sólo el ardor turbulento de los

<sup>82</sup> M. T. Cicerón, *Orator (ad M. Brutum)*, xi, parág. 39.

<sup>83</sup> *Ibid.*, xxiii, parág. 76.

<sup>84</sup> “Ante todo, librémoslo de las ataduras de los números”, *id est*, de la métrica. (*Ibid.*, xxiii, parág. 77.)

<sup>85</sup> *Ibid.*, xxiii, parágs. 78–79.

meridionales, expresión abundante y violenta; es también, y más difícilmente, lo que se denomina, en particular, poesía.<sup>86</sup>

El lenguaje de *El Ateneo* no sólo es particular por su abigarramiento sintáctico: también lo es en el terreno léxico. Lejos de purismos de cualquier especie, conjuga el afrancesamiento propio de la época con el lusismo machadiano,<sup>87</sup> pero en puntos clave incorpora elementos nativos brasileños. Es, además, a tal punto rebuscado, que obliga a los editores brasileños a incluir glosarios o constantes notas con la intención de allanar el camino a los lectores modernos. Lejos de lo que pretendería cualquier purista, aquí la materia significativa avanza señalando su propio rostro, denunciándose a sí misma como artificio, ornada con todos los rubores y oropeles que proscribió Cicerón.

Pero la subversión del gusto y de la forma no termina allí: más allá del placer que esto pueda proporcionar, “Raul Pompeia toma, como blancos de su crítica, tanto la realidad descrita y narrada, como el tipo de discurso que mantiene, ocultándola, esa realidad”.<sup>88</sup> Gran parte de los pasajes de su obra son paródicos, como señala Élide Valarini:

Como ejemplo de parodia de la retórica tenemos *El Ateneo*, que invierte la retórica expresamente por la parodia de los manuales normativos. Podemos entender el movimiento de esa obra como algo dotado de una fuerza radicalmente rebajadora: así lo son las figuras de palabras, las expresiones, las imágenes e incluso las articulaciones temáticas. Lo que está en lo alto se desploma y se

<sup>86</sup> R. Pompeia, *apud* E. Pontes, *op. cit.*, p. 219.

<sup>87</sup> *Cf.* L. Ivo, *op. cit.*, p. 30.

<sup>88</sup> L. Perrone-Moisés, “Lautrémont e Raul Pompeia”, en L. Perrone-Moisés, coord., *op. cit.*, p. 36.

rebaja. Lo bajo se eleva. Tal movimiento es el mismo de la transgresión simbólica del carnaval.<sup>89</sup>

Una vez más, Pompeia se mueve en un terreno pantanoso y difuso, donde la sospecha de sarcasmo da lugar a ampulosidades sensuales que sonríen de modo enigmático, despertando goces donde no se pensaba encontrarlos. La rígida normatividad estilística y retórica se transgrede constantemente, creando imágenes sublimes a partir de elementos bajos y viceversa, “como si hubiera ascensos hacia abajo”.<sup>90</sup> En palabras de Juan Carlos Chacón:

El no acomodamiento a los patrones discursivos realistas o naturalistas y el combate a la retórica clásica no pueden verse como una carencia de estilo. Por el contrario, es precisamente en esa “subversión” de los modelos estilísticos y de las reglas normativas del “bien escribir” donde el texto de Raul Pompeia crea su propio estilo y monta su estrategia significativa, o sea, funda su poética. [...] La escritura pompeiana “tiene el apetito de la termita por la demolición invisible de lo que está constituido”, pues, como la termita que, al comer desde dentro la estructura de sustentación derriba el edificio, así el escritor usa y abusa de todo lo que la tradición literaria puso en sus manos, lo devora y lo destruye. No obstante, a diferencia de la termita, él tiene su “poética del termiteo”, con la que reconstruye el universo que destruyó, al mismo tiempo que cambia los rumbos de su objeto de destrucción.<sup>91</sup>

<sup>89</sup> É. Valarini, “Vínculo e ruptura...”, *ibid.*, p. 179.

<sup>90</sup> *Cf. infra*, p. 303.

<sup>91</sup> J. C. Chacón, “O Animal Cultural”, en L. Perrone-Moisés, coord., *op. cit.* p. 136.

Esta especie de desenfreno lúbrico que ocurre al nivel del lenguaje se corresponde con otras lubricidades semejantes. Una especialmente digna de atención es el placer de adquirir conocimientos: la historia, la geografía, las palabras del diccionario, se muestran con una fuerte carga de erotismo, aquí y allá asociado con la ingestión (como en el caso de la gramática)<sup>92</sup> que, a su vez, aparece en ocasiones ligada sexo.

Un pasaje privilegiado en este sentido, que alcanza dimensiones orgiásticas, es la cena de los alumnos en el Jardín Botánico. Capaz de pintar grandes escenas, Pompeia representa aquí un lienzo alegre y pantagruélico de placeres satisfechos y concupiscencias extralimitadas, que hacen eco a los banquetes de *El satiricón*.<sup>93</sup>

La operación más extraordinaria, sin embargo, es la que vincula el arte con el placer sexual, ampliamente desarrollada en el discurso más extenso del profesor Claudio. Este personaje, al que el autor concede un papel especial, es portavoz de extrañas teorías acerca del arte, que, una vez más, la crítica no sabe bien si identificar con ideas propias de Pompeia<sup>94</sup> o como discursos

<sup>92</sup> Cf. Teresa de Almeida, “Retórica do alimento”, *ibid.*, p. 118. Hay, además, otras metáforas en que el alimento aparece asociado al saber: la harina-alfabeto; las letras que engordan a fuerza del pan de los libros escolares, las meriendas de consejos de Aristarco, los aperitivos de emociones, el hombre sándwich de la educación nacional...

<sup>93</sup> Cf. *ibid.*, p. 113.

<sup>94</sup> Para Godinho Salgado, por ejemplo, “la percepción de la época, expresada por el profesor Claudio, encuentra una correspondencia inmediata en otro texto de Raul Pompeia que nos remite también al inicio de la novela, a la fórmula con que el padre del narrador le indica lo que le espera ante la puerta del Ateneo-mundo”. (Godinho Salgado, “O escritor e o conferencista”, *ibid.*, p. 232.) Ledo Ivo, que establece analogías entre esos discursos y los temas abordados por Pompeia en las *Canções* considera que estos pasajes son “islas discursivas” en que el novelista deja oír su propia voz



citados con sarcasmo.<sup>95</sup> Ciertamente, en algunos puntos de las disquisiciones del profesor Claudio se vislumbran ideas que no eran ajenas a Pompeia, lo que no quiere decir que la coincidencia de opiniones pueda extenderse a la totalidad de los postulados que el personaje pregona. Como sea, un asunto de especial interés, a la luz de esta lectura, que busca en Pompeia las inflexiones del placer, es la idea del arte como reflejo del instinto de supervivencia: “el arte, la estética, la estesia, es la educación del instinto sexual”.<sup>96</sup>

Simplificando las cosas a un grado esquemático, podría establecerse un eje simbólico que vincula, en la obra de Pompeia, los elementos placer-sexo-arte-alimento. Contra esta realidad vibrante e inmoral, poco pueden las máximas colgadas en las paredes del Ateneo, o Aristarco con su cota de colgijes honoríficos y su revestimiento calculado de formador de almas.

Al final, todo el cascarón institucional y moral sucumbe consumido por un incendio repentino, en “un final brusco de mala

en la novela. (Cf. L. Ivo, *op. cit.*, p. 45.) Según Silvano Santiago, “los tres discursos se complementan de una manera armoniosa, presentándonos críticamente la posición del autor frente a tres situaciones muy bien definidas: ante la literatura a la que pertenece, ante la novela como obra de arte y ante la vida pasada, material que está utilizando. (Silvano Santiago *apud* M. A. Yonamine, *op. cit.*, p. 212.) Finalmente, y por citar sólo un ejemplo más, Teixeira de Barros opina que “Raul Pompeia expresó formalmente su legado estético en *El Ateneo* al objetivar su visión artística en las palabras del profesor Claudio, el único entre los maestros del internado que mereció una opinión favorable por parte del narrador”. (Teixeira de Barros, “Além de inútil, imoral”, en L. Perrone-Moisés, coord., *op. cit.*, p. 242.)

<sup>95</sup> Para María Antonieta Porres, “a través de su discurso, el profesor Claudio justifica la sociedad del Ateneo-fango. El provecho humano proclamó el orden en nombre del vientre; en él, los fuertes vencen”. (María Antonieta Porres, “Os discursos do professor Cláudio”, *ibid.*, p. 239.)

<sup>96</sup> Cf. *infra*, p. 209.

novela”,<sup>97</sup> según la expresión de Pompeia. Sería, en efecto, un final propio de una mala novela si el papel preponderante lo desempeñara aquí la trama, el desarrollo de Sergio en busca de su identidad. No siendo la trama el elemento central, puesto que el énfasis de la novela está colocado en la crítica cultural que se realiza en todos los planos, el súbito incendio del Ateneo cobra sentido y cierra de modo espectacular la novela con su lección de llamas, derrumbes y sabiduría reducida a polvo. El incendio: un joven rebelde llamado, sugerentemente, Américo. Los matices políticos del cuadro final de la novela son evidentes.

La ciencia, la moralidad, la retórica entera de un orden de cosas (un *kosmos*) fundado en una sociedad monárquica, aristocrática, católica, esclavista, aparecen achicharradas a los pies de Aristarco, antes Júpiter tonante, ahora dios *caipora*. Nótese la sutileza del símbolo: dios *caipora*, divinidad indígena de mal agüero, reducida desde las cumbres del Olimpo hasta la dimensión terrestre, sucia y tangible de una realidad que en nada se adapta al esquema que pretende imponerse. Quedan tizones, pero queda, sobre los tizones, no la desgredada imagen del director vencido, sino la esplendencia de una victoria multiforme: la abolición del Ateneo, la destrucción del viejo orden al nivel del relato; la riqueza estética de un discurso sensual como pocos, en que el placer erótico y gastronómico conviven con el placer del texto y del conocimiento, tipos de carne que se autoerigen en tal, reivindicando su materialidad, su cuerpo de metáforas inauditas y sinestesias inesperadas. Es éste, y no otro, el triunfo de la epidermis contra las púas.

<sup>97</sup> Cf. *infra*, p. 336.



EL ATENEO  
(CRÓNICA DE NOSTALGIAS)



♦ I ♦



“Vas a enfrentar el mundo —me dijo mi padre ante la puerta del Ateneo—. Ten valor para la lucha”.

Bastante probé después la verdad de esta advertencia, que me despojaba, de golpe, de las ilusiones de niño exóticamente educado en ese invernáculo de cariño que es el régimen del amor doméstico, distinto de lo que se encuentra fuera; tan distinto, que el poema de los cuidados maternos parece un artificio sentimental cuya única ventaja es la de hacer más sensible a la criatura ante la ruda impresión de la primera enseñanza, temple brusco de la vitalidad bajo la influencia de un

ambiente nuevo y riguroso. No obstante, recordamos con una nostalgia hipócrita los tiempos felices; como si no los hubiera perseguido otrora la misma incertidumbre de hoy bajo un aspecto diverso; como si no viniera de lejos la sarta de decepciones que nos ultraja.

Un eufemismo, los tiempos felices; no más que un eufemismo, como cualquier otro de los que nos alimentan, la nostalgia

de los días que pasaron como si hubieran sido los mejores. Considerándola detenidamente, la actualidad es la misma en todas las fechas. Una vez hecho el balance de los deseos, que varían, y las aspiraciones, que se transforman alentadas perpetuamente por el mismo ardor, sobre la misma base fantástica de esperanzas, la actualidad es una sola. Bajo el cambiante colorido de las horas, un poco más de oro en la mañana, un poco más de púrpura hacia el crepúsculo, el paisaje es el mismo a cada lado, en los bordes de la senda de la vida.

Tenía yo once años.

Había asistido como externo, durante algunos meses, a una escuela familiar de Caminho Novo,<sup>1</sup> donde algunas señoras inglesas, bajo la dirección de su padre, impartían educación a los infantes como mejor les parecía. Yo entraba tímidamente a las nueve de la mañana, ignorando las lecciones con la mayor regularidad, y bostezaba hasta las dos, retorciéndome de insipidez sobre los carcomidos pupitres que el colegio había comprado, de pino y de segunda mano, lustrosos por el contacto con la pillería de no sé cuántas generaciones de pequeños. Al mediodía nos daban pan con mantequilla. Esta golosa remembranza es la que más firmemente conservé de esos meses de externado, junto con el recuerdo de algunos compañeros: uno al que le gustaba hacer reír al grupo, una interesante especie de mono rubio, erizado, que se la vivía mordiéndose una protuberancia callosa que tenía en el dorso de la mano izquierda; otro, afeminado, elegante, siempre alejado de los demás, que venía a la escuela de blanco, almidonado y radiante, con la camisa cerrada en diagonal desde el hom-

<sup>1</sup> Camino real construido en las primeras décadas del siglo XVIII para comunicar el puerto de Río de Janeiro con las regiones auríferas de Minas Gerais en sustitución de la antigua vía, conocida a partir de entonces como Caminho Velho.

bro hasta el cinturón, abrochada con botones de madreperla. Y recuerdo algo más: la primera vez que oí cierta áspera injuria, una palabrota rodeada de terror en ese establecimiento, que los timoratos denunciaban ante las maestras con dos iniciales, como en un monograma.

Luego, un profesor me impartió lecciones a domicilio.

Pese a este ensayo de la vida escolar al que me sometió mi familia antes de la verdadera prueba, me encontraba perfectamente virgen para las sensaciones nuevas de la nueva etapa. ¡El internado! Lejos del placentario cobijo de la dieta casera, se acercaba el momento en que mi individualidad habría de definirse. Aderecé con amargura anticipada el adiós a mis primeras alegrías; ¡miré triste mis juguetes, ya viejos! ¡Mis queridos pelotones de plomo! Esa especie de museo militar de todos los uniformes y todas las banderas, selecta muestra de la fuerza de los estados, en proporciones de microscopio, a la que ponía yo en formación de combate como una amenaza tenebrosa para el equilibrio del mundo; a la que hacía guerrear en desordenado apretujamiento, masa tempestuosa de las antipatías geográficas, choque definitivo y ebullición de los seculares odios de frontera y de raza; y a la que al fin pacificaba con la facilidad de la Divina Providencia, interviniendo sabiamente, resolviendo las pendenencias mediante la promiscua concordia de las cajas de madera. Debía entregar por fuerza al óxido del abandono el elegante vapor de línea circular del lago, en el jardín, adonde quizá no volvería jamás a perturbar, con la palpitación de las ruedas, la morosa somnolencia de los pececillos rojos, áureos y argentinos, pensativos bajo la sombra de los caladios, en la adamantina transparencia del agua...

No obstante, me animó cierto movimiento, un primer estímulo serio de vanidad: ¡me alejaba de la comunión familiar, como



un hombre! Iba a emprender por mí mismo la lucha por los honores y me sobraba confianza en mis propias fuerzas. Cuando me dijeron que se había decidido qué colegio habría de recibirme, la noticia me halló armado para emprender la audaz conquista de lo desconocido.

Un día, mi padre me tomó de la mano, mi madre me besó la frente, mojándome el cabello con sus lágrimas, y partí.

Antes de instalarme en el Ateneo, lo visité dos veces.

El Ateneo era el gran colegio de la época. Célebre por su nutrido sistema de difusión y sostenido por un director que cada cierto tiempo remodelaba modosamente el establecimiento, pintándolo de novedad, como los negociantes que liquidan para reabrir con artículos de última remesa, el Ateneo había consolidado desde hacía mucho tiempo su prestigio en la preferencia de los padres, sin preocuparse por el favor de la chiquillería, que rodeaba de aclamaciones el vistoso bombo de sus anuncios.

El doctor Aristarco Argolo de Ramos, de la conocida familia del vizconde de Ramos, del norte, llenaba el imperio con su renombre de pedagogo. Eran boletines de propaganda por las provincias, conferencias en diversos puntos de la ciudad, sobre pedido, sustanciosas, que atiborraban las prensas de los pueblecillos; grandes cajas, sobre todo, de libros elementales, que se fabricaban a la carrera con la jadeante y agitada participación de profesores prudentemente anónimos; cajas y más cajas de volúmenes empastados en Leipzig, que inundaban las escuelas públicas de todas partes con su invasión de portadas azules, rosadas, amarillas, en las que el nombre de Aristarco, entero y sonoro, se ofrecía al pasmo idolátrico de los hambrientos de alfabeto en los confines de la patria. Incluso aquellos sitios que no los buscaban, eran sorprendidos un buen día por la inundación gratuita, espontánea, irresistible! Y no quedaba sino aceptar la

harina de aquella marca para el pan del espíritu. A fuerza de ese pan engordaban las letras. Un benemérito. No es de sorprender que, en los días de gala, íntima o nacional, en las fiestas del colegio o en las recepciones de la Corona, el amplio pecho del gran educador desapareciera bajo constelaciones de pedrería que daban opulencia a la nobleza de todos sus honoríficos colgijes.

Era en las circunstancias de aparato donde podía medirse el pulso de aquel hombre. No sólo las condecoraciones gritaban desde su pecho, como una coraza de grillos, ¡Ateneo! ¡Ateneo!

Aristarco entero era un anuncio. Sus gestos serenos, soberanos, eran propios de un rey: el autócrata excelso de los silabarios. La pausa hierática de su andar dejaba sentir el esfuerzo que empeñaba, a cada paso, en hacer progresar, a empujones, la enseñanza pública; la luz de su mirada fulgurante, bajo la áspera crispación de esas cejas de monstruo



japonés, penetraba las almas circunstantes: era la educación de la inteligencia. Su mandíbula, pulcramente afeitada de oreja a oreja, recordaba la tersura de las conciencias limpias: era la educación moral. Su estatura misma, en la inmovilidad del gesto, en la mudez del semblante, su sola estatura decía de él: he aquí un gran hombre... ¿no ven ustedes las dimensiones de Goliat...? Retuézase sobre todo esto un par de bigotes, macizas volutas de hilos blancos torneadas con esmero, que le cubrían los labios

cual cerradura de plata sobre ese silencio de oro que tan hermosamente imponía como retraimiento fecundo de su espíritu, y quedará esbozado, moral y materialmente, el perfil del ilustre director. Un personaje que, en suma, en un primer examen, parecía estar aquejado por esta enfermedad atroz y extraña: la obsesión con su propia estatua. Como la estatua tardaba, Aristarco se satisfacía internamente con la afluencia de estudiantes ricos a su instituto. De hecho, los educandos del Ateneo representaban la más fina flor de la juventud brasileña.

La irradiación del *réclame*<sup>2</sup> extendía a tal punto sus tentáculos a través del país, que no había familia de dinero, enriquecida por el septentrional caucho o por el *charque*<sup>3</sup> del sur, que no considerara un compromiso de honor con la posteridad doméstica mandar a uno, dos o tres de entre sus jóvenes a abreviar en la fuente espiritual del Ateneo.

Confundiendo en esta selección depuradora, pues es común el sensato error de considerar que las familias más ricas son las mejores, sucedía que muchas de ellas, de veras indiferentes y sonriendo ante el estruendo de la fama, mandaban allí a sus hijos. Fue así como entré yo.

La primera vez que visité el establecimiento fue en ocasión de una fiesta de fin de cursos.

Uno de los grandes salones del frente del edificio, precisamente el que servía de capilla, se había convertido en anfiteatro; paredes estucadas con suntuosos relieves, y un techo rematado con un amplio medallón, magistralmente pintado, donde una

<sup>2</sup> En francés, “anuncio, propaganda”.

<sup>3</sup> Carne seca y deshidratada al sol, que, producida en la parte sur de Brasil, se destinaba al consumo de los esclavos que laboraban en las plantaciones de azúcar situadas en el noreste del país.

rendija de cielo azul despeñaba en racimos angelitos deliciosos, que ostentaban rosáceos atrevimientos de carne, agitando sus manitas y minúsculos pies y desatando cintas de gasa en el aire. Una vez desmontado el oratorio, se construyeron tableros circulares que encubrían el lujo de las paredes. Los alumnos ocupaban la gradería. Como la mayor parte del público siempre prefería la exhibición de ejercicios gimnásticos, que se celebraba algunos días después del fin de cursos, el sitio destinado a los circunstantes era reducido; y el público, padres y tutores en general, más numeroso de lo que se esperaba, se veía obligado a desbordarse del salón de fiestas a la sala contigua. Yo observaba, trepado en una silla, desde esta antesala. Mi padre me suministraba información. Ante la gradería se desplegaba una mesa de grueso paño verde y borlas de oro. Ahí estaban el director, el ministro del imperio y la comisión de premios. Yo veía y escuchaba. Hubo una conmovedora alocución de Aristarco; hubo discursos de alumnos y maestros; hubo cantos y poemas declamados en diversas lenguas. El espectáculo me comunicaba cierto placer respetuoso. El director hacía desaparecer sin delicadeza al ministro, de un físico retraído, con la brutalidad de un escandaloso contraste. Con su *grande tenue*<sup>4</sup> de las ocasiones solemnes, se sentaba elevado en su orgullo como en un trono. El bello uniforme negro de los alumnos, con botones dorados, me infundía la tímida consideración de un militarismo brillante, aparejado para las campañas de la ciencia y del bien. Yo lo recibía todo con convicción, como si se tratara del texto de la Biblia del deber: la letra de los cánticos en el coro de los disciplinados falsetes de la pubertad; los discursos revisados por el director, panzones de sesudez, en la boca irreverente de la

<sup>4</sup> Traje militar de gala.

primera juventud, como un *Cendrillon*<sup>5</sup> contrahecho de la burguesía conservadora, recitados con una monotonía de organillero y gestos giratorios de manivela, o bien exagerados, con voz cava y caretas de tragedia anacrónica. Aceptaba las banalidades profundamente promulgadas como si fueran las sabias máximas de la enseñanza redentora. Me parecía estar viendo la legión de los amigos del estudio, con los maestros al frente, en heroica embestida contra el oscurantismo, arrastrando por los cabellos, derribando y poniendo a sus pies a la ignorancia y al vicio, misérrimos estorbos consternados y pataleantes.

Me impresionó, sobre todo, un discurso. A la derecha de la comisión de premios estaba la tribuna de los oradores. A ésta subió, firme y restiradito, Venancio, un profesor del colegio que ganaba cuarenta *mil-réis*<sup>6</sup> por materia, y que no por eso era menos importante; sabía mostrarse irreductible en su orgullo de independencia, mestizo de bronce, pequeñito y tenaz, que habría de hacer carrera más tarde. El discurso consistió en el típico enfrentamiento de los torneos medievales con el moderno certamen de las armas de la inteligencia; después, una prelación pedagógica, tachonada de flores de retórica metidas a la fuerza; y la apología de la vida de colegio, seguida por la exaltación del maestro en general y, en particular, de Aristarco y del Ateneo.

—El maestro —peroró Venancio— es la prolongación del amor paterno, es el complemento de la ternura de las madres,

<sup>5</sup> Nombre de la Cenicienta en la versión de Charles Perrault (1697): *Cendrillon ou La petite pantoufle de verre*. El término también designa al conjunto de relatos que comparten los motivos esenciales de este cuento de hadas en diversas tradiciones.

<sup>6</sup> Mil reales. El vocablo era de uso muy frecuente en el siglo XIX, pues para entonces el real, que fue la moneda corriente en Brasil hasta 1942, había sufrido fuertes devaluaciones.

el celoso guía de los primeros pasos por la senda escabrosa que lleva a las conquistas del saber y la moralidad. Su auxilio, experimentado en la labor cotidiana de su sagrada profesión, nos ampara como la Providencia en la tierra y nos escolta asiduo, como un ángel de la guarda; su lección prudente nos ilumina la jornada entera del futuro. A nuestro padre debemos la existencia del cuerpo; el maestro nos cría el espíritu (sensacionales sorites<sup>7</sup>), y el espíritu es la fuerza que impele, el impulso que triunfa, el triunfo que ennoblece, el ennoblecimiento que glorifica, ¡y la gloria es el ideal de la vida, el laurel del guerrero, el roble del artista, la palma del creyente! La familia es el amor en el hogar; el Estado es la seguridad civil; el maestro, con su amor fuerte, que instruye y corrige, nos prepara para la invaluable seguridad íntima de la voluntad. ¡Por encima de Aristarco, Dios! Dios tan sólo; debajo de Dios, Aristarco.

Un último gesto dilatado, como un garigoleo sobre el vacío, coronó ese arrebató de elocuencia.

Yo me sentía compenetrado con todo aquello; no tanto porque entendiera bien, sino por la facilidad de la fe ciega a la que estaba dispuesto. Las paredes pintadas de la antesala imitaban el pórvido verde; frente al pórtico, abierto hacia el jardín, se alzaba una amplia escalera que ascendía al piso superior. Flanqueando la majestuosa puerta de esta escalera, había dos cuadros en alto-relieve: a la derecha, una alegoría de las artes y el estudio; a la izquierda, las industrias humanas, niños desnudos como en los frisos de Kaulbach,<sup>8</sup> risueños, con sus herramientas simbólicas

<sup>7</sup> Recurso estilístico mediante el cual el predicado o atributo de una oración se convierte en el sujeto de la que le sigue, y así sucesivamente.

<sup>8</sup> Wilhelm von Kaulbach (1805–1874), pintor alemán en cuyas obras, mayoritariamente murales, figuran con frecuencia alegorías de elementos civilizatorios como las ciencias y las artes.

—psicología pura del trabajo, modelada idealmente en la candidez del yeso y la inocencia. ¡Eran mis hermanos! Yo estaba a la espera de que uno de ellos me invitara, extendiendo la mano, a participar en ese baile feliz que los movía. ¡Oh!, ¿qué sería el colegio sino la traducción concreta de la alegoría, la ronda angelical de corazones ante las puertas de un templo, la dulcía permanente de las almas jóvenes en el ritual austero de la virtud?

Volví al colegio en ocasión de la fiesta de la gimnasia.

El Ateneo estaba situado en los confines del río Comprido,<sup>9</sup> ya llegando a los cerros.

Las eminencias de lóbrega piedra y la vegetación selvática empinaban sobre el edificio un crepúsculo de melancolía, capaz de resistir incluso el sol a plomo de los mediodías de noviembre. Esta melancolía era un plagio del detestable pavor monacal de otra casa de educación, el negro Caraça de Minas.<sup>10</sup> Aristarco se ufana de esta tristeza aérea: la atmósfera moral de la meditación y del estudio, según la definía él, elegida cuidadosamente para mayor lujo de la casa, como un minúsculo apéndice arquitectónico.

El día del Festival de la Educación Física, como rezaba el programa (un programa animadísimo, porque el secretario del director tenía talento para los programas), no noté esa sensación de yermo, tan acentuada en sitios montañosos, que habría de percibir después. Las galas del momento hacían sonreír al paisaje. La arboleda del inmenso jardín, entretejido de colores por mil banderas, brillaba bajo el sol radiante con un esplendor de

<sup>9</sup> Barrio del norte de la ciudad de Río de Janeiro, llamado así por el río del mismo nombre. Hacia la segunda mitad del siglo XIX era todavía una zona poco urbanizada, donde las familias acomodadas construían casas de campo.

<sup>10</sup> Minas Gerais, estado ubicado en el sureste del territorio brasileño, se hizo acreedor a ese nombre por las minas de oro y piedras preciosas que se encontraron en la región, explotadas en su mayor parte durante el siglo XVIII.

extraña alegría; las vistosas telas, entre el ramaje, simulaban flores colosales, en una caricatura extravagante de la primavera; las ramas fructificaban en linternas venecianas, enormes pomos de papel, de una fecundidad carnavalesca. Yo iba transportado por el impulso de la multitud. Mi padre me aferraba sólidamente por la muñeca para que no me extraviara.

A tal punto estaba yo sumergido en esa ola, que tenía que mirar hacia arriba para respirar. Un tipo que estaba más cerca, frente a mí, me hizo reír: llevaba la camisa desfajada... Pero no era la camisa: pude ver que era el pañuelo. Del suelo subía un fuerte olor a canela pisada; a través de los árboles, a intervalos, pasaban ráfagas de música, como una tempestad de filarmónicas.

Un último apretujón más recio, que hizo tronar mis costillas, me exprimió, a través de la estrecha rendija de un muro, hacia el espacio libre.

Frente a mí, un prado vastísimo. Lo rodeaba un ala de gallardetes, contentos en el espacio, con el brillo pintoresco de sus tonos enérgicos cantando vivamente sobre la armoniosa sordina del verde de las montañas. Por todos lados se apiñaba el pueblo. Cuando me volví divisé, a lo largo del muro, dos líneas de estrado con sillas casi exclusivamente ocupadas por señoras, cuyos vestuarios refulgían en una violenta confusión de colorido. Algunas se protegían la vista con la mano enguantada o con el abanico a la altura de la frente, contra el día que rutilaba en un bloque de nubes que crecía desde el cielo. Sobre el estrado susurraban y se mecían dulcemente algunos bosquecillos de bambú que proyectaban larguísimas franjas de sombra en el terreno cubierto de hierba.

Algunas damas empuñaban binóculos. Siguiendo la dirección de los binóculos, se distinguía un movimiento albeante. Eran los muchachos.



—¡Ahí vienen! —dijo mi padre—. Van a desfilan ante la princesa.

La princesa imperial, regente en esa época,<sup>11</sup> se encontraba a la derecha, en un gracioso palco de madera.

Unos instantes después, pasaban frente a mí los alumnos del Ateneo. Serían unos trescientos; me producían la impresión de lo innumerable. Todos de blanco, comprimidos por una ancha faja roja, con presillas de hierro en las caderas y, en la cabeza, un pequeño gorro ceñido por una cinta con las puntas sueltas. En el hombro izquierdo traían cintas que distinguían a los contingentes. Pasaron al toque del clarín, cargando los pertrechos de los distintos ejercicios. El primer contingente, las pesas; el segundo, las clavos; el tercero, las barras.

Cerraban la marcha, desarmados, los que sólo figurarían en los ejercicios generales.

Después de una larga vuelta de cuatro en fondo, se dispusieron en pelotones, invadieron el prado y, con una cadencia guiada por el ritmo de la banda de sus colegas, que los esperaba en el centro del terreno, con una certeza de disciplina amaestrada, ejecutaron las maniobras perfectas de un ejército comandado por el más insólito instructor.

<sup>11</sup> La princesa imperial, doña Isabel Leopoldina de Braganza y Borbón (1846–1921), era hija del segundo emperador de Brasil, don Pedro II, y heredera al trono. Asumió la regencia en tres ocasiones a lo largo el reinado de su padre. Durante el primero de estos periodos (1871–1872), promulgó la Ley del Vientre Libre, que establecía la libertad para todos los hijos de esclavos que nacieran a partir de entonces. En 1888, durante su tercera regencia (1887–1888), abolió la esclavitud mediante la Ley Áurea, que le valió el sobrenombre de Redentora. Ese mismo año se publicó *El Ateneo*. Considerando la importante carga autobiográfica de esta obra, es posible sugerir que se habla aquí de la segunda regencia (1875–1876), época en que Raul Pompeia tenía doce o trece años.

Ante las filas, Bataillard, el profesor de gimnasia, exultaba enarbolando la altivez de su éxito en la extrema elegancia de su talle, multiplicando, a través de un milagroso desdoblamiento, el compendio entero de la capacidad profesional, exhibida en galería por una serie infinita de actitudes. La admiración no sabía si decidirse por la hermosura masculina y recia de la disposición de sus músculos, que hacían estallar el dril del uniforme que llevaba, blanco como el de sus alumnos, o por la nerviosa celeridad de sus movimientos, efecto eléctrico de linterna mágica que hacía respetar, en la variedad prodigiosa, la unidad de la corrección suprema.

Sobre el pecho le tintineaban las agujetas del comando, que sólo estaban hechas de cordones rojos trenzados. Daba las órdenes con fuerza, con una vibración penetrante de corneta que dominaba a distancia, y sonreía ante la docilidad mecánica de los muchachos. Como oficiales subalternos, lo auxiliaban los jefes de los destacamentos, que, debidamente apostados con sus pelotones, agitaban en la manga distintivos de cinta verde y canutillo.

Una vez terminadas las evoluciones, se presentaron los ejercicios. Músculos del brazo, músculos del tronco, tendones de los jarretes, toda la teoría del *corpore sano* se practicó allí valientemente, con precisión, con la simultaneidad exacta de las grandes máquinas. Luego tuvo lugar el asalto a los aparatos. Éstos se alineaban a un lado del terreno, partiendo del palco de la regente. No puedo dar una idea del deslumbramiento que me produjo esta parte. Un desorden de contorsiones, dislocadas y atrevidas; un vértigo de volteretas en la barra fija; temeridades acrobáticas en el trapecio, en las perchas, en las cuerdas, en las escaleras; pirámides humanas sobre las barras paralelas, que se deformaban hacia los lados en curvas de brazos y ostentaciones vigorosas de

tórax; formas de estatuaría viva, trémulas de esfuerzo, que dejaban adivinar desde lejos el estallido de los huesos desarticulados; posturas de transfiguración sobre puntos de apoyo invisibles; aquí y allá, una cabecita rubia, cabellos en desorden que caían rizados sobre la frente; un rostro inyectado por la inversión del cuerpo, labios entreabiertos, anhelantes, ojos semicerrados para esquivar la arena de los zapatos; espaldas de sudor, con la camisa adherida como una pasta; gorros sin dueño que caían desde lo alto y tapizaban la tierra; movimiento, entusiasmo por todas partes y la luz del sol, blanca en los uniformes, consumiendo los últimos fuegos de la gloria diurna sobre aquel triunfo espectacular de la salud, la fuerza y la juventud.

El profesor Bataillard, rojo de agitación, ronco de tanto mandar, lloraba de placer. Abrazaba a los muchachos sin distingos. Dos bandas militares se relevaban activamente, animando a la masa de los espectadores. El corazón me saltaba dentro del pecho con un alborozo nuevo que me arrastraba hacia el centro de los alumnos, en una ardiente leva de fraternidad. Aplaudía; dejaba escapar gritos que me avergonzaban cuando alguien me miraba.

Pusieron fin a la fiesta los saltos, las carreras por parejas, la lucha grecorromana y la distribución de los premios de gimnasia, que la mano egregia de la Serenísima Princesa y la un poco menos de su Augusto Esposo<sup>12</sup> prendían con alfileres en el pecho de los

<sup>12</sup> Luis Felipe María Gastón de Orleans (1842–1922), mejor conocido como conde d’Eu, contrajo matrimonio con la princesa Isabel en 1864, asumiendo, así, el título de “príncipe consorte” de Brasil. Fue un personaje repudiado por los círculos republicanos (a los que pertenecía Pompeia), y objeto frecuente de escarnio en la prensa. Se le acusaba de haber cometido crímenes atroces en la Guerra de Paraguay y de enriquecerse mediante la explotación de vecindades en Río de Janeiro.

vencedores. Fue digno de verse: los jóvenes atletas aferrados por parejas, empujándose, conстриéndose, dando vueltas, rodando sobre la hierba con gritos satisfechos y resuellos de ímpetu; los corredores, algunos en forma, con la respiración medida, los labios unidos, los puños cerrados contra el cuerpo, y el paso corto y vertiginoso; otros irregulares, braceantes, prodigando zancadas, rasgando el aire a puntapiés con una precipitación desgarbada de avestruz y llegando jadeantes, con capas de polvo en la cara, al poste de la meta.

Aristarco estallaba de júbilo. Había abandonado ese comediante soberano que yo le había admirado en la primera fiesta. De punta en blanco, como los muchachos, y sombrero panamá, se esparcía con una imposible ubicuidad de medio ambiente. Se le veía festejando a los príncipes con su risita nasal, encabritada, entre lisonjera e irónica, deshecha en etiquetas de reverente súbdito y cortesano; se le veía gritándole al profesor de gimnasia, gesticulando con el sombrero agarrado por la copa; se le veía formidable, con su perfil leonino, rugiendo sobre un discípulo que había rehuído el trabajo o sobre otro que tenía lodo en las rodillas por haber luchado en un sitio húmedo, y poniendo tal vehemencia en la reprimenda que hasta llegaba a ser cariñoso. Todo al mismo tiempo.

El modelo campestre lo había rejuvenecido. Sentía las piernas ligeras y recorría celerípedo el frente de los estrados, lleno de cumplidos para los invitados especiales y de interjecciones amables para todos. Iba y venía como una visión de dril claro, que de súbito se extinguía para reaparecer más viva en otro punto. Aquella expansión nos derrotaba; su ser irradiaba sobre los alumnos, sobre los espectadores, el magnetismo dominante de los estandartes de batalla. Nos robaba dos tercios de la atención que exigían los ejercicios; nos indemnizaba con el equivalente en

sorpresas de vivacidad que su ser desprendía profusamente, en erupciones que lo empapaban todo, en serpenteantes ascensos de pirotecnia que se dirigían hacia las nubes y luego bajaban serenos, diluidos en las últimas horas de la tarde, que embebían los pulmones. Actor profundo, interpretaba al pie de la letra, intensamente, el papel diáfano, sutil y metafísico de alma de la fiesta y alma de su instituto.

Hubo algo, empero, que lo entristeció: un escándalo pequeño. Su hijo Jorge, en la distribución de los premios, se había negado a besar la mano de la princesa como hacían todos al recibir la medalla. ¡Era republicano el chiquillo! ¡Tenía ya, desde los quince años, convicciones osificadas en la espina inflexible del carácter! Nadie dio muestras de haberse percatado de la osadía. Aristarco, sin embargo, llamó al niño aparte. Lo enfrentó silenciosamente y... nada más. ¡Y nadie volvió a ver al republicano! ¡El infeliz se había consumido naturalmente, incinerado por el fuego de aquella mirada! En ese momento, las bandas tocaban el himno de la monarquía jurada, último número del programa.

Comenzaba a hacerse de noche cuando el colegio se formó al toque de recoger. Marcharon aclamados, entre filas de gente, y se fueron del terreno entonando alegres un cántico escolar.

Por la noche hubo baile en los tres salones inferiores del ala principal del edificio e iluminación en el jardín.

Al retirarme, estaban encendiendo un surtido de luces de bengala ante la casa. El Ateneo, con sus cuarenta ventanas, resplandecientes por el gas interior, se daba aires de encantamiento gracias a la iluminación que venía de fuera. Se erigía en la oscuridad de la noche como una inmensa muralla de coral llameante, como un escenario animado de zafiro con horripilaciones errantes de sombra, como un castillo fantasma golpeado por la luz verde de una luna tomada de la intensa selva de las novelas cabaleres-

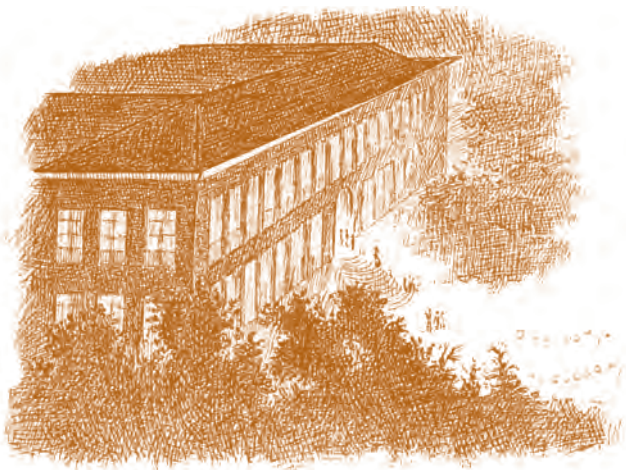
cas, que por un instante hubiera despertado de la leyenda muerta para acudir a una entrevista de espectros y recuerdos. Un chorro de luz eléctrica, derivado de una fuente invisible, hería la inscripción dorada que se veía en arco, sobre las ventanas centrales,



a lo alto del edificio. En el balcón de una de ellas se mostraba Aristarco. La expresión olímpica de su semblante transpiraba la beatitud de un goce sublime. Gozaba la sensación previa, en el baño luminoso de la inmortalidad a la que se creía consagrado. Así debía ser el glorioso ambiente del panteón: luz benigna y fría, sobre bustos eternos. Allá abajo, la contemplación de la posteridad.

Aristarco tenía momentos de éstos, sinceros. El anuncio se confundía con él, lo suprimía, lo sustituía, y él gozaba como un cartel que experimentara el entusiasmo de ser rojo. En ese momento no era simplemente el alma de su instituto; era su apariencia misma y palpable, la síntesis burda del título, el rostro, la fachada y el prestigio material de su colegio; era idéntico a las letras que lucían en aureola sobre su cabeza. Las letras, de oro; él, inmortal: ésa era la única diferencia.

Conservé el grabado de esta apoteosis, en la imaginación infantil, con un aturdimiento ofuscado, más o menos como el de un sujeto que partiera a media noche de cualquier teatro en el que, mediante un beatífico hechizo, Dios Padre se hubiera prestado a participar en persona para grandeza de la última escena. Lo conocí solemne en la primera fiesta, jovial en la segunda; lo conocí



más tarde en mil situaciones, de mil maneras; pero el retrato que conservé para siempre de mi gran director fue aquél: el hermoso bigote blanco, el mentón afeitado, la mirada perdida en las tinieblas: fotografía estática en la ventura de un rayo eléctrico.

Es fácil concebir la atracción que me llamaba hacia aquel mundo tan altamente interesante en el concepto de mis impresiones. Imaginen el placer que sentí cuando mi padre me dijo que me iban a presentar ante el director del Ateneo y el alumnao. Mi emoción ya no era vanidad, sino el legítimo instinto de la responsabilidad altiva; era una apasionada consecuencia de la seducción del espectáculo, el arrobamiento de solidaridad que parecía atarme a la comunión fraternal de la escuela. Honrado equívoco, ese ardor franco por una empresa ideal de energía y dedicación, premeditada confusamente en el pobre cálculo de la experiencia que se tiene a los diez años.

El director nos recibió en su mansión, con manifestaciones extremas de afecto. Se hizo cautivador, paternal; nos abrió muestras de los mejores patrones de su espíritu, expuso las hechuras de

su corazón. El género era bueno, sin duda alguna, pues, pese al saco de seda y el calzado raso con que se nos presentaba, pese a la bondadosa familiaridad con que se inclinaba hasta nosotros, ni por un segundo lo destituí de esa cúspide de divinización en que mi criterio estupefacto lo había aceptado.

Cierto es que no era fácil reconocer allí, tangible y encarnada, una entidad que otrora había pertenecido a la mitología de mis primeras concepciones antropomórficas: inmediatamente después de Nuestro Señor, al que yo solía imaginar viejo, feísimo, barbón, impertinente, jorobado, amonestando con truenos, carbonizando niños con la centella. Yo había aprendido a leer con los libros elementales de Aristarco y lo suponía viejo como al primero, pero afeitado, de cara chupada, pedagógica, anteojos apocalípticos, birrete negro con borla, gangoso, omnipotente y malo, con una mano detrás, escondiendo la palmatoria, y adoc-trinando a la humanidad con el ABC.

Las impresiones recientes derogaban a mi Aristarco; pero la hipérbole esencial del primitivo se transmitía a su sucesor por un misterio de hereditariadad renitente. Me resultaba placentera entonces la reñida contienda de las dos imágenes y aquella complicación inmediata del saco de seda y los zapatos rasos, que se aliaban con Aristarco II en contra de Aristarco I en el reino de mi fantasía. En esto estaba, cuando me acariciaron la cabeza. ¡Era él! Me estremecí.

—¿Cómo se llama este angelito? —Me preguntó el director.

—Sergio... —le dije mi nombre completo, bajando los ojos y sin olvidar el corolario: “su servidor”, de estricta cortesía.

—Pues, querido señor Sergio, ha de tener la bondad, amigo mío, de ir al barbero a que le corten estos ricitos....

Yo tenía todavía el cabello largo por un capricho amoroso de mi madre. El consejo estaba visiblemente aderezado de censura.



El director, explicándose ante mi padre, añadió, con la risita nasal que sabía soltar:

—Sí, señor, los niños bonitos no la pasan bien en mi colegio...

—Pido su venia para defender a los niños bonitos —objetó alguien que entraba.

Sorprendiéndonos con esta frase, untuosamente filtrada a través de una sonrisa, llegó la señora del director, doña Ema. Una mujer hermosa, en plena prosperidad de los treinta años de Balzac,<sup>13</sup> formas alargadas por una graciosa esbeltez, un tronco erigido, no obstante, sobre una cadera amplia, fuerte como la maternidad; ojos negros, pupilas retintas de un solo color, que parecían llenar el corte lánguido de los párpados; de ese moreno rosado que poseen algunas hermosuras, y que sería también el color de la pomarrosa si la pomarrosa fuese, rigurosamente, el fruto prohibido. Se adelantaba con movimientos oscilados, en una cadencia de minuetto armonioso y suave que su cuerpo alternaba. Vestía satín negro, ceñido sobre sus formas, reluciente como tela mojada; y el satín vivía, con osada transparencia, la vida oculta de la carne. La aparición me maravilló. Se hicieron las presentaciones de cortesía, y la señora, con un leve dejo de excesiva desenvoltura, se sentó en el diván, junto a mí.

—¿Cuántos años tienes? —me preguntó.

—Once...

—Pareces de seis, con este cabello tan lindo.

Yo, en efecto, no estaba desarrollado. La señora me cogía el cabello con los dedos:

—Córtatelo y ofrécaselo a mamá —me aconsejó con una caricia—; ahí es donde se queda la infancia, en el cabello rubio... Después, los hijos ya no tienen nada más para sus madres.

<sup>13</sup> Alusión a *La mujer de treinta años*, novela de Honoré de Balzac.

El poemita de amor materno me deleitó como una melodía divina. Miré furtivamente a la señora. Mantenía fijas sobre mí las grandes pupilas negras, lúcidas, ¡con una expresión de infinita bondad! Qué buena madre para los niños, pensaba yo. Luego, dirigiéndose a mi padre, formuló sentidas observaciones sobre la soledad de los niños en el internado.

—Pero Sergio es de los fuertes —dijo Aristarco apoderándose de la palabra—. Por lo demás, mi colegio es sólo un poco mayor que el hogar doméstico. El amor no es precisamente el mismo, pero los cuidados de vigilancia son más activos. Los niños son mis preferidos. Mis más esforzados desvelos están entregados a los pequeños. Si enferman y la familia está fuera, no los confío a ningún tutor... Los trato aquí, en mi casa. Mi señora es la enfermera. Quisiera que lo viesen mis detractores...

Ya metido en la senda de su tema máspreciado, el elogio de sí mismo y del Ateneo, nadie más pudo hablar.

Aristarco, sentado, de pie, dando terribles zancadas, inmovilizándose en repentes inesperados, gesticulando como un tribuno de *meetings*, clamando como para un auditorio de diez mil personas, majestuoso siempre, enaltecendo sus patrones admirables, como un subastador, y sus opulentas hechuras, desarrolló, con la memoria de una conferencia reciente, la historia de sus servicios a la santa causa de la instrucción. ¡Treinta años de pruebas y resultados, iluminando como un faro diversas generaciones hoy influyentes en el destino del país! ¿Y las reformas futuras? No bastaba con abolir los castigos físicos, cosa que ya otorgaba una benemerencia pasable. Era necesario introducir métodos nuevos, suprimir por completo las humillaciones del castigo, introducir modalidades mejoradas en el sistema de recompensas, organizar los trabajos de manera que la escuela fuera un paraíso, adoptar normas desconocidas cuya eficacia

presentía él, perspicaz como las águilas. Aristarco habría de crear... un horror: ¡la transformación moral de la sociedad!

En determinado momento, atronó en su boca, en sanguínea elocuencia, el genio del anuncio. Lo miramos en su entera expansión oral, como, con ocasión de las fiestas, en la plenitud de su vivacidad práctica. Contemplábamos (yo con aterrado asombro) distendido en grandeza épica, al hombre-sándwich de la educación nacional. Lardeado por dos monstruosos carteles. A su espalda, su pasado incalculable de trabajos; sobre el vientre, hacia adelante, su futuro: el *réclame* de los proyectos inmortales.

## ♦ II ♦

Las clases iniciaban el 15 de febrero.

Por la mañana, a la hora reglamentaria, me presenté. El director, en la oficina del establecimiento, ocupaba una silla giratoria junto a la mesa de trabajo. Sobre la mesa, un gran libro se desplegaba en tupidas columnas de teneduría y líneas encarnadas.

Aristarco, que consagraba las mañanas a la dirección financiera del colegio, confrontaba, analizaba los registros del tenedor de libros. Continuamente entraban alumnos. Algunos, acompañados. A cada interrupción, el director cerraba lentamente el libro comercial, marcando la página con un alfanje de marfil. Hacía girar la silla y soltaba interjecciones de acogimiento, ofreciendo episcopalmente su mano peluda al beso compungido y filial de los niños.

Los mayores, por lo general, evadían la ceremonia y partían con un simple apretón de manos.

El muchacho desaparecía con una sonrisa pálida en el rostro, sintiendo nostalgia de la indolencia dichosa de las vacaciones. El padre, el acompañante, el tutor, se despedía después de unos saludos banales o algunas palabras en torno al estudiante, amenizadas por el encanto de la bonhomía superior de Aristarco, que expulsaba hábilmente a un sujeto con su risa gangosa y el simple modo apremiante de sostenerle los dedos.

La silla giraba de nuevo a su posición inicial, el libro de registros extendía otra vez sus páginas enormes y la figura paternal

del educador se deshacía, volviendo a simplificarse en la astucia atenta y seca del gerente.

A este vaivén de actitudes, doble rostro de una misma individualidad y contingencia común a los sacerdocios, estaba tan habituado nuestro director, que la maniobra no le costaba ningún esfuerzo. El estudioso y el levita permanecían en su interior, en íntima camaradería, *bras dessus, bras dessous*.<sup>1</sup> Sabían, sin desaprovechar oportunidad, aparecer alternada o simultáneamente; eran como dos almas fundidas en un solo cuerpo.

En él se soldaban el educador y el empresario con la rigurosa perfección del acuerdo. Dos caras de una misma moneda; opuestas, pero yuxtapuestas.

Cuando mi padre entró conmigo, había en el semblante de Aristarco cierto vestigio de enfado. Decepción estadística, quizá: el número de estudiantes nuevos no compensaría el de los perdidos, las nuevas entradas no contrabalancearían los gastos de fin de año... Pero esa sombra de despecho se borró pronto, como un resto de túnica que apenas si tarda en desaparecer en una mutación evidente; y fue con una explosión de contento como nos recibió el director.

Su diplomacia se distribuía en escaños numerados, según la categoría de recepción que quería prodigar. Tenía modales de todos los grados, según la condición social de la persona. Sus simpatías verdaderas eran escasas. En la médula de cada una de sus sonrisas habitaba un visible secreto de frialdad. Y se marcaban duramente las distinciones políticas, las distinciones financieras, las distinciones basadas en la historia escolar del discípulo, basadas en la razón discreta del tenedor de libros. A veces, un niño sentía el dolor de la punzada en la disposición de la mano

<sup>1</sup> Con los brazos entrelazados.



que le daban a besar. Salía preguntándose a sí mismo el motivo de aquello, que no figuraba entre sus notas escolares... Su padre estaba dos trimestres atrasado.

Por diversas razones, mi recepción debía ser de las mejores. Efectivamente: Aristarco se levantó para salir a nuestro encuentro y nos condujo al salón especial de visitas.

Después salió a mostrarnos el establecimiento, las colecciones, acomodadas en armarios, de objetos propicios para facilitar la enseñanza. Yo lo veía todo con curiosidad, sin pasar por alto las

miradas de los colegas desconocidos, que me observaban muy llenos de sí desde la dignidad de sus uniformes impecables. El edificio había sido encalado y pintado durante las vacaciones, como los barcos que aprovechan el descanso en los puertos para reformar su apariencia. De las paredes pendían mapas que me gustaba contemplar como un itinerario de largos viajes proyectados. Había estampas de colores con marcos negros, motivos de historia sagrada y trazo grosero, o ejemplares zoológicos y botánicos que me revelaban sendas de aplicación estudiosa en las que esperaba triunfar. Otros cuadros, cubiertos de vidrio, exhibían sonoramente reglas morales y consejos que yo conocía muy bien, de amor a la verdad, a los padres, y de temor a Dios, y que me produjeron la extrañeza de un código de redundancia. Entre los cuadros había muchos relativos al maestro; eran los más numerosos y todos ellos se esforzaban por elevarlo a una entidad incorpórea, argamasada con pura esencia de amor y suspiros cortantes de sacrificio, enseñándome una didascalolatría que yo, en mis adentros, con devoción, juraba seguir al pie de la letra. Visitamos el refectorio, adornado con trabajos a lápiz de los alumnos, la cocina de azulejos, el gran patio interno de los recreos, los dormitorios, la capilla... De vuelta en la sala de recepción, adyacente a la de la entrada lateral y situada frente a la oficina, me presentaron al profesor Manlio, de la clase superior de primeras letras. Un hombre pulcro, con la barba cerrada y canosa; una excelente persona, que desconfiaba sistemáticamente de todos los niños.

Durante el tiempo que duró la visita, Aristarco no habló sino de las luchas y sudores que le arrancaba la mocedad y que no eran suficientemente apreciados.

—¡Un trabajo insano! Moderar, animar, corregir a esta masa de caracteres en los que comienza a hervir el fermento de las inclinaciones; encontrar y encaminar la naturaleza en la época de los

ímpetus violentos; amordazar los ardores excesivos; retemplar el ánimo de los que se dan por vencidos precozmente; acechar, intuir los temperamentos; prevenir la corrupción; desalentar las apariencias seductoras del mal; aprovechar los alborozos de la sangre para las nobles enseñanzas; prevenir la depravación de los inocentes; vigilar los sitios oscuros; fiscalizar las amistades; desconfiar de las hipocresías; ser amoroso, ser violento, ser firme; triunfar sobre los sentimientos de compasión para ser correcto; proceder con seguridad para después dudar; castigar para pedir perdón después; una labor ingrata, titánica, que extenua el alma, que nos deja prostrados al anochecer para recomenzar el día siguiente... ¡Ah, amigos míos! —concluyó sofocado—, no es el espíritu lo que me cuesta, no es el estudio de los muchachos lo que me preocupa... ¡Es su carácter! No es la pereza mi enemigo, ¡es la inmoralidad! Aristarco tenía para esta palabra una entonación especial, comprimida y terrible, que jamás olvida quien la oyó de sus labios.

—¡La inmoralidad! —y retrocedía trágicamente, crispando las manos—. ¡Ah, pero soy tremendo cuando nos escandaliza esta desgracia! ¡No! ¡Los padres pueden estar tranquilos! ¡En el Ateneo, la inmoralidad no existe! Yo velo por el candor de los niños, como si fueran, no digo mis hijos: ¡mis propias hijas! ¡El Ateneo es un colegio moralizado! Y les prevengo muy a tiempo... Tengo un código...

En este punto, el director se levantó de un salto y mostró un gran cuadro que pendía de la pared.

—Aquí está nuestro código. ¡Léanlo! Todas las culpas se previenen; hay un castigo para cada hipótesis. El caso de la inmoralidad no figura allí. El parricidio no constaba en la ley griega. Aquí no está la inmoralidad. Si ocurre esa desgracia, ¡la justicia es mi terror, y la ley, mi arbitrio! ¡Que después rabien los señores padres...!



Les aseguro que el mío tembló por mí. Yo, encogido, personificaba en superlativo la famosa metáfora de la vara verde. Notando mi perturbación, el director se deshizo en mimos.

—¡Pero para los muchachos dignos soy un padre! A los malos los conozco: los pequeños nunca lo son, y aún menos lo serás tú, que eres el placer de la familia, y que serás, estoy seguro, una de las glorias del Ateneo. Pierdan cuidado...

Yo me tomé en serio la profecía y quedé más tranquilo.

Cuando mi padre salió, me brotaron lágrimas que oculté a tiempo para mostrarme fuerte. Subí al salón azul, el dormitorio de los medianos, donde estaba mi cama; me cambié la ropa y llevé mi uniforme al número 54 del depósito general: ése era mi número. No tuve valor para afrontar el recreo. Veía de lejos a mis colegas, pocos a aquella hora, paseando en grupos, conversando amigablemente, sin animación, impresionados todavía por los recuerdos del hogar. No me decidía a ir a su encuentro, avergonzado por la novedad de los pantalones largos, como una exageración cómica, y por la sensación de desnudez en la nuca, que el corte de cabello reciente había destapado en escándalo. João Numa, el inspector o bedel, retacote, barrigón, de anteojos oscuros, moviéndose con la vivacidad de un lechón alegre, me encontró indeciso en la escalera del patio.

—¿No bajas a jugar? —me preguntó bondadosamente—. Vamos, baja, ve con los demás.

El amable lechón me tomó de la mano y bajamos juntos.

El inspector me dejó entre dos muchachitos, que me trataron con simpatía.

A las once, la campanilla anunció el inicio de clases. Mis buenos compañeros de cursos anteriores me indicaron cuál era el salón donde se impartía la enseñanza superior de las primeras letras, a donde debía dirigirme, y se despidieron.

El profesor Manlio, a quien me habían recomendado, me recomendó a su vez al más serio de sus discípulos, el honrado Rabelo. Rabelo era el mayor y tenía anteojos oscuros, como João Numa. El vidrio curvo de los lentes le cubría los ojos rigurosamente, monopolizando su atención en un interés único: la mesa del profesor. Por si fuera poco, el celoso estudiante se ponía las manos en concha junto a las sienes para impedir el contrabando evasivo de alguna mirada que escapara al monopolio del cristal.

Este exceso de aplicación no se debía al simple esfuerzo por asumir una actitud ejemplar. Rabelo sufría de la vista; tanto, que no había podido entregarse a los estudios sino hasta muy tarde. Me recibió con una sonrisa benévola de abuelo; se alejó un poco para abrirme lugar y me olvidó incontinenti, para hundirse en esa devoradora atención que constituía su atributo.

Mis compañeros de clase eran unos veinte; una variedad de tipos que me divertía. Gualtério, menudo, cargado de espaldas, con el cabello revuelto, movimientos bruscos y muecas de simio; el bufón de los demás, como decía el profesor. Nascimento, el narizotas, alargado conforme un esquema general de pelicano, con una nariz esbelta, encorvada y ancha como una hoz. Álvares, moreno, con el ceño fruncido, cabellera espesa e intonsa de vate de taberna, violento y estúpido, a quien Manlio atormentaba vaticinándole un empleo en los andenes del tranvía, con la placa numerada de los cobradores, más llevadera que la responsabilidad de los estudios. Almeida, claro, translúcido, con rostro de niña, mejillas de un rosáceo enfermizo, que se levantaba para ir a la pizarra con un andar lánguido de convaleciente. Maurilio, nervioso, inquieto, habilísimo para las operaciones matemáticas: ¿cinco por tres, por dos, menos nueve, por siete?... ahí estaba Maurilio, trémulo, agitando en el aire su dedito astuto... los ojos le fulgían en el rostro moreno, marcado por un lunar en la frente. Negrão, de narinas encendidas, labios

inquietos, fisionomía agreste de cabra, zurdo y anguloso, incapaz de permanecer sentado tres minutos; siempre ante la mesa del profesor y siempre ahuyentado de ahí, con una sonrisita de poca vergüenza dibujada en el rostro, haciéndole fiestas al maestro, alabando su bondad, que no correspondía con los sopapos, aventurando en todo momento un conato de abrazo que Manlio rechazaba, precavido ante ese tipo de confianzas. Batista Carlos, de raza india, robusto, malencarado, rascándose mucho, como si le molestara la ropa en el cuerpo, ajeno a las cosas de la clase, como si no tuviera nada que ver con aquello, observando al profesor sólo para aprovechar sus distracciones y herir la oreja de sus vecinos con un dardo de papel doblado. A veces el dardo del indio llegaba rebotando hasta la mesa de Manlio. Conmoción. Se suspendían los trabajos: riguroso interrogatorio. Pero era en vano, porque los miedosos le temían y él era suficientemente artero e hipócrita para disimular.

Dignos de mención eran también Cruz, tímido, asustadizo, siempre con la oreja atenta, la mirada timorata de quien fue criado a golpes, aferrado a los libros, fuerte en doctrina cristiana, fácil como un despertador para recitar las lecciones de memoria, terco como una clavija para soltar una idea por sí mismo; y, finalmente, Sanches, corpulento, un poco más joven que el venerando Rabelo, el primero de la clase, muy inteligente, al que sólo Maurilio superaba en la especialidad de los menos nueve por tanto, cuidadoso en los ejercicios, émulo de Cruz en la doctrina, sin rival en el análisis, el dibujo y la cosmografía.

El resto era una muchedumbre indistinta, adormilada en los últimos pupitres, confundida en la sombra perezosa del fondo del salón.

También me recomendaron con Sanches. Me pareció extremadamente antipático: cara amplia, ojos acuosos, muertos, de

un pardo transparente, labios húmedos que exudaban baba, de una languidez viscosa de viejo crápula. Era el primero de la clase. Aunque fuera el primero del coro de los ángeles sería, en mi concepto, la última de las criaturas.

Me entretenía en observar a mis compañeros, cuando el profesor pronunció mi nombre. Me puse tan pálido que Manlio sonrió y me preguntó, blando, si quería ir a la pizarra. Tenía que examinarme.

De pie, avergonzadísimo, sentí que se me nublaba la vista en una humareda de vértigo. Adiviné sobre mí la mirada viscosa de Sanches, la mirada odiosa y timorata de Cruz, los anteojos azules de Rabelo, la nariz de Nascimento girando despacio como la caña de un timón; esperé el dardo de Carlos, la corrección de Maurilio, que, amenazante, le hacía cosquillas al techo con su dedo feroz. Respiré, en la atmósfera adversa de esa maldita ocasión, perfumada por la emanación acre de las resinas de la arboleda vecina, una conspiración en mi contra por parte de toda la clase, desde las lisonjas de Negrão hasta la maldad violenta de Álvares. Trastabillé hasta la pizarra. El profesor me interrogó; no sé si respondí. Un pavor extraño se adueñó de mi espíritu. El terror supremo a las exhibiciones me acobardó cuando imaginé



en torno mío la ironía malvada de todos aquellos rostros desconocidos. Me amparé en la pizarra para no caer; la tierra se hundía bajo mis pies por la conciencia del momento. Me envolvió la oscuridad de los desmayos, ¡vergüenza eterna! Y mi última energía se liquidó... por la mejor de las peores formas en que puede liquidarse una energía.

De lo que sucedió después no tengo idea. La perturbación me arrebató la conciencia de las cosas. Recuerdo que me encontré con Rabelo en la ropería, y Rabelo me animaba con un esfuerzo de bondad sincero y conmovedor.

Rabelo se retiró y yo, en camisa, agobiado, aderezando mi desastre con amargura mientras el empleado de la ropería buscaba el cajón número 54, me puse a considerar la diferencia que mediaba entre esa situación y el ideal de caballería con que había soñado asombrar al Ateneo.

Como el criado tardaba, tomé con fastidio un folletín que estaba allí, sobre la mesa de los registros, de los recibos de ropa y las notas de lavandería. Era un folletín curioso, con versos y estampas... Lo cerré convulsamente con el arrepentimiento de una curiosidad perversa. ¡Insólito, ese folletín! Lo abrí de nuevo. Me ardía en la cara un inexplicable incendio de pudor, me cerraba la garganta un extraño apretujón de náusea. Estaba esclavizado, empero, por la seducción de la novedad. Miré a mi alrededor con un gesto culpable; no sé qué instinto despertaba en mí un sobresalto de remordimiento. Un simple papel, no obstante, emborronado en el rápido tiraje de los delitos de prensa. Lo afronté. El criado vino a interrumpirme.

—¡Suelta eso! —dijo con brutalidad—, ¡eso no es para niños!  
Y me quitó el librito.

Esta impresión viva de sorpresa me curó el recuerdo del triste episodio; creció en mi imaginación como las visiones, absorbién-

dome las ideas. Me zumbaba en los oídos la palabra aterrada de Aristarco... Sí, debía tratarse de esto: de una trabazón oscura de formas desnudas, de ropa abierta, de un torbellino de frailes ebrios, dislocados conforme el capricho de todas las deformidades de un dibujo monstruoso, tocándose, danzando una zarabanda diabólica sin fin en la sebosa negrura de la tinta de imprenta; aquí y allá, el relámpago blanco de un defecto fulminando el espectáculo y el grabado, como un estigma complementario del azar.

La ropería ocupaba gran parte del subsuelo del inmenso edificio, entre la vigería del entarimado y la tierra recubierta de cemento. Otra parte se destinaba a los lavatorios: cientos de palanganas a lo largo de las paredes y, un poco más arriba, en un friso de madera, los vasos y los cepillos de dientes. Un tercer compartimento, que quedaba más allá de éstos, alojaba el arsenal de los aparatos gimnásticos y el dormitorio de los criados. Para llegar de la ropería al patio central había que atravesar oblicuamente el salón de las palanganas. Apenas hube salido del patio, encontré al benévolo Rabelo, que me esperaba. Volvió sobre mi incidente con un importuno refinamiento de complacencia, disculpándose, explicándose, absolviéndome; se volvió insoportable. Para cambiar de tema, le pedí información acerca de nuestro profesor. La que me proporcionó fue excelente, y no podía ser de otra manera tratándose de un alumno ejemplar como él. “Ningún maestro es malo para el buen discípulo”, afirmaba una de las máximas de la pared.

Era la hora del descanso. Paseábamos conversando. Hablamos de los colegas. Entonces, desde el interior de la blandura patriarcal de Rabelo, vi descascarillarse una especie de inesperado Tersites<sup>2</sup> que producía injurias y maldiciones.

<sup>2</sup> Guerrero aqueo, contrahecho y plebeyo, que, en la *Iliada*, se atreve a alzar la voz en contra de los héroes Agamenón y Aquiles, a quienes critica amargamente.

—¡Una escoria! ¡Una chusma! No puedes imaginarlo siquiera, mi querido Sergio. Considera una desgracia el tener que vivir con esta gente —y lanzó un mohín sarcástico hacia los muchachos que pasaban—. Ahí van con sus caritas falsas, generosa juventud... ¡Unos perversos! Tienen más pecados en la conciencia que un confesor en los oídos; una mentira en cada diente, un vicio en cada pulgada de piel. No confíes en ellos. Son serviles, traidores, brutales, aduladores. Si van juntos, piensas que son amigos... ¡socios en las bajezas! Huye de ellos, huye de ellos. Huelen a corrupción, corrompen de lejos. ¡Chusma de hipócritas! ¡Inmorales! Cada día de sus vidas se avergüenza de la víspera. Pero tú eres pequeño; no he de decirte todo lo que vale la generosa juventud. Ya sabrás, por ellos mismos, lo que son... Ése es Malheiro, hábil en la gimnasia. Entró grande, trayendo las buenas costumbres de cuanto colegio hay por ahí. Su padre es oficial. Creció en un cuartel, en medio de la chacota de los soldados. Fuerte como un toro, todos le temen, muchos lo rodean, los inspectores no pueden con él; el director lo respeta, se hace de la vista gorda ante sus abusos... Este que pasó cerca de nosotros, observándonos detenidamente, es Cándido, con esos modos de mujer, ese airecito de quien acaba de salir de la cama, con pereza en los ojos... Este sujeto... Has de conocerlo. Pero hay excepciones: ahí viene Ribas, ¿lo ves?, feo, el pobrecito, como pocos, pero una perla. Es la mansedumbre en persona. La primera voz del Orfeón, una vocecita de niña que el director adora. Es estudioso y está protegido. Se pasa la vida cantando como los serafines. ¡Una perla!

—¿Hay uno allí de rodillas...?

—De rodillas... Ni qué dudarle: es Franco. Un alma en pena. Hoy es el primer día y ya está allí Franco de rodillas. Así atraviesa las semanas, los meses, así lo conozco en esta casa, desde que

entré. De rodillas, como un penitente que expiara las culpas de una raza. El director le dice “perro”, afirma que tiene callos en la cara. Si no tuviera callos en las rodillas, no habría rincón del Ateneo que no marcara Franco con la sangre de una penitencia. Su padre es de Mato Grosso:<sup>3</sup> lo mandó aquí con una carta en que advertía que era incorregible y pedía severidad. El tutor envía de tiempo en tiempo un mensajero que hace los pagos y deja saludos. No sale nunca... Apartémonos, que ahí viene un grupo de pícaros.

Un tropel de muchachos cruzó frente a nosotros provocándome con sornas.

—¿Viste al que va delante, el que te gritó “novato”? Si te contara lo se dice de él... esos ojitos húmedos de Nuestra Señora de los Dolores... Mira, un consejo: hazte fuerte aquí, hazte hombre. Los débiles se pierden.

“Esto es una multitud; es necesario abrirse camino a codazos. No soy infantil ni idiota. Sólo vivo y observo; de lejos, pero observo. No puedes imaginarlo siquiera. Los muy astutos crean aquí dos sexos, como si se tratara de una escuela mixta. Los muchachos tímidos, ingenuos, sin fibra, son blandamente empujados hacia el sexo de la debilidad; los dominan, festejan y pervierten como a niñas desamparadas. Cuando, sin confesarlo a sus padres, piensan que, con la acogida entre bribona y afectuosa de los más grandes, el colegio



<sup>3</sup> Estado que se encuentra en el centro-oeste de Brasil.



es la mejor de las vidas, están perdidos... ¡Hazte hombre, amigo mío! Empieza por no aceptar protectores.

Rabelo seguía con sus extraordinarias advertencias, cuando sentí que me tiraban de la camisa. Casi me hicieron caer. Me volví: divisé a lo lejos una cara amarilla, de una gordura oronda y ojos bizcos sin pestañas, vuelta hacia mí, rasgando la boca en una mueca de risa cínica. Un sujeto evidentemente más fuerte que yo. No obstante, tomé con fuerza un trozo de teja y se lo lancé. El bellaco lo esquivó, me injurió con una carcajada y desapareció.

—Muy bien —aplaudí Rabelo. Y, ante la pregunta que le hice, me informó: aquel desagradable muchacho era Barbalho, que algún día caería preso como ladrón de joyas. Compañero nuestro de la primera clase, uno de los olvidados en los pupitres del fondo.

El profesor Manlio tuvo la bondad de aplazar mi examen y, para salvarme de las consecuencias de escarnio del desastroso incidente de la primera clase, me obsequió en la siguiente con las mejores palabras de ánimo. Los muchachos fueron generosos. Maurilio me acarició la cabeza mimosamente, demostrando que el dedito implacable de los argumentos sabía ser bondadoso. Sólo el amarillo de ojos bizcos insistía en hacer gestos con disimulo.



Después de la cena, no volví a ver a Rabelo. Como asistía a algunas clases extraordinarias del curso superior, se recogía a ciertas horas en los salones del segundo piso.

El aula del profesor Manlio estaba al nivel del patio, en un pabellón independiente del

edificio principal, junto con otras dos aulas del curso primario: la que alojaba a la banda de música y el salón suplementario de recreo, ventajoso en los días de lluvia. Formando un ángulo recto con esa casa, otra extensa construcción de ladrillo y tablas pintadas, con el salón general de estudio en la planta baja y el dormitorio encima, cerraba la mitad del cuadrilátero del patio, que el gran edificio completaba desplegando sus dos alas, como los brazos de la reclusión severa. Al fondo de esta desmedida caja de paredes se extendía un arenal claro, estéril, insípido como la alegría obligatoria; algunos árboles de *cambucá*<sup>4</sup> mostraban en círculo su follaje inmóvil, de un verdor muerto como el de las palmas de iglesia, enrubiado al azar por la senilidad precoz de las ramas que sufrían, como si la vegetación no cupiera en el internado; en un rincón, un enjuto ciprés subía hasta los canalones, intentando huir por los tejados.

Sin Rabelo, me encontré allí como perdido, entre los muchachos. Los conocidos de la clase desaparecían en el tumulto vertido por todos los salones.

Ni uno solo a quien acercarme. Pegado a la pared para que no me prestaran atención, me colé hasta el sitio donde el inspector Silvino, un gran flaco de gruesa nariz, patillas dilaceradas y mirada menuda y viva como chispas en unas órbitas de antro, fiscalizaba el recreo y graduaba la holgazanería sometiéndola a un temible cuadernito. Se sentaba en la entrada del sótano de los lavatorios. Un poco más allá de la silla de Silvino, quedé a salvo. Desde mi seguro retiro veía, en el patio refrescado por las amplias sombras de aquella hora, el movimiento de mis colegas.

<sup>4</sup> Árbol nativo de las zonas húmedas de Brasil. Produce frutos amarillos y comestibles, que crecen adheridos a la parte leñosa de las ramas.

Aquí y allá se formaban pequeños alborotos, que condensaban irregularmente la distribución de los alumnos. Eran los pobres novatos, a quienes los veteranos vapuleaban a coscorriones, fraternalmente.

Cerca de mí vi a Franco. Siempre en penitencia; de pie, con la cara contra la pared. Como Silvino le daba la espalda, se divertía atrapando moscas para arrancarles la cabeza y ver cómo morían las desdichadas en la palma de su mano. Le pregunté por qué estaba de castigo. Sin mirarme, de mal modo, dijo:

—¡Yo qué sé! Porque me mandaron. —Y siguió atrapando moscas.

Franco era un mozalbete de catorce años, raquítico, de ojos asustados, tez lívida, párpados caídos. Sobre su frente, además de la expresión vaga de los ojos y la oblicuidad dolorosa de las cejas, se posaba una nube de aflicción y paciencia, como las del *Flos sanctorum*.<sup>5</sup> La parte inferior de su semblante se rebelaba: una de sus comisuras se fruncía en una contracción perenne de rencoroso desprecio. Franco no reía nunca. Sólo sonreía cuando presenciaba alguna riña seria, interesándose en el desenlace como un apostador de peleas de gallos, y se enfurecía cuando los contrincantes se separaban. Se alegraba con los tropiezos ajenos, sobre todo si eran peligrosos. Vivía aislado en el círculo de excomunión con que el director lo fulminaba invariablemente, todas las mañanas, al leer en el refectorio las notas de la víspera.

Los profesores ya lo sabían. A la nota de Franco, siempre mala, debía seguir un comentario deprimente especial, que la concurrencia esperaba y escuchaba con deleite, regocijándose en el

<sup>5</sup> *Flos sanctorum*: libro sobre las vidas de los santos. El título es más o menos genérico y existieron varios libros denominados así tanto en Portugal como en España, derivados de una tradición medieval.

desprecio. ¡Nadie como él! Y, cada día, el celo del maestro daba un nuevo temple al viejo anatema. No convenía expulsarlo. Una cosa de estas se aprovecha como un *bibelot* de la enseñanza intuitiva; se explota como la miseria del hilotas<sup>6</sup> para la lección fecunda del asco. Aun la indiferencia repugnante de la víctima resulta útil.

Tres años hacía que el infeliz, en un suplicio de minúsculas humillaciones crueles, agachado, abatido, aplastado, más por el peso de las virtudes ajenas que por el de las culpas propias, estaba allí: cariátide<sup>7</sup> forzada en el edificio de moralización del Ate-neo, ejemplar perfecto de depravación ofrecido al horror santo de los puros.

Esa tarde me asaltaron varias veces las impertinentes chanzas de Barbalho. El endemoniado bizco me tiraba de la ropa, chocaba conmigo a encontronazos y huía soltando grandes risotadas falsas, o se detenía súbitamente frente a mí y, revistiéndose de cuanta seriedad le permitía el azafrán del rostro, me preguntaba:

—¿Te cambiaste los pantalones?

Un infierno. Hasta que, finalmente, mi exasperación estalló.

Era de noche, poco antes de la cena. Estábamos en un rincón mal iluminado del patio, casi solos. El belitre me reconoció y soltó una inexpressible interjección de mofa. No esperé más. Le estampé una bofetada. Medio



<sup>6</sup> Siervo de la antigua Esparta. Cada año se celebraba un rito de paso en que los jóvenes de la aristocracia espartana salían a masacrar a los hilotas y a saquear sus campos con el fin de prepararse para la vida guerrera y adulta.

<sup>7</sup> Columna en forma de mujer.

segundo después, rodábamos por el polvo, entrelazados como fieras. Una lucha rápida. Nos avisaron que venía Silvino y Barbalho huyó. Yo me di cuenta de que tenía el pecho de la camisa cubierto de sangre que me corría de la nariz.

Una hora más tarde, en la cama de hierro del salón azul, compenetrado por la tristeza de hospital de los dormitorios, que parecían más profundos a la sombra del gas mortecino, mordiendo la colcha blanca, meditaba sobre mi día en retrospectiva.

Así era el colegio. ¿Qué hacer con mi bagaje de planes?

¿Dónde meter la maquinaria de mis ideales en aquel mundo de brutalidad, que me intimidaba con oscuros detalles e informes perspectivas que huían a la investigación de mi inexperiencia? ¿Cuál sería mi destino en aquella sociedad que Rabelo había descrito horrorizado, con medias frases de misterio, suscitando en mí temores indefinidos y recomendándome energía, como si el compañerismo fuera hostilidad? ¿De qué modo conciliar una norma generosa y altiva de proceder con el óbice pertinaz de Barbalho? En vano había intentado reconocer, en el rostro de los muchachos, aquel noble aspecto de la solemnidad de los premios, que me había causado la impresión de una legión de soldados del trabajo hermanados en el empeño común, unidos por el corazón y por la ventaja del esfuerzo colectivo. Individualizados en la desbandada del recreo y, lo que era peor, tras las observaciones críticas de Rabelo, me inspiraban un sentimiento muy distinto. La reacción del contraste me inducía un concepto de repugnancia que el hábito habría de desvanecer, pero que esa noche hacía que me saltaran las lágrimas. Al mismo tiempo, me oprimía el presentimiento de la soledad moral, dejándome entrever que las preocupaciones mínimas y las concomitantes sorpresas inconfesables no permitirían muchas de las efusiones de alivio a las que corresponden el consejo y el consuelo.

Nada de protectores, había dicho Rabelo. Era el desierto. Y en la soledad, conjuradas, adversidades de todo tipo: la falsedad traicionera de los afectos, la persecución de la malevolencia, el espionaje de la vigilancia; por encima de todo, como un cielo de relámpagos sobre los desalientos, la furia tonante del Júpiter-director, el Aristarco tremendo de los momentos graves.

Algunos recuerdos de mi familia desviaron el curso de mis reflexiones. Ya no había una mano querida que me arrullara en el primer sueño, ni una oración, tan lejana en ese momento, que me protegiera por la noche como un dosel de amor; sólo el abandono de los niños sin hogar que los asilos de la miseria acogen.

La convicción de mi triste infortunio me aniquiló lenta y suavemente con un bálsamo de postración, y me quedé dormido.

Noche adentro, cual comparsas de pesadilla, me perseguían las varias imágenes de la turbulenta jornada; la pegajosa ternura de Sanches, la cara amarilla de Barbalho, la expresión de tortura de Franco, los frailes descompuestos de la ropería. Incluso soñé en forma. Yo era Franco. Mi clase, el colegio entero, mil colegios, arrebatados en una ráfaga de viento, volaban por leguas a través de una planicie sin fin. Todos gritaban, bramaban la sabatina de las tablas con un entusiasmo de torbellino. El polvo crecía en nubes desde el suelo; la masa confusa se erizaba en gestos, gestos de rama sin hojas en una angustiosa tormenta de invierno; sobre el bosque de brazos, como un gesto más alto, un gesto victorioso, la mano delgada de Maurilio, crecida, enorme, negra, torciendo y estirando los dedos ansiosos, convulsionados por la histeria de la rectificación... Y yo caía, ¡el único vencido! Y el tropel, de vuelta, caía sobre mí, ¡todos sobre mí! Me subyugaban, me pisoteaban, pesados, cargando premios, ¡montones de premios!

La campanilla, tocando a despertar, me libró de la angustia. Cinco de la mañana.



### ♦ III ♦

Si de pequeño, movido por un vislumbre de luminosa prudencia, mientras los otros se entregaban al juego de *peteca*,<sup>1</sup> me hubiera yo entregado a la mansa labor de fabricar documentos autobiográficos para la oportuna confección de una “infancia célebre” más, ciertamente no hubiera tomado nota, entre mis episodios de predestinado, del banal percance en la natación que, no obstante, tuvo para mí graves consecuencias y fue origen de sinsabores tan amargos como nunca más habría de sufrirlos.

“Natación” era como llamaban al baño que estaba construido en uno de los terrenos del Ateneo, un vasto manto de agua a ras de tierra, de treinta metros por cinco, que desaguaba en el río Comprido y se alimentaba con grandes grifos de agua corriente. El fondo, invisible, de ladrillo, ofrecía cierta inclinación, ahondándose gradualmente de un extremo al otro. Esta diferencia de profundidad se acusaba aún más por dos escalones, convenientemente dispuestos para que tanto los niños como los muchachos desarrollados tocaran el fondo. En determinado punto, el agua llegaba a cubrir a un hombre.

A causa de los intensos calores de febrero, marzo y de fin de año, se tomaban allí dos baños al día. Y cada baño era una fiesta en aquella agua espesa, salobre por la transpiración lavada de los grupos precedentes, pues las dimensiones del tanque impe-

<sup>1</sup> Pequeña pelota de cuero con un mechón largo de plumas, que los jugadores se lanzan unos a otros dándole golpes con la mano abierta.





dían su debida renovación. Era un turbulento debate de cuerpos desnudos, estrechamente ceñidos por el calzón de malla con rayas de colores, en el que los muchachos se enmarañaban como lampreas, sumergiéndose unos y reapareciendo otros, con ojos inyectados, cabellos escurridos sobre el rostro, surcos en la piel por los involuntarios rasguños de sus compañeros, entre gritos de alegría, gritos de susto, gritos de terror. Los menores se agrupaban en la parte rasa, dándose las manos en penca, espavoridos si se acercaba uno más fuerte.

Entre los mayores había algunos que realmente daban miedo, bogando a brazadas, llevando a cuestras la resistencia del agua; otros se precipitaban de cabeza, volteando los pies en el aire como colas de pez, cayendo de lado sin ver sobre quién. Y, burbu-

jeando entre los nadadores, rompían abundantes olas de resaca que iban a desbordarse por las inmediaciones del baño, encharcándolo todo.

A lo largo del tanque corría un muro divisorio, más allá del cual estaba la quinta particular del director. Desde lejos se veían las ventanas de una parte de la casa en la que a veces se acogía a los estudiantes enfermos, con las venecianas verdes siempre cerradas.

Por encima del muro y medio escondida entre una fronda de bambúes y ramas de hiedra, venía Ángela, la canaria, a ver los baños de la tarde. Les lanzaba guijarros a los muchachos; los muchachos le mandaban besos y se sumergían buscando el pedrusco. Ángela, torciendo las muñecas, reclinándose hacia atrás, soltaba perdidamente una risa grande, que se abría en corola de flor a través de sus blancos dientes.

En mi primer baño, me amedrentó el agitado desorden.

Busqué el rincón de los más pequeños. La disciplina determinaba una división de los bañistas en tres grupos, según las clases de edad. Pero la descuidada fiscalización permitía que las clases se confundieran y el inspector en turno, con una varita destinada a los retardados, vigilaba desde lejos, de tal suerte que los más débiles quedaban expuestos a los abusos de los grandulones que las crestas del agua arrojaban. Apenas había entrado, cuando sentí que dos manos, en el fondo, me tomaban por el tobillo y la rodilla. Con un impulso violento, caí de espaldas; el agua ahogó mis gritos, me cubrió la vista. Sentí que me arrastraban. En una desesperación de asfixia, pensé que iba a morir. Sin saber nadar, me vi abandonado en un punto peligroso. Y braceaba en vano, inmerso, desfalleciente, cuando alguien me amparó. Uno de los grandes me cargó sobre su hombro y me puso en la borda, extendido, vomitando agua. Necesité algún tiempo para enterarme de

lo que había sucedido. Al fin, me tallé los ojos y me di cuenta de que Sanches me había salvado.

—¡Ibas a ahogarte! —dijo amparándome la cabeza, mientras me desprendía el cabello de los ojos.

Medio aturdido todavía, le relaté efusivamente lo que me habían hecho.

—¡Perversos! —observó mi colega con lástima y, desvelándose en solicitudes para tranquilizarme, atribuyó la brutalidad a cualquier malvado que habría huido en el atropello de los nadadores. Después tuve motivos para creer que el malvado, el perverso, había sido él, con la intención de prestar un buen servicio.

Pero la consecuencia inmediata del hecho fue que forcé la repugnancia que Sanches me causaba y me hice todo gratitud e íntima amistad hacia él. Curiosa y accidentada habría de ser esa aventura de apego y confianza.

En el Ateneo éramos pareja en todo. En los ejercicios gimnásticos, en la entrada a la capilla, en el refectorio, en las clases, en el saludo al ángel de la guarda, al mediodía, en la distribución del pan seco después de los cantos. En atención a la regularidad de la organización militar, las tres centenas de alumnos se repartían en grupos de treinta, bajo el comando directo de un decurión o “vigilante”. Los vigilantes se elegían mediante un criterio de aristocracia, aseveraba Aristarco. Vigilante era Malheiro, el héroe del trapecio; vigilante era Ribas, la mejor voz del orfeón; vigilante era Mata, esmirriado, jorobadito, con la espina quebrada, al que apodaban Merolico, melifluo en el trato, siempre libre de castigo sin que nadie supiera por qué, con reputación de excelente, pues nadie se acordaba de fiscalizarlo, y a quien, sin embargo, Rabelo señalaba como jefe de la policía secreta del director; vigilante era Saulo, que tenía tres distinciones en la Instrucción Pública; vigilante era Rómulo, al que llamaban por

mote el Cocinero, una bestia, un grandulón, el último en gimnasia debido a su corpulencia bravucona, el último también en las clases, excluido del orfeón por su garganta rota de clarinete viejo y que, no obstante, por una excepción que descollaba en la amplitud chata de su incapacidad, ejercía en el colegio las complejas y delicadas funciones de bombo de la banda. No sé si por esa habilidad particular para el bombo, fórmula musical del anuncio, no sé si por alguna famosa herencia que esperaba recibir de parientes adinerados, lo cierto es que, entre todos, había sido Rómulo el elegido por Aristarco para el envidiable privilegio de convertirse en su yerno.

Muchos otros vigilantes había como éstos, elegidos con un criterio que permitía que el que había sido seleccionado por su valentía en la barra fija representara un triste papel en el estudio; y que, por el contrario, otro, como Ribas, ejemplar en las clases, flacucho y agotado, apenas si pudiera titubear, en el trapecio, la sencilla acrobacia de la verticalidad.

Sanches también era vigilante.

Estos oficiales inferiores de la milicia de la casa se convertían en tiranuelos por delegación de la suprema dictadura. Armados con sables de palo y guardas de cuero, se tomaban en serio la investidura del cargo y eran, en general, de una ferocidad adorable. Los sables castigaban sumariamente las infracciones formales de la disciplina: dos palabras al de la retaguardia, pierna poco firme, desviación notable en la alineación. Régimen siberiano, como se ve; de ahí que los vigilantes fueran altamente valorados.

En el caso particular de nuestro fortuito acercamiento, no podía dejar de influir considerablemente la fuerte importancia colegial del vigilante Sanches. Pero otras circunstancias se conjuraron para determinar el nuevo cariz de mis disposiciones, lo cual quedó claro después del incidente del baño.

Ya me era lícito considerarme iniciado en la convivencia íntima de la escuela. Cuando Manlio me llamó para ponerme a prueba, fui capaz de agrandar y conquisté un aura que habría de favorecerme durante algún tiempo. Me encontré con Barbalho. Tenía el rostro marcado por mis uñas; me evitó. En el recreo cometí la injusticia de alejarme de Rabelo. Sucedió que el amable camarada tenía en la boca un mal olor que perjudicaba la pureza de sus consejos; además, hablaba atenazándolo a uno con los dedos y soltando sus aforismos a quemarropa. El venerado colega, por su parte, correspondió a mi movimiento agriándose conmigo y dándose por ofendido. Durante las clases en que nos sentábamos el uno junto al otro, se abismaba en su desesperada atención y era como si estuviera a muchas millas. No obstante, si por alguna imprescindible necesidad se veía obligado a hablarme, entonces me dirigía la palabra con su habitual afabilidad de joven cura.

Estaba aclimatado, pero me había aclimatado a través del desaliento, como un recluso a su cárcel.

Ya liberado de la traba de los ideales ingenuos, me sentía desprovisto de ánimo. Nunca estuve tan consciente de la imponderable espiritualidad del alma: el vacío habitaba en mi interior. La fuerza de las cosas me oprimía; estaba acobardado. Aquella lección viril de Rabelo, la de prescindir de protectores, se disipó. Quise tener un protector, alguien que me valiera en ese medio hostil y desconocido, y con un valimiento directo, más fuerte que el de las palabras.

Si no hubiera olvidado las charlas y la asistencia personal de Rabelo, quizá me habría dado cuenta de que, poco a poco, me iba invadiendo, como él había observado, el afeminamiento mórbido de las escuelas. Pero la teoría es frágil y se adormece como las larvas friolentas cuando la estación obliga. El letargo

moral me pesaba en la caída. Y, como si el alma de los niños realmente esperara, lo mismo que su físico, los días propicios para caracterizar en definitiva la conformación sexual del individuo, me sentía poseído por cierta perezosa necesidad de amparo, un deleite de debilidad impropio, en rigor, del carácter masculino. Una vez que me hube convencido de que la campaña en pro del estudio y de la energía moral no era precisamente una cabalgata cotidiana animada por el clarín de la retórica o por el verso enfático de los himnos, como en las fiestas, la cruda realidad me entristeció. Vistos desde el otro lado, los bastidores del glorioso desfile me desilusionaron. No todas las jornadas del militarismo se adornan con la animación de los asaltos y de las vueltas triunfales; me desmoralizaba el runrún estancado de la paz de los cuarteles, el prosaísmo elemental de los quehaceres.

A esta crisis del sentimiento se aunaba el recelo que me inundaba el microcosmos del Ateneo. Todo amenaza a los indefensos. El tumultuoso desembarazo de los compañeros en el recreo, su manera fácil de llevar los trabajos, me parecían trazos de aplastante superioridad; me sorprendía la viveza de los “pequeños”, ¡tan pequeños algunos! En el vértigo del momento, el brazo de Sanches venía, así, por segunda vez, a salvarme de la inmersión.

Yo no estudiaba; mis notas, sin embargo, eran regulares gracias a un concurso de elementos eventuales: el derecho a la benevolencia por la inscripción reciente, mi recomendación al profesor Manlio y los retazos hilvanados de la ciencia anterior. Me mantenía en un promedio satisfactorio; pero el riesgo de decadencia era constante. El método constituía el peor obstáculo; sin el auxilio de alguien más práctico, estaría perdido. Sin duda, Sanches habría de valerme con su capacidad de gran estudiante y, sobre todo, con aquella sugerente buena voluntad que tan

desinteresadamente manifestaba. ¡Por no mencionar lo provechoso que resultaba este afecto cuando empuñaba en favor mío su terrible sable de vigilante con guardas de cuero!

En efecto, Sanches me dio la mano como la Minerva benigna de Fénelon.<sup>2</sup>

Entré en la geografía como quien entra en su casa. Las anfractuosidades liminares de los continentes se deshacían en los mapas para mayor brevedad de mi trabajo; los ríos dispensaban los complicados detalles de sus meandros y afluían a mi memoria abandonando el declive natural de las vertientes; las cordilleras, inmensa tropa de elefantes amaestrados, se acomodaban en sistemas de facilísima orografía; el número de ciudades importantes del mundo se reducía, sumiéndose en la tierra, para que no tuviera yo que memorizar tantos nombres; el número de pobladores se redondeaba, perdía las fracciones importunas en detrimento de los nuevos censos y para mayor gravamen de los úteros nacionales; una afortunada mnemotecnia me enseñaba a enumerar los estados y las provincias. Gracias a la destreza de Sanches, no había incidente conocido sobre la superficie terrestre que no se me adhiriera al cerebro, como si mi cabeza fuese por dentro lo que la esfera del mundo era por fuera.

La gramática, a su vez, se me abría como un cofre de confites de Pascua. Satín color de cielo y azúcar. Elegía los adjetivos al capricho, como si fueran almendras endulzadas por circunstancias adverbiales de la más agradable variedad; los amables sustantivos, propios y comunes, revoloteaban en torno mío como criaturitas aladas de alfeñique; la etimología, la sintaxis, la

<sup>2</sup> Alusión a *Las aventuras de Telémaco, hijo de Ulises*, obra escrita por François Fénelon (1651–1715), donde Minerva, transmutada en Mentor, acompaña y protege a Telémaco en sus viajes en busca de Ulises.

prosodia, la ortografía: cuatro grados de dulzura en una misma degustación. Cuando mucho, me disgustaban, al principio, las excepciones y los verbos irregulares, como esos feos confites crespos de chocolate que, una vez en la boca, resultan sabrosísimos.

La historia patria me deleitó en grado sumo. Desde los misioneros de la catequesis colonizadora, que salían a mi encuentro con Anchieta,<sup>3</sup> visiones de bondad que recitaban selectas estrofas del evangelio de las selvas, mandando por delante, coronados de flores, por la ancha vereda de arena blanca, a los alegres *columins*,<sup>4</sup> aprendices de la fe y de la civilización; haciéndose acompañar por la turba salvaje del gentío color corteza de árbol, emplumado, moteado con mil tintas, en respetuosa contrición de domado fetichismo, abultando el seno, saliendo del fondo de la selva oscura como una marcha fantástica de troncos. Hasta los tiempos de la Independencia,<sup>5</sup> compleja evocación de arcos conmemorativos de las alboradas del Rocio<sup>6</sup> y de ansias de patriotismo infantil: un príncipe fundido, cabalgando sobre una fecha,<sup>7</sup> mostrando a los pueblos, en su pañuelo, el lema oficial

<sup>3</sup> El padre jesuita José de Anchieta (1534–1597) fue misionero, fundador de la ciudad de São Paulo y autor de varias obras escritas en español, portugués, latín y tupí, entre ellas una gramática de esta última lengua.

<sup>4</sup> *Curumim* o *columim* (aquí en plural): término tupí que designa al niño o muchacho.

<sup>5</sup> Brasil se proclamó independiente en 1822.

<sup>6</sup> El Largo do Rocio era una plaza situada en el centro de la ciudad de Río de Janeiro. Actualmente se llama Praça Tiradentes.

<sup>7</sup> En 1862, la Corona brasileña decidió erigir, en el Largo do Rocio, una estatua ecuestre de don Pedro I, en conmemoración de la independencia que este monarca había proclamado, así como de la primera Constitución (1824). Era una medida de reafirmación del conservadurismo monárquico en contra del creciente movimiento republicano, y por esto los republicanos nunca vieron la estatua con buenos ojos.



del Ipiranga;<sup>8</sup> más abajo, punteadas por las selvas del cerro de Santo Antônio,<sup>9</sup> las aclamaciones de un pueblo mezclado que dejó morir a Tiradentes<sup>10</sup> para desgañarse en vítores al ramo de café de Domitila.<sup>11</sup>

Cada página era un encanto, prologada por la complaciente explicación de mi colega. Gracias a la destreza de sus presentaciones, pude estrechar la mano a los más truculentos figurones del pasado, a los más poderosos. Antônio Salema,<sup>12</sup> el cruel, me sonrió; Vidigal<sup>13</sup> fue gentil; don João VI<sup>14</sup> me dejó rapé en los dedos. Conocí de vista a Mem de Sá<sup>15</sup> y a Mauricio de Nassau;<sup>16</sup>

<sup>8</sup> Don Pedro I proclamó la independencia de Brasil en los márgenes del río Ipiranga, en São Paulo, pronunciando el grito de Ipiranga: ¡Libertad o muerte!

<sup>9</sup> El cerro de Santo Antônio se levantaba en lo que hoy es el parque Aterro do Flamengo en el centro de Río de Janeiro. Fue desmontado durante los años sesentas del siglo xx con el fin de usar la tierra para ganarle terreno al mar.

<sup>10</sup> Tiradentes, cuyo verdadero nombre era Joaquim José da Silva Xavier (1746–1792), fue uno de los cabecillas y el único mártir del movimiento conocido como Inconfidência Mineira, que pretendía crear, en el estado de Minas Gerais, un gobierno republicano independiente. Tiradentes asumió completamente la responsabilidad del movimiento y fue condenado, por ello, a un castigo ejemplar: horca y descuartizamiento. Comenzó a considerarse un héroe nacional a partir de la segunda mitad del siglo xix, conforme fue tomando fuerza el movimiento republicano.

<sup>11</sup> Domitila de Castro e Canto Melo (1797–1867) fue la amante más conocida del emperador don Pedro I, quien le dio el título de marquesa de Santos. Tuvo gran influencia en las decisiones del emperador, hasta tal punto que, según narra Paulo Setúbal (1893–1937) en su obra *A marquesa de Santos*, fue ella quien impulsó al mandatario a disolver la Asamblea Constituyente en 1823. En esa ocasión, la marquesa adornó con un gran ramo de café el sombrero de don Pedro como emblema de los “buenos brasileños” y de la causa del emperador.

<sup>12</sup> Antônio Salema (?–1586), fue un juez portugués que fungió como gobernador de São Tomé y Río de Janeiro. Emprendió un brutal exterminio de indígenas distribuyéndoles ropajes intencionalmente infectados de viruela.

vi pasar al héroe de Minas,<sup>17</sup> sereno, con las manos atadas como Cristo y esa barba abundante de apóstol de los pueblos. El sol le rozaba la frente, lisa y amplia, esquilada por el destino para recibir mejor la corona del martirio.

La historia sagrada me reveló a este épico (¡quién lo diría!); ¡el canónigo Roquette!<sup>18</sup> Y yo bebí la embriaguez musical de los capítulos como el canto profundo de las catedrales. Escuché suspirar a la Creencia, al idilio del Edén, al amor primitivo del Génesis envidiado por los ángeles bajo la mirada magnánima de los leones; escuché el lamento tierno de la primera pareja expulsada hacia el dolor, hacia el trabajo;



<sup>13</sup> Miguel Nunes Vidigal (1745–1843) fue el primer militar brasileño admitido en el ejército del Reino Unido de Portugal, Brasil y Algarves. Ascendió hasta los más altos cargos militares y fue enemigo acérrimo de fiestas vinculadas con el candomblé.

<sup>14</sup> Don Juan VI (1767–1826), rey de Portugal desde 1788. Se trasladó a Brasil junto con toda la corte portuguesa en 1808, huyendo de la invasión napoleónica.

<sup>15</sup> Mem de Sá (1500–1572) fue gobernador general de Brasil a partir de 1558. Se destacó por las victorias contra las rebeliones indígenas y la expulsión de los franceses que ocupaban el puerto de Río de Janeiro.

<sup>16</sup> Juan Mauricio de Nassau-Siegen (1604–1670), llamado el Brasileño, fue un noble y militar holandés. Entre 1637 y 1644 fue gobernador de las posesiones holandesas en el Nordeste brasileño. Su administración se caracterizó por la tolerancia religiosa y la construcción de viviendas para la población humilde de la ciudad de Recife.

<sup>17</sup> Tiradentes, *vid. supra*, p. 128, n. 10.

<sup>18</sup> José Inácio Roquette (1801–1870), eclesiástico, traductor y autor de varias obras pedagógicas y religiosas.

Adán vergonzoso, vistiendo las parras de la primera *pruderie*.<sup>19</sup> Eva envolviendo su desnudez joven de lirios en la túnica áurea de sus madejas de cabello, cubriéndose con las manos el vientre, obscenidad de las madres, estigmatizada por la maldición de Dios.

Y crecía el canto en la bóveda, y el órgano le hablaba a la tradición entera del sufrimiento humano suplantado por la divinidad. La armonía se modulaba en suave gorjeo, entonando la elevación de los salmos, el éxtasis sensual del *Cantar de los cantares* en la boca de la Sulamita,<sup>20</sup> y la seducción de Booz<sup>21</sup> enmarañado en la honesta estratagema de la ternura, y la melancolía trágica de Judit,<sup>22</sup> y la serena gloria de Ester,<sup>23</sup> la princesa querida.

Súbitamente, el cuadro sonoro se entreabría para dejar que irrumpiera el coro de los lamentos. Morían en el aire, como chispas extintas, las últimas notas del arpa de David; se perdía en ecos la postrer antistrofa de Salomón; desapareció en el confín del campo la imagen de Rut,<sup>24</sup> con el haz rubio de trigo

<sup>19</sup> En francés, “pudicia”.

<sup>20</sup> Voz femenina del *Cantar de los cantares*, libro bíblico de tema amoroso atribuido al rey Salomón.

<sup>21</sup> *Vid. infra.*, p. 131, n. 24.

<sup>22</sup> Judit o Judith es la heroína del libro bíblico del mismo nombre. Se trata de una mujer hebrea de Betulia, quien, para contribuir a la liberación de su pueblo, sedujo al general babilónico Holofernes, entró en su tienda y le cortó la cabeza. (*Cf. Judit*, 13: 8.) En el imaginario occidental posterior, se considera un símbolo del heroísmo femenino. Su nombre significa “la hebrea”.

<sup>23</sup> Ester es la protagonista del libro bíblico del mismo nombre, atribuido al profeta Esdras. Era una mujer hebrea a quien el rey persa Asurero (a quien se identifica con Jerjes) eligió como su reina consorte. Desde esta posición, pudo evitar el exterminio de los judíos y consiguió el aniquilamiento de sus enemigos. El libro comienza con un texto preliminar en el que se narra que Mardoqueo, primo y padre adoptivo de Ester, tuvo en un sueño una relevación divina de lo que iba a ocurrir. (*Cf. Rut*, 1: 1d.)

al brazo; entró la hebrea sombría<sup>25</sup> en la tienda de Holofernes, llevando en los labios el beso homicida; la luminosa aparición de Esther se cubrió con el sueño de la noche de Mardoqueo. Era la gama doliente de los terrores. Clamaban las imprecaciones del diluvio, las desesperaciones de Gomorra; flameaba en el firmamento la espada del ángel de Senaquerib;<sup>26</sup> dialogaban en tétrico concierto las súplicas de Egipto, los gemidos de Babilonia, las piedras condenadas de Jerusalén. Vociferaba la tiniebla grave de los sermones de los profetas. En vano el fulgor de las transfiguraciones, como el lívido pedernal, abría de par en par orificios de luz sobre la tormenta nocturna; en vano veía Ezequiel<sup>27</sup> al Eterno en sus visiones y visitaba Elías<sup>28</sup> el Misterio en una escarpa de llamas. Nada. La música solemne era el miserere. Ni el destello del alba en Belén de Judea debelaba la sombra,

<sup>24</sup> Rut o Ruth es la protagonista del breve libro bíblico del mismo nombre. Se trata de una mujer mohabita que se integró por matrimonio a la nación judía. Habiendo quedado viuda, Rut decidió quedarse al lado de su suegra desamparada, Noemí. En una ocasión, Rut se puso a espigar un campo de cebada que resultó ser propiedad de un hombre de buena posición llamado Booz. Conmovido por el trabajo y la piedad de Rut, éste decidió tomarla por esposa.

<sup>25</sup> Judit.

<sup>26</sup> Senaquerib fue un rey de Asiria y Babilonia que intentó infructuosamente tomar Jerusalén y Judá. Según el relato bíblico, la razón de su derrota fue la intervención de un ángel enviado por Yavé, quien exterminó en una noche a 185 000 soldados suyos. (Cf. *Isaías*, 37: 36.)

<sup>27</sup> Ezequiel fue un profeta bíblico de los tiempos del cautiverio hebreo en Babilonia. Se le atribuye la autoría de uno de los libros del Antiguo Testamento, que se conoce con su nombre.

<sup>28</sup> Elías es un personaje que se describe en los libros bíblicos de los *Reyes*. Se trata del profeta que denunció la impiedad de los reyes hebreos Acab y Jezabel. Según la leyenda bíblica, Elías no murió, sino que fue arrebatado por Dios en “un carro de fuego con caballos de fuego”. (2 *Reyes*, 2: 11.)

ni el espejismo vivo del Tabor.<sup>29</sup> La epopeya agonizaba con el rodar del siglo; producía ecos en una cueva donde había un túmulo; bramaba, por un momento, el triunfo de la Resurrección del Justo; moría, al fin, lenta, lentamente, con la plegaria de los mártires del anfiteatro, con la remota plegaria subterránea de los refugiados de las catacumbas.

La doctrina cristiana, glosada por la habilidad del comentarista, fue motivo de una redoblada enseñanza que me interesó mucho. Estaba el cielo abierto, rodeado de altares para todas las creaciones consagradas de la fe. Era curioso encarar la grandeza del Altísimo; pero había ventanas hacia el purgatorio por las que Sanches se asomaba conmigo, cuya vista era mucho más seductora. Mi preceptor tenía un saborcillo de ungido en la voz y en el modo, una altivez de director espiritual, que habla del pecado sin mancharse la boca. Exponía casi compungido, con la mirada clavada en el techo, tronándose los dedos en un arrobamiento de abstracción religiosa; describía, demorándose en los incidentes, las manifestaciones más indecentes de Satanás en el mundo. Ni siquiera le doraba los cuernos para que no me dieran miedo. Al contrario, Sanches tenía el capricho de sorprenderme con las fantasías del Mal y la Tentación y, según su esbozo, la cola del demonio tendría quizá dos metros más que en la realidad. Alguna vez, es cierto, me insinuó que el susodicho no es tan feo como lo pintan.

El catecismo comenzó a infundirme el aterrorizado temor de los oráculos oscuros. Yo no lo creía por completo. Pensándolo

<sup>29</sup> El Tabor es un monte de cuatrocientos metros de altura que se ubica en la Baja Galilea, lo que hoy es Israel. Según los evangelios, fue en su cima donde tuvo lugar el episodio conocido como la Transfiguración de Cristo, cuando éste cambió su aspecto ante tres de sus discípulos (“su rostro se puso brillante como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz” [*Mateo*, 17: 2]).

bien, me parecía que la mitad de todo aquello era un invento malvado de Sanches. Cuando se ponía a contarme historias de castidad sin atender a la parvedad del tema del precepto teológico, que si la mujer del prójimo, que si la concepción de la Virgen, que si el-tercer-pecado-es-la-lujuria, que si gritos al cielo por la sensualidad *contra natura*, que si las ventajas morales del matrimonio; y cuando me explicaba por qué la carne, la inocente carne, que en mi experiencia sólo era condenada por la Cuaresma y por los monopolistas del bacalao, la pobre carne del *beef-stake*, era enemiga del alma; o cuando rectificaba mi error, que era otra carne, pero guisada de un modo especial y muy especialmente trinchada, yo mordía un trocito de indignación por las calumnias que sufría la santa cartilla de mi devoto credo. La cosa, empero, me interesaba, y yo iba cosechando información para juzgarla por mí mismo cuando llegara el momento propicio.

En las operaciones matemáticas y el dibujo técnico prescindía de mi colega mayor; en el dibujo, porque me parecía agradable recorrer los caprichosos trazos, y me divertía, como un juego, la geometría menuda; en las operaciones y en el sistema métrico, porque había perdido la esperanza de ser algo más que un mediocre acróbata de los cálculos, y había decidido dejarle a Maurilio o a quienquiera que fuese la primacía de las cifras.

En dos meses habíamos recorrido a grandes rasgos el programa del curso. Con esta preparación me sonreía el augurio de un magnífico futuro, cuando la fatalidad vino a echar atrás la rueda.

He dicho ya que Sanches me provocaba una repugnancia de babosa. Después del percance en la natación, el reconocimiento predominó sobre la repulsión y consentí las asiduidades con las que, a partir de entonces, quiso beneficiarme mi colega. Con el tiempo, no obstante, volvió a brotar el distanciamiento instintivo que me alejaba del muchacho.

Escéptico ante la fraternidad del colegio, cuya personificación veía en Barbalho, temía el alborozo del recreo. Permanecer en el salón de clases era para mí una medida de prudencia. Aprovechaba estos intervalos regulares de descanso para adelantar en el curso. Pues bien, durante aquellos momentos de aplicación excepcional que el grande y yo pasábamos a solas se definió el movimiento de la antipatía presentida. La franqueza de la convivencia creció día con día, en una progresión imperceptible. Ocupábamos el mismo pupitre. Sanches fue acercándose. Se me arrimaba, después, demasiado. Cerraba su libro y leía en el mío, exhalándome en el rostro una respiración de cansancio. Para explicarme algo, se alejaba un poco; me tomaba entonces los dedos y los apretaba como si fueran de arcilla, hasta que la mano me dolía, ensartándome miradas de rabia infundada. Luego volvía a las expresiones de afecto y continuaba con la lectura estrechándome el cuello con el brazo, como un amigo furioso.

Yo lo dejaba hacer, fingiéndome insensible, con un plan de rompimiento en mente, reprimido, sin embargo, por falta de valor. No había ningún mal en aquellos gestos amistosos; me parecían simplemente absurdos e inoportunos, máxime porque no correspondían a la más insignificante manifestación de mi parte.

Pude darme cuenta de que Sanches cambiaba de actitud cuando un inspector asomaba la cabeza por la puerta del salón y cuando pretendía instruirme en alguna disciplina trascendente.

Entonces, el singular maestro se formalizaba en una gravedad severa y distante. Era esta inconstancia lo que me alarmaba. Acabó convirtiéndose en un entretenimiento. Yo muchas veces perdía el hilo de la lectura para atender a las artimañas de aquella novísima comedia.

Un día de mucho calor, acababa él de enunciar como un padre una página de religión sobre los diversos actos de contri-

ción, de atrición, de fe, de esperanza y de caridad, cuando me propuso que los repitiera sentado en sus rodillas. Aquella comodidad me pareció inútil y repetí la lección paseando por el aula. ¡Qué diablos! ¡Aquel sujeto quería tratarme, en definitiva, como si fuera yo un bebé! Un poco más y llegaría al exceso extremo de ofrecerme un cambio de pañales. ¡Ah! si todavía viviera en mi ánimo el arrojo audaz que había traído de casa, sin duda alguna hubiera despachado a Sanches desde hacía mucho tiempo con la cartilla en las narices. Pero yo ya era otro, y mi voluntad vegetaba tierna y dúctil como un retoño después de la aniquilación del primer desengaño. Fui aplazando el conflicto.

A veces mi resistencia pasiva desilusionaba al preceptor. Éste me encaraba terrible, como quien dice: “¡pierdes la protección de un vigilante!”, o disimulaba la impertinencia con una sonrisa desencajada, con una expresión abstracta en la fisionomía, que era, por cierto, la *facies*<sup>30</sup> de una idea fija.

El ejercicio físico se efectuaba por la tarde, una hora después de la cena, un momento excelente, que habituaba a la digestión a aferrarse al estómago y no escurrirse por el gástrico cuando los estudiantes se columpiaban en la barra fija, dando vueltas.

Reconocí el hermoso campo de las maniobras gimnásticas cuando fui allí por primera vez después de mi inscripción. Sentí nostalgia de las grímpolas sobre el prado verde. No obstante, aunque se había desmontado ya la alegría sobre pedido de las fiestas, el campo era un sitio amenísimo. Abierto a todo el cielo, parecía más abundante en aire. Mis pulmones se vengaban allí de la cerrada compresión del régimen interno.

Terminados los ejercicios, el profesor Bataillard se retiraba y, vigilados por dos inspectores, Silvino y João Numa, o bien João

<sup>30</sup> En latín, “rostro, semblante”.



Numa y el viejo Margal, un venerado inválido español a quien todos queríamos, o entonces Margal y “el Consejero”, los alumnos gozábamos de un lapso de recreo hasta el caer de la noche.

En cierta ocasión, al oscurecer, mientras paseaba en silencio con Sanches, viendo huir el día más allá de las montañas, noté que mi compañero balbuceaba una pregunta. Habló como quien no quiere la cosa, admirando el crepúsculo con la frente fruncida, en esa abstracción a medias que constituía su rictus habitual. Estábamos en un recodo del camino que circundaba el prado, opuesto al cancel donde conversaban los inspectores. Nuestros colegas arrojaban la barra a través del césped, o se divertían jugando *saut-de-mouton*<sup>31</sup> en puntos lejanos. Como no pude asir la pregunta, Sanches la repitió. Dejé escapar una carcajada involuntaria... ¡Me atosigaba la especie más extraña de pretendiente! Yo reía con franqueza, pero abismado. ¡Ese Sanches era de una extravagancia muy original! Hoy trabaja como ingeniero en una vía férrea del sur; un ingeniero serio...

Al ver que no podíamos entendernos, metió entre nosotros el esplendor de la tarde y resolvimos el embarazo con una opinión unánime al respecto.

Durante los días que siguieron, Sanches se mostró frío. Temí perderlo. Me dio las lecciones sin una sola de aquellas ternuras intragables. Se expresaba con brevedad, entre irritado y triste. Sospeché una revolución del carácter y creí que había encontrado lo que necesitaba: un amigo moderado que me libraría de las humillaciones de la vida colegial de los pequeños. No era ése el caso. Sanches había comprendido que la ingenuidad había contaminado el celo de su enseñanza. Maniobraba, entonces, para

<sup>31</sup> En francés, el juego que conocemos como “salto de burro”.

volver a la carga. Tuvo, empero, el cuidado de insistir en una preparación edificante.

Improvizó un análisis de *Los lusíadas*,<sup>32</sup> libro que constaría en el examen, cuya dificultad no cesaba de encarecer.

Me guió hacia el canto noveno como hacia una calle sospechosa. Yo gozaba criminalmente el sobresalto de los imprevistos. Mi mentor me llevó estrofas avante, rasgando sobre el rostro noble del poema el panorama de un burdel que olía a lavanda. ¡Bárbaro! Si había un traje de modestia sobre la verdad del vocablo, rasgaba las túnicas de arriba a abajo, groseramente. Hacía del meneo grácil de cada verso una brutalidad ofensiva. Yo lo acompañaba sin remordimientos; me consideraba vagamente víctima y me entregaba a la crueldad, sumiso, adormilado entre las ventajas de la inacción. El análisis ponía grilletes a las rimas; las rimas pasaban, dejando el recuerdo de un galanteo imprudente. Y el aire severo de Sanches, imperturbable.

Tomaba soberanamente cada periodo, cada oración, con un ademán sesudo de anatomista: sujeto, verbo, complementos, oraciones subordinadas; luego el significado. ¡Saz!, un corte de escalpelo y la frase rodaba muerta, repugnante, destripándose en podredumbres infectas.

Inició de la misma manera un curso pintoresco sobre el diccionario. El diccionario es el universo. Se jacta de ilustración, pero aturde, a primera vista, como el ajeteo de las grandes ciudades desconocidas. Encarrilados en las páginas considerables, los nombres se suceden extrañamente con su numerosa prole de

<sup>32</sup> Obra del poeta portugués Luis Vaz de Camões (1524–1580) publicada en 1572. Se trata de un poema épico en diez cantos, compuestos por octavas reales, en que se celebra el descubrimiento de la ruta marítima hacia la India por parte del navegante portugués Vasco da Gama.

derivados, o bien solos, *petits-mâîtres*<sup>33</sup> coquetos, los galicismos; vanidosos *dandies*, los de proveniencia albiónica. Nos molestan con sus modales desdeñosos, porque no los conocemos. Sus acepciones se prolongan, interminables, se entrecruzan en una nebulosa red topográfica. El inexperto no logra dar ni un paso en la inmensa capital de las palabras. Sanches estaba preparado. Penetró conmigo hasta los últimos albergues de la metrópolis, hasta la cloaca máxima de los términos groseros. Me descarnó en caricatura de esqueleto la circunspección magistral del lexicón, tal como antes había contaminado la elevación parnasiana del poema.

Yo me sentía apocado bajo el peso de las revelaciones. Me causaba terror aquella sabiduría de cosas nunca antes soñadas. Mi honrado guía espiritual se dio cuenta de que había logrado obtener un ascendente de dominio que me doblegaba. Me miraba, entonces, de frente y soltaba osadas risitas de malicia. Después de los días de reserva, se acercó de nuevo con una seguridad de propietario fuerte. Mi energía sufría de un desmantelamiento deplorable. Rabelo, de vez en cuando, me mortificaba a través de sus anteojos azules con una mirada de desprecio o de condolencia, aún más envilecedora. Mi padre venía a verme todas las semanas; yo le mostraba los premios de mi aplicación y hablaba sobre mi hogar; el resto me lo guardaba. Siempre desconfiado y receloso de los demás, mi compañero era casi exclusivamente Sanches. Juntos los dos todo el tiempo. En el Ateneo se sabía que él era mi mentor, incluso suponían que bajo sueldo. Nuestras relaciones no causaban extrañeza.

No obstante, Sanches, como todo malintencionado, huía de los sitios concurridos. Le gustaba vagar conmigo por la noche,

<sup>33</sup> Petimetres.

antes de la cena, cruzando cien veces el patio poco iluminado, ciñéndome nerviosa, estrechamente, hasta levantarme del piso. Yo aguantaba, pensando, en resignado silencio, en el sexo débil artificial que Rabelo había definido.

Azulado por mi desidia, que interpretaba como un asentimiento tácito, Sanches precipitó un desenlace. Una tarde de aguacero errábamos por el zaguán de los baños, que, oscuro y húmedo, emanaba el olor de las toallas enmohecidas y de las sustancias dentríficas, en aquella soledad favorable, multiplicada por los obstáculos que ofrecían a la vista los enormes pilares cuadrados que soportaban el edificio, cuando, sin transición, mi compañero acercó su boca a mi rostro y habló en una voz muy baja.

La sola voz, el simple sonido cobarde de aquella voz, rastrero, pegajoso, como si cada sílaba fuera una babosa, me horripiló como el contacto de un suplicio inmundo. Fingí no escuchar; pero en mi interior explotó todo el asco que sentía por aquel individuo y, muy tranquilo, desviando la vista únicamente, pretexté la necesidad de un pañuelo porque el frescor me había constipado y... fui a buscarlo.

Fuera de la zona magnética en que me había apresado mi buen amigo, se repusieron mis débiles instintos de indignación y Sanches se convirtió en un desconocido. Sacrificaba de golpe al amigo, al mentor y al vigilante: un rasgo de heroicidad. La primera vez que nos encontramos después del rompimiento, el hombre se dio cuenta de que todo había acabado. Anduvo rondándome, aderezando su mirada con un fulgor de puñaladas.

La ocasión no era la mejor para el conflicto. Por el bien de la enseñanza, la clase del profesor Manlio se había dividido en dos grupos, y a mí me habían incluido en la sección confiada a Sanches como auxiliar idóneo. La consecuencia era de esperarse. Maltratado y condenado por el ayudante, haciendo un mal

papel, debido al sobresalto, en el examen de verificación al que me sometió el profesor, desmoralizado en solemne reprimenda para gran regocijo de Sanches, juré venganza. ¡Escandalizaría al mundo con un vagabundeo sin precedentes! Había recorrido todo el programa en una rápida anticipación de estudio. Esto, sin embargo, no bastaba. ¡Pues que bastara! fue mi lema. Y a desandar se ha dicho. Quedé por debajo de Barbalho; lo que es más, fuera de una clasificación decente: quedé por debajo de Álvares. ¡Fui el último de la clase! Resultado razonable, para empleo de una pequeña energía que despuntaba.

Al mismo tiempo, como los filósofos atribulados, busqué el dulce consuelo de los astros.

Aristarco había iniciado un curso nocturno de cosmografía.

Las estrellas eran su tema. ¡Oh, noble enseñanza! Ningún profesor, so pena de expulsión, se abalanzaba a entrometerse en las once varas de la túnica de astrólogo. ¡Y había que verlo, en la ventana, señalando las constelaciones, impulsándolas a través de la noche con el dedo puntiagudo! Nosotros, los discípulos, no veíamos nada; pero admirábamos. Bastaba con que delineara sabiamente una agrupación estelar en las alturas, para que cada uno de nosotros, por su lado, quedara más *a quo*.<sup>34</sup> Y volaba, huyendo, la polvareda fosforescente.

En cuanto a mí, lo que me maravillaba era, sobre todo, el valor con que Aristarco ensartaba los astros, cuando todos saben que apuntar hacia las estrellas hace que le salgan a uno verrugas.

<sup>34</sup> En latín puede significar, entre otras cosas, “de este lado”; por extensión, significa no comprender. Era una expresión frecuente en la jerga de los estudiantes brasileños del siglo XIX. (Cf. Gerald Moser, “A Gíria Académica: Portuguese Student Slang”, en *Hispania*. Baltimore, Universidad Johns Hopkins, mayo, 1995, vol. 38, núm. 2, p. 160.)

Cierta vez, muy entusiasmado, el ilustre maestro nos mostró la Cruz del Sur. Poco después, comentando en murmullos lo que sabíamos de los puntos cardinales, descubrimos que la ventana daba al norte; no comprendimos. Aristarco reconoció su descuido, pero no quiso desdecirse. Ahí quedó la Cruz, a disgusto, estampada en el hemisferio de la estrella polar.

Yo me aficioné a las cosas del espacio y estudiaba profundamente la mecánica del infinito en el compendio de Abreu.

Para las noches brumosas, Aristarco contaba con los aparatos. Una infinidad de mecanismos para la enseñanza astronómica, que ejemplificaban el sistema solar, la teoría de los eclipses, la gravitación de los satélites y las esferas concéntricas, terrestre y celeste: la interior, de cartón barnizado; la exterior, de vidrio. Una maraña indescriptible, sobre la mesa, de estrellas y alambres retorcidos, ruedas dentadas de latón, lámparas de nafta



flojas que parodiaban el sol. Aristarco hacía girar la manivela y todo daba vueltas. Con el *pince-nez*<sup>35</sup> grueso de carey en la punta de la nariz, dominaba el tropel de los mundos.

—¿Ven —decía, explicándonos la naturaleza—, ven mi mano aquí?

Mostraba su mano derecha en el organillo, esa gran manopla peluda, capaz de darle envidia a Esaú:

—¡Es la mano de la Providencia!

<sup>35</sup> Modelo de anteojos cuyo puente fungía como una pinza para fijarlos sobre la nariz. Se utilizó hasta principios del siglo xx.



## ♦ IV ♦

Periodo sereno de mi vida moral, capítulo digno de escribirse sobre la mesa de un altar o con el alfabeto azul que el humo del incienso delinea en el aire tranquilo, inolvidables treguas de íntimo sosiego en toda mi juventud: he aquí en lo que se convirtió mi amargo descenso hacia las profundidades del descrédito escolar.

La astronomía, como los cielos del salmo, me llevó a la contemplación. El mal en la tierra, descrito por Sanches con una pericia de conocedor y practicante, tomó forma en el seno de mis meditaciones. La primera incredulidad se extinguió en mi espíritu al reconocer el descalabro de este valle de lágrimas en que vivimos. Durante el tiempo que debía consagrar a mi rehabilitación en los estudios me puse a estudiar, como quizá lo habría hecho Ignacio de Loyola, a la misma edad, la rehabilitación del mundo.

Encarné el pecado en la figura de Sanches y me lancé a la carga. Nutría quizá en mi interior el ambicioso interés de reformar algún día a los hombres en el solio de Roma con mi ejemplo pontifical de virtudes; pero la verdad es que me dediqué concienzudamente al santo empeño de merecer esa exaltación, preparándome con tiempo. Perdido el ideal escenográfico de trabajo y fraternidad que había querido ver en la escuela, tenía que liberar las palomas de la imaginación en otras direcciones. Criadero seguro era el cielo. Me quedaba el vendaje de la felicidad eterna, sin fin.



Hay que añadir que la tristeza oprimida de mal discípulo en que yacía me predisponía al arrobo. Y, como nadie prestaba atención a los pequeños esfuerzos que hacía para volver a levantarme, me dejé estar, insensible, resignado, como desmayado bajo un derrumbe. Tenía la conciencia en paz; la conciencia, que es el espectáculo de Dios. La fe me servía como un colchón blanco de ignavia consoladora. Nótese de paso que, pese a mi anhelo de bienaventuranza, en el catecismo me iba tan mal como en todo lo demás.

La más terrible institución del Ateneo no era la famosa justicia del arbitrio; tampoco la “celda de castigo”, albergue de las tinieblas y del sollozo, sanción de las enormes culpas. Era el “Libro de las notas”.

Todas las mañanas, infaliblemente, ante el colegio congregado en pleno para la primera comida, a las ocho, el director aparecía por una puerta con la solemnidad tarda de las apariciones y abría el memorial de los reportes.

Una bitácora larga y gruesa, pasta de cuero, rótulo rojo en la pasta, ángulos del mismo color sangre. La víspera, cada profesor, según el orden del horario, dejaba allí su observación acerca de la diligencia de sus discípulos. Era nuestro periodismo. Del libro abierto nacía, surgía, tomaba cuerpo y se imponía, como las sombras de los cofres hechizados de los cuentos fantásticos, la opinión del Ateneo. Reina caprichosa e incierta, esa opinión tiranizaba sin derecho a réplica, como los tribunales supremos. El temible noticiario, redactado al capricho de la sospechosa justicia de profesores muchas veces despedidos por violentos, ignorantes, odiosos o inmorales, se erigía en censura irremisible de las reputaciones. El juez podía ser expulsado si se evidenciaban, de manera concluyente, sus defectos; la difamación allí estampada era irrevocable.



Lo peor es que sembraba el contagio de la convicción y cada cual se sorprendía, consecutivamente, por no haberse percatado de que tal discípulo, tal colega, era en verdad tan ordinario; y el concepto se reforzaba así, pasivamente, hasta que la obra de vilipendio se consumaba cuando al condenado, al fin, ya sin ningún esbozo de indignación, le parecía justo aquello y bajaba la cabeza. La opinión es un adversario infernal que cuenta, a la postre, con la complicidad de la propia víctima.

Con excepción de los privilegiados, los vigilantes, los amigos íntimos y los que dormían a la sombra de una reputación hábilmente lograda por una justa conjunción de trabajo y cautivadora

dulzura, había para todos una expectativa de terror antes de la lectura de las notas. El libro era un misterio.

A medida que se desplegaba la gacetilla, las ansias iban serenándose. Los victimados huían abatidos por la vergüenza, oprimidos bajo el castigo incalculable de trescientas caritas de ironía superior o compasión ultrajante. Pasaban junto a Aristarco al salir para entregarse a la punitiva tarea de escritura. El director, erizando una de las cóleras olímpicas que sabía fabricar de un momento a otro, descargaba el peso del libro sobre la espalda del condenado, agravante de injuria y escarnio que se sumaba a la pena de la difamación. El desdichado desaparecía en el corredor, tambaleándose.

Cuando la cosa no ameritaba cóleras, Aristarco se limitaba a subrayar con una ponderación cualquiera la sentencia catedrática: o una exclamación de asombro o bien una amenaza; algunas veces un insulto vivo y breve; otras, un consejo amortajado en fúnebre piedad.

A veces atenazaba al niño por la nuca con dos dedos y lo volvía, tembloroso y sumiso, hacia el colegio atento, ofreciéndolo a las bofetadas de la opinión:

—¡Miren esta cara...!

El niño, lívido, cerraba los ojos.

En compensación no había, formalmente, castigos corporales.

El profesor Manlio, siempre considerando la recomendación, me ahorró durante mucho tiempo el formidable castigo de los reportes. Al cabo, perdió la paciencia y me fulminó.

Al día siguiente, a la hora del desayuno, aderezaba yo con amargura, sin azúcar que me bastara, el resto del café, quinado de expectativa (porque Manlio me había prevenido), cuando escuché que Aristarco, ampliando dramáticas pausas de conmoción, leía claro, severo:

—El señor Sergio ha degenerado...

Yo ya había figurado en la gacetilla del Ateneo con algunas notas honorables. La conmoción se guardó para cuando llegara una nota mala. El director me miró sombrío.

Al fondo del silencio común del refectorio, se socavó un silencio aún más profundo, como un pozo al final de un abismo. Me sentí devorado por aquel silencio boquiabierto. La congregación justiciera de los colegas se volvió hacia mí, contra mí. Mis vecinos en la mesa se hicieron a un lado para que todos me vieran mejor. De lejos, desde la despensa, llegaba un ruido argentino, horrible, de cucharas lavándose; los tamarindos del parque susurraban con el viento.

Aristarco fue clemente. Era la primera vez. Perdonó.

El peor caso contemplado en el sistema de la picota era cuando el estudiante adquiría el callo de la habitualidad, asesinando el honor, como sucedía con Franco.

Días después de la terrible nota, volví a figurar con otra mala, menos filosóficamente escrita, pero agravada por la reincidencia. Aristarco ya no me perdonó. Hubo después una tercera, una cuarta, y así en lo sucesivo. Cada una de ellas me dolía intensamente, pero no me indignaba. En la humildad devota de mi disposición de entonces, yo deseaba aquel sufrimiento. Lloraba por la noche, en secreto, en el dormitorio; pero recogía mis lágrimas en una copa, como hacen los mártires de las estampas bendecidas, y las ofrecía al cielo, con las notas malas flotando, en remisión de mis pobres pecados.

En el recreo andaba solo y callado como un monje. Después de lo de Sanches no me acercaba a ningún colega más que incidentalmente, con las palabras indispensables. Rabelo intentó atraerme; yo lo esquivaba. Sanches, rencoroso, me perseguía como un demonio. Decía cosas inmundas.

—Sigue así —murmuraba yo entre dientes—, que un día de estos te voy a quitar la vergüenza.

En su calidad de vigilante, me llevaba brutalmente con el filo de la espada. Yo tenía las piernas amoratadas por los golpes, mis espinillas se habían hinchado. Si Barbalho se hubiera acordado de vengar la bofetada, creo que me habría sometido al dictado evangélico.

Durante este periodo de depresión contemplativa, sólo me entristecía una cosa: no tenía el aire angelical de Ribas, no cantaba tan bien como él. ¿Qué iba a hacer entre los ángeles si me moría sin saber cantar?

Ribas, de quince años, era feo, flaco y linfático. Una boca sin labios de vieja plañidera dibujada con angustia; la súplica convertida en boca, el ruego perenne rasgado en labios sobre dientes. La barbilla se le escapaba del rostro infinitamente, como una gota de cera por el fuste de un cirio.

Pero, cuando, en la capilla, con las manos puestas sobre el pecho y arrodillado, volvía los ojos hacia el medallón azul del cielo



raso, ¡qué sentimiento! ¡qué doloroso encanto! ¡qué piedad! Una mirada penetrante, devota, extasiada, que subía, ¡que perforaba el cielo como la aguja más alta de un templo gótico!

Y además cantaba las oraciones con la dulzura femenina de una virgen a los pies de María; alto, trémulo, aéreo como ese prodigio celestial de garganteo de la monja Virginia en una novela del consejero Bastos.<sup>1</sup>

¡Oh, si tan sólo fuera yo tan angelical como Ribas! Recuerdo bien cuando lo veía en el baño: ¡tenía los omóplatos finos y protuberantes, como dos alas!

Y yo era feliz en aquella época en que envidiaba a Ribas.

Había en mi fiebre religiosa cierto número de reservas que parecían el germen de un futuro libertino, como dicen los padres de Minas: no admitía la confesión, no pensaba en la comunión, consideraba extrañas las exageraciones del culto público y sentía antipatía por los hombres de sotana. Santa Rosalía era mi devoción.

¿Por qué santa Rosalía? Por ningún motivo: era una pequeña imagen en una estampa, un grabado de acero y aguadas de fino colorido que me había obsequiado como recuerdo una prima, muerta entonces, y que yo conservaba en amable remembranza.

Era buena, mi primita. Tres años más grande que yo, cariñosa y maternal conmigo. Jugaba poco, velaba por sus hermanos y por el orden de la casa como una señora. Tenía unos ojos grandes, grandes, que parecían crecer aún más cuando miraban fijamente, negros y animados por un movimiento suave de nube sobre cielo terso; el semblante claro, blanco, puro, de una pureza mármorea, con una transparencia de sangre filtrada en cada mejilla. Rara vez hablaba; desconocía la agitación, ignoraba la impaciencia. Tal vez sabía que iba a morir. Al verla pasar sin levantar ni un rumor, como los espectros femeninos del soñador americano (leve en la tierra como el roce del manto de un ángel), uno sentía, con el corazón apesadumbrado, que aquella niña no pertenecía a este mundo: buscaba errante en la vida, buscaba sólo el reposo de la forma bajo la tumba, en un sitio tranquilo, con mucho sol, donde las rosas lloraran por la mañana... y la libertad etérea del sentimiento.

Un día, no sé si por el llanto que tenía en los ojos, vi que el rostro de aquel grabado pequeñito cobraba vida. Pensaba en mi

<sup>1</sup> José Joaquim Rodrigues Bastos (1777–1862) fue un escritor portugués, autor de varias obras de edificación cristiana.

prima. Descubrí en la imagen una conmovedora identidad de trazos fisonómicos con la muertita. Guardé entonces, como un retrato, a santa Rosalía.

Con la evolución del misticismo era natural que la estampa acabara de consagrarse, triunfalmente canonizada en el concilio ecuménico de mis más íntimos votos.

El salón general de estudio, al margen del patio central, era una pieza inconmensurable, mucho más larga que ancha. Quien no tuviera una vista extraordinaria tendría que esforzarse para reconocer, desde uno de los extremos, a alguien situado en el extremo opuesto. De un lado se alineaban cuatro filas de pupitres de madera barnizada con sus bancas. En la pared de enfrente se sucedían grandes armarios con puertas numeradas, cada una de las cuales correspondía a un profundo compartimento, depósito de libros. Libros era lo que menos se guardaba en muchos de aquellos compartimentos. El propietario colgaba un candado de la puertita y organizaba el interior a su antojo. Unos, los futuros *sportsmen*, criaban ratoncitos, cuidadosamente desdentados con tijeras, que uncían a pequeños carros de cartón; otros, los futuros políticos, criaban camaleones y lagartijas, manifestando su precoz propensión a vivir a rastras y a cambiar de pieles; otros, los entomólogos, llenaban el librero de capullos adormecidos e iban a observar la eflorescencia de las mariposas; los coleccionistas, que algún día habrían de ser Ladislaos Netos,<sup>2</sup> simulaban museos mineralógicos, museos botánicos en los que abundaban los delicados encajes secos de las nervaduras de hojas descarnadas; otros se entregaban a la zoología y guardaban

<sup>2</sup> Ladislau Neto, botánico y naturalista que quedó a cargo del Museo Nacional de Río de Janeiro en 1876.

cráneos de pajaritos, huevos vacíos, víboras conservadas en *caçaça*.<sup>3</sup> Uno de estos últimos sufrió una decepción. Atesoraba el cráneo de no sé qué fenomenal cuadrúpedo encontrado en las excavaciones de una huerta, cuando se comprobó que ¡era un esqueleto de gallina!

A mí se me ocurrió erigir en capilla el compartimento que tenía mi número. Había compartimentos adornados con cromos y dibujos: el mío sería un bosque de flores y yo encontraría una lámpara minúscula que se mantuviera encendida ahí adentro. Al fondo, en un dorado *passe-partout*,<sup>4</sup> habría de alojar a santa Rosalía, la patrona.

El proyecto se derrumbó por el problema de las flores. Apenas si conseguía, pagándole a un criado, una diamela, un botón cualquiera al día. Tuve que acomodar el grabado en el cajón del mueble que teníamos en el dormitorio, cerca de la cama, para los cepillos y los peines.

Y todos los días, sobre el papel, depositaba una flor, testimonio de asidua veneración, manteniendo en el cajón el clima tibio de mis fervores, simbolizados en un tributo de perfume.

Cuando, el día primero, sonrieron las rosas místicas de mayo, las saludé enternecido desde lo alto de las ventanas del salón azul, como mensajeras del amor de María.

Iban a comenzar los himnos matutinos en el oratorio del Ate-neo. Benditos momentos de contrición y ternura en que la disposición venturosa del cuerpo, después del baño, vivía un poco el recogimiento de la poesía cristiana, en el magnífico salón, que guardaba aún, como los vapores matinales de las peñas, las últimas sombras de la noche entre los crespones del estuco.

<sup>3</sup> Aguardiente de caña.

<sup>4</sup> En francés, “marialuisa”.





El sol venía también a la capilla y pegaba por fuera la frente a los ventanales, blando todavía por el despertar reciente, fresco tras la *toilette* de la aurora, temeroso de hacer su entrada, sonrojado de vergüenza por no rezar, pobre astro ateo. Hacia el interior, por las ventanas abiertas, retallecían frondosas ramas de jazmín, como una invasión de selva; y, cansados, los jazmines de la víspera se desgajaban en conchitas de nácar por el piso, muertos, exhalando en el ambiente el alma libre de su aroma.

Arrodillados, resentidos por la influencia moral del escenario, orábamossinceramente. No había mucho mal que cosechar en los corazones de aquella mocedad, que en aquel instante descansaban, en la tregua de la oración, de las pequeñas miserias de la hora común.

Yo no miraba el altar. Ahí estaba, rica, en su trono iluminado, sobre tres ramos de palmas, la imagen de Nuestra Señora de la Inmaculada Concepción, irguiendo en la frente una corona de plata en que los reflejos de las luces engastaban pedrería. Mi contrición y mi canto eran para santa Rosalía, para la querida y simple estampa que llevaba dentro de la camisa de algodón y que estrechaba con la mano contra mi pecho, exacerbando el éxtasis de la fe con el magnetismo del santo contacto.

En mayo culminó el periodo anagógico de mi fe. En esa misma época, la enfermedad confinó a mi padre al lecho impidiendo sus acostumbradas visitas al Ateneo. Yo pensaba en sus padecimientos y éste era un tema más para las variaciones de mi misticismo.

La neblina de la melancolía, que bajaba hasta el colegio desde las cumbres de la cordillera, repercusión de la verde tristeza de los campos, pesaba sobre mis hombros como la toga de un seminarista, como el voto de un fraile. Yo paseaba en la circunscripción del recreo como en un claustro, mirando las paredes blancas como túmulos, limitando las preocupaciones de mi espíritu a la humillación ante Dios, sin mirar hacia arriba, en la inclinada modestia de los brutos, anulándome a mí mismo en la angustia del pensamiento religioso como en el capirote de paño picudo y negro del penitente.

El cielo, que antes mi imaginación había buscado como los cánticos a las cúpulas, caía entonces sobre mí como un solideo de bronce.

Triste y feliz.

Nadie sabía de mis sueños, y atribuían a la excentricidad mi amor a la soledad y al sosiego.

Al mediodía, durante el himno al ángel de la guarda, en el salón de recreo, los estudiantes, ardorosos y transpirando aún por los juegos, con las chaquetas arrugadas sobre el cinturón de cuero y el cabello revuelto, no se tomaban en serio el rito, y era la dureza de los vigilantes lo que los obligaba a respetar aquellos diez minutos de religión. Sólo Ribas y yo... y si no disminuían las aflicciones de la tierra y nuestras angustias, no era porque no se lo pidiéramos al ángel...

Cantábamos la primera estrofa (Ribas daba el tono) y las siguientes, hasta la última: acababan todas en una larga nota dis-



parada como cohete. Cantábamos con un esfuerzo de adoración que compensaría bien, si se pusiera en una balanza, la liviandad irreverente de todos los colegas.

El tono de Ribas era una nota deliciosa, cuidada a base de pastillas, guarecida con *cache-nez*<sup>5</sup> en los días fríos, robada, sin duda, al tesoro de gorjeos de algún zorzal descuidado. Aristarco adoraba esta nota. A veces, en la clase de música, llamaba a Ribas y le pedía aquella, aquella... la del himno...

Ribas cándidamente, por agradecer al director, sacaba la mimosa nota, como un caramelo de parto<sup>6</sup> color ámbar en la punta de la lengua. El mediodía era el momento. Ribas volvía los ojos y dejaba partir, antes que todos, el precioso sonido. El colegio afinaba después, y las voces iban todas, las nuestras, en persecución de la primera. Baldado esfuerzo, porque la de Ribas se recogía entre los coros celestiales, festejada en la cordialidad fraternal de los armónicos, al paso que las nuestras, desahuciadas, volvían del intento en un retroceso icario, desmembradas, descoyuntadas, espacio abajo como un bando de garzas aturdidas. De lejos, el conjunto podía pasar por un cántico.

Una hora de oración que aborrecía era la de la noche, antes de recogernos.

El movimiento del día nos sobrecargaba con una reacción irresistible de fatiga. El sueño nos emplomaba las pestañas como hilos de atarraya. El armonio de la capilla, tocado por Sampaio, hoy médico partero dedicado a extraer vagidos como antes extraía acordes, producía lentamente ronquidos de sopor propios

<sup>5</sup> Bufanda.

<sup>6</sup> El término es oscuro y ha dado lugar a largas disquisiciones. Al parecer, sin embargo, se trata de un caramelo antiemético que consumían (y aún consumen en algunas regiones) las mujeres embarazadas para contrarrestar las náuseas.

de la siesta de un tigre, resoplidos sonoros, dignos de la digestión adormilada de un abad. Algunos niños cantaban cabeceando, con la voz desmayada en dilatados bostezos. En las primeras filas, las de los pequeños, muchos cerraban los ojos, alejados del cuidado de la plegaria. Yo gozaba el placer de la mortificación manteniéndome fervoroso durante los rezos nocturnos.

Para lograrlo, llevaba en el bolsillo un puñado de piedritas con las que formaba, en el piso, un reclinatorio que me obligaba a permanecer alerta, con los ojos muy abiertos, aunque me ardie-  
ran de sueño, y fijos en la lengua tiritante del fuego de las velas...

He hecho varias veces alusión al revestimiento exterior de divinidad con que solía presentarse Aristarco.

Era un manto transparente, de una índole parecida a la del leve tejido de brisas trenzadas de Gautier;<sup>7</sup> un manto sobrenatural que Aristarco se ponía sobre los hombros, sin que nada revelara de qué estaba relleno, a no ser el predicado de majestad, extraño, por lo general, a la industria poco abstracta de los tejedores y a la trama concreta de las lanzaderas.

Nadie sería capaz de tocar con el dedo aquella misteriosa púrpura. Se sentía, sin embargo, el influjo de la realeza impalpable.

De esta manera, una simple mirada del director inmovilizaba al colegio fulminantemente, como si llevara en el brillo las amenazas de todo un despotismo cruento.

El director manejaba este talento de imperio con la pericia de un corredor montado en un sensible *pur sang*.<sup>8</sup>

El salón general de estudio tenía múltiples puertas. Aristarco obraba apariciones repentinas por cualquiera de ellas, en los momentos en que menos se le esperaba.

<sup>7</sup> Théophile Gautier (1811–1872), escritor francés.

<sup>8</sup> En francés, “purasangre”.

Se materializaba también en las aulas, tomando por sorpresa a profesores y discípulos. Por medio de este proceso de vigilancia basado en apariciones inopinadas, mantenía en cada rincón del establecimiento el riesgo perpetuo de lo flagrante como una atmósfera de susto. Lograba más con eso que con el espionaje de todos los bedeles. Su capricho llegaba al punto de hacer creer que algunas ventanas o puertas estaban clausuradas para siempre, con el único fin de abrirlas bruscamente un buen día sobre cualquier maquinación clandestina de indolencia. Sonreía entonces para sus adentros ante el efecto pavoroso de las trampas y se acariciaba los majestuosos bigotes blancos de mariscal pausadamente, como se lame el jaguar en el hocico el gozo anticipado de un banquete de sangre.

Pero era en los momentos de ira y de elocuentes exaltaciones cuando sabía hacerse en verdad divino. Entonces era más que una revelación temible del Olimpo; era como si Júpiter mandara a Mercurio a recoger en la tierra los rayos ya disparados y los añadiera a la provisión invaluable de los arsenales del Etna para soltarlo todo de una vez, en una sola cólera, en un solo trueno, aniquilando a la naturaleza bajo la bombardas omnipotente.

Pero no sólo parodiaba los furores olímpicos. Aquella alma dúctil de artista sabía descender hasta la blandura, hasta la lágrima aposta.

Júpiter guardaba, para el momento adecuado, la caricia de edredón, el gesto flexuoso del cisne soberano.

A veces se expandía sobre el Ateneo en estallidos de un amor paterno tan volcado, tan hábilmente sincero, que no teníamos más remedio que replicar en el mismo tono, con un madrigal de enternecimiento filial.

Y lo admirábamos.

A la hora solemne del mediodía, Aristarco aprovechaba para distribuir una colación de consejos, después del canto y antes de

otra, consistente en rebanadas, incomparablemente mejor recibida. Muchas veces no sólo eran consejos. Eran también reprimendas en masa por culpas colectivas, confiscaciones de cigarrillos o pequeños procesos sumarios en los que se averiguaba la autoría de delitos importantes, como llenar un salón de papel picado, escupir en las paredes, mojar el retrete, e incluso mucho más graves, como un episodio de Franco que pertenece a la etapa beata de mis reminiscencias.

Asistía el maestro con su atención acostumbrada al canto de la plegaria, haciendo girar entre los dedos la medalla del reloj que llevaba sobre el chaleco, en la abertura del frac. Al final, después de un intervalo preparatorio, aperitivo de emociones, tomó la palabra con un tono solemne de revelación y refirió el caso con toda la grandeza de que era capaz, reclamando la indignación vengadora del Ateneo.

El domingo de la víspera, Franco, aprovechando la flojedad de la vigilancia durante el día de descanso, había ido a vagar al jardín. Y, para tomar agua de un pozo que existía allí, cuya bomba no funcionaba bien, había deliberado, ¡imagínense! humedecer el tapón aspirador con un líquido que Moisés sería capaz de obtener en el árido desierto sin milagros e incluso sin Horeb. Consideren, ahora, que el referido pozo proporcionaba agua para lavar los platos.

Un murmullo de horror se elevó de entre las filas de estudiantes.

—Pasa al frente, Franco —ordenó Aristarco.

Con esa insensibilidad pétrea que lo acorazaba contra las humillaciones, Franco salió de su sitio y, agachando la cabeza como un perro, fue a parar al centro de la sala. Allí estuvo durante algunos segundos, expuesto, en el centro del enorme cuadrilátero de alumnos. Las miradas caían sobre él como proyectiles de un fusilamiento.

Lo que más indignación despertaba era pensar que habíamos comido en platos lavados después de la irremediable profanación de la linfa. Una vez producido este efecto, con el que contaba para el castigo moral, el director remató el libelo. Podíamos estar tranquilos: nuestros labios estaban puros. Franco había sido sorprendido por un despensero que lo apresó, y la bomba se clausuró incontinenti.

Muchos dudaron de la oportunidad de la clausura. Se limpiaban con asco la lengua en el pañuelo, se tallaban la boca hasta despellejarla.

—¡Este puerco! —bramaba Aristarco—. ¡Este grandísimo puerco! —repetía como un dios fuera de sí.

A su alrededor, todos apoyaban la energía de la reprimenda. Se decidió, empero, dejar con vida al criminal. Aristarco sólo determinó que escribiera diez páginas de castigo por la noche y que pasara arrodillado las horas de recreo, comenzando por aquella.

Formulado el veredicto, Franco cayó de rodillas sobre el suelo, con un estampido, como si repentinamente se le hubiera reventado un resorte en las piernas.

—¡Ahí no! ¡Aquí, canalla! —gritó el director, indicando la puerta del salón. La oración del mediodía se cantaba, como saben, en el edificio destinado a los recreos en los días de lluvia, que abría tres anchas puertas hacia el patio central. Aristarco estaba cerca de la del centro.

Ahí quedó Franco arrodillado, en la picota: ante la sorna de los malos y la alegría libre de todos. Como esta puerta quedaba en el camino que los muchachos recorrían para llegar a las charolas en que se elevaban las seductoras pilas de comida, el condenado sufría un poquito más de pena. Al pasar por donde estaba, los más enfurecidos le daban empellones, le pellizcaban los brazos y lo injuriaban. Franco respondía a media voz alguna

palabrita sucia, repetida rápidamente, y les escupía, ensuciándolos a todos con la arremetida de los únicos recursos con que contaba en su posición.

Hasta que uno de los grandes, más irreflexivo, lo hizo caer contra el portal, abriéndole una herida en la cabeza. A éste Franco no le respondió: se puso a llorar.

Los inspectores fiscalizaban la distribución del pan para prevenir ardidés inconvenientes.

Los maltratos les pasaron inadvertidos.

Las desventuras de Franco y las mías propias me acercaron al muchacho. Me había convertido casi en un amigo para él. Franco era callado, como receloso de todos, tristón, de una melancolía emparentada con la imbecilidad; tenía accesos reprimidos de rabia, protestas que no sabía formular. Los libros, fuente primera de sus disgustos, le causaban horror. La necesidad de escribir por castigo había fomentado en él la habilidad de los galeotes: había adquirido un pasmoso desembarazo en la faena de llenar de garabatos páginas y páginas. El interminable trabajo de escritura le había formado callos al borde de las uñas.

—Mis dedos perdieron el brío —decía en los momentos de amargo humor en que improvisaba sarcasmos contra sí mismo.

Al principio me rehuía, refunfuñando cosas indescifrables. Después me aceptó. Pero sus confianzas no iban más allá del restrictísimo límite de algunos gruñidos de aversión, relatos de desastres chuscos que conocía, observaciones ingenuas sobre asuntos infantiles y expresiones de odio a los superiores.

En cierta ocasión recibió una carta de provincia, una de las pocas que le llegaban al año. Pude ver que, al terminar de leerla, tenía lágrimas en los ojos. El llanto era todo un acontecimiento en su fisionomía, que presentaba invariablemente una impasibilidad de máscara de alambre. Me interesó aquel sufrimiento;



Franco me dio a leer la carta. Su padre era un pobre desembargador desterrado en los confines de Mato Grosso, con ocho hijos. Una carta dolorosa. El mensajero del tutor se la había entregado directamente a Franco, y de esta manera había escapado a la curiosidad del director, a quien le gustaba espiar la correspondencia de los alumnos. Hablaba de venir a la corte<sup>9</sup> a fin de año haciendo toda clase de sacrificios, hablaba de ver a su hijo, buen niño, bien educado y estudioso. Contaba después, entre exclamaciones consternadas, que una hija, la mayor, había desaparecido del colegio donde estudiaba en compañía de un profesor de piano, un hombre casado, y que la habían encontrado abandonada tres o cuatro días después. En vano habían interrogado a la infeliz para castigar al culpable. La jovencita se había hundido en un mutismo desolador, como si hubiera perdido la voz; rechazaba el alimento sin despegar del suelo los ojos enloquecidos, siervos de la contemplación demente de la vergüenza.

—¡Cómo se ha degradado Sergio! —se lamentaban los inspectores al comentar el orden del día con el director—. Es íntimo de Franco.

Aunque esto no era rigurosamente exacto, no me sorprendí cuando el excomulgado me invitó a participar en una extraña empresa nocturna.

—¡Vengarme de esta canalla! —murmuraba, soltando una carcajada incompleta y ácida.

Sucedió por la tardecita, después de la gimnasia, el mismo día del proceso de la bomba.

Franco había logrado escapar, en la penumbra, del salón en que lo habían encerrado para que cumpliera con las páginas de castigo.

<sup>9</sup> *Id est*, a Río de Janeiro, sede de la corte imperial.

Y juntos, él y yo, porque yo había aceptado su invitación con una facilidad que hoy día no logro comprender, trepamos el muro del patio por una esquina y saltamos hacia el jardín boscoso.

Bajo los árboles había ya una noche espesa. Dimos una vuelta en la oscuridad siguiendo la curva de una alameda. Franco iba adelante, callado, caminando ligero y rápido como una sombra en el aire. Yo lo seguía irresistiblemente, como soñando, en un sueño de curiosidad y asombro. ¿Qué iba a hacer Franco? ¿A dónde se dirigía? Llegamos al pastizal, en uno de cuyos linderos estaba la natación. En la puerta por la que se entraba a ese terreno había un depósito de basura donde los jardineros acumulaban los desechos barridos en la casa de campo, que negreaban putrefactos y se convertían en abono con el tiempo.

Franco se detuvo junto al basurero. Siempre en silencio y activo, como para no perder esa extraña fuerza de voluntad que lo impelía, se puso a examinar la basura con el pie.

En un rincón, entre troncos de bambú, retintieron unas botellas. Franco se agachó y, mecánicamente, sin volverse, tomó una botella, otra y otra. Me las fue dando, se guardó algunas más bajo el brazo y continuamos, Franco adelante, ligero y rápido, siempre con su paso de sombra, como si flotara difuminado en la niebla casi lúcida del campo abierto.

Atravesamos el pastizal casi ocultos por los altos matojos de pasto alemán, cuya oscura extensión se constelaba de luciérnagas y vibraba con el griterío intenso de los grillos y el clamor de los sapos. Frente a la natación, Franco se detuvo y me obligó a detenerme.

—Mi venganza —dijo entonces entre dientes, y señaló el manto de agua de la gran alberca.

La masa líquida, inmóvil en la tranquilidad de la noche, parecía una lustrosa acera de azabache; algunas estrellas se repetían en la superficie negra con una nitidez perfecta.

Con el mismo ánimo atareado de toda aquella singular empresa, Franco se acercó a mí, tomó las botellas que me había dado y desapareció de mi vista.

Lo oí romper las botellas una a una. Al poco tiempo reapareció, con la parte inferior de la camisa plegada como un regazo. Y entonces comenzó a lanzar a la alberca, con la mayor tranquilidad, hacia todos lados, aquí y allá, dispersamente, como sembrándolas, las lascas de vidrio que había quebrado. Un breve rumor de inmersión burbujeaba a flor del agua, abriendo en círculos concéntricos los reflejos del cielo. Vi ir y venir muchas veces, contra la albura más clara del muro divisorio, la sombra del siniestro sembrador.

—¡Mi venganza! —repitió Franco una vez más— Sangre por sangre —añadió con su risita seca—. ¡Mañana voy a reírme de toda esa canalla...! ¡Te traje aquí para que alguien supiera que yo me vengo!

Mientras hablaba, me mostraba el pañuelo con el que se había limpiado la sangre del golpe que se había dado en la frente.

El terror legítimo de la aventura, en un lugar vedado, a aquellas horas, sólo me acometió cuando, al saltar el muro del patio, fui a caer entre las manos de Silvino. Entre los apuros de la confusión, apenas si pude ver a Franco pescado por el cogote, como un ladrón en flagrante delito.

En presencia del director, en la oficina inquisitorial, improvisé una mentira. Habíamos ido a cortar chicozapotes, afirmé, explicando, contra la tremenda impugnación, el extraño carácter de la partida de campo. El director estableció una pena de ocho páginas. Franco, que andaba con un déficit de veinte cuando menos, tuvo que añadir éstas al impagable pasivo. Por la vergüenza del intento de hurto y de acuerdo con el sistema de castigos morales, se añadió una cláusula suplementaria: al otro

día, los delincuentes pasaríamos de pie en el refectorio las horas de la colación y de la cena, cargando cuantos chicozapotes nos cupieran en cada mano.

A mí no me preocupó todo el refinamiento de aquel castigo; al contrario, estaba en conformidad con mi programa de pequeño mártir *ad maiorem gloriam*.<sup>10</sup> Cuando dejé la oficina, era otra cosa la que me atormentaba. Ardía en remordimientos; tenía astillas de botella en la conciencia. La sanguinaria trampa de Franco me obsesionaba como si el delito hubiera sido obra mía.

Pasadas las horas de estudio nocturno, cuando los alumnos se retiraron a sus dormitorios, me quedé trabajando con Franco. Tuve que detenerme al cabo de cuatro páginas. El remordimiento me carcomía como una fiebre; me aterrorizaba la idea del baño la mañana siguiente, los muchachos arrojándose hacia la venganza pérfida, el agua encapotada de rojo. Imposible escribir una línea más. Dejé a mi compañero y huí al salón de los medianos.

La excitación recrudeció. Daba vueltas en la cama sobre un tormento de lascas cortantes. ¿Qué hacer? ¿Denunciar a Franco en la madrugada? ¿Correr a oscuras y abrir la coladera de la alberca? ¿Prevenir a los colegas, pidiéndoles que corrieran la voz? La controversia me crecía en el cráneo como una hinchazón de meninges. ¿Sería posible que Franco, tomado por el arrepentimiento, fuera a presentar temprano ante los inspectores la declaración de su propio acto? Intenté incluso ponerle ardidés a mi conciencia ponderando que quizá no se arrojarían a la alberca muchos al mismo tiempo y, así, el primer herido salvaría a los demás. Pero la fiebre vencía ante la perspectiva de la sangre. ¡Diez, veinte, treinta muchachos en la orilla, gimiendo, extrayendo con dificultad las lascas clavadas en su carne! Y yo, cóm-

<sup>10</sup> En latín, “para mayor gloria”.

plice, porque lo había permitido, y culpable principal, porque, al fin, no me cegaba el pretexto del justo desquite...

Me levanté de la cama y vagué descalzo sobre las tablas frías, por los salones adormecidos, para ver si mi malestar amainaba.

Los colegas, tranquilos, en la línea de lechos, hundían el rostro en las almohadas, pálidos por la anemia de un reposo sin sueños. Algunos afectaban en los labios un conmovedor esbozo de sonrisa; otros, la expresión desmayada de los fallecidos, boca entreabierta y párpados entrecerrados que dejaban ver, en su interior, la ternura empañada de la muerte. De tiempo en tiempo, las sábanas blanquecinas ondeaban con una aspiración más fuerte del pecho, aliviándose después con uno de esos largos suspiros de la adolescencia, que surgen durante el sueño por la vigilia inconsciente del corazón. Los menores, más niños, mantenían una mano sobre el pecho y dejaban colgar la otra fuera de la cama, observando en el abandono del descanso una actitud ideal de vuelo. Los mayores, convulsos por el espasmo de aspiraciones precoces, doblaban la cabeza y envolvían la almohada en un enlace de caricias. El aire de fuera llegaba por las ventanas abiertas, fresco, sazonado con la exhalación nocturna de los árboles; se escuchaba el grito acompasado de un sapo martilleando los segundos, las horas, con golpes de tonelero; a lo lejos, otros y otros más. El gas, débil en las arandelas de vidrio esmerilado, braceando desde los faroles de ala de mosca, se dispersaba parejo sobre las camas, dulzura dispersa de una mirada de madre.

¡Qué venturosa seguridad la de aquel museo del sueño! Y mañana, ¡pobres colegas! ¡El baño, el retorno, los pies ensangrentados, surcando de vestigios rojos el camino!

Volví a mi dormitorio. Saqué del cajón la imagen de santa Rosalía; la besé con lágrimas, le pedí consejo como un hijo. La inquietud no cesaba. Atravesé una vez más los dormitorios, despacito

para que no me oyera Margal, acomodado tras un biombo en uno de los ángulos del salón azul. Un chasquido de los huesos de mi tobillo estuvo a punto de comprometerme. Tras el biombo tosieron; me detuve un momento. La tos se alivió; proseguí.

Bajé al primer piso del edificio; entré en la capilla.

La capilla en tinieblas, de una negrura absoluta de merino oscuro. La opacidad le daba una amplitud de subterráneo, que se intuía misteriosamente en el espacio. No tuve miedo. Fui al altar. Tropecé con el estrado. Me arrodillé en el piso y descansé la frente sobre los brazos en una de las esquinas del estrado del oratorio. Recé.

Como mal estudiante que era, no me sabía completa ninguna oración. Rogaba por mi cuenta, improvisando súplicas vehementes, afligidas, que debían forzar a empujones la puerta de san Pedro. Imploraba a Dios directamente, sin el empeño mediador de mi patrona. Hasta que, no sé cómo, me quedé dormido.

Me despertó una palmada. Era de día. Me levanté avergonzado, en camisión, ante Margal y un puñado de colegas que me observaban.

—Es sonámbulo, es sonámbulo —explicaban.

Este desenlace me evitaba decir qué había ido a hacer allí; acepté la explicación, asintiendo.

—¿Qué horas son? —pregunté.

—Las seis —me respondieron—. Venimos del baño. Tenían el cabello escurrido sobre los ojos.



—¿Y los trozos de vidrio? —grité espavorido.

Examiné los pies de mis compañeros. ¡No veía sangre en las sandalias con que bajaban al baño! Estaba claro: habían ordenado que los alumnos se ducharan en el baño correspondiente, alojado en uno de los cuartos bajos del Ateneo, porque el agua de la natación ya se había usado seis veces. ¡Gracias a Dios! Me llegaba del cielo esta solución de aguas sucias, alcanzada mediante la oración. El alma se me dilató en un alivio dichoso.

Mis compañeros achacaron a la confusión del sueño mi interjección explosiva sobre los trozos de vidrio. No así el inspector, que me llamó para interrogarme. Nueva mentira: durante la empresa de los chicozapotes, una botella, que había arrojado sin cuidado, se había hecho pedazos contra el muro, sobre la alberca. Se tomaron medidas. El criado encargado de barrer el tanque, con el celo de la domesticidad, llamó la atención sobre el número de fragmentos; la hipótesis de una intención perversa era tan extraordinaria que no prosperó.

Ese mismo día estuve con Franco durante el recreo, cumpliendo con el castigo. No me dijo palabra sobre la decepción de su venganza. Juzgándose comprometido, se concentraba en esa insensibilidad de caparazón que lo defendía, en espera de cualquier cosa: mi delación, una tormenta de denuestos, la “celda de castigo” o un incremento en el eterno déficit de la deuda penal. Le molestaba, sin embargo, la necesidad de sufrir un castigo por un intento que había resultado ser un fiasco.

En cuanto al refinamiento de la exposición en el refectorio con las manos llenas de chicozapotes, no hubo manera de que Aristarco me obligara. Aceptaba permanecer de pie; no era poco. Franco, naturalmente, se sometió y ahí estuvo, con los brazos abiertos, haciéndola de frutero en provecho del sistema de castigos morales. Tanto mejor para el sistema.

Ante mi reluctancia, se calculó a cuántas páginas de escritura equivaldrían dos puñados de chicozapotes; reducción difícil que la justicia colegial logró matemáticamente, pronunciando una condena que me daría qué hacer hasta pasada la media noche.

Este rasgo de vigor falseaba mi papel religioso de sumisión y sufrimiento. Fue el repentino preuncio de la próxima reforma que se verificaría en mi interior espiritual. Y, como las evoluciones de la voluntad saben extraer de cualquier hecho la hermenéutica del determinismo, se dio inmediatamente un suceso que pesó mucho en la transformación.

Por la noche tuve que estar hasta tarde, de nuevo con Franco, en uno de los salones del primer piso, fatigándome en la tarea de las páginas. Hacia las diez y media, el director, antes de irse a su casa, vino a vernos.

—¿Siguen escribiendo... estos belitres? —nos dijo desde una enorme altura, a manera de buenas noches, y desapareció dejándonos bajo el cuidado del amable João Numa, el lechón, inspector de los salones del piso superior. Como todo buen gordinflón, João era holgazán. En cuanto vio que Aristarco se marchaba, cerró la última puerta del Ateneo y se fue a dormir.

Yo, abrumado por la vigilia de la víspera, tenía tanto sueño que apenas si podía levantar la cabeza. En algún momento cedí ante el cansancio y desperté al sentir que me acariciaban la mano. Me había dormido con el brazo derecho contra el pupitre, el rostro sobre la tinta del castigo y el brazo izquierdo caído hacia el banco. Un instante después estaba fuera del salón, de un salto, como si hubiera descubierto en sueños que Franco era un monstruo.

Al día siguiente salí de la cama como de una metamorfosis. Imaginé, generalizando erróneamente, que la contemplación era un mal, que el misticismo estaba degradándome a traición;



la fácil convivencia con Franco era la prueba. El Ateneo me honraba, en aquella época, con un concepto que no fui capaz de apreciar sino hasta pasado algún tiempo. Yo no creía haberme rebajado tanto, pero supuse que me encaminaba directamente hacia una zambullida. Si el alma tuviera pelos, en ese instante hubiera sentido un fenómeno de horripilación moral.

Estaba perplejo.

Sanches podía representar el triunfo en la escuela; Franco, en compensación, representaba la humildad derrotada. Entre aquellos dos extremos repugnantes, se revelaban otras tres muestras típicas de la línea del buen vivir: Rabelo, un anciano; Ribas, un ángel; Mata, el jorobado, un agente encubierto. Yo, para angelical, decididamente no tenía vocación, estaba probado, ni omóplatos finos; para anciano no tenía edad, ni anteojos azules, ni mal aliento; para Mata, me faltaban el carácter adecuado y la joroba... ¿Dónde residía el deber? ¿En la boleta? ¿En la opinión de Aristarco? ¿En la misantropía senil de los anteojos azules?

En ese instante me asaltó, a la inversa, el relámpago de Damasco:<sup>11</sup> la independencia.

<sup>11</sup> Alusión irónica a los *Hechos de los apóstoles*, donde se relata cómo se convirtió Saulo de Tarso (san Pablo) al cristianismo al aparecersele, en el camino de Damasco, una luz y una voz que venían del cielo.

Debo, no obstante, la mayor suma de gratitud a mi efeméride religiosa. Me aligeró con complacencia divina el periodo de vagancia profunda y ablandamiento hipnótico con que me había oprimido la atmósfera del Ateneo. Toda la persecución de castigos resbalaba por el cilicio de la penitencia sin dañar mi delicadeza moral. Yo emergía fuerte de las pruebas. ¡Qué tranquilidad, en la apatía, tener a Dios por fiador!

Íbamos a misa los domingos. Todos abrían sus misales, para que el director los viera atentos. Yo no abría el mío. Sólo dejaba que mi espíritu huyera hacia lo alto y se adhiriera a la bóveda como las decoraciones sagradas, que se ajustara estrechamente a los detalles de la arquitectura del templo como el oro sutil de los doradores, que se conservara allá arriba, ávido todavía de ascenso, ambicioso de cielo como las bocanadas de los turíbulos.

Había ataques contagiosos de tos que explotaban en las filas. Yo no tosía. Había convulsiones de risa, mal contenidas por el



pañuelo, mal dominadas por una mirada de Aristarco, arrodillado frente al colegio, con las manos cruzadas sobre el puño de unicornio;<sup>1</sup> como cierta ocasión en que un perro travieso y sin principios entró en el momento preciso en que se elevaba la santa partícula y se escapó con el gorro de un fiel contrito. Yo era inmune a la risa.

Los días solemnes cantábamos en coro. El orfeón tendría arreglos vocales mejores que el mío; pero si cantaran los corazones en lugar de los labios, ningún himno se elevaría más ancho y más hermoso que el que yo profería. Nos traían agua con azúcar en una jarra de vidrio para que humedeciéramos las cuerdas vocales. Yo rechazaba esta dulzura terrena.

El Ateneo contribuía al resplandor de las procesiones. Yo me envolvía ampliamente en la capa, encarnada como los sacrificios, que podía darme tres vueltas; empuñaba un cirio que me martirizaba los dedos con sus ardientes gotas de cera. Y allá iba, codiciando, no obstante, la fuerza lumbar de los vendedores callejeros para soportar sobre la espalda, yo solo, aquellas pesadas andas; envidiándole el garbo al presidente de la filarmónica particular Prazer do Rio Comprido, que venía atrás, en el cortejo, con el estandarte S. P. M. P. R. C.; y anhelando el puño atlético de un equilibrista de perchas para llevar correcto y firme los oscilados pendones.

¡Con qué tristeza, al entrar la procesión, cuando el director nos mandaba volver al colegio, con qué tristeza veía de lejos, por la puerta, el interior flameante del templo! Allí se quedaba la fiesta de Dios... ¡y nosotros de vuelta hacia Ateneo taciturno, en una marcha inexorable! Yo sacudía la cabeza desesperado; no

<sup>1</sup> *Id est*, de cuerno de rinoceronte.

podía sufrir la privación de aquel júbilo, gozar en el alma la orgía de fuego de los altares, subir, con el pensamiento, peldaños y peldaños hasta el trono centelleante, que se arrojaba hacia lo alto en el ascenso de la Gloria.

Después de esos entusiasmos, la religión se me fue oscureciendo.

En el salón general de estudio, mi vecino era Barreto, un personaje doble que representaba en las horas de recreo la diversión en persona, y tenía momentos de meditación tormentosa con muecas de terror, y hablaba de la muerte, de la otra vida, rezaba mucho y tenía *figas* de madera,<sup>2</sup> escapularios, medallitas atadas con cordeles que le saltaban fuera del pecho cuando jugaba.

Sanches me había iniciado en el Mal; Barreto me instruyó en el Castigo. Abría la boca y mostraba un caldero del infierno; sus palabras eran llamas; al calor de aquellos sermones, las culpas ardían como sardinas en aceite.

Barreto había estado en un seminario riguroso, a dieta de nitro para congelar los adores de la edad. Era flaco, tenía una frente de Alexandre Herculano,<sup>3</sup> labios delgados, ojos negros, refulgentes, saltones, fisionomía general de calavera bajo una piel reseca de momia. En la barbilla se le veían sólo dos hilos de barba, retorcidos, cada uno hacia un lado.

Quizá sólo él conoció mis preocupaciones beatas. Dueño de mi punto débil, se puso a informarme acerca de los pavores de la fe con el énfasis satisfecho de un cicerón. Recuerdo uno de los temas: ¡la comunión sacrílega! A este respecto, Barreto me dio a

<sup>2</sup> Amuleto que representa una mano izquierda femenina, cerrada en puño con el pulgar interpuesto entre el índice y el medio.

<sup>3</sup> Escritor romántico portugués (1810–1877). Tenía la frente calva y muy amplia.

leer un libro, un libro cruel, que describía cosas dignas de Moloc:<sup>4</sup> niños directamente ajusticiados por la cólera celeste, uno de los cuales, por haber comulgado sin confesión previa, engañando al sacerdote, había sido atrapado por la ropa entre los cilindros de acero de una máquina y había acabado reducido a pasta, impenitente, maldito, sin tiempo de proferir ni un “Ay, Jesús...” Me resultaba increíble que, de una simple hostia, la taumaturgia de la superstición pudiera obtener tantos efectos de terror.

Barreto comentaba reforzando. Inspiraba miedo cuando, encendido en iras santas de predicador, demostraba cuán alejados estaban aún, en la tierra, los castigos de la Providencia de los suplicios de la eternidad. Describía el infierno como si lo hubiera visto. Rubescente caverna, dragones verdinegros, color limo, serpientes de hierro incandescente enroscándose en los condenados, demonios bermejos agitando antorchas de asfalto derretido, otros espíritus caudatos conduciendo, a golpes de vara, cantidades de inconsolables réprobos a las calderas.

Leí la *Nova floresta*, de Bernardes.<sup>5</sup> El reverendísimo autor vino a retocar la obra de Barreto con sus narraciones de iluminado terrorífico.

La religión comenzó a parecerme de una insoportable melancolía. Muerte cierta, momento incierto, infierno para siempre, juicio riguroso: ¡nada más negro!

Era demasiado pronto para que pudiera sopesar filosóficamente aquella revelación; encontré, sin embargo, un embarazo invencible en el ritual de las ceremonias. Yo, que en mis mejores días no había logrado formular literalmente ni una sola oración del ca-

<sup>4</sup> Dios pagano cuyo culto se condena en la Biblia, donde se consigna que se le sacrificaban niños.

<sup>5</sup> Obra moralista escrita por el padre portugués Manoel Bernardes (1644–1710).

tecismo, choqué en definitiva con la fastidiosa prescripción del precepto. Ir a la misa, muy bien; pero el resto, sobre todo depender de los señores ministros del culto... En dos palabras: la sacristía y el infierno, probables escándalos y horrores inevitables, me disgustaron del todo. Por lo demás, en ciertas ocasiones yo había intentado hacer bien las cosas, estudiando mínimamente, rezando muchísimo y haciendo, por si fuera poco, un pequeño ayuno; al día siguiente, ¡mala nota! Era un descrédito para el favor divino. ¿Qué le costaba a la suma omnipotencia transformar en lección resabida una ignorancia pasadera, tal como había transmutado en abundancia sin fin una miseria de cinco panes?

Así andaba la exaltación de mis fervores cuando me vi involucrado en el episodio de los trozos de vidrio. La atribulación del remordimiento reavivó por un breve tiempo la llama decadente; no había sido malo el resultado de mi súplica en aquel duro trance; muy adelantada iba, sin embargo, la descomposición de mi éxtasis. Olvidé la circunstancia con la ingratitud fácil de los pretendientes satisfechos. Y llegué a aquella conclusión audaz.

Aunque no tenía fuerza para restañar de golpe el torrente de los siglos cristianos, logré, al menos, permanecer al margen. Desconocedor del ateísmo, me limité a volver la espalda a los fantasmas de lo eterno. Subí al dormitorio, saqué del cajón mi santa Rosalía, guardé la flor de la última ofrenda, seca, porque la puntualidad de mi culto ya falseaba, le depuse un ósculo de despedida y, sin más profanación, la hice bajar a la sala de estudio, donde la destiné a la modesta responsabilidad de marcar las páginas de un libro. ¡Mi patrona estaba depuesta!

Poco después, algún amante de los grabados me la raptó, y lo único que lamenté fue perder el recuerdo de mi añorada prima.

Mayo había pasado, y con él las rosas; se acabaron las oraciones a la Virgen. Sin los himnos matutinos, sin la sonrisa a

colores de santa Rosalía, me quedaba el Dios de los novísimos, de las comuniones sacrílegas, el Dios salvaje de Barreto. Ciertamente no quise saber del verdugo; eché la metafísica por la borda como si se tratara de una pesadilla. Y me quedé otra vez solo en el Ateneo; más solo que nunca. Sólo con los astros de mi compendio, panorama de la noche consoladora.

Y menos mal que volvía de la creencia por la Vía Láctea, como había llegado a ella. Retirada honrosa de un desengaño.

Los días de salida eran de quince en quince. Se partía el domingo, después de misa; se volvía el lunes, antes de las nueve de la mañana. Los días santos de guardar permitían salidas desde la víspera. El despensero y comisario de víveres le insistía al director que relajara un poco más el sistema de feriados. Los muchachos necesitan “pasar”, subrayaba con la libertad de mayordomo confidente. Aristarco replicaba con la sensata invención de los víveres de tercera, elasticidad insensible de los presupuestos.

Había, sin embargo, salidas extraordinarias que se otorgaban como premio u obsequio.

Por cada lección considerada buena, el profesor firmaba un papelucho amarillo, “buen punto”, y se lo entregaba al distinguido. Diez premios de éstos equivalían a una tarjeta impresa, “buena nota”, tal como veinte réis<sup>6</sup> de cobre multiplicados por diez valen un níquel de doscientos. El sistema decimal se aplicaba sobre todo a la conquista de un diploma honorífico equivalente a una baraja de diez tarjetas de buena nota. Con semejante diploma, el alumno se convertía en candidato a la condecoración final de una medalla de plata u oro, según fuese más o menos excelente en los distintos superlativos del mérito escolar. Así,

<sup>6</sup> *Vid. supra*, p. 84, n. 6.

el valor personal se reducía a papel en la *clearing-house*<sup>7</sup> de la dirección; o, más bien, la teoría de Fox<sup>8</sup> se adaptaba al proceso de las recompensas con todos los riesgos de un cambio incierto, sujeto a los pánicos de bancarrota, sin un criterio de justicia que garantizara, bajo la ostentación del papel moneda, la realidad de un numerario de bien aquilatada virtud.

Sea como fuere, cierto es que con los papeles de buena nota se compraba una salida, y esto era lo importante, como en los países donde las finanzas van mal; desde el momento en que circula el papel, ¿cuánto vale el valor?

Inútil es decir que a mí jamás me llegaban las salidas de premio. Tanto mejor me sabían las otras.

Durante la primera quincena del colegio, la idea de unos días feriados y del retorno a la familia me embriagó como la ansiedad de un sueño fabuloso. Cuando volví a ver a los míos, fue como si los hubiera recuperado a través de una resurrección milagrosa. Entré a casa deshecho en llanto, dominado por la exuberancia de una alegría mortal. Me sorprendía la increíble ventura de mirarme aún en aquellos ojos queridos pasada la cruel eternidad de dos semanas. ¡No! La magnanimidad del temido cataclismo había perdonado mi techo. Dios me había permitido, en la largueza pródiga de su suma bondad, volver a ver nuestra casa sobre sus cimientos, nuestro techo, que tantas veces había recordado, y la chimenea serena, fumando el infinito *spleen* de las cosas inmóviles y elevadas.

<sup>7</sup> Cámara de compensación. Entidad que se encarga de centralizar los pagos y cobros dentro del mercado.

<sup>8</sup> Charles James Fox (1749–1806), político liberal británico, abolicionista, favorable a la Revolución francesa. Sostenía que la propiedad era el fundamento de la aristocracia.



Con el tiempo me acostumbré a la feliz probabilidad de hallar en ella a mis preciados lares, y, en los momentos de recogimiento colegial, me atreví a fundamentar los proyectos de diversión sobre la esperanza de que la tierra iba a abrirse para tragar exacta y exclusivamente lo que yo más quería, abusando de mi ausencia y sólo para atormentarme el corazón.

Lo que llevé conmigo el primer día que salí después de la deposición de santa Rosalía no fueron, sin embargo, preocupaciones pueriles de temor ni perspectivas de diversión.

Había venido a buscarme un criado. Yo, delante del cargador, con mi uniforme de botones dorados, salí del Ateneo grave y mudo, como un diplomático encaminándose a una conferencia. Iba, en efecto, rumiando la más seria de las intenciones: encarar una entrevista franca con mi padre, describirle valientemente mi situación en el colegio y obtener su auxilio para reaccionar.

Mi padre acababa de dejar el lecho. Nada sabía de mis últimos fracasos. Quedó admirado y consternado. De ahí el éxito completo de mi entrevista.

Algunos días después, en el colegio, era yo un pequeño potentado. Derroqué a Sanches, logré que se revocara la disciplina de las espadas, reconquisté la benevolencia de Manlio, ¡levanté la cerviz! Ya libre del arbitrio pretencioso de un vigilante, el trabajo me agradó. Un consejo de casa me afirmó que, además de la noble opinión de Aristarco y la aún mejor opinión de la boleta, había una tercera: la mía, que, aunque no era tan buena ni tan competente como las otras, tenía la elevada ventaja de la originalidad. Con una palabra surgió un anarquista.

En adelante sería inevitable el conflicto entre la independencia y la autoridad. Aristarco tendría que aguantar. En compensación, ¡adiós esperanzas de ser vigilante algún día! Y, sobre todo, ¡adiós, feliz indolencia de los tiempos beatos!

Para la campaña de reacción almacené una abundancia inagotable de vanidad y decidí menospreciar de la mejor manera posible los premios y aplausos con los que se graduaban los grandes estudiantes. Ya hecho a la vida del internado, nutría la certeza de que lograría por mí mismo todo aquello que no había logrado con el amparo de un amigo ni con la ayuda de Dios. Con el firme propósito de no volverme ejemplar ni aplicarme al serpenteo de habilidad al que obligaba el papel de estudiante modelo, establecí, sin embargo, la razonable mediocridad sin compromisos de un nuevo programa.

Pocos premios me otorgaban los papeluchos amarillos; en contraposición, facilitaba a los pocos que obtenía la emancipación bohemia del bote de basura. Por esta vía, algunos de ellos, con mi nombre escrito, fueron a parar al gabinete del director. Agravio de desdén que no se me perdonaría jamás.

En las alturas se desarrolló una antipatía por mí que me lisonjaba como una de las formas de la consideración. Llegaba así, siguiendo un trayecto muy distinto del que había soñado, a la anhelada personificación moral de pequeño hombre.

Envidiosos de mi altivez, mis enemigos formaron un partido. Sanches era el jefe tras bambalinas; abiertamente, el líder era Barbalho. Yo sonreía vanidoso, subyugando la guerrita como la espuma ante la proa de un barco.

Éste fue el carácter que mantuve después de tan variadas oscilaciones. Porque parece que a las fisionomías del carácter llegamos a través de tentativas, como un escultor que amoldara la carne sobre su propio rostro según la plástica de un ideal; o porque la individualidad moral que se manifiesta se prueba primero el vestuario en el repertorio psicológico de las posibles manifestaciones.

Reinaban en el Ateneo dos influencias perniciosas que contrarrestaban con eficacia la transpiración de doctrina que tras-

minaba de las paredes en los conceptos de sabiduría decorativa de los cuadros, e incluso la vigilancia de las apariciones ubicuas y fulminantes del director. Cosa difícil de precisar, como la diseminación en la sociedad del principio del mal, elemento primario del dualismo teogónico. El *medio*, filosofemos, es un erizo invertido: en vez de la explosión divergente de dardos, una convergencia de puntas en torno. A través de las punzantes dificultades, es necesario descubrir el meato de paso o aceptar la lucha desigual de la epidermis contra las púas. Por lo general se prefiere el meato.

Las máximas, el director, la inspección de los bedeles, por ejemplo, eran tres espinas; las referidas influencias eran dos más. La mocedad iba transigiendo como mejor podía ante las picudas imposiciones de las circunstancias.

Las influencias corruptoras se representaban a través de dos especies de encarnación fundidas en un hibridismo de disparate: la de la forma femenina personificada en Ángela, la canaria, o, más bien, la camarera de doña Ema; y la del punto de unión de unas tablas humildes, ensambladas a las prisas, mediante el prosaísmo incivil de un episodio de economía orgánica.

Hablaban, así, a la imaginación, las impresiones de reojo, una mirada bañada de lascivia, la tempestad galopante de los vestidos en el desorden de una fuga calculada para efectos de irritación, un descuido de tirantes aflojados al corpiño, una maquinación de charcos en días de lluvia, que exigían faldas cortas y espinillas desnudas; ya fuera a través de una puerta en rápido paso, ya a través del parque frondoso; o bien en la oficina, por los recados de doña Ema, cuya frecuencia exasperaba al director; o sobre el muro de la natación, o en cualquier rincón con los despenderos, en un dueto de idilio visto a escondidas; o en gracejos lanzados a los inspectores, que babeaban.

Los grandes chanceaban, los pequeños, serios, miraban como quien aprende.

Después, la conspiración de las tablas: el vicio guarecido a la sombra del pino alquitranado, la penuria del tabaco, la mendicidad de los humos concedidos por un beneplácito de dedicación, la colillita del *bird's-eye*<sup>9</sup> de boca en boca, como el mate de Río Grande,<sup>10</sup> mordida, salivada, degustada con todo el sabor acre de lo oculto y lo prohibido; y el recuerdo solitario, devastador, de las imágenes del mal, distantes, incalcanzadas, danza de flores locas al viento; la correspondencia cobarde acogida en un intersticio de las trabes como en un asilo de ínfima miseria; las lecturas obscenas, y el alborozo del recelo perpetuo, fermento cáustico de placer malo, la vanidad de engañar, la secreta mofa, el apetito de termita por la demolición invisible de lo que está constituido, la urdidura preocupada, extenuante, de una redecilla de hipocresías mínimas y complejas: eclosión vermicular de los estímulos torpes, que se respiraba en el ambiente corrompido del refugio, nacida desde abajo, desde un hueco, propaganda oscura del lodo.

Y se diluía por los semblantes la palidez color crema, se excavaban miradas vítreas desde las regiones del paludismo endémico.

Resonaban aún en mis oídos las prédicas del ascetismo de Barreto. Según él, el mal era hembra. Sanches entendía que era macho. Le amarraba un rabo en el cóccix y creaba el Satanás mujeriego, inmoral y alegre. La cola del demonio de Barreto era de encajes. En la *rua do Ouvidor*,<sup>11</sup> inventaría el Satanás-chuchería.

<sup>9</sup> Corte fino de tabaco.

<sup>10</sup> Río Grande del Sur, entiéndase (no confundir con su homónimo Río Grande del Norte). Se trata del estado más meridional de Brasil y es tradicional allí el consumo de yerba mate.

<sup>11</sup> Calle del centro de Río de Janeiro. En el siglo XIX era sitio de encuentro y sede de las tiendas de moda.

Una cosa horrible, con dos ojos destinados a la perdición de los hombres. La única falda digna de consideración, era la del padre que, por cierto, es sotana, no falda. El resto no era más que un pretexto de la moda parisiense para disimular las patas de cabra. ¡Cuidado con Satanás-sonrisa! Una sonrisa con dos piernas, un abrazo con dos senos, una pantomima del infierno, coqueta y traidora, graciosa y comburente, de la que por descuido y por azar se va desprendiendo la humanidad, como las culebritas pirotécnicas del faraón.<sup>12</sup> ¡Al menor descuido, desgracia eterna!

Me contó que el portero del seminario en que había estado, para que no lo despidieran, se había visto intimado a separarse de su propia hermana. Dios, para venir al mundo, había elaborado con rigor el misterio excepcional de una virginidad sin mancha. Y, de no ser por las profecías, que no podían verse comprometidas, el vehículo para la Concepción, en atención a la asexual pureza, habría sido el carpinterito José, o incluso el viejo Zacarías, aún más respetable por la calva.

La teología de Barreto me había calado hondo y yo había decidido, piadoso, ahuyentar cuanta imagen de sonrisa viniera a posármese en el pensamiento. Al volver la página de los fervores, me quedó la teoría del Satanás femenino. Con la pureza excesiva, natural de la edad, iba mofándome de Ángela y pompas adyacentes. Tenía el pecho cerrado como la paz de Jano y, exteriormente, la vanidad me amparaba.

Para prevenirme aún más, cierto acontecimiento vino a comprobar en la práctica que Barreto tenía razón en cuanto a la influencia femenina; un suceso que ensangrentó los anales del establecimiento, entristeciendo al director, aunque al final

<sup>12</sup> Serpientes de faraón: juguete pirotécnico de combustión lenta, que produce una ceniza abundante y esponjosa, en forma de serpiente.

acabó agradándole por lo mucho que dio de qué hablar sobre el Ateneo.

Habíamos acabado de cenar y corría —como de costumbre— el recreo previo a la hora de los ejercicios gimnásticos. De la zona de la despensa, ordinariamente tranquila, nos llegó súbitamente un rumor de alboroto. Era extraño.

El alarido creció; un altercado violento. Luego, un fragor de lucha, el estruendo de una mesa volcándose. Después, gritos que pedían auxilio. Más gritos. La voz aguda de Aristarco dando órdenes como en un combate. Estábamos atónitos.

De repente vimos asomar, por la puerta que dominaba el patio, sobre la escalinata de cantera, a un hombre cubierto de sangre. Todos dejamos escapar un grito de horror. El hombre se precipitó en dos saltos hacia el patio de recreo. Traía en la mano un hierro que goteaba rojo, un cuchillo de lámina estrecha o un puñal.

—¡Lo mató! ¡Lo mató! —gritaban desde la despensa—. ¡Atrápen al asesino!

Tras los pasos del fugitivo iban distintas personas. João Numa, al bajar la escalera, gordito, lívido y tembloroso, rodó y se rompió los anteojos contra las piedras.

Desde una ventana, Aristarco, bien seguro de la inviolabilidad de su persona en el parapeto, desplegaba una energía sin límites, ordenando que atraparan al hombre del cuchillo. Los inspectores del recreo se habían puesto azules. Los muchachos berreaban como locos.

Inesperadamente reapareció Silvino, muy blanco, con las pa-tillas aún más negras por el contraste con el miedo:

—¡Esperen!, ¡esperen! —decía convulso, como quien trae en la alforja un expediente redentor—. ¡Esperen!

Abrió sus inmensas piernas de Rodas flaco exactamente en el centro del patio y se llevó a la boca un silbato.

Por desgracia, con la fuerza de la exhalación, el silbido se atascó después de dos trinos malogrados.

Cercado por los criados, que lo perseguían con garrotes y mazas, el hombre del cuchillo, cuya intención era escabullirse hacia el jardín, se apoyó contra una pared.

—¡Déjenme pasar o mato a otro! —tronaba, con la fisionomía llameante—. ¡Ábrame camino! —repetía, agitando el acero con un estremecimiento de cascabeles.

Algunos muchachos osados se habían acercado y cerraban el imprudente cerco.

—¡Apártense! —rugió maldiciendo el criminal acorralado.

Y, con un salto de fiera, se lanzó contra quienes lo sitiaban, blandiendo el cuchillo.

Con la milagrosa destreza del instinto de conservación, cada cual se zafó como pudo. El perseguido pasó como un disparo.

—¡Huyó! —clamaban por todos lados.

Y entonces lo vimos caer de bruces.

Alguien se había precipitado inesperadamente contra él y, escorándolo con la rodilla al tiempo que lo cogía por el gaznate, lo había hecho rodar por tierra con el puño.

¡Era Bento Alves...! Con una mano, el bravo colega oprimía la cara del sujeto contra el suelo, raspándola en la arena; con la otra, por un prodigio de vigor, le inmovilizaba el brazo armado. Con el izquierdo libre, el criminal se apoyaba, intentando levantarse. Lo aplastaba la presión de un monolito.

Cuando fueron en su auxilio, Bento Alves ya había desarmado a su adversario, dominándolo con la tenaza de los dedos con que le aferraba el cogote.

Por todos lados lo aclamaban héroe. A lo lejos, desde su ventana, Aristarco olvidaba entusiasmado su divino aplomo y braceaba como un molino de viento, incapaz de dar voz a su emoción.

Bento Alves se retiró con el cuchillo como trofeo, dejando al criminal bajo una pila de criados y valientes de último momento que lo sofocaban.

Cuando el pobre diablo pudo ponerse en pie, maniatado, amarrado de mil maneras con cintas de cuero, como las momias en su envoltorio de vendas, Silvino se acercó a él y lo agredió cobardemente con un sermón moral.

Era un criminal, se rumoraba. Pero ¿de qué crimen? Algunos instantes después, todo el colegio lo sabía.

El hombre del cuchillo era uno de los jardineros del Ateneo. Durante la cena había discutido con un criado de la casa de Aristarco y lo había matado. Desde hacía algún tiempo, ambos se disputaban la primacía en el corazón de Ángela: una pendencia terrible. El criado de Aristarco creía ser el poseedor legítimo de ese alhajero de afectos por su convivencia con la bella, en marital consorcio dentro de la intimidad de las cubetas, donde las manos se confundían como piezas de vajilla, o en la sociedad afectuosa del trabajo en los aposentos del director y de la señora, ocasión en que intercambiaban socarronerías azucaradas mientras flagelaban los tapetes.

El jardinero, coterráneo de la camarera, esgrimía en su favor el argumento de la nacionalidad, el hecho de que habían llegado a América en el mismo grupo de inmigrantes y un expediente completo de juramentos idóneos de la seductora.

Llevados a tal aprieto, los nudos de la pasión no se desatan: se cortan. El jardinero los cortó. Dicen que, para agriar aún más la situación, Ángela incitaba a cada adversario por su lado, declarando a cada cual que lo prefería exclusivamente.

En cuanto el asesino quedó confiado a la guardia urbana, la víctima se convirtió en el centro de las atenciones. Era un mocetón de treinta años, pardo y simpático.



El asesino era más oscuro, una especie de andaluz de fiesta brava, bajo, sólido, grueso como un tronco de carnicería.

Apenas desapareció el criminal, el colegio entero asaltó la escalinata, deseoso de ver al asesinado. En la puerta del refectorio, sin embargo, Aristarco despachó a los muchachos:

—¡No tienen nada que ver aquí!

Al mismo tiempo, la inoportuna campanilla tocaba a formación. El profesor Bataillard, de blanco y con su cinturón rojo, apareció al lado del director. Los muchachos se remordieron de rabia. Y no hubo nunca en el mundo dos superiores más odiados.

Pero la red de la disciplina tenía puntos más abiertos. Algunos muchachos hallaron un medio de escabullirse hasta la despena; yo entre ellos.

Desde hacía mucho tiempo andaba con ganas de ver un cadáver, un espectáculo real, con las manos agarrotadas y los labios retorcidos. Los diagramas colgados en la pared no me producían ninguna emoción con esos grabados teóricos que mostraban cerebros al descubierto, glóbulos oculares exorbitados, vientres abiertos por capas mostrando las vísceras, figuras humanas de pie, reposando sobre una pierna, o en posición supina, con una especie de complacencia pasiva, desolladas para que les viéramos las venas, modelos vivos de la ciencia en pose de suplicio, con constancia de brahmán, como si esperaran a que termináramos de memorizar el sistema circulatorio para ponerse de nuevo la piel y los músculos dislocados. No me bastaba.

En los grandes armarios había cosas mejores: piezas anatómicas de pasta que sangraban barniz rojo, legítima hemorragia; corazones enormes, palpitanes, húmedos en apariencia, que, no obstante, se destapaban como terrinas; ojos de cíclope, arrancados, que parecían vivir aún, extrañamente, la existencia solitaria e inútil de la vista; pero eran ojos que se abrían como los moldes

de los proyectiles de carnaval. Lo que yo quería era la realidad, la muerte en vivo.

Recordaba haber visto un angelito, entre velas, en un ataúd recamado, una simple carita amarillenta, con sombras de azul en máculas dispersas, las manos crispadas sobre un listón y la inmovilidad del último sueño cubierta de flores. Había visto también a una vieja en un catafalco, una vieja opulenta, que había muerto sin herederos. A su alrededor los cirios lloraban mucho su llanto de cera color miel, inconsolables, arrojando largas llamas que parecían subir hasta el techo con un hilillo de humo. Se le distinguían bien los pies doblados hacia dentro, enfundados en botines de tela, y la nariz, que se pronunciaba bajo un pañuelo de encajes.

Esto no era haber visto un cadáver. Yo quería un cadáver flagrante, libre de los artificios de aparato y religiosidad que hacen del difunto un simple pretexto para una ceremonia de ostentación. Lo que necesitaba era la rama en el suelo, al capricho de la caída, cercenada del árbol de la existencia, tal cual.



El cadáver del criado servía, y tenía la ventaja del dramático aderezo de sangre y crimen, como en los teatros.

Me encaminaba, pues, a la cocina, y sentía fuertes palpitations, estremecido por una modalidad agradable del pavor. La cocina del Ateneo, sin contar la despensa, era espaciosa como

un salón. En las paredes centelleaba el juego completo de cobre pulido con las piezas redondas alineadas como una galería de broqueles. En el centro, una larga mesa servía de refectorio a los criados.

En aquella ocasión había mucha gente cerca de la mesa. Vi por la espalda personas ajenas al establecimiento. Me dijeron que estaba presente la autoridad y que trataba de retirar al muerto. Toda aquella gente debía ser, de espaldas, la autoridad policiaca, esa cara del poder público que yo todavía no distinguía bien, pero ya consideraba. Caído sobre el piso, sobre una estera de sangre, vi el cadáver.

Conservaba aún la contorsión siniestra de la agonía; en la boca le hervía una criba de espuma rosada; vestía un chaleco cerrado, pantalones de casimir grueso. Las heridas no se veían. Sus ojos estaban enteramente abiertos y girados de una forma que me hizo estremecer.

Algunos minutos después de que yo entrara, llegaron dos sujetos con una hamaca. Los despenseros ayudaron a levantar el cuerpo. Los hombres de la hamaca se lo llevaron.

Me impresionó para siempre el desfallecimiento flácido de los miembros cuando levantaron el cadáver; la lasitud de la cabeza, que rodaba sobre los hombros con un movimiento propio de los que padecen una angustia intolerable; y un golpe súbito hacia atrás que me heló la sangre: la barbilla y la manzana de Adán resaltaron, la boca se rasgó en un choque brusco, como si el herido vomitara un residuo tenaz de vida.

Tras la hamaca, por la escalera de la cocina, salieron todos; yo me quedé. Examinaba todavía el piso encharcado de sangre cuando alguien, al pasar, me acarició el cabello: ¡era Ángela!

—*Murió* —dijo mientras indicaba la sangre y enarcaba las cejas, y desapareció con su andar sinuoso.

Por primera vez me di cuenta de que la canaria era hermosa, ¡sí señor! Y mi opinión fue tan benévola respecto del demonio culpable de tan espantoso incidente, que sentí remordimientos.

Ángela tenía unos veinte años, pero parecía mayor por el desarrollo de sus proporciones. Grande, rolliza, sanguínea y fogosa, era uno de esos ejemplares excesivos del sexo que parecen conformados manifiestamente para ser esposas de la multitud, protestas revolucionarias contra el monopolio del tálamo.

De modales desenvueltos, como el ditirambo del amor efímero, vacía como las estatuas huecas, sin sentimientos, material y estúpida, poseía, sin embargo, el secreto satánico de cargar sus amplios ojos de sepia y oro, de animar en su rostro tales expresiones que se diría que le vivía en la cara un alma de superficie, potente, capaz de los más altos martirios de la ternura y de interpretar los más trágicos poemas de la dedicación.

Le gustaba arremangarse para mostrar los brazos, un lujo de blancura, brazos perfectos de princesa que daban qué pensar al humilde plumero que empuñaba por la mañana. Expuesta a la luz del sol, el color blanco de su rostro se había revestido de un moreno cálido, un tono fugitivo de magnolias marchitas, invulnerable a los rigores del aire libre, como debe haber sido otrora la epidermis de Ceres. Aunque le hirieran la tez los dardos corrosivos de la insolación, sólo le afloraba en el rostro un rubor más bello, y el sol no le quitaba a su carne más juventud que a la tierra misma; bajo la calcinación de los ardores, una primavera de rosas.

Consciente de su hermosura, Ángela abusaba.

Y era imposible librarse. Comenzaba con un juego de virtud. Se secaba con un aire de seriedad los labios húmedos; los párpados, de largas pestañas, bajaban sobre sus ojos, sobre su rostro, visera impenetrable del pudor. Invitaba a la adoración recogiendo sobre sus hombros el manto de la candidez, refugiándose en la in-

diferencia hierática de las vestales. Luego, un leve dejo de sonrisa ingenua, con los ojos cerrados todavía: gradación de infantilidad que reemplazaba a la vestal por una niña esquivada y tímida que reía volviendo la cara. Los ojos, por fin, se aventuraban por el rabillo: temeridad de novia posible, nada más, y volvían a su insistente retraimiento. Luego, la contemplación confiada: la novela entera, línea por línea, de una virginidad. Hasta que, de pronto, ¡mi castísimo Barreto! Aquella virtud, aquella dulzura, aquella esquivada candidez, aquella nubilidad melancólica, aquella fisionomía honesta, pesarosa quizá de ser amable, se hendía en dos batientes de puerta mágica y rodaba en explosión el *sabbat* de las lascivias.



Sus ojos reían destilando una lágrima de deseo; sus narinas jadeaban, aleteaban trémulas por intervalos, con la vivacidad espasmódica del amor de las aves; sus labios, animados por convulsiones de tétanos, balbuceaban desafíos, prometiendo la sumisión de una cachorra y la dulzura de los sueños orientales. Dominaba entonces por la oferta abusiva, repentina; se abatía en la postrera humillación para atraer desde abajo, como los vértigos. Allí estaba, echada en tierra, la prostitución de la vestal, el himeneo de la doncella, la deturpación de la inocente: tres servilismos reclamando un dueño: ¡apetito para esta orgía rara y sin comensales!

No discriminaba amores. Era de todos, como los elementos. Y, como los elementos, no sentía culpa por sus desórdenes y depredaciones. Se franqueaba a la concurrencia. Había lugar para todos a la sombra de su cabellera castaña, capaz de vestir sus

copiosas formas, abundante, perpetuamente seca; esa cabellera que Ángela sacudía al correr como polvo de heno.

Aquel modo de mirar de Ángela, mientras pasaba, me limpió la imaginación de las sombras de terror con que me había envuelto el alboroto del acontecimiento vespertino y la horrible visión del cadáver.

Después de su hazaña, Bento Alves, el héroe, desapareció: se hablaba demasiado de su bravura. Ni siquiera se presentó para los ejercicios del campo.

Bento Alves era un misterioso. Los misteriosos son en el colegio los que no andan saturando el espacio con los ademanes de sus expansiones. Frecuentaba las clases superiores; sin ser un estudiante de estruendoso mérito, se hacía respetar por los maestros y condiscípulos. Prudente como ciertos muchachos de inteligencia menor que temen al ridículo, no sólo imponía respeto por su prudencia: lo consideraban principalmente por la fama de hercúleo. Los fuertes constituyen una verdadera hidalguía de privilegios en el internado. En el tumulto de la existencia en común, las distinciones de clase se funden en la democracia del compañerismo; los cambios de fortuna se borran bajo el modelo general de las camisas pardas. Los títulos de superioridad prevalecen primitivamente en el criterio semibárbaro de los años verdes; el puño fuerte llega a tener ventajas sobre la ventaja misma del favoritismo.

Alves no alardeaba de fuerte; evitaba las disputas, no jugaba a las vencidas, prefería ejercitar la gimnasia sin espectadores. A veces, por jugar, ceñía el brazo de algún colega con el pulgar y el dedo medio y le cerraba sobre la manga un brazaletes amoratado y doloroso. Quienes se sujetaban a la formidable prueba del tatuaje por compresión, de ahí en adelante se acercaban a Bento Alves con los escrúpulos de la más reservada prudencia.

Y, sin embargo, era indolente; tenía la pereza monumental de los animales fuertes. Veloz, detestaba las carreras; alegre, huía de los juegos. Le gustaba su tranquilidad, esquivaba las incomodidades de la convivencia distribuida, desbordada, de los “estimados”. No se hablaba de él en el Ateneo. Se limitaban a temerlo en silencio.

Tras la valerosa hazaña a la que lo había llevado la casualidad, se vio convertido en héroe por la fuerza. Un tormento. Si algún muchacho caía en la necedad de decirle algo relativo al crimen del jardinero, Bento Alves atajaba la conversación con un monosílabo de impaciencia, encrespándose como un jabalí. Pese a todo, el pobre modesto fue aporreado, laminado sobre el yunque de la notoriedad.

Afortunadamente, el clamor propiciado por el ingreso de un joven célebre al Ateneo vino a modificar aquel odioso entusiasmo.

Acababa de inscribirse Nearco da Fonseca en el colegio, un pernambucano<sup>13</sup> de ilustre estirpe.

Se presentó con su padre, figura política renombrada en aquella época. Era un mancebo de diecisiete años. Rostro agobiado, cabellera abundante, de talento poco común, mirada viva, morosa de importancia, nariz adunca, protuberante, seca, casi translúcida, como una nariz de vidrio. Delgado como la infancia desvalida, flaco como una lección de osteología, nos sorprendió, entre otras, una advertencia a su respecto hecha por el propio director ante las barbas del padre: Nearco da Fonseca era un gran gimnasta.

Que fuera talentoso, si no en otra cosa, al menos en cuanto a la cabellera... ¡Pero un gimnasta, aquel espectro de la necesidad!

La juventud, sin embargo, es la eterna esperanza; esperamos una exhibición comprobatoria.

<sup>13</sup> Natural del estado de Pernambuco, situado en el Nordeste de Brasil.

Se estremeció la tribu de los acróbatas, de los atletas. Toda la muchachada briosa, con Luís a la cabeza, que concentraba en la protuberancia nudosa de los bíceps el pundonor supremo de la criatura, preparó con la más amplia admiración un aposento considerable para acoger al cofrade.

Formados trecientos, por la tarde, ante los aparatos, fue con un movimiento de avidez como escuchamos a Bataillard, con la caballerosidad que lo distinguía, invitar al gran Nearco a exhibirse.

Estaba presente el director; estaba presente el respetable padre de Blondin.<sup>14</sup> El Ateneo observaba.

Nearco rompió la formación abriendo la marcha con el pie izquierdo, según la regla, con las manos en los ijares, serio como un obispo, y se encaminó hacia el trapecio con el paso medido de los ñandúes, imperturbable, como quien conoce profundamente la técnica de la marcha. Cerca del aparato, siempre con las manos en la cintura, ¡media vuelta! Giró hacia el colegio, firme, y rompió hacia nosotros una zalema dura, conservando durante unos segundos el quiebre angular de las figuritas delineadas que representan el trabajo de la tierra en las estelas históricas de Egipto.

Prestábamos atención, ansiosos.

Después del saludo, Nearco empuñó la barra del trapecio con el pulgar hacia abajo, según la pragmática de las posiciones. E hizo una flexión. ¡Ah, no sabéis, profanos que sois, cuánto vale la flexión de los miembros superiores! La fórmula, en el mundo ideal de la mecánica, es la palanca de Arquímedes; la aplicación práctica y contundente es el puñetazo británico. Consiste en esto: encoger las muñecas.

<sup>14</sup> Jean-François Gavelet (1824–1897), mejor conocido como Blondin, fue un acróbata francés famoso por cruzar varias veces las cataratas del Niágara sobre la cuerda floja.



Nearco hizo una, hizo dos, ¡hizo cinco! A continuación, una voltereta, y Nearco, acucillado en el trapecio, pudo pasear sobre el pasmo circundante sus pausadas napias... ¡Pero eso no era todo! Nearco improvisó algunos remedos más de piruetas capaces de transformar radicalmente los principios más firmes del arte de los batacazos y nos benefició, sudando, con una sonrisa triunfal.

Faltaba la última suerte. Nearco estiró cuanto pudo su lamentable ausencia de músculos y nos dio... ¡una sirena! La sirena es lo más elemental, lo más bellaco, lo más totalmente ostentoso en materia de aparatos. El sujeto se sostiene de las cuerdas, levanta los pies de la barra, mete los pies entre las manos y, cabeza abajo, saca el vientre. El pobre Nearco, desbarrigado, no tenía vientre que sacar.

No sacó nada; cuando mucho unos huesitos que le brotaban a la altura del ombligo como mangos de cuchillo. Saltó al piso.

¡Estaba exhibido el acróbata! Nos mirábamos unos a otros, embrutecidos, con la compostura abatida del desengaño. Aristarco lo notó y nos reprendió con el sobrecejo. Comprendimos delicadamente: estaba allí el respetable padre de un colega...

Un círculo de aplausos, claros, estrepitosos, inacabables, recorrió las filas con la electricidad comunicativa de las aclamaciones.

Nearco, altivo, agradeció con la nariz.

## ♦ VI ♦

El futuro le había reservado a Nearco un haz de mejores palmas, un ramo de laureles más legítimos como sazón de la victoria.

El Gremio Literario Amor al Saber, institución reciente, habría de ser el verdadero escenario de sus soberbios logros.

Dos veces al mes, los amigos de las letras se congregaban en una de las aulas superiores, la misma en que se efectuaban las lecciones astronómicas de Aristarco. Quedaban todavía por los rincones, para iluminar cada sesión, trozos de materia cósmica deshebrada por el análisis del maestro. Lo que no quiere decir que la benemérita asociación mereciera las eternas luminarias de la ironía.

A sus reuniones comparecía yo con timidez, sólo para abusar, simplemente, por excesivo consumo, de un derecho de los estatutos: los alumnos, todos los del Ateneo, podían recolectar en humilde silencio lo que fueran dejando los segadores del trigal de las literaturas.

Asistente infalible, salía pleno de aquella retórica espigada que extendía luego, prensándolas en el diccionario, conservas de espíritu, como reliquias inapreciables de lo Bello.

Las dificultades que enfrentaba un estudiante para revestirse del privilegio de agremiado me hacían venerarlo más a fondo.

Nearco no sufrió el menor embarazo. Había entrado al establecimiento muy adelantado. Fue inmediatamente propuesto, aceptado e investido. En la primera sesión, después del triunfo en el trapecio, tuve oportunidad de apreciarlo en la gimnasia del verbo.

Se debatía acerca de uno de los inagotables problemas de las agremiaciones de ese género, a saber: ¿quién fue más grande: Alejandro o César? Indagación histórica que, evidentemente, era difícil llevar a cabo sin el auxilio de una cinta de medir.

Nearco calculó la cosa a ojo y se distinguió con la esperada gallardía. Habló durante hora y media con una fluidez que le granjearía para siempre el calificativo de *facundo*. Yuxtapuso a César sobre Alejandro con el primor de un minorista de telas. César protestó contra la forma, patas arriba, en una posición que nada tenía de artística; además, le picaba la armadura de Alejandro. Aquello haría reír a Pompeyo en el armario de los emblemas y la maledicencia del senado, comprometiéndose la seriedad secular del hombre que fue, vio y venció... Nearco lo sostuvo inexorablemente durante el transcurso del paralelo crítico. César no podía contar con los legionarios de los buenos tiempos; allí estuvo haciendo muecas, en la sujeción inerme, *anima vilis*<sup>1</sup> de los documentos. Alejandro, que aún sin el casco seguía viéndose más grandecito que el otro, tuvo más paciencia y se dejó medir hasta la peroración con la buena actitud de un difunto. Venció, en efecto. Nearco lo proclamó magno de los magnos, varias pulgadas más grande que el temerario del Rubicón.

El Gremio ilustrado rebosaba de júbilo. La discusión se cerró, pues nadie más quiso hablar. También es que hacía ya cinco sesiones que sometían a los pobres guerreros a la cinta métrica.

Por este memorable día, Nearco se elevó hasta una firme notoriedad. Todos olvidaron que se había inscrito con el casi compromiso de no dar un paso que no fuera un salto mortal, de no descansar más que de cabeza, sobre sillas equilibradas en botellas, de no tener otro recreo que el de la cuerda floja, para no

<sup>1</sup> En latín, “alma vil”.

desentonar con su propagada fama. Su estreno acrobático quedó en el olvido. El Gremio Amor al Saber lo acogió en posesión exclusiva, como un orgullo.

No faltaban, sin embargo, poetas, periodistas, polemistas, novelistas, críticos, folletinistas. La sociedad tenía su órgano, *El Gremio*, impreso en Lombaerts, en el que podían participar cómodamente los socios libres e, incluso, para mayor riqueza de armonías, los honorarios.

Entre los honorarios figuraba Aristarco, el presidente, que siempre colaboraba con el periódico transcribiendo en volantes las máximas de la pared y mandando sin falta a la cuarta página un anuncio garrafal del Ateneo, que pagaba para auxiliar a la empresa. En la interesante publicación figuraban cuartetos místicos de Ribas y sonetos lúbricos de Sanches. Barreto publicaba meditaciones, una especie de *harpa do crente*<sup>2</sup> en una prosa desgarrada.

La novela, que se publicaba por entregas a pie de página, era una imitación de *El guaraní*,<sup>3</sup> emplumada de vocablos indígenas y firmada: Aimbiré.

Nearco se entregó a la especialidad de los paralelos. Comenzó al punto por dos, de golpe: Sila y Mario, Tito y Nerón. En el expediente se prometía un tercero, curiosísimo: Plutarco y los beocios.

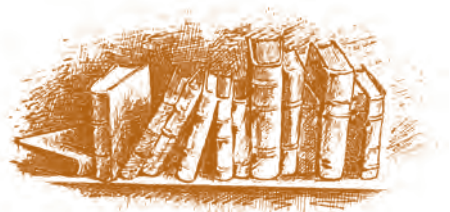
Esta simpatía por las líneas equidistantes, talento, por cierto, de rodada urbana y mulos uncidos, fue un motivo más de prestigio para el extraordinario muchacho.

<sup>2</sup> *Arpa del creyente*, obra romántica que reúne los primeros poemas del escritor portugués Alexandre Herculano, publicada en 1838. (Vid. *supra*, p. 171, n. 3.)

<sup>3</sup> Novela indianista romántica (1857), obra del escritor José Martiniano de Alencar (1829–1877), una de las figuras más relevantes del romanticismo brasileño.

La elocuencia se representaba en el Gremio a través de una gran cantidad de categorías. El Cicerón-tragedia: una voz cavernosa, gestos de puñal, que parece clamar desde el fondo del sepulcro, que le eriza el cabello al auditorio, que frunce con fiebre el entrecejo y que, si la retórica fuera susceptible de firma, añadiría al final de cada discurso, pesadamente, “la mano del muerto”; el Cicerón-modestia: formulando excelentes cosas torpemente, con la impericia de un eterno *début*, disculpándose mucho en todos los exordios y más aún en todas las confirmaciones, con lágrimas en la voz y dificultad en el modo, selecto y atragantado; el Cicerón-circunspección: enunciándose mediante frases cortadas como alguien que alinea ladrillos, hombre de la regla y la legalidad, compactando los “que” y los “cuyo”, largo, lento, con el capricho de mostrarse aún más raso de lo que ya es, amigo de los periodos cuadrados y vacíos como cajas, atenuando en cada concepto la atenuante del concepto anterior, conservador y ultramontano, porque las cosas establecidas no requieren que se piense, apologista férreo de Quintiliano, retrasando mediante intervalos el discurso imposible, para probar que divide bien su elocución, con todos los requisitos de la oratoria: pureza, claridad, corrección, precisión, excepto una cosa: la idea; el Cicerón-tempestad: verborreico, a palos y piedras, precipitándose por la fluidez como si rodara escaleras abajo, acumulando avalanchas como una liquidación boreal del invierno, anulando el efecto de asombroso escándalo mediante el asombro del escándalo siguiente, elocuencia sudada, anhelante, desgredada, ensordecedora, puntuada a golpes como una escena de pugilato; el Cicerón-franqueza: positivo, indispensable para el cierre de las discusiones, diciendo la cosa en dos palabras, en general tosco y malhablado, listo para hacer frente al adversario en cualquier terreno, especie peligrosa en las asambleas;

el Cicerón-sacerdocio: sacerdotal, solemne, orando trémulo, alzando la frente como una mitra, pidiendo una catedral para cada proposición, calzando dos púlpitos en vez de zapatos, especie venerada y acatada.



Nearco introdujo un tipo que faltaba, el del Cicerón-penetración: incisivo, gangoso y provocador, gesticulando con la manita a la altura de la cara y el índice torcido, marcando con precisión en el aire, en el suelo, en la palma de la otra mano, el lugar de cada una de las cosas dichas, pasmándose, aunque imperceptiblemente, ante la incomprensión, impacientándose al punto de querer sacarle los ojos al público con las astas de su iluminación, o doblándose en flojedades de compasión por la desgracia de que no lo comprendiéramos, cerdos y margaritas.

El gesto incisivo, sumado a la facundia libre y al talento histórico de los paralelos, consagró la primacía del agremiado.

El presidente efectivo de la sociedad era el doctor Claudio, profesor de la casa, hombre capaz, benévolo para con la desgarrada necesidad de la juventud, que se disgustaría durante toda una semana si llegara a imaginar que el profesor había faltado a una sesión por menosprecio. Esta constancia del jefe era el gran elemento de la prosperidad del Amor al Saber. El doctor Claudio conducía los trabajos con verdadera pericia de automedon-te, aclaraba los embrollos, forjaba adjetivos encomiásticos que iba repartiendo por turnos a todos y cada uno de los estimables

asociados, proponía algunas tesis y otras le parecían graciosas. En las sesiones solemnes, pronunciaba el discurso oficial.

La mayor ventaja del Gremio era, para mí, la biblioteca. Una colección de quinientos o seiscientos volúmenes de textos varios, celados por la vigilancia cerberesca de Bento Alves, que, elegido por voto unánime, fungía como bibliotecario. Alves pertenecía a la asociación, como casi todos los alumnos del curso superior. Se afiliaba al simpático grupo de los silenciosos, sacando provecho de la circunstancia de que el vocerío obligatorio no perteneciera al regimiento. Fuera de la biblioteca, sus servicios a los fines del Gremio se limitaban al voto concienzudo y firme, siempre puesto a la disposición de la mejor idea en cuestiones elevadas y del más sabio arbitrio en cuestiones de orden.

Algunos muchachos, aunque no pertenecieran al Gremio y no hubieran manifestado, en el terreno de las letras, una notable habilidad gramatical para la conjugación subrepticia del verbo *adquirir*, podían recibir del presidente el derecho de entrada a la sala de los libros. Yo, como amigo que era de las hermosas páginas impresas, presenté mi candidatura. Y como no me divertía lo suficiente el juego de la *barra*<sup>4</sup> al rayo del sol, ni la rebatiña de trompos y manguillos con la perinola, ni correr a juntarme con la cuadrillita de las canicas de espirales de colores, la biblioteca se convirtió en mi recreación habitual.

Esta frecuencia me granjeó dos amigos, dos añorados amigos: Bento Alves y Julio Verne.

Al famoso narrador del *Tour du monde* le debo una numerosa multitud de los amables fantasmas de la primera imaginación, excéntricos como Fogg, Paganel, Thomas Black; alegres como

<sup>4</sup> Posiblemente se refiere al juego conocido como *barra do lenço* (barra del pañuelo) en el que dos equipos se disputan la posesión de un pañuelo mediante destreza y fuerza física.

Joe, Paspertout, el negro Nab; nobles como Glenarvan, Letourneur, Paulina, Barnett; atractivos como Aouda y Mari Grant. Y, por encima de todos ellos, grande como un semidiós, con la barba resplandeciente, brillante como la neblina de los sueños, el legendario Nemo de la Isla Misteriosa, taciturno por el recuerdo de la venganza justiciera, esperando que un cataclismo le cavara una yacija en el seno del océano, su vasallo, su cómplice, su dominio, patria sombría del expatriado.

Tenía una biblioteca completa de tesoros infantiles, como los cuentos de Schmid;<sup>5</sup> había visitado una por una, en mi burrito, las ferias de la sabiduría de Simón de Nantua;<sup>6</sup> había estudiado profundamente, a través de las aventuras de Gulliver, las vacilaciones de la vida, donde, apenas acabamos de burlarnos de la pequeñez extrema, viene sobre nosotros el ludibrio de la extrema grandeza, especie de Pascal de biberón entre Lilibut y Brobdignak;<sup>7</sup> había llegado a la perfección de dudar de las empresas de Münchhausen. Todo esto sin mencionar *Los lusíadas* de Sanches, al reverendo Bernardes, la refinada bribonería de Bertoldo<sup>8</sup> y el “Testamento del gallo”,<sup>9</sup> símbolo por cierto muy

<sup>5</sup> Christoph von Schmid (1768–1854) fue un sacerdote, educador, poeta y autor de cuentos infantiles alemán. Sus obras suelen contener moralejas edificantes.

<sup>6</sup> *Simón de Nantua o el mercader forastero* (1818), obra del francés Laurent Pierre de Jussieu (1792–1866).

<sup>7</sup> Lilibut y Brodignak son dos países ficticios que aparecen en la novela *Los viajes de Gulliver* del autor irlandés Jonathan Swift (1667–1745). Los habitantes del primero se caracterizaban por ser diminutos con respecto a un ser humano; en el segundo ocurría lo opuesto.

<sup>8</sup> Personaje de *Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno*, obra satírica de Julio César Croce y Adriano Banchieri, que salió a la luz en 1620.

<sup>9</sup> Posiblemente se trate de un poema popular (difundido a través de los libros de cordel) derivado de una fiesta carnavalesca en la que se sacrifica un gallo y se



filosófico de la odiosidad de las sucesiones, que, por la ventura del heredero, autoriza el destripamiento del gallináceo como la tortura shakespeariana de Lear.

Julio Verne fue festejado como una migración de novedad. Dondequiera que me llevaran el *Forward* o el *Duncan*, el *Nautilus* o el globo *Victoria*, el *Columbiad* de Florida o el criptograma de Saknussem,<sup>10</sup> allá iba yo, hambriento de desenlaces, gozoso, ávido como los tres días de Colón antes de América, respirando en el aroma de las encuadernaciones las variantes climatéricas de la lectura, desde las arenas africanas hasta los campos de cristal del Ártico, desde los grandes fríos siderales hasta la aventura de Stromboli.

La amistad de Bento Alves por mí, y la que yo nutrí por él, me hace pensar que, aun sin el carácter de abatimiento que tanto indignaba a Rabelo, puede existir cierta afeminación como una fase de la constitución moral. Lo estimé femeninamente, porque era grande, fuerte, valeroso; porque podía protegerme; porque me respetaba, casi tímido, como si no tuviera ánimos para ser mi amigo. Para mirarme, esperaba que yo le quitara los ojos de encima. La primera vez que me dio un regalo, un gracioso libro didáctico, se retiró sonrojado, como quien huye. Aquella timidez, en vez de alertarme, me enternecía; a mí, que, por cierto, debía

escribe su testamento, a través del cual el animal deja a sus herederos las distintas partes de su cuerpo, según la virtud o los defectos de cada cual.

<sup>10</sup> Referencias a medios de transporte y personajes que figuran en las novelas de aventuras del escritor francés Jules Verne (1828–1905). *Forward*: barco de *Las aventuras del capitán Hatteras*. *Duncan*: yate de *Los hijos del capitán Grant*. *Nautilus*: submarino de *Veinte mil leguas de viaje submarino* y *La isla misteriosa*. Globo *Victoria*: aerostato de *Cinco semanas en globo*. *Columbiad*: nave espacial en *De la Tierra a la Luna*. Arne Saknussem: alquimista que crea un criptograma del que parte *Viaje al centro de la Tierra*.

estar prevenido contra las escaldaduras de agua helada. Es interesante el hecho de que en este afecto infantil había un vago elemento de materialidad, como el que se ve en el amor: el placer del contacto fortuito, de un apretón de manos, de las emanaciones de la ropa, como si a través de ellas absorbiéramos un poco del objeto simpático.

En la biblioteca, Bento Alves elegía las obras para mí: imaginaba cuáles podrían interesarme y proponía la compra, o las compraba y las ofrecía al Gremio para no dármelas directamente. En el recreo no andábamos juntos; pero yo veía de lejos a mi amigo, atento, siguiéndome con la mirada como un perro guardián.

Después supe que había amenazado con romperle el pescuezo a cualquiera que alimentara la leve intención de ofenderme; ¡yo era su hermano adoptivo!, confirmaba. Yo, que desde hacía mucho había asumido entre mis colegas un hermoso

aire de impávida altanería, me transformaba con mi amigo, y me sentía bien en la sumisión voluntaria, como si mi bravura fuera artificial, siguiendo el modelo de la famosa petulancia femenina.

La malignidad de Barbalho y su grupo no dormía. Temblando ante la represalia de Alves, se entregaban por los rincones a una maledicencia proscrita, digna de ellos.

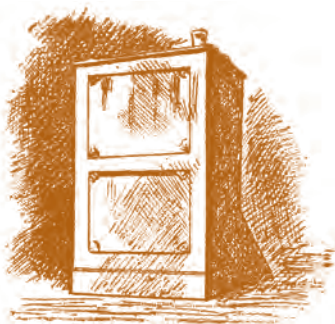


A veces, en la biblioteca, mientras yo leía, Alves me miraba desde el otro lado de la mesa central de paño verde, con la mano en la frente y los dedos hundidos en el cabello. Me observaba y yo lo sentía sin levantar la vista, comprendiendo en el más fino pliegue de mi arrullada vanidad que aquella contemplación traducía el horror al ridículo, proverbial en Bento Alves, maniatándole con rigidez cualquier demostración efusiva. Si no fuera la crítica una criatura de los tiempos que corren, la situación de los personajes de esta escena de platonismo podría parecerme cómica. No habiendo crítica para falsear la psicología por desdoblamiento, me limitaba a ser sincero, como mi pobre amigo. A veces asomaba en su párpado una lágrima sin origen.

En el movimiento general de la existencia del internado, Alves se desvelaba caprichosamente; sabía ser, de un modo indescripible, fraternal, paternal, casi podría decirse amante, tanto era el detallismo de sus cuidados. No había regalo, de esas mezquinas cosas cuyo precio es enorme en la perpetua carestía de la prisión escolar, del que no se privara en provecho mío, exasperándose hasta el punto de dar lástima si yo intentaba rechazarlo. Cuando conversábamos, me hablaba de su familia en Río Grande del Sur. Tenía dos hermanas; hablaba de ellas, del tiempo que llevaba sin verlas, muy blancas, de hermosos ojos, una de quince años, otra de doce; él tenía dieciocho. Hablaba de mis cuidados higiénicos: cambiar mi cama en el salón azul, que estaba muy cerca de las ventanas, cosa que debía ser nociva... Y otras niñerías, en tono de sentida blandura, como si deseara decrecer desde las proporciones sólidas de su conformación hasta quedar reducido a la exigüidad balbuceante de un esqueletito de abuela, menguado por la vejez, animado todavía, y solamente, por la fiebre del último aliento, por la necesidad de cargar aún, durante algunos días, un corazón, un afecto.

Los estatutos del Gremio establecían dos ocasiones solemnes: las fiestas anuales de apertura y cierre de los trabajos. Además de éstas, las sesiones conmemorativas que la casa decidiera.

Para las fiestas literarias se llevaban al pabellón del recreo un gran estrado, tres mesas para la dirección, que se alineaban bajo un rico paño color vino, de ramajes negros que recordaban tintoros chorreados de mal agüero y una tribuna a la que apodábamos, familiarmente, “la cangrejera”.



Esta “cangrejera”, enorme y pesada, que parecía protestar a cada sacudida contra el carácter de mueble que le querían imponer a la fuerza, hacía acto de presencia en todas las aulas del Ateneo, según las exigencias de la retórica. Asignado el sitio para la conferencia, la clase, la plática solemne, zarandeaban a la mísera “cangrejera” y la ponían en camino a encontronazos, obligándola a seguir un destino de mostrador ambulante de elocuencia. En esas circunstancias no era una simple tribuna, era un verdadero pronóstico. En cuanto se movía la “cangrejera”, inminente retahíla de discursos. Vivió un día de razonable orgullo: se sirvió de ella el profesor Hartt<sup>11</sup> para dar una conferencia de antropología en el Ateneo.

Un día, cuando la vimos moverse y supimos que aquello significaba la inauguración del Amor al Saber, el Ateneo se congregó, unificado por un mismo impulso de entusiasmo, y, por pri-

<sup>11</sup> Charles Frederick Hartt (1840–1878) fue un naturalista canadiense. Participó en varias expediciones científicas por el territorio brasileño y dirigió la sección de geología del Museo Nacional de Río de Janeiro.

mera vez, la tribuna marchó sin el ceremonial de los tropezones. Dispensamos a los criados, la cargamos en andas, la llevamos en desfile triunfal.

La fiesta de inauguración fue animada. Infortunadamente, más de lo que se esperaba.

El vastísimo salón se llenó de bancos y sillas austriacas. Al centro, enfrente, estaba la mesa de la dirección; a la izquierda, los invitados; a la derecha, los demás alumnos, el resto, como se llama a las mayorías sin voz ni voto.

Sobre el lienzo color vino de ramajes, se abría la carpeta del secretario; sobre la tribuna centelleaba cristalino el vaso de las urgencias inminentes.

Pocos oradores. Aristarco, el presidente honorario, abrió la sesión con la llave del peregrino verbo, anunciando la nueva asociación como un tanteo honorable, que rendiría grandes frutos para los jóvenes aplicados, pues les permitiría entregarse al cultivo de la oratoria y de las bellas letras.

En seguida subió a la tribuna el presidente en funciones.

Con su fácil elocución, el doctor Claudio hizo una crítica general de la literatura brasileña: las burlas de Gregório de Matos<sup>12</sup> y Antônio José<sup>13</sup> y la epopeya de Durão,<sup>14</sup> el idilio de la escuela

<sup>12</sup> Gregório de Matos (1636–1695), poeta barroco nacido en Salvador, Bahía, autor de un amplio *corpus* de escritos en verso, en su mayoría satíricos y picarescos, aunque también religiosos y amorosos.

<sup>13</sup> Antônio José da Silva (1705–1739), dramaturgo nacido en Río de Janeiro, proveniente de una familia de judíos conversos, fue un escritor prolífico, satírico e influido por las ideas de la Ilustración. Murió quemado por la Inquisición en Lisboa, acusado de prácticas judaizantes.

<sup>14</sup> Santa Rita Durão (1722–1784) fue un poeta nacido en Minas Gerais, autor de un extenso poema épico titulado *Caramuru*, en el que figura por primera vez de manera clara el interés por el tema del indígena brasileño.

de Minas,<sup>15</sup> la unción de Sousa Caldas<sup>16</sup> y S. Carlos,<sup>17</sup> la influencia de Magalhães,<sup>18</sup> los tanteos de la novela nacional, y la gloria de Gonçalves Dias<sup>19</sup> y de José de Alencar.<sup>20</sup>

Y luego se dio al estudio de la actualidad.

El auditorio, que hasta entonces había escuchado con interés, pero tranquilo, comenzó a agitarse.

El orador representaba a la nación como un charco de veinte provincias estancadas en la modorra pantanosa de la más desgraciada indiferencia. Los gérmenes de la vida se pierden en el limo profundo; en la superficie, cubierta por coágulos de putrefacción, burbujea, espaciadamente, el hálito mefítico del mias-

<sup>15</sup> La escuela de Minas (entiéndase Minas Gerais) se inscribió en el movimiento de las Arcadias, que reivindicaba una estética neoclásica y una temática en su mayoría bucólica y pastoril, aunque también preocupada seriamente por cuestiones políticas. Algunos de sus principales representantes fueron Claudio Manuel da Costa (1729–1789), Tomás Antônio Gonzaga (1744–1810) e Inácio José de Alvarenga Peixoto (1744–1793). Los tres participaron en la *Inconfidência Mineira*. (Vid. *supra*, p. 128, n. 10.)

<sup>16</sup> Sousa Caldas (1762–1814), poeta y orador religioso nacido en Río de Janeiro; escribió inicialmente poesía profana inspirada en las ideas iluministas, por lo que la Inquisición lo condenó, en Portugal, a un proceso de catequización forzada. Terminó siendo sacerdote y haciendo a un lado la poesía profana, pero nunca dejó de esgrimir principios progresistas, como el de la libre expresión.

<sup>17</sup> Fray Francisco de São Carlos (1768–1829), poeta religioso brasileño, de estilo neoclásico.

<sup>18</sup> Domingos José Gonçalves de Magalhaes (1811–1882), poeta al que se considera el introductor del romanticismo en Brasil, autor de la primera obra romántica, un libro de poemas titulado *Suspiros poéticos e saudades* (1836) y fundador de la revista *Niterói*, primer órgano del romanticismo brasileño.

<sup>19</sup> Antônio Gonçalves Dias (1823–1864), poeta y dramaturgo, es el principal poeta indianista del romanticismo brasileño, con obras como *I-Juca-Pirama* y *Os timbiras*.

<sup>20</sup> Vid. *supra*, p. 195, n. 3.

ma fermentado al sol, elevándose hasta ennegrecer el cielo con los vapores de la muerte. Los pájaros, callados, huyen; los pocos árboles cercanos, en el aire estático, se inclinan uniformes sobre sí mismos, con un desánimo vegetativo que parece crecer hacia abajo, prosperidad melancólica de sauces. El horizonte, limpio, remoto, posterga golpes de luz oblicua, reptil, que resbalan reflejando franjas paralelas, inmóviles sobre el sueño del lodo.

Entre los raros juncos emergen ojos de sapo, meditando la ventaja de esa paz sombría, indolencia negra en la que llega a ser un gesto de voluntad pegar cuatro brazadas a través de la ola espesa en busca de una hembra. El arte es la alegría del movimiento o, en las sociedades que sufren, un grito de dolor supremo. Entre nosotros, la alegría es un cadáver. Si tan sólo sufriéramos... La condición de nuestras almas es la languidez comatosa de una inercia mórbida. Quién nos diera la tonicidad letal de una agonía. Trituramos la vida por igual, roemos el día como si fuera un hueso, pacientes, a rastras, sobre el vientre, como los perros cuando se alimentan. Si el cráneo de Rogelio<sup>21</sup> fuera un manjar, tendríamos al menos una tragedia... Pero ¡nada! Nuestra condición es el descanso continuo del aniquilamiento en la infinita planicie de la monotonía. Y no es el techo de brasas de los estíos tropicales lo que nos oprime. ¡Ah, qué profundo es el cielo de nuestro clima material! ¡Qué irradiación de fugas para el pensamiento la dirección de nuestros astros! El pantano de las almas es la inmensa fábrica de un gran empresario organizada con artificio, tan largamente elaborada, que podría considerarse como el esfuerzo madrepórico de muchos siglos, derritiendo en lugar de construir. Es la obra moralizante de un largo reina-

<sup>21</sup> Referencia a san Rogelio de Íllora, monje español del siglo IX que fue decapitado en la ciudad de Córdoba por predicar el cristianismo entre los musulmanes.

do, es el trasvase de un carácter, que anega, hasta donde la vista alcanza, la superficie moral de un imperio: ¡la desintegración nauseabunda, plana, de la tiranía flácida de un tirano de sebo...!<sup>22</sup>

Consideren ahora que entre los invitados estaba el doctor Zé Lobo, padre de un alumno, devoto juez avalado por las instituciones, hermano de no sé cuántas órdenes terceras, primo de todos los conventos, abogado de causas religiosas; un conservador, en suma, rabioso y militante. El sebo de la tiranía cayó sobre sus melindres como una gota de cirio bendito.

—¡Protesto! —rugió, rubicundo y ronco, dilacerándose las barbas y alzando el puño. ¡No podía admitir que vinieran a ensebarrar frente a él las instituciones! Para mayor desgracia, también estaba presente el senador Rubim, abuelo de otro alumno, senador de mala voz, un padre, padrastro de la patria, sin consideraciones ni pelos en la lengua.

—¡Quien protesta contra el sebo de la tiranía es un burro! —rearguyó al comentarista con la temible pachorra de los viejos insolentes.

—¡No, señor, ningún burro! —clamó el otro, empalideciendo bajo el fustazo de la injuria, nervioso, perturbado por la atención con que lo encaraba el aula—. ¡Ningún burro! ¡Esas expresiones son indignas de V. E., que es senador y anciano!

—¡Es un burro...! —repetía el otro despaciosamente, con una mueca hastiada de insulto—. ¡Un burro...!

Aristarco se mantenía en la presidencia con el pasmo de palo de los ídolos afrentados. El enorme salón, lleno de alumnos e invitados, se amotinaba en grandes olas, fragmentado en partidos opuestos, unos a favor del senador y de la anarquía; otros a favor del abogado y del orden público. Muchos gesticulaban de pie;

<sup>22</sup> Alusión a don Pedro II.



había estudiantes gritando sobre los bancos. Los insultos volaban como proyectiles; las protestas rechinaban como escudos heridos; había manos por el aire que pedían espadas.

Aprovechando el bullicio, el abogado se había atrevido a arrojar algunas insolencias contra el senador. El otro, que no escuchaba bien, replicaba con la impertinencia de su estribillo: “Un burro, sí”, hasta que, impaciente, puso fin a la polémica con las cinco letras de la energía popular que Waterloo hizo heroicas; Victor Hugo, épicas, y Zola, clásicas.<sup>23</sup>

Bajo el peso de aquella conclusión, Zé Lobo cedió.

Aristarco consideró que había llegado el momento de ejercer la presidencia y sacudió sobre el tumulto la campanilla del orden.

En la tribuna, el orador, firme y tranquilo, promontorio sobre la tormenta, esperaba que el alboroto terminara. En cuanto vio que se enfriaba el furor de los imperios, continuó:

—Corramos un velo sobre ese escenario desolador; que venga en nuestro socorro la esperanza de un renacimiento.

Y conduciendo por allí el discurso, hábilmente, terminó con un cuadro del futuro, aparejado en aurora sobre la tribuna, pórtico de luz, derramando un deslumbramiento que extasió a los escuchas con el encanto de los vaticinios felices; y el sople de la brisa matutina se llevó las nubes del desánimo que antes se habían insinuado sobre el panorama.

Tomaron la palabra, todavía, dos estudiantes que trituraron una profusa cantidad de frases comunes a propósito de las letras y los literatos. El hijo del director, el republicanito que ya conocen, tenía en la manga diez mechas, diez brulotes de elocuencia incendiaria, que decidió sofocar después del colosal escándalo del sebo.

<sup>23</sup> Referencia a la palabra *merde*, pronunciada por Pierre Jacques Étienne, vizconde de Cambronne, al verse derrotado en Waterloo.

La segunda sesión solemne del Gremio, aunque más pacífica, no fue menos importante.

Se realizó a principios de octubre, en una fecha cercana a las vacaciones. La concurrencia fue más numerosa, asistieron señoras en gran número, cosa que no había sucedido en la sesión inaugural; hubo una ornamentación más esmerada en las aulas; la tribuna se forró de verde y amarillo; se inscribieron los mejores campeones de la oratoria del Amor al Saber. El colegio compareció uniformado; la dirección, con chaqueta. La conferencia del doctor Claudio fue subversiva, pero en un sentido distinto de la primera. Ya no versó sobre la literatura en Brasil, sino sobre el arte en general:

.....

—El arte, la estética, la estesia, es la educación del instinto sexual.

La conservación de la existencia individual tiene su razón de ser en el instinto de vitalidad de la especie. El momento presente de las generaciones no es sino el vínculo prolífico del pasado con la posteridad. ¿Y la razón de ser de las especies? La indagación no ha descubierto el secreto.

Para que el individuo perdure, momento genésico de la existencia específica en el tiempo, es indispensable que se adapte a las imposiciones del medio universal. El río que corre no desprecia el detalle del más insignificante remanso, no puede burlar el obstáculo de la más mínima roca que encuentre en su lecho. El criterio inconsciente del instinto es el guía de la adaptación.

La vida humana, desde el vagido de la cuna hasta el movimiento del enfermo en su lecho de muerte, buscando una posición más cómoda para morir, se esfuerza por seleccionar lo agradable. Los sentidos son como las antenas salvadoras del

insecto que titubea; van en busca de las impresiones, informantes oportunas y cautelosas.

A cada mundo de sensaciones notables corresponde un sentido. Los sentidos, teóricamente delimitados, son cinco, multiforme proceso de transformación de uno solo: el tacto, precisamente el sentido rudimentario de las antenas.

Tanteando se realiza, instintivamente, la búsqueda de lo agradable: lo agradable visual, lo agradable auditivo, lo agradable olfativo, lo agradable gustativo, lo agradable tangible, en suma. Lo agradable es esencialmente vital; si en ocasiones es funesto, es porque las ilusiones pueden traicionar al instinto.

La perfectibilidad evolutiva de los organismos en funciones, que se muestra prodigiosamente compleja en el tipo humano, corresponde, en el orden animal, a la revelación del misterioso fenómeno de la personalidad, capaz de emprender una crítica del instinto como el instinto emprende una crítica de la sensación.

Así, pues, la información de reportero que cada sentido proporciona no sólo despierta en el hombre la actividad cerebral de los impulsos de preferencia o repugnancia, como en los otros animales, sino que amplía, mediante la psicología entera de los fenómenos espirituales, la variedad infinita de las comparaciones, permutadas de mil modos en la unidad del espíritu, como piezas de un juego maravilloso sobre un mismo telón de fondo.

Dos son las representaciones elementales de lo agradable realizado: la alimentación y el amor.

Los animales inferiores, que no están dotados de un razonable coeficiente de progreso, reproducen secularmente su condición de inferioridad; miran, palpan, olfatean, escuchan, prueban sin mucho escrúpulo y devoran groseramente, para luego amar como siempre lo han hecho. El hombre, por su deseo de alimentación y amor, dio lugar a la evolución histórica de la humanidad.

La alimentación reclamó la caza fácil: se inventaron las armas; el amor pidió un abrigo: se erigieron las cabañas. La digestión tranquila y la reproducción sin sobresaltos exigieron protección contra los elementos, contra los monstruos, contra los malhechores: los hombres establecieron un contrato tácito para su mutua seguridad mediante la fuerza mayor de la unión: nació la sociedad, nació el lenguaje, nacieron la primera paz y la primera contemplación. Y los pastores vieron en el cielo, por primera vez, la estrella Vésper, expandida y pálida como un suspiro.

Pero era necesario que fueran lechos de amor las crines de oro y fuego de los leones, y que hubiera marfil, metales lucientes, pedrería sobre la blancura láctea de la carne amada, pues no bastaban los besos para vestirla; era necesario deleitar el gusto con el refinamiento de las extrañezas. Y los hombres llevaron su conquista hasta los reyes de la selva, hasta el vientre del suelo; fueron a cosechar los íncolas más raros de los aires, emplumados de luz como creaciones canoras del sol; y fueron a buscar en las olas a los más esquivos viajeros del abismo, que navegan céleres, fantásticos, en la sombra azul, dejando atrás un vago reflejo de escamas, para morderles la vida.

Pero el hambre urgía aún, urgía más el amor, y vino la guerra, la violencia, la invasión. Se curvaron los cautivos bajo el látigo vencedor, y las esclavas quedaron abatidas bajo la garra de la lascivia sanguinaria, hambrienta de miembros retorcidos, de ojos sin alma, de labios sin palabra, de formas sin voluntad, pretexto miserable de espasmos. Se formaron los odios de raza, las opresiones de clase, las corrupciones vengativas y demoledoras.

Pero también evolucionó el pensamiento, aquella sospecha poética de la pastoral primitiva que buscaba los astros en el cielo para aderezar sus idilios. El fondo sereno y oscuro de las almas, adonde no llega el tumultuoso oleaje de la superficie, se inflamó

de fosforescencias; se generaron las aureolas de los dioses, se cuajaron los discos de glorias olímpicas: nacieron las religiones.

Pero era necesario que el espectro de la divinidad fuera palpable: las rocas se descascarillaron en estatuas, los metales se hicieron



carne, y hubo templos, hubo cultos, hubo leyes, vinieron los profetas y pontífices ambiciosos. Y esta evolución de un pensamiento que había sido amante, convertida en instrumento de la tiranía, dio lugar a las prácticas del terror, a los apostolados de la masacre.

Pero había quedado una lira de la primera generación de pensadores, y sus cuerdas cantaban aún, y sus notas dijeron en el aire las epopeyas de Oriente y de Grecia. Se robó a los sacerdotes tiranos el monopolio de los dioses para uncirlos al remolque de la métrica; que llevaran, a través de los siglos, el carro triunfal de la estrofa, onda sonora de vibraciones inmortales.

Y los escultores de los ídolos legaron el secreto del taller, revelando que aquellas arrogancias de bronce venían de un molde de barro, que los dioses se hacen como las ánforas. Y los artistas modernos recomenzaron, llamando la religión al taller como modelo a sueldo; y grabaron con tinta, por los muros, las visiones místicas de la creencia. La nitidez artística de las formas había hecho creer a los hombres que realmente vivía, en la porosidad del mármol, un espíritu sagrado, y que existía realmente, en proporciones infinitas, un lienzo de olimpos y paraísos, donde los colores del antropomorfismo artístico vivían soberanos, mirando el mundo allá abajo, vertiendo su urna providencial de penas y alegrías.

Decaídas las fantasías sentimentales, el aspecto del mundo se reformó. Los dioses fueron proscritos como efectos importunos

del sueño. Después del orden en nombre de lo Alto, se proclamó, positivamente, el orden en nombre del Vientre. La fatalidad-alimentación se erigió como principio: se le llamó industria, se le llamó economía política, se le llamó militarismo. ¡Muerte a los débiles! Alzando la bandera negra del darwinismo espartano, la civilización marcha hacia el futuro, impávida, temeraria, pisoteando el prejuicio artístico de la religión y la moralidad.

Sobrevive, empero, el poema consolador y supremo, la eterna lira...

Reinaron primero el mármol y la forma; reinaron los colores y el contorno; reinan ahora los sonidos: la música y la palabra. Se ha humanizado el ideal. El himno de los poetas del mármol, del color, que remontaba hacia el firmamento, les habla ahora a los hombres, abogado energético del sentimiento.

Sueño, sentimiento artístico o contemplación es el placer atento de la armonía, de la simetría, del ritmo, del concierto entre las impresiones y la vibración de la sensibilidad nerviosa. Es la sensación transformada.

La historia del desarrollo humano no es más que una larga disciplina de sensaciones. La obra de arte es la manifestación del sentimiento.

Si las sensaciones se dividen en cinco tipos de sentidos, los sentimientos deben corresponder a cinco tipos, y lo mismo las obras de arte.

De la sensación acústica viene la estesia acústica; sentimiento en los sonidos, en las palabras: elocuencia y música; de la sensación de la vista, la estesia visual, el sentimiento en la forma, en el trazo y en el colorido: escultura, arquitectura y pintura; de la sensación palatal y olfativa nacen los sentimientos del gusto y del aroma: artes menos consideradas por la relativa inferioridad de sus efectos. La sensación del tacto, secundada por todas las de-

más, da lugar al complejo sentimiento del amor, arte de las artes, arte matriz, razón de ser de todos los tipos de estesia.

El primer momento contemplativo de un amoroso produjo el advenimiento de la estética mediante el deleite visual de las líneas de la belleza, mediante la delicia auditiva de una expresión inarticulada, emitida con expresión, mediante la conmoción de un contacto, mediante la embriagadora aspiración del perfume indefinido de la carne. La obra de arte del amor es la prole; su instrumento es el deseo.

Después del arte primitivo y fundamental del tacto, el arte del oído. Su obra de arte es la frase sentida, hábil para producir emoción; su instrumento es el lenguaje.

Este arte se dividiría más tarde en elocuencia propiamente dicha y poesía popular, gracias a su aproximación híbrida con el tercer arte del oído: la música.

Con el progreso humano, el sentimiento artístico de la simetría y de la armonía se distinguió analíticamente del arte de amar. Y, después de aquel arte primordial del que se había desprendido, que descendía directamente del instinto erótico, surgió, bajo la forma salvaje de las interjecciones primitivas, el arte de la elocuencia; y, en seguida, bajo la forma de las expresiones isométricas, surgieron la poesía popular y la primera música; nacieron las artes intencionales, imitativas, de la escultura, la arquitectura y el dibujo. Después de la poesía popular, amorosa o heroica, vino la rapsodia.

Lo que es más: de acuerdo con un naturalísimo trazo de filiación, el sentimiento de la simetría, trasladado a la esfera de las relaciones sociales, sirvió como plano para organizar las religiones, hijas del pavor, y las moralidades, invención de las mayorías de débiles. Con el predominio insensato de las religiones, el amor dejó de ser artístico; se volvió sacramental. Con el predo-

minio de las moralidades, dejó de ser un fenómeno; se convirtió en algo ridículo u obsceno.

Si razonamos en retroceso, si ponderamos que la moralidad es la organización simétrica de la debilidad común; que la religión es la organización simétrica del terror; y que la simetría, es decir, la armonía y la proporción, es la norma artística de las imitaciones plásticas emprendidas por la ingenua admiración de la criatura primitiva; y que esta admiración placentera, testimoniada por un intento de dibujo o de estatua, por un canto popular o por una interjección vehemente, no es más que una modalidad acentuada del esfuerzo de atención; y que la primera atención de los hombres del principio —ahí está la leyenda de Adán— debió ser la de un individuo de un sexo ante otro individuo del sexo opuesto, habremos descubierto el aforismo paradójico de que el arte, subjetivamente, el sentimiento artístico, en sus más elevadas y etéreas manifestaciones, no es sino la evolución secular del instinto de la especie.

En esto consiste su grandeza, y por esto va burlándose, a través de las edades, de las vicisitudes tempestuosas de la lucha por la alimentación, de las propias exasperaciones homicidas del amor.

El arte es primero espontáneo, luego intencional.

Se manifiesta primero groseramente, a través de erupciones de sentimiento, y produce el amor concreto, la interjección, la elocuencia rudimentaria, la poesía primitiva, el primitivo canto. Más tarde, progresivamente, se manifiesta a través de efectos de cálculo y meditación y produce el *epos*, la elocuencia culta, la música evolucionada, el dibujo, la escultura, la arquitectura, la pintura, los sistemas religiosos, los sistemas morales, las ambiciones de síntesis, las metafísicas, hasta llegar a las formas literarias modernas, a la novela, forma actual del poema en el mundo.



Las manifestaciones espontáneas son coevas de todas las sociedades; la poesía popular, por ejemplo, no desaparece; tampoco la elocuencia y mucho menos el amor. Las manifestaciones intencionales, que no son sino formas transformadas, ampliadas y perfeccionadas de la expresión sentimental primitiva, acatan los movimientos y vacilaciones de todo aquello que progresa.

El corazón es el péndulo universal de los ritmos. El movimiento isócrono de este músculo es como el aferidor natural de las vibraciones armónicas, nerviosas, luminosas y sonoras. Los sentimientos y las impresiones del mundo se miden con una misma escala. Hay estados del alma que corresponden al color azul o a las notas graves de la música; hay sonidos brillantes como la luz roja, que armonizan, en el plano del sentimiento, con la más vívida animación.

La representación de los sentimientos se efectúa de acuerdo con esas repercusiones.

El estudio del lenguaje lo demuestra.

La vocal, símbolo gráfico de la interjección primitiva, nacida espontánea e instintivamente del sentimiento, se sujeta a la variedad cromática del timbre, como los sonidos de los instrumentos musicales. Se gradúa en escala ascendente, u, o, a, e, i, con una variedad infinita de sonidos intermedios, que el sentimiento de la elocuencia sugiere a los labios y que no se registran, pero viven su existencia real en las palabras y dan vida a la expresión, sensiblemente enérgica, emancipada del precepto pedagógico, repentina, casi inventada en el acto.

Existe también en el lenguaje el ritmo de cada expresión. Cuando el sentimiento habla, el lenguaje no se fragmenta en vocablos, como en los diccionarios. Es la emisión de un sonido prolongado, que crepita de consonantes, elevándose o descendiendo según el timbre vocal.

Lo que mueve al oyente es una impresión de conjunto. El sentimiento de una frase nos penetra aunque se enuncie en un idioma desconocido.

El timbre de la vocal y el ritmo de la frase dan alma a la elocución. El timbre es el colorido; el ritmo es la línea y el contorno. La ley de la elocuencia domina en la música: color y línea, seriación de notas y velocidades; domina en la escultura, en la arquitectura, en la pintura: una vez más, línea y color.

Como representación primaria del sentimiento, después del hecho del amor, la elocuencia es la más elevada de las artes. De ahí la supremacía de las artes literarias: elocuencia escrita.

La elocuencia fue libre al principio, fiel al ritmo del sentimiento. Bajo la influencia de la música monótona de los más antiguos tiempos, adoptó la cadencia de un metro regular y monótono, como la música. Aprovechada como recurso mnemotécnico, se liberó de la música, guardando, sin embargo, la forma del metro uniforme y de la equivalencia de cantidades, que algún día se convertiría en la metrificación de la sílaba, produciendo más tarde la monstruosidad de la rima, el calambur como prodigio de perfección.

La música evolucionó por su lado.

En el arte actual de la elocuencia, se perfila una fuerte reacción contra el metro clásico; la crítica espera que, dentro algunos años, el metro convencional y hechizo desaparezca de los talleres literarios. El sentimiento se encarna, ahora, en la elocuencia, libre como la desnudez de los gladiadores, y poderoso. El estilo ha derrocado al verso. Las estrofas se miden con los alientos del espíritu, no con el pulgar de la gramática.

Hoy que no hay dioses ni estatuas, que no hay templos ni arquitectura, que no hay *dies irae*<sup>24</sup> ni Miguel Ángel; hoy que la mnemotécnica es inútil, el estilo triunfa; y triunfa con su forma

primitiva, con esa sinceridad vehemente de los buenos tiempos en que el corazón, para bien amar y decirlo, no tenía que crucificar la ternura en las cuatro dificultades de un soneto.

¿Cuál es la misión del arte? Originario de la propensión erótica, más allá del amor, el arte es inútil: inútil como el esplendor ruborizado de los pétalos sobre la fecundidad del ovario. ¿Cuál es la misión de los pétalos ruborizados? ¿De qué nos sirve el color verde de la primavera? Las aves cantan. ¿De qué sirve el canto de las aves? El arte es una consecuencia, no un preparativo. Nace del entusiasmo de la vida, del vigor del sentimiento, y lo registra. Agrada siempre, porque el entusiasmo es contagioso como los incendios. El alma del poeta nos invade. La poesía es la interpretación de nuestros sentimientos. Su finalidad no es agradar.

Y, además, ¿reclamar títulos de utilidad a las divagaciones graciosas de una energía del alma que es, en su primera manifestación, la perpetuidad misma de la especie!

Amén de inútil, el arte es inmoral. La moral es el sistema ar-  
tístico de la armonía transplantado a las relaciones de la colectividad. Arte *sui generis*. El futuro habrá de probar si un régimen social simétrico de justicia y fraternidad es efectivamente posible. En todo caso, es un arte distinto y las artes sólo se combinan en falsos productos convencionales.

Un poema intencionalmente moral es lo mismo que una estatua policroma o una pintura con relieve. No más que una cosa posible: hay también quien hace flores con alas de cucaracha y piernas.

El arte verdadero, el “arte natural”, no conoce la moralidad. Existe para el individuo, sin atender a la existencia de otro indi-

<sup>24</sup> En latín, “día de la ira”.

viduo. Puede ser obsceno desde el punto de vista moral, como Leda. Puede ser cruel: “¡Roma en llamas, qué espectáculo!”

Basta con que sea artístico.

Cruel, obsceno, egoísta, inmoral, indómito, eternamente salvaje, el arte es la superioridad humana: más allá de los preceptos, que se combaten; más allá de las religiones, que pasan; más allá de la ciencia, que se corrige, el arte embriaga como la orgía y como el éxtasis.

Y desdeña los siglos efímeros.

En vista de la tranquilidad del auditorio, se sobreentiende que no estaban presentes los dos héroes de la primera sesión solemne: el doctor Zé Lobo no había venido para no encontrarse con el senador; el senador Rubim no había venido para no encontrarse con el doctor Zé Lobo: dos impulsos equivalentes en sentido contrario se anulan.

En el salón había diversos escuchas distraídos que no perseguían con atención el galope de hipogrifo en que se elevaba la elocuencia del orador.

Bento Alves era uno de ellos; Malheiro, el mejor gimnasta, moreno, nervioso y malencarado, era otro; Barbalho, uno más.

A Bento Alves le preocupaba una injuria. Entre él y Malheiro había una vieja contienda de emulación. Malheiro no le perdonaba la culpa de ser bravo. Sus propios prodigios de fuerza y agilidad, aplaudidos y anunciados enfáticamente por el Ateneo, no bastaban para saciar su vanidad. ¿De qué le servía ser fuerte, si no era capaz de aplicar su esfuerzo para aflojar una sola fibra de la musculatura de Bento? ¡Ah, si pudiera, con la sugestión, deshilar una a una aquellas madejas de alambre, reducir a una débil infantilidad aquella corpulencia odiosa! ¿Por qué no iban los deseos de la envidia a sorber, como vampiros, la sangre de aquella fuerza, la vida de aquel vigor de hierro, gota a gota?

Bento Alves no daba muestras de notar la rivalidad. Malheiro lo evitaba. No podía estar ni un momento cerca de su colega sin sentir impulsos de acometerlo.

La hazaña de la captura efectuada por su rival le había arrancado definitivamente la gloria de único valiente. Malheiro se hundió en una melancolía silenciosa. Su rostro moreno se amorenó más; no llegaba, a la ventana de su mirada, la animación de ningún brillo; ninguna sonrisa abría la puerta de sus labios. Era como un frontispicio de luto.

Se puso a rumiar el proyecto de un enfrentamiento.

Mi buen amigo, exagerado en mostrarse mejor, temiendo siempre importunarme con una expansión más viva, inventaba cada día nuevas sorpresas y regalos. Había llegado al exceso de las flores. Al principio, pétalos de magnolia secos con una fecha y una firma, que yo encontraba entre las hojas de los compendios. Los pétalos comenzaron a aparecer más frescos y más veces; vinieron las flores completas. Un día, al abrir por la mañana mi casillero numerado en el salón de estudio, me topé con la imprudencia de un ramillete. Santa Rosalía nunca había recibido uno así de mi parte. ¿Qué debía hacer una enamorada? Acaricié las flores, muy agradecido, y las escondí antes de que las vieran.

Pero Barbalho espiaba, convertido últimamente en fiscal oculto de mis pasos.

Las circunstancias lo habían acercado a Malheiro; el azafranado bizco pretendía manejar la rivalidad de los dos grandes: un conflicto entre Malheiro y Bento podía significar la vergüenza para mí.

Malheiro, con su grave vozarrón de contrabajo, comenzó a torturarme con epigramas. Quería incomodar a Alves mortificándome, pues pensaba que yo iría a quejarme con él. Yo devoraba las afrentas del grandulón sin hallar el modo de alcanzar

un correcto desagravio. A Barbalho se le ocurrió entrar al quite. Después de incitar a Malheiro contra mí, incitó a Bento contra Malheiro. Lo buscó misteriosamente y le informó:

—Malheiro no se le acerca a Sergio sin preguntarle cuándo es la boda... hay que casarse... Hoy mismo le pidió la invitación. Sergio está desesperado.

El furor de Alves no puede describirse: fue el furor poderoso de los callados. Una onda de apoplejía le ruborizó el rostro. Por único movimiento de indignación, contrajo los dedos, como estrangulando. Buscó a Malheiro y con la voz quizá alterada, pero sin odio, lo intimó: “mañana es la sesión de cierre de cursos: a la mitad de la fiesta salimos los dos: tengo que hablarte de las bodas”.

Malheiro comprendió: ¡era el soñado encuentro!

En cuanto el presidente en funciones del Gremio bajó de la tribuna, los adversarios dejaron sus asientos. Barbalho salió poco después. Yo percibí el movimiento y más o menos adiviné.

Cuando salimos del pabellón, terminada la solemnidad, un criado me entregó un sobre, una carta de Alves, escrita a lápiz. “Estoy preso; antes de que te digan que fue por alguna indignidad, te prevengo: fue por darle una lección a Malheiro”.

Minutos después, Franco, muy satisfecho, les contaba a todos: Malheiro y Alves habían luchado en el jardín; ¡qué pelea la de esos dos brutos! Alves había salido herido con un golpe en el brazo, de navaja, al parecer; Malheiro estaba en el dormitorio. Puestos sobre aviso por Alves, los criados habían ido a buscarlo (había perdido el sentido) al fondo de un bosquecillo en el parque.

—¡Sin sentido! —aseguraba Franco—. ¡Qué agitación! ¡Qué sopapas! ¡Vaya, Malheiro apaleado!<sup>25</sup>

<sup>25</sup> Juego de palabras entre el nombre del personaje, Malheiro, y el adjetivo *malhado*, que significa, por un lado, “fortachón” y, por el otro, “apaleado”.

Se supo que Barbalho había espiado el combate a través de los arbustos. Antes de verlo acabado, corría activo y, concentrando su bizquera en una sola atención de intrigante, había dispuesto las cosas de tal modo que, al volver del jardín, Bento Alves fuera sorprendido por una orden de prisión del director.

No denunciar nunca es un precepto sagrado de lealtad en el colegio. Los contendientes se negaron a dar explicaciones. Bento Alves no permitió que lo examinaran ni que le curaran el brazo; Malheiro, cubierto de paños de sal, fingiéndose muy postrado, ofrecía el silencio más impenetrable a las indagaciones de Aristarco y amenazaba con aplastarle las narices al que incurriera en la necedad de asomar el hocico en lo que no era de su incumbencia.

—¡Ay, el apaleado...! —refunfuñaban los colegas; pero trataban de olvidar el hecho.

Yo, por mi parte, me entregué de corazón a la angustia de las damas de las novelas, que montaban una guardia de suspiros ante la ventana enrejada de la cárcel donde su joven caballero soportaba la detención con el único objetivo de dar un tema a las trovas y a los trovadores medievales.

## ♦ VII ♦

El tedio es la gran enfermedad de la escuela, el tedio corruptor, que puede surgir tanto de la monotonía del trabajo como de la ociosidad.

En torno a nuestra vida estaba el ajardinamiento del parque en floresta, y el manto esmeraldino del campo y el diorama accidentado de las montañas de la Tijuca,<sup>1</sup> con ostentaciones de curvatura torácica y felpudas frentes de coloso; espectáculos por momentos excepcionales que no modificaban la sequedad blanca de los días encajonados dentro de los límites del patio central, caliente, insoportable de luz, al fondo de aquellas altísimas paredes del Ateneo, claras por la cal del tedio, claras, cada vez más claras.

Conforme se acerca el momento de las vacaciones, el aburrimiento es mayor.

Los muchachos, en gran parte dotados de impulsos animosos para la vida práctica, inventaban mil medios para combatir el



<sup>1</sup> El macizo montañoso de la Tijuca, ubicado en la ciudad de Río de Janeiro, incluye elevaciones como la Pedra da Gáeva y el cerro del Corcovado. Su punto más alto se conoce como Pico de la Tijuca.



enfado de la monotonía. La diversión establecía épocas, como las modas, metamorfoseándose deprisa como una serie de ensayos.

¿La *peteca* que, golpeada con estrépito, subía como un cohete, para luego caer dando vueltas sobre su tocado de plumas, ya no era divertida? Se inventaban las pelotas de goma. ¿Los muchachos se hartaban del caucho? Se inventaban las pequeñas canicas. ¿Se acababan las canicas? Venían los juegos de saltos sobre un tejido de líneas trazadas con gis sobre el suelo o marcadas con clavos en la arena: la rayuela y todas sus variantes, primera casa, segunda casa, tercera casa, descanso, infierno, cielo, con la piedrita chata en la punta del pie, transportada en un arriesgado viaje de brinco. Luego tocaba el turno a los juegos de carreras, entre los que figuraba marcadamente el añorado y vigoroso *chicote-queimado*.<sup>2</sup> Los aspectos de la recreación variaban: el patio central se animaba con el revuelo de las plumas, con el chasquido elástico de pelotas que pasaban como obuses, hiriendo el blanco con adiestrada puntería, con el hormigueo multicolor de las canicas por la tierra, con el griterío de todas las voces del placer y del alborozo.

Después estaban los juegos de apuestas, en los que circulaban, a manera de pago, las plumas, las estampillas, los cigarros y el dinero mismo. Las especulaciones se movían como el muy famoso ofidio de los negocios. Había capitalistas y usureros, sagaces y tontos; idiotas que se encargaban de llevar al mercado, con la facilidad de que disponían fuera del colegio, dotaciones enteras, valiosísimas, de Mallats y Guillot's,<sup>3</sup> que los más hábiles limpiaban con la gentileza de figurones de la bolsa, y estampillas inestimables a las que los coleccionistas prácticos restaban

<sup>2</sup> Juego de persecución en el que un jugador intenta alcanzar a los demás golpeándolos con un trapo a manera de látigo.

<sup>3</sup> Marcas de plumines.

valor para obtenerlas con facilidad. Había fumadores ebrios de tabaco ajeno, adquirido fácilmente en el movimiento de la plaza, arrellanados a la turca sobre los cojines de aquella abundancia barata.

Las transacciones estaban prohibidas en el código del Ate-neo. Razón de más para que nos interesaran. De la letra de la ley, incubados bajo la presión del veto, surgieron otros juegos más expresamente característicos: dados que estornudaban como rosetas, naipes en abanico, que se abrían orgullosos de sus bellos triunfos, dejando entrever la panza del rey, la sonrisa gallarda del *jack*, la simbólica oreja de la reina, el paisaje risueño del as; pequeñas ruletas de caballitos de plomo; un aluvión de fichas de cartón, pululantes como los dados y sonrojadas como los patrones del reverso de la baraja.

La moneda principal era la estampilla.

Se daba todo por el matasellos de la posta. No había lección premiada que valiera el más vulgar de aquellos cupones usados. Con base en este precio se permutaban los derechos al pan y a la mantequilla a la hora del almuerzo o del postre, las delicias secretas de la nicotina, el decoro personal mismo.

La enjundia de los coleccionistas, cada uno de los cuales se esmeraba en exhibir el álbum más completo y rico, se transmitía a los demás, simples agentes de especulación, y de éstos pasaba todavía a otros más por la seducción del interés. En todo el colegio, quizá sólo Rabelo y Ribas, el primero fondeado en el puerto de la misantropía senil, que lo distanciaba del mundo tempestuoso, y el otro haciéndola perpetuamente de ángel feo a los pies de Nuestra Señora, escapaban a la manía general de la estampilla, o, más bien, a la necesidad de premunirse de aquel valor corriente para las emergencias.

Era en el comercio de la estampilla donde hervía una agitación de emporio, contratos codiciosos, agiotistas, astutos, frau-

dulentos. Los valores se acumulaban, circulaban, fructificaban; los sindicatos conspiraban; palpitaba el flujo y el reflujo de las alzas y de las depreciaciones. Los inexpertos se arruinaban, y había banqueros juiciosos que despapaban gorduras de prosperidad.

Con la reserva tartamuda de los caudatarios de los millones, se hablaba de fortunas imponderables... Cierta afortunado poseía aquellos inmensos ejemplares de la primera posta de Inglaterra, los dos rarísimos, ¡ambos, el azul y el blanco, de 1840! Tenían una estampa nítida de Mulready:<sup>4</sup> Gran Bretaña con brazos abiertos sobre las colonias, sobre el mundo: a la derecha, América, la propaganda civilizatoria, la conquista de la sabana; a la izquierda, el dominio de las Indias, *coolies*<sup>5</sup> bajo fardos, dorsos de elefantes subyugados; al fondo, hacia el horizonte, barcos, el trineo canadiense que huye tirado por renos en disparada; a lo alto, como las voces aladas de la fama, los mensajeros de la metrópolis.

Joyas de este precio se inmovilizaban en las colecciones, inalienables por naturaleza como ciertos diamantes. No por eso era menos ardiente la mercancía en la masa febril de la circulación limitada, en aquella cantidad infinita de las demás estampillas rectangulares, octogonales, redondas, elipsoidales, alargadas verticalmente, transversalmente, cuadradas, lisas, dentadas, antiquísimas o recientes, inglesas, suecas, de Noruega, danesas con cetro y espada, suntuosas Hannover como retazos de tapicería, cabezas de águila de Lubeck, torres de Hamburgo, águilas blancas de Prusia, águilas en relieve de la moderna Alemania, austriacas, suizas con una cruz blanca, francesas imperiales y

<sup>4</sup> William Mulready (1786–1863). Pintor irlandés, miembro de la Royal Academy, de Londres.

<sup>5</sup> Trabajadores manuales de India y China en el siglo XIX.

republicanas, de toda Europa, de todos los continentes, con estampas de palomos, de navíos, de brazos armados; griegas con la efigie de Mercurio, el único dios que quedó de Homero, sobreviviente del Olimpo después de Pan; estampillas chinas con un dragón desgajando las garras; de Cabo, triangulares; de la república de Orange, con un naranjo y tres cuernos; de Egipto, con la esfinge y las pirámides; de Persia, retratando a Nasser al-Din<sup>6</sup> con un penacho; de Japón, bordadas, llenas de encajes finos, como telas de biombos y abanicos; de Australia, con un cisne; del reino de Hawai, con el rey Kamehameha III; de Terra Nova, con una foca en un campo de nieve; de Estados Unidos, con todos los presidentes; de la República de San Salvador, con una aureola de estrellas sobre un volcán; de Brasil, desde las enormes y mal hechas de 1843;<sup>7</sup> de Perú, con una pareja de llamas; todos los colores, todos los matasellos con que los Estados tasan las correspondencias sentimentales o mercantiles, explotando indistintamente un descuento mínimo en las gigantescas especulaciones y un impuesto de sangre sobre la nostalgia de los emigrados del hambre.

La sala general del estudio, larga, con sus cuatro hileras de pupitres, la pared opuesta de estanterías y la tribuna del inspector, era un microcosmos de actividad subterránea. El estudio era un pretexto y una apariencia; las encuadernaciones empastaban antes la astucia que los volúmenes mismos.

A ciertas horas se reunía allí todo el colegio, desde los elementos de las primeras letras hasta los de los cursos más avanzados. Se agrupaban según sus habilidades: el ABC a la derecha, ante la puerta de entrada; en el extremo izquierdo, los filósofos,

<sup>6</sup> Sha de Persia durante la segunda mitad del siglo XIX.

<sup>7</sup> Alusión a las estampillas brasileñas conocidas como “ojos de buey”, que fueron las primeras que se produjeron en América.

analistas de Barbe, los latinistas hábiles, los admirables estudiantes de alemán y griego. Las tres clases de edades se barajaban: un grandulón podía estar empacado a la derecha, en el pupitre de los analfabetos, al tiempo que un bebé prodigio podía estar a la izquierda, destetándose en la filosofía. El azar de esta colocación podía sentarme entre Barbalho y Sanches, o podía desterrarme a una legua del afecto de Alves. Todo dependía de lo avanzado que estuviera.

Para compensar estas desventajas existían los telégrafos y la correspondencia mano a mano. Los cables telegráficos eran del mejor hilo de Alexandre 80, sutilísimos y fuertes, acomodados bajo la tabla de los pupitres y sostenidos con ganchos de alfileres. En las vacaciones se desmantelaban. Dos amigos que quisieran comunicarse instalaban el aparato: en cada extremo, un alfabeto escrito en una cinta de papel y un puntero amarrado al hilo, legítimo Capanema.<sup>8</sup> Tantas eran las líneas, que los pupitres vistos por debajo presentaban la agradable apariencia de cítaras encordadas; tantas, que el servicio a veces se enmarañaba y la cítara de los recaditos desafinaba como arpa de carcacán.

El genio de la invención habitaba en el Ateneo; había esperanzas de riqueza gracias a algún descubrimiento milagroso deparado por el azar como el fruto de Newton. Recuerdo a un compañero perspicaz que planeaba hacer fortuna con una patente para explotar el oro de los dientes obturados de los cadáveres, ¡una mina! Fue así como se inventó el malhadado telégrafo-martillito. Tantos golpecillos, tal letra; tantos más, tantos menos, tales otras. Los inventores veían en el sistema de signos escritos la desventaja de que no servían por la noche. El elemento

<sup>8</sup> Alusión al barón de Capanema, quien estuvo a cargo de la construcción y difusión de la red telegráfica en Brasil desde 1852 hasta 1889.

básico de esta reforma era una confianza absoluta en la sordera de los inspectores; fundamento arriesgado, como pudimos comprobar después.

Los primeros golpecitos pasaron; sólo los estudiantes más cercanos sonreían con disimulo. Pero el martillito siguió funcionando y se volvió más osado. En el silencio del salón goteaban los golpes, suaves como el picoteo de un pajarillo sobre el piso.

Desde lo alto de su tribuna, Silvino se rascó la oreja y permaneció atento; aquello empezaba a intrigarlo. Silencio... silencio, y los golpecillos de vez en cuando.

Fue terrible. Inesperadamente se precipitó desde lo alto de su asiento como un buitre y, con la delicadeza propia de su oficio, fue a caer justo sobre la mejor parte de un despacho. En seguida vino la devastación. Al examinar el pupitre, descubrió la considerable red de los otros telégrafos. Arrasó con todo. Brutal como la furia, implacable como la guerra —¡Oh, Havas!—,<sup>9</sup> Silvino no nos dejó ni un hilo, ¡ni un solo hilo del ovillo de las correspondencias! De pupitre en pupitre, entre maldiciones, lo arrancó, lo arrebató, lo destruyó todo, el vándalo, como si los cables telegráficos que surcan los cielos no fueran la amplia pauta de los himnos del progreso y nuestra modesta imitación no fuera un homenaje al siglo.

La violencia no hizo sino incrementar el tráfico de papelititos y suspender temporalmente la telegrafía.

De mano en mano, como las epístolas, circulaban los periódicos manuscritos y las novelas prohibidas. Los periódicos difundían por los bancos burlas mordaces sobre los colegas, los profesores y los bedeles; incluso chanzas blasfemas contra Aristarco, una temeridad. Las novelas, enmarañadas de atribulacio-

<sup>9</sup> Agencia de noticias francesa, creada en 1835.

nes febricitantes, atractivas en la descripción, impactantes en el desenlace, algunas de ellas sazonadas con grosera sensualidad, animaban en la imaginación panoramas ficticios de la vida exterior, donde ya no hay compendios: las luchas por el dinero y el amor, la asistencia a los salones, el éxito de la diplomacia entre duquesas, la celebrada bravura de los duelos, el pundonor de la espada al cinto; o, entonces, el drama de las pasiones ásperas, tormentos de un pecho malhadado y sublime sobre un escenario sucio de bodega, entre vómitos de mal vino y palabrotas de barragana sin precio.

Con la proximidad de las vacaciones anuales, todo desaparecía. El aburrimiento imperaba.

La impaciencia ante la expectativa de libertad hacía intolerable la reclusión de los últimos días. Se organizaban los preparativos para la gran exposición de los trabajos de la clase de dibujo; los cursos primarios estaban a punto de entrar en exámenes sobre los contenidos semestrales, con los que el director sondeaba el aprovechamiento. Ninguno de estos esfuerzos podía combatir la inercia expectante de los ánimos.

En el salón de estudio eran pocos los que abrían sus libros. Los muchachos estiraban los codos sobre el pupitre, clavaban la barbilla en el dorso de la mano y se abstraían con la mirada inmóvil, en un idiotismo de espera, como si intentaran sentir el transcurso de las horas en el espacio. Por detrás de la casa, en el patio del director, se escuchaba a Ángela entonar cantilenas españolas, sinuosas de languidez; más lejos, mucho más, con un zumbido indistinto, como un horizonte sonoro, las cigarras trinaban agitando el aire caliente con una vibración de hervor.

En las horas larguísimas del recreo, los muchachos paseaban callados, destruyendo la comunión usual de los juegos como si temieran desperdiciar más alegría en aquel cautiverio, seguros

de que pronto habrían de aprovecharla mejor. Plasmada con carbón en las paredes, trazada en blanco sobre los pizarrones, raspada en la caliza, escrita con lápiz o tinta, se veía por todos los rincones la proclama “¡Vivan las vacaciones!”, que determinaba la ansiedad general como un pedido, una intimación al tiempo para que fuera menos tarde, y oponía, cruel, la resistencia impalpable, invencible de los minutos, de los segundos, a la llegada festiva de la buena fecha.

Bento Alves, después de asegurar que sólo se había sometido por mí a la humillación que había sufrido, andaba deliberadamente arisco.

Yo, solitario, iba y venía como los demás, recorriendo el patio, marcando con bostezos las fases alternadas de impaciencia y resignación, observando un loro que los niños de la calle soltaban hacia la escuela y que planeaba sobre el patio de recreo. Le envidiaba la suerte a ese loro, que cabeceaba alegre, balanceándose como las olas, extendiéndose en el viento, pájaro caprichoso que dominaba, rojo, el amplio triángulo azul que las paredes recortaban en el firmamento; solitario, solitario como yo, cautivo también, pero en lo alto y allá afuera.

El horario se relajaba; algunos maestros faltaban; la inspección era menos ruda. Los alumnos se movían cómodamente por todas partes. Hacían círculos de plática en los dormitorios y machacaban con hastío los más duros temas, murmuraciones trituradas, escabrosidades pulverizadas, malicias molidas, algunas veces ingenuas, si cabe. En aquellos conciliábulos, la acidez parlanchina del cansancio podrido, acumulado durante un año, se caracterizaba según la psicología de cada salón.

Los dormitorios tenían apodos poéticos dictados por la decoración de las paredes: el “salón perla” era el de los niños, custodiado por una vieja esmirriada y mala que había instituido



el pellizco como único precepto disciplinario: ojos mínimos, chispeantes; boca sumida entre la nariz y la barbilla; garganta escarlata; toda una población de verrugas; cabeza de arpía, cubierta de plumón, sobre un cuerpo de bruja. El “salón azul”, el “amarillo”, el “verde” y el “salón bosque”, que tenía ramas de papel, acogían a la innumerable clase de los medianos. El salón de los grandes, independiente del edificio, sobre el salón general de estudio, se conocía con el ameno nombre de “chalet”. El chalet llevaba una misteriosa vida aparte.

La supervisión de los dormitorios era responsabilidad de los diversos inspectores, convenientemente distribuidos.

En esa época, el celo de la policía se atenuaba. La propia arpía del salón perla revoloteaba hacia la juerga, una inocente juerga de noventa años.

La plástica corría libre de sobresaltos.

Unos se recostaban en la cama, otros los rodeaban, agrupados en las camas vecinas, y atacaban los temas.

En el salón de los medianos:

—Doña Ema... Doña Ema... No se murmura en vano... Miren cómo habla Crisóstomo... Tiene motivos, un muchachón... Palabra que los encontré solitos, juntitos, conversando a la distancia de un beso...

—Menos mal que a Crisóstomo no lo despiden... ¡Qué diablos! El griego no vale tanto como para pagarse con besitos de la mujer en abonos... yo creo que ese asunto va a acabar mal e inmundamente, *kakós kai ruparós*,<sup>10</sup> con un escándalo...

—¡Ah! ¡Directores! ¡Empresarios! Fabricantes de ciencia barata y prodigios de mala calidad con los que se burlan de los padres atontados... Lo que quieren es la asiduidad del negocio...

<sup>10</sup> En griego, “mal e inmundamente”.

Que no me vengan con anuncios... La mujer en el aparador... ¡Qué carnada, una carita seductora! Yo por mí, si fuera director, inauguraría un *Kindergarten* para grandes; una linda directora al frente y cuatro adjuntas amables... No habría señorito crecido que no se muriera por la enseñanza intuitiva. ¡Lo que no pagarían por cortar palitos en mi jardín! ¡Y qué servicio al progreso de mi país: estimular, a la Froebel,<sup>11</sup> las inteligencias lerdas y las adolescencias retrasadas...

—Pues yo sería capaz de combatir el establecimiento. Si fuera director, tendría la precaución de ser también ministro del imperio. Revocaría la educación pública y aprobaría a mi gente por decreto, todo de golpe y con distinción.

—¡Cuál! ¡Si yo fuera director, sería un chiflado! ¡No hay nada en este mundo como ser un chiflado! Una linda multitud de niños, ¡qué fiesta! A los niños les gusta la gente, a la gente le gustan los niños y el colegio crece; ¡*crecite*...!<sup>12</sup> Dentro de poco, las inscripciones serían tantas que tendríamos que cambiarnos de casa...

—¡Qué canallas! ¡Qué maledicentes, caramba! Pues yo sólo hablo mal de aquel tipo del Liceo Marcelo, que tiene en la cara la costura cicatrizada del tajo que le hizo un discípulo en cierta aventura con el más pacífico de los utensilios, y a quien, además, vieron en el Casino, donde dejó abierto sobre un diván su carnet de baile, cuidadosamente ilustrado con símbolos... pedagógicos.

La conversación en el “perla” era mucho más cándida, y, sobre todo, nada personal.

Curso improvisado de obstetricia elemental, pura especulación. Todos querían saber; en torno al problema se apretujaban

<sup>11</sup> Friedrich Froebel (1782–1852), educador alemán, impulsor de los jardines de niños.

<sup>12</sup> En latín, “creced”.

veinte pequeños, como aquellas figuras de la lección de Rembrandt. ¿Cuál era el origen de las especies? Eran investigadores. Nadie daba ni un paso. La arpía, que quizá podría explicarlo, estaba ausente. ¡Feliz aquel que pudiera conocer la causa de las cosas! ¿Cómo es el pórtico de la vida? ¿Orden dórico? ¿jónico? ¿corintio? Las imaginaciones, afanosas, hormigueaban ávidamente sobre la cuestión; nadie la penetraba. Se desplegaban las teorías domésticas, angélico-ginecológicas.

En París había una gran empresa exportadora, cuyos agentes, en todo el mundo, eran los parteros; la comisaria central en Río era *madame* Durocher.<sup>13</sup> Las mercancías llegaban empacadas en sus cunas, orinaditas y llorosas. Esta teoría tenía el mérito filosófico de prescindir de las causas finales. Los metafísicos se sentían más inclinados hacia la intervención de lo sobrenatural: con ocasión de la Navidad se realizaba por la noche una distribución general de herederitos a lo largo y ancho de la tierra, lluvia de pimpollos para compensar aquella matanza de inocentes tan perjudicial en tiempos de Herodes. Inútil es decir que los referidos inocentes venían otrora al mundo por la mano de los mismos portadores de las credenciales de la revelación, hoy en desuso.

Y la academiécilla de investigadores conseguía documentos. Algunos sonreían ante la credulidad de otros, exhibiendo como refutación credulidades de diverso quilate; otros, más positivos, aducían observaciones propias, porque los niños observan, ofreciendo a la opinión de los colegas una nota ponderosa; y el sistema se edificaba lentamente, como se edifican los sistemas, aprovechando sólo el elemento franqueado por el apoyo común.

<sup>13</sup> Marie Josephine Mathilde Durocher (1808–1892), nacida en París, fue la más célebre partera de Río de Janeiro en el siglo XIX.

Dos últimas opiniones contribuyeron para desatar a tiempo los embarazos, y la asamblea se dispersó. Un pequeño cearense<sup>14</sup> con el cabello cortado a cepillo, inteligente y silencioso, al que le gustaba responder con una forma especial de voltear los ojos, dueño de una sonrisa desconcertante que sabía armar a propósito, introdujo en el debate, hablando explícito y en voz baja, sin andarse por las ramas, la descripción minuciosa de la *toilette* de las mujeres del sertón, en la provincia, que bajaban al río con un bello y gracioso lienzo que el rayo del sol naciente hacía parecer de hilo más grueso. La otra opinión fue la grosera chacota de un sofista barrigoncito, con frente de novillo, miniatura de arriero, brutal y lascivo, hijo de un ganadero acaudalado del Paraná<sup>15</sup> e instruido en todas las exigencias prácticas de la industria de su padre. Estaba allí escuchando desde el principio, sin decir palabra, esperando la conclusión. Suponiendo que el cearense iba a aclararlo todo, se lanzó hacia adelante, lo interrumpió y concluyó arrojando la placenta, revolcándose torpe entre la muchachada, como una cría de estancia en el lodo fresco.

La vagancia en los dormitorios no se limitaba a las charlas. Depravados por el aburrimiento y la ociosidad, los muchachos inventaban extravagancias de cinismo.

Cerqueira, la Rata, un tipo cómico con una cara toda hecha de hocico, rajada por la boca como las granadas maduras, de manos enormes, como un simulacro de pies, galopaba a cuatro patas por los salones, rebuznando en mangas de camisa, soltando coces con una sincera alegría de mulo. Maurilio, el de las correcciones, no era sólo el campeón de las tablas que ya conocemos; tenía otra habilidad notable y se prestaba con aplauso

<sup>14</sup> Natural del estado del Ceará, en el Nordeste brasileño.

<sup>15</sup> Paraná es un estado del sur de Brasil, colindante con Paraguay y Argentina.

a una experiencia original utilizando fluidos inflamables. Este muchacho escapó de la muerte en uno de los últimos naufragios de nuestra costa; un ex colega le escribió: “Quien siembra tempestades, las cosecha”.

Las provocaciones en el recreo eran frecuentes y nacían del enfado. Todos estaban irritables como heridas; los inspectores se veían obligados a intervenir a cada paso en los conflictos; las impertinencias andaban en pos de las susceptibilidades; las susceptibilidades buscaban la sarna de las impertinencias. Si veían a Franco arrodillado, le jalaban los cabellos. Si veían pasar a Rómulo, le arrojaban su apodo: ¡Cocinero!

Esta provocación era, además, una absoluta falsedad. ¡Cocinero, Rómulo! ¿Sólo porque recordaba la culinaria con aquella carnosidad fofa y acolchada de las empanadas, o porque había engordado con las engañosas grasas de los taberneros, disolución mórbida de sardina en aceite bajo la apariencia de la más abultada salud? Rómulo era, total y simplemente, el confitero de las dulces esperanzas de Aristarco.

Cebado en cuanto a apariencia y aún más ancho en cuanto a fortuna, correspondía bien a lo que se dice un buen partido. Aristarco tenía una hija; salud, fortuna: un yerno ideal, por si fuera poco, bonachón y pacato.

Melica, la altiva y requebrada Amalia, antipática, con proporciones de varilla, fina y larga, morena y airosa, pasaba su tiempo haciéndose la princesa. Dos grandes ojos negros, exageración de los ojos negros de la madre, se extendían por su rostro dándole, de frente, la apariencia exacta de una hermosa *i* con dos gotas. Por estos ojos y por sobre sus hombros, que eran erguidos y mefistofélicos, se derramaban desdenes sobre todo y sobre todos. Poseía y saboreaba la certeza fácil de que el Ateneo en pleno se moría por ella, y vivía en las andas imaginarias de aquella idola-

tría de trescientos. Trescientos corazones, trescientos desdenes. La eminencia del padre sobre aquel mundito despreciable le daba vida a la vanagloria, y a Melica le gustaba visitar el colegio para tener ocasión de ejercitar la altivez culminante, mixta, del sexo y de la jerarquía. En cuanto a Rómulo, ocupaba el primer lugar en su desprecio. Hacía alardes de no prestarle atención. Lo apodaba espléndidamente: el Parvo. Melica era bien hablada y preciosa.

Rómulo filosofaba como Epicuro. Los desdenes no matan. El lado positivo de aquella actitud de noviazgo perenne era... una serie de utilidades: el puesto de vigilante, algunos privilegios de benevolencia y una cena de vez en cuando con el director, esto es, una fiesta al paladar, imaginada en sueños por tantas bocas condenadas a la dieta obligatoria y desabrida de la casa, menú permanente, inviolable como la letra de las constituciones.

Cuando Melica venía al Ateneo, Rómulo era el primero en acercarse; el último en ser visto. Aristarco lo llamaba a veces y lo llevaba de paseo con la niña. Melica, toda donaire y orgullo, seguía de frente y, cuando mucho, permitía que Rómulo fuera atrás de ella cabizbajo y mudo como un hipopótamo domesticado. Dígase, en honor de la verdad, que el gordito esperaba reírse al último del padre y de la hija.

En un establecimiento de estruendosa fama como el Ateneo era imposible dejar de incluir, en el marco de las artes, la música de los batacazos.

Pasaba inadvertido el *harmonium* de Sampaio, religioso y balbuceante. Se estimaba como cosa irrelevante el rabelito de Cunha, lloricón y expresivo en las manos del espigado violinista; mañoso el instrumento como una casa de maternidad, pálido el músico, alargadito y clorótico, dándole aires de gracia al lenguaje de las clavijas por medio de sonidos que imitaban la casi afasia

timorata e infantil de Cunha, desbarrancándose en síncopes y, de vez en vez, de cuando en cuando, extendiendo chillidos histéricos de amor vago, con saltitos *pizzicati* como las punteras de charol de Cunha, amigo del valsar, hábil en el baile como los listones, las plumas y los evaporados tules.

Se apreciaba razonablemente el piano de Alberto Souto, cachetes anchos de maestro en efigie, portento de pianista que había venido a dar al Ateneo después de recorrer Europa en busca de triunfos, redondo, corto y musical como un cilindro de organillo; famoso por la carcajada soez, bagazo exprimido de la vanidad, de la codicia que le había quedado de los triunfos en el palco y las golpizas del aprendizaje; famoso también por la árida estupidez en los estudios, como si la inteligencia se le hubiera escapado por los dedos hacia los teclados en deserción definitiva.

Pero la predilección de Aristarco estaba con la banda, con los batacazos, el griterío vibrante de los cobres, la fusilería de las baquetas, que hacía que la gente saliera a las ventanas cuando

el Ateneo pasaba, alertando la admiración de las esquinas con el estrépito de las cajas, que tronaban al compás de la marcha redoblada como un eco de combates, furor desenfrenado, irresistible, de zambombada en feria.

La banda tenía una sede propia y un profesor bien pagado. Los instrumentistas gozaban de particular favor en el relajamiento de la disciplina. En ocasiones de fiesta, se les mimaba con un brindis de golosinas; se les condecoraba con



distintivos de plata que ni los armoniosos concertistas del orfeón lograban obtener.

La predilección de Aristarco se escalonaba incluso al interior de la banda, dependiendo de la importancia de la sonoridad de los timbres. El grave bombardón, el fígle, la tromba, el trombón y el sax mismo, destinados a la secundaria labor de acompañamiento, retrocediendo como lacayos en la escenificación sonora, hombres de armas servilmente bravos en las embestidas brillantes, o tímidos pajes, recogiendo el abandono de colas que escapaban al lujo regio de las grandes notas del canto, valían aún menos en la estima del director que en las acotaciones de la partitura.

Predilecto era el flautín, florete hecho sonido, tenue, penetrante, perforación de agujas; predilecto era el requinto, especie de flautín rajado, agresivo como la vibración del dardo de las serpientes; el fagot, superlativo del requinto, único aparato capaz de producir artificialmente la gangosidad colérica de las suegras; el claro oboe, laringe metálica de un cantor de epopeyas, heroico y bello; el trombón frenético y vivo, estandarte expuesto sobre el jolgorio, armonizando, centralizando la instrumentación como un regimiento de caballeros. ¡Predilectos porque gritaban más! Predilectos sobre todo el tambor y el bombo tonante, primacía del escándalo, el estruendo de las pieles tensas que la tormenta abraza en los éxtasis del carnaval canalla de sus días y que, en el Ateneo, abrazaba Rómulo, el graso Rómulo, el lustroso, opulento, el queridísimo yerno de las esperanzas queridas.

Fue exactamente por esta seriación de preferencias acústicas como llegó Aristarco a descubrir a su favorito. Y por casualidad.

Durante una fiesta escolar, se exhibía la banda. De pronto, el bombo se distrae y suelta, fuera de tiempo, un magnífico tiro que le iba bien a la composición, ejecutada como una gota de tempranillo sobre una acuarela. La mitad de los escuchas creyó



que aquello era un capricho wagneriano injertado a propósito; la otra mitad no pudo contener la risa.

Aristarco admiraba el bombo en solo, soledad de las salvas en pleno mar, factor grandioso de sonoridad que Zé Pereira<sup>16</sup> multiplica. Pero la risa de los invitados le molestó.

Terminada la fiesta, mandó llamar ante su presencia al artífice del estampido. Se presentó el músico y no sé cómo se entendieron que, en lugar de castigo, Rómulo se retiró del gabinete con los ventajosos fueros de yerno *ad honorem*.<sup>17</sup>

El escandaloso favor suscitó una reacción de envidia.

Rómulo era víctima de la antipatía. Para que nadie se la manifestara excesivamente, se hacía temer por la brutalidad. Ante el más insignificante gracejo de un pequeño, lanzaba contra el infeliz toda la corpulencia de sus infiltraciones de grasa flácida, se desmoronaba en golpes. De los más fuertes se vengaba refunfuñando intrépidamente.

Para exasperarlo, los pequeños se aprovechaban de la oscuridad. Rómulo, en el centro, se mareaba bramando juramentos de muerte, mostrando el puño. Por lo general, intentaba reconocer a alguno de los impertinentes y lo marcaba para la *vendetta*. *Vendetta* inexorable.

En el transcurso enfadoso de las últimas semanas, Rómulo, especialmente, fue elegido como chivo expiatorio de las distracciones. “¡Cocinero!” se veía aclamado por voces fantásticas que brotaban de la tierra; “¡Cocinero!”, por voces del espacio enronquecidas o estridentes. Se sentaba consternado, intentando recordar si había tratado con ollas en algún momento de su vida;

<sup>16</sup> Fiestas carnavalescas caracterizadas por la presencia de zambumbas y tambores, realizadas tanto en Portugal como en Brasil.

<sup>17</sup> Literalmente, “por el honor”, *id est*, honorario.

la unanimidad era impresionante. Con más frecuencia se entregaba a accesos de rabia. Embestía contra los grupos bufando, espumando, con los ojos cerrados y los puños hacia atrás. Los muchachos corrían carcajeándose, abriendo camino y dejando rodar aquella rabiosa ambulancia de elefantiasis.

En uno de esos abucheos estuve presente. Rómulo me marcó. Poco después, nos encontramos en el largo corredor que llevaba a la biblioteca del Gremio. Situación embarazosa. Yo venía, él iba. ¿Detenerse? ¿Retroceder? Lleno de dudas, seguí adelante. Rómulo, de un salto, me cogió por el cuello de la camisa, y lo sacudió hasta el punto de macerarme el pecho.

—A ver, perro (*sic*), dime aquí, si puedes, quién es el Cocinero.

La injuria equilibró mi susto. Todo estaba perdido. Me llené de valor.

—¡Cocinero, Cocinero, grandísimo Cocinero! —le grité en las barbas.

No sé bien qué sucedió. Cuando volví en mí, estaba extendido bajo una escalera. Tres clavos que había en los últimos peldaños se me habían hundido en la cabeza. Ponderando que en el futuro tendría tiempo de sobra para la venganza, me levanté y sacudí de mi ropa el polvo humillante de la derrota.

Finalmente, llegó el día de los exámenes primarios.

Pruebas obligatorias para las transiciones del nivel elemental: de la primera clase a la segunda, de la segunda a la tercera, de la tercera a la enseñanza secundaria.

Se llevaban asientos y mesas al salón del oratorio; vestido el altar con colgaduras, se apoltronaba allí la comisión solemne, en la que, además del director y los profesores, se contaban personajes de la Instrucción Pública.

En la mesa, Aristarco representaba el ponderado voto del tenedor de libros. Cuentas en regla: aprobación con honor, alter-

nada en ocasiones con una distinción simple; retraso de un trimestre, aprobación plena, con riesgo de simplificación; retraso de un semestre, reprobado.

Fuera de esta regla, había en el Ateneo alumnos becados, dóciles criaturas elegidas meticulosamente para jugar el papel de objeto directo de la caridad, tímidos como si los abatiera el peso del beneficio; con todos los deberes y ningún derecho, ni siquiera el de no servir para nada. A cambio, los profesores tenían la obligación de hacerlos brillar, porque la caridad, si no brilla, es caridad perdida.

En las pruebas del tercer año, las distinciones fueron tan numerosas que una de ellas vino a dar a mis manos, sin escándalo, por cierto, pues desde hacía mucho tiempo había yo perdido el miedo y comenzaba a cuadrarme la *aisance*<sup>18</sup> de las demostraciones, como un mal contaminado por el director. Hice una gran figura, atrapé la deliciosa nota y la llevé a mi casa para exhibirla como un animalito raro, mimándole el pelo fino, besándole los morros. Sanches obtuvo honores; Maurilio, honores; Cruz, honores también, gracias a su especialidad en la cartilla, en la que era versado, asombrando a la comisión examinadora con la letanía completa de Nuestra Señora y amenazándonos con enlistar el calendario de memoria, santo por santo, con observaciones adyacentes, más la enumeración de las fiestas movibles y las lunas, como no sería capaz de hacerlo ni el propio Doutor Ayer de las píldoras catárticas.<sup>19</sup> Gualtério, el Payaso, reprobó. Nascimento, el Narizotas, resopló de satisfacción: aprobación

<sup>18</sup> En francés, “facilidad, soltura, desembarazo”.

<sup>19</sup> Referencia al almanaque llamado *Calendario e Folhinha Portuguesa do Doutor Ayer*, publicado desde la década de los sesentas del siglo XIX hasta 1928. Posiblemente en esta publicación se anunciaban las píldoras catárticas, que se

plena. Negrão, Almeidinha y Álvares, distinción. El profesor Manlio protestó sordamente contra la distinción de este último; ¡el bruto de Álvares con distinción! Batista Carlos, el indio de las flechas, ¡reprobado! Se mostró muy sorprendido ante las preguntas de la comisión, como si tuvieran algo que ver con él; Barbalho, reprobado. Barbalho padre llevaba un semestre y medio de retraso, y Barbalho hijo no dejó de salvar las apariencias con una escrupulosa contribución de burradas. El excelente, el venerable Rabelo no se presentó: había abandonado el colegio hacía meses por sus problemas de vista.

En la sala verde, emparedada de pórfido pulido, mientras esperaba con mis colegas que el inspector que leería el resultado de la evaluación apareciera en la puerta, mis ojos fueron a parar en los cuadros de altorrelieve, aquellos de las artes y las industrias, con los risueños niños desnudos, fraternales, tallados en yeso puro e inocencia. Me sentí viejo. ¡Qué largo viaje de desengaños! Habían pasado sólo unos meses desde que había visto, por primera vez, a esos niños ideales vivificados en el estuco por el contagio del entusiasmo ingenuo, ronda feliz del trabajo... Ahora, si interpretara uno por uno a esos pequeños hipócritas que mostraban las nalgas blancas como un reverso igual de candor, si los juzgara uno por uno, todo aquel yeso de sus caritas rechonchas se sonrojaría ante una sanción general y desolladora de azotes. Ya no me engañaban esos pequeños bribones. ¡Eran infantiles, alegres, francos, buenos, inmaculados, nostalgia inefable de los primeros años, de los tiempos de la escuela que no vuelven jamás...! ¡Y todos mentían...! Cada uno de los rostros amables de aquella infancia era la máscara de una fal-

consideraban eficaces en el tratamiento de un amplio espectro de malestares, desde la erisipela hasta la melancolía.

sedad, el anuncio de una traición. Se vestían allí de pureza la malicia corruptora, la ambición grosera, la intriga, la adulación, la cobardía, la envidia, la sensualidad lasciva de las caricaturas eróticas, la desconfianza salvaje de la incapacidad, la emulación deprimida del despecho, de la impotencia; el colegio, barbarie de humanidad incipiente, bajo el fetichismo del maestro, confederación de instintos en evidencia, pasiones, debilidades, vergüenzas que la sociedad exagera y complica en proporción de escala, respetando el tipo embrionario, caracterizando la hora presente, tan desagradable para nosotros, que sólo vemos azul el pasado porque es ilusión y distancia.

Para la exposición de dibujo se retiraron los pupitres de la sala de estudio, y las paredes y los grandes armarios se forraron de



satinete oscuro. Sobre este fondo se clavaron con alfileres las hojas de Carson, manchadas a lápiz con el sombreado de las figuras y de los paisajes. En los marcos con friso de oro se colgaron los trabajos considerados dignos de tal exaltación.

Yo había tenido un pequeño triunfo en el dibujo, y el garabato había evolucionado en mi trazo hasta el punto de merecer encomios. Al principio, el bosquejo simple, lineal, práctica para la mano; después, la atenuación de los tonos que logré pronto, como un matiz de nube; después, los paisajes campestres, follajes trabajados mediante picos yuxtapuestos y casuchas en el pintoresco desmoronamiento de la escuela francesa, como ruinas de madera podrida,

construidas para los artistas. Después de muchos molinos viejos, muchas cabañas de paja, muchos caserones derruidos que exponían sus miserias como mendigos, muchos remates de torres rústicas esbozados en los últimos planos, muchas figuritas vagas de campesinas con pañuelos atados en triángulo sobre la espalda, ancas rotundas, faldas toscas, drapeadas, y zapatotes curvos, pasé al dibujo de las grandes copias: fragmentos de rostro humano, cabezas completas, cabezas de corceles; llegué a la osadía de copiar, con toda la magnificencia de las sedas y con toda la gracia vigorosa del movimiento, ¡una cabra del Tíbet!

Después de la distinción del curso primario, mi más grande orgullo fue esta cabra. Retocada por el profesor, que tenía el buen gusto de hacer en los dibujos todo lo que no hacían sus discípulos, la cabra tibetana, de medio metro de altura, era aproximadamente una obra maestra. Me ufanaba del trabajo. La suerte no quiso que me alegrara durante mucho tiempo. Le negaron a mi bella cabra el marco de los buenos trabajos; por si fuera poco —¡consideren mi desesperación!— precisamente el día de la muestra, por la mañana, me la encontré emborronada con una cruz de tinta, ancha, que la mano benigna de un desconocido había trazado de arriba a abajo. Sin pensar en nada más, arranqué de la pared el desgraciado papel e hice pedazos el esfuerzo de tantos días de perseverancia y cariño.

Cuando los visitantes invadieron la sala, notaron, suspendidos en la línea de los trabajos, dos enigmáticos residuos de papel rasgado. Se asombraban, ignorando que allí había estado, interesante, en el último capítulo, la historia de una cabra y de una cruz, drama de desesperación y expolio miserando de lo que había sido una obra maestra.

Las exposiciones artísticas se realizaban cada dos años, alternadas con las fiestas de los premios. De esta manera se reunía



una cantidad fabulosa de papel garabateado para mayor riqueza de las galerías. El satinete se cubría desde el piso hasta el techo. Había de todo, no sólo dibujos. Algunos cuadros al óleo de Altino, risueñas acuarelas que accidentaban la monotonía grisácea de Fáber, de Conté, de *fusain*.<sup>20</sup> Los futuros ingenieros se entregaban a las agudadas arquitectónicas, a los dibujos de máquinas coloridas.

Entre las cabezas a *crayon* retinto; crines de jinete; felpas de onagro lanoso empinando el embudo de las orejas; cerdosas frentes hirsutas de jabalíes hendiendo presas; perfiles de audacia en golgas de encaje, alas atrevidas de fieltro, plumas revueltas; fisionomías de marinero, salvajes, erizadas, en un soplo de borrasca, barbas incultas, caperuza embotada sobre el semblante, pipa entre los dientes; entre todas estas caras, ocupaba especial espacio una colección notable de retratos del director.

El melindroso asunto había sido inventado por la gentileza de un antiguo maestro. Se preparó el modelo; un alumno lo copió

<sup>20</sup> Fáber y Conté: tipos de carboncillo. *Fusain*: palabra francesa que designa el carboncillo y el dibujo al carbón.

con éxito y, luego, ya no hubo dibujante amable que no entendiera celadamente que debía probarse en aquel respetable lienzo de Verónica.<sup>21</sup> ¡Santo Dios! ¡qué narices le ponían al pobre Aristarco! ¡Se rayaba en la insolencia! ¡Qué ojos de blefaritis!, ¡qué bocas de labios negros!, ¡qué calumnia de bigotes!, ¡qué invención de expresiones tan apocadas para el digno rostro del noble educador!

No obstante, Aristarco se sentía lisonjeado con la intención. Le parecía sentir en el rostro la cosquillita sutil del crayón que iba y venía, jugando en el pliegue del párpado, en las patas de gallo, contorneando la oreja, calcando la comisura de los labios entrevista a través de la franja de hilos blancos, definiendo la severa mandíbula barbada, subiendo por los dobleces oblicuos de la piel hasta la nariz, fustigando la pituitaria, arrancándole un estornudo agradable y desopilante.

Por eso eran respetados los dibujantes de aquel lienzo de Verónica.

Todos los retratos, buenos o malos, se alojaban indistintamente en los marcos honoríficos. Pasada la fiesta, Aristarco tomaba el dibujo del marco y se lo llevaba a casa. Ya tenía resmas de retratos. A veces, en los momentos de *spleen*, ese profundo *spleen* de los grandes hombres, desacomodaba la pila; forraba de retratos las mesas, las sillas y el piso. Y le venía un éxtasis de vanidad. ¡Cuántas generaciones de discípulos le habían pasado por la cara! ¡Cuántas caricias de lisonja a la efigie de un hombre eminente! Cada uno de aquellos papeles era un pedazo de ovación, un trozo de apoteosis.

Y todas aquellas cosas malhechas se animaban y lo miraban brillantemente.

<sup>21</sup> Alusión al lienzo en el que, según la tradición católica, quedó marcado el rostro de Cristo.



—Mira, Aristarco —decían en coro—, mira; aquí estamos. Nosotros somos tú, ¡y te aplaudimos!

Y Aristarco gozaba, como nadie en la tierra, una delicia inaudita: él, el incomparable, único capaz de comprenderse bien y de admirarse bien, de verse aplaudido por una multitud de alteregos, glorificado por un montón de sí mismos. *Primus inter pares*.<sup>22</sup>

Todos, él mismo, todos aclamándolo.

<sup>22</sup> En latín, “primero entre pares”.

## ♦ VIII ♦

Al año siguiente, el Ateneo se me reveló bajo otro aspecto. Lo había conocido interesante, con las seducciones de lo nuevo, con las proyecciones oscuras de la perspectiva, desafiando mi curiosidad y mi recelo; lo había conocido insípido y banal como los misterios resueltos, encalado de tedio; lo conocía ahora intolerable como una cárcel, amurallado de deseos y privaciones.

Desarrollado a la fuerza y habilitado en el torbellino moral del internado, había aprovechado los dos meses de vacaciones para atisbar la animación de la vida exterior. Los salones, la sociedad, los negocios de la plaza pública, que en la infancia son como contactos de nieblas resbalando por la imaginación, que nos despiertan con un estruendo de pesadilla y luego huyen, desaparecen dejándonos de nuevo adormecidos en el olvido de la edad, al tiempo que preferimos, de la *soirée*,<sup>1</sup> los *bons-bocados*;<sup>2</sup> de las *toilettes*,<sup>3</sup> las cintas de colores rútilos, ignorando que quizá haya en la vida algo más azúcar que el azúcar, que el tacto suave puede algunas veces llevarle ventaja al colorido fulgurante; cuando modestamente envidiamos, a las posiciones sociales, el garbo de Faetonte<sup>4</sup> en los carros de la plaza o la bravura rubicunda de unos pantalones de uniforme de gala, sin saber que las ambiciones van más alto y que hay

<sup>1</sup> En francés, “sarao”.

<sup>2</sup> Pastelillos de huevo y almendras.

<sup>3</sup> *Toilette*: aquí, con el sentido de arreglo personal.

<sup>4</sup> Hijo del dios griego Helios y cochero del Sol en una ocasión. Por extensión, cochero.

comendadores. El movimiento del gran mundo no se me presentaba ya como un teatro de sombras. Comencé a penetrar la realidad exterior como había palpado la verdad de la existencia en el colegio. Me desesperaba, entonces, verme doblemente esposado a la contingencia de ser aún irremisiblemente pequeño y colegial. ¡Colegial, casi prisionero!, marcado con un número, esclavo de los lindes de la casa y del despotismo de la administración.

Estaba la escasa compenetración de los paseos. El colegio se uniformaba de blanco como para las fiestas gimnásticas, con los gorros de canutillo, y salíamos de dos en dos, de cuatro en fondo, tambores y clarines al frente.

El año anterior, los paseos habían sido insignificantes: marchas alegres por los suburbios. Las jovencitas salían al alféizar y todos nosotros, anchos de militarismo, emanábamos elegancia pródigamente. Eran mejores las excursiones a la montaña. Subíamos por los Dois Irmãos rumbo al Corcovado, y marchábamos hasta la Caixa-d'Água.<sup>5</sup> Allí nos dispersábamos por la amenísima meseta.

Los paseos se realizaban después de la merienda. Por la nochecita volvíamos, haciendo el balance de las notas de nuestras sensaciones: un deslumbramiento verde de selva, un retazo de incendiado crepúsculo, un rincón de ciudad, a lo lejos, diluido en humo color perla, o la mirada de una dama y la sonrisa de otra, proyectiles inofensivos de noviazgo que, si marchamos en formación, tienen el defecto de la incertidumbre: ¿vienen expresamente hacia nosotros?, ¿van dirigidos al vecino y llegan a nosotros sólo por un rebote azaroso? Los celos eternos de los soldados de retaguardia, tan frecuentes en la Praia Vermelha.<sup>6</sup>

<sup>5</sup> Dois Irmãos, Corcovado y Caixa d'Água: tres montañas de Río de Janeiro.

<sup>6</sup> Playa de Río de Janeiro. Por extensión, famosa institución militar decimonónica situada en esa playa.

Los nuevos paseos fueron más dignos de consideración.

Primero fuimos al Corcovado, asalto al gigante, hoy domado por la vulgaridad de las vías férreas.

A las dos de la mañana tronaron los tambores como en un cuartel bajo asalto. Los muchachos, que apenas si habíamos dormido por la excitación de la víspera, salimos precipitadamente de los dormitorios. Pasadas las tres, estábamos en la sierra.

Aristarco abría la marcha, valiente como un mancebo, animando el desfile como Napoleón en los Alpes.

Paseo nocturno de alegría sin nombre. Los árboles bordeaban el camino con muros de sombra, entretejida aquí y allá de rendijas hacia el cielo límpido. En el camino, tinieblas de túnel y la agitación confusa de la ropa, salpicada al azar por placas de blanda luz de luna: reptil inmenso de ceniza y leche en vagaroso ascenso. ¡Qué sueño de cosquillas experimentaría el coloso, en la modorra de piedra que aún lo postraba, al ser pisoteado por aquella invasión! Subíamos. Por entre las aberturas de la arboleada escudriñábamos abismos; allá al fondo, el alumbrado público formaba hileras como rosarios de oro sobre terciopelo negro.

Cuando llegamos a una buena altura, acampamos para el desayuno. Los criados que nos precedían con la colación improvisaron una barra y nos servían sucesivamente, siguiendo el orden de la formación. Algunos afortunados consiguieron unas gotas de fino oporto, más caliente que el café, que los reforzó con un baño interno de consuelo contra la humedad de la altitud y de la hora, inflamó su valor como un *punch*<sup>7</sup> y avivó su alegría como un brindis de fuego.

El espacio parecía más claro sobre el encaje de las ramas; las últimas estrellas se marchitaban y cerraban entre el follaje, como

<sup>7</sup> En inglés, “golpe”.

jazmines. Aristarco dio órdenes a la banda. El ascenso reinició como una fiesta: un redoble triunfal rasgó el silencio de las montañas espantando a la noche; el bombo de Rómulo atronó robusto, con inmensa admiración de los pájaros, que lo espiaban metiendo el pico en el borde de los nidos, ambicionando quizá, para yerno, a quien así aturdí los ecos con un golpe brutal de alborada.

Al paso que nos elevábamos, se elevaba también el día por los aires. Se hacían apuestas para ver quién se cansaba primero. Nadie se cansaba. Cada progresión de la luz en el espacio era como un nuevo estimulante para el viaje; la dulzura del amanecer suavizaba todo el esfuerzo del ascenso. Cuando la música hacía un alto, escuchábamos, en la mampostería del gran canal, por los respiraderos, las aguas del Carioca<sup>8</sup> siseando lamentos poéticos de náyade emparedada.

Por entre hiatos de paisaje avistábamos la bahía, el océano vastamente desplegado en llamas, extenso cataclismo de lava.

Nos detuvimos en el altiplano del Chapéu de Sol. El director dispuso que, cuando se diera la señal, asaltáramos a la carrera el espigón de granito que se empinaba en la cumbre del monte. La muchachada aclamó la propuesta y, con un alarido bárbaro de contienda, nos arrojamos a la conquista de la altura.

Llegó primero Tónico, un muchachón nervioso de São Fidélis,<sup>9</sup> especialista invicto en la carrera, corredor en la práctica y en los principios, pues cada vez que había examen de la Instrucción Pública huía dos veces al llamado, comprendiendo que la fuga es la expresión verdadera de la fuerza y que la valentía es una invención artificial de los que no pueden correr.

<sup>8</sup> El río Carioca cruza la ciudad de Río de Janeiro, y se entubó durante los siglos XVII y XVIII.

<sup>9</sup> Municipio situado al noreste del estado de Río de Janeiro.

Rómulo cometió la tontería de intentar trepar el espigón: se quedó a medio camino, anhelante, inanimado, caído en tierra y roncando.

Almorzamos a las diez de la mañana, cada cual donde quiso, luego de la distribución frugal de los alimentos. Ahíto de paisaje, nos formamos para el descenso.

Descenso penoso. Habíamos agotado imprudentemente nuestras fuerzas en los juegos. La marcha de regreso fue un calvario. Nos formamos todavía, pero ya no había nadie capaz de conservar la alineación. Los cinturones, flojos, se escapaban de la cintura, las camisas huían de los cinturones; los pies se torcían, mal equilibrados en el calzado; se vencían las rodillas aturdidas de ebrio.

Los niños del frente volvían los ojos dolorosamente hacia el director, sosteniéndose unos a otros por los hombros, caminando en grupos atropellados, como ovejas hacia el matadero. Aristarco, tan jocundo como en el ascenso, animaba a su tropita chasqueando ironías compadecidas.

Quiso recurrir al estímulo de la música. Los músicos, postrados, habían dejado los instrumentos en la carreta de los víveres, que venía lejos. Ni tambores ni clarines; sólo Rómulo, atrás de todos, arrastraba, sorpresivamente, el bombo por el camino, como un cometa.

Para mayor tormento, la luz del sol se derretía como plomo ardiente sobre nosotros, encendiendo reflejos insoportables en la arena del camino, mientras allá abajo reverberaba el día sobre las casas, por los jardines nublados con los vapores del estío, sobre la vegetación de las montañas, donde florecían las tristes flores de la pasión del aleluya.

Volvíamos de un día alegre como soldados vencidos. El orden de la marcha se descompuso poco a poco. Cuando llegamos al río Comprido, íbamos en bandos dispersos, dando arcadas: los de

más amplio aliento, en la vanguardia; luego, en una fila interminable de agotamiento, los más débiles, hasta llegar a aquellos que quedaban tendidos en el suelo, como enfermos, que los inspectores buscaban como a ovejas perdidas.

En el portón del Ateneo, con las manos en la cadera, los dientecitos blancos a la vista, nos esperaba Ángela, fresca y fuerte, y recibía con una salva de carcajadas aquella entrada de derrotados, hombres y jóvenes.

Cuando, pasado algún tiempo, se anunció el gran picnic en el Jardín Botánico, el recuerdo de este descalabro de fatiga ciertamente no fue motivo de objeción. Habíamos almorzado en la montaña; ahora se trataba de ir a cenar al Jardín. ¡Listos!

A mediodía, el Ateneo se apeaba de los tranvías especiales ante la puerta del gran parque. Atravesamos las elevadas arcadas de palmas cantando uno de los himnos del colegio. Junto al lago de la avenida, nos dispersamos.

En el bosque de bambúes, a la izquierda, se habían montado largas mesas para el banquete de las cuatro de la tarde. Gracias a la buena voluntad de los padres, prevenidos oportunamente, las tablas se pandeaban sobre los caballetes bajo el peso de una cantidad “rabelaisiana” de manjares. A un lado, en canastas, sobre el suelo, se apiñaban frutas, y cajas y frascos de confitería.

Hacía uno de esos días caprichosos, posibles todo el año, más frecuentes durante el estío, en que las ráfagas de lluvia se alternan con las más sanas expansiones de sol; uno de esos días deliciosos y traidores, en que parece que el alma femenina se vuelve clima con sus incertidumbres de llanto y risa.

Había llovido una vez cuando partimos y otra vez durante el viaje. En el jardín, por la hierba y bajo las hojas caídas, había mucha humedad; en las alamedas de más sombra podía verse la arena recientemente tachonada por los frutos pequeñitos que el

goteo de la arboleda entierra. Pero eran tan claros los ratos de buen tiempo en el intervalo de los nimbos, que las aprensiones de aguacero no podían entibiar la franqueza de la alegría a la que estábamos dispuestos.

Los muchachos se dispersaron por los prados hacia la montaña, hacia los cañaverales y pomares de entrada restringida. Algunos, aprovisionados de anzuelos, se acuclillaban a la orilla del estanque como batracios, esperando que picara la difícil probabilidad de un pez. Los de espíritu tranquilo buscaban sitios solitarios, llevaban a pasear sus silenciosos devaneos; los sentimentales, con el instinto de los fotógrafos paisajistas, ensayaban, comparaban, aplaudían los mejores puntos de vista o, simplemente, de dos en dos, íntimos, caminaban a lo lejos, enlazados por la cintura, balbuceando diálogos lentos. Los más pequeños corrían, organizando animadísimos juegos, se lanzaban tras las mariposas, recorrían los canales de agua que atravesaban el parque, persiguiendo la fuga de una ramita trépida, inalcanzable en la evasión rápida de la linfa. En los recovecos oscuros del bosque, precisamente allí donde el artista griego pondría un sátiro, era posible sorprender, sobre una camisa, el confiado abandono bucólico de otros compañeros.

De cuando en cuando, una señal del clarín. Se tocaba a reunión y se distribuían golosinas. Muchos no se presentaban.

A las cuatro, la banda de música marcó, con el himno nacional, el gran momento de la fiesta campestre. De todos los puntos del Jardín comenzaron a llegar grupos presurosos con uniformes blancos. Los vigilantes, enérgicos, fiscalizaban la ocupación de los lugares.

A lo largo de la mesa se cerró el cerco amenazador de dentaduras. En el centro, se alineaban las piezas infinitas, frías, sin salsa, y, sin embargo, apetitosas, de un color tostado y un aroma suculento.



Los tenedores se agitaban hostiles, se afilaban los trinchantes en las manos de los despenseros... Obligados a una altivez estoica de filósofos luego de la prueba definitiva del horno, ni los pavos ni los lechones ni los tímidos pollos parecían darse cuenta de la arriesgada situación.

Los pollos, con las piernas hacia atrás, sobre el dorso, y la cabeza escondida bajo el ala, parecían dormir soñando con el calamur de las plumas perdidas; los redondos lechones, acorazados por su hermoso color torrezno, se servían de ojos de aceituna para no ver ya las mentidas seducciones de la existencia, empeñados en enseñar a los hombres cómo se lleva a cabo el suplicio culinario de los palillos con el ácido agravante de los limones en rodajas; los pavos, soberbios hasta el fin y menos filosóficos, prescindían francamente de sus cabezas, orgullosos tan sólo de la amplitud de sus pechugas, colmando la vanidad repleta de sus gaznates con una hipertrofia de *farofa*.<sup>10</sup>

Guareciendo los guisados se perfilaban botellas negras descorchadas, se agolpaban montones de manzanas, peras y naranjas, apoyadas sobre nacionalísimos plátanos como un trazo de nativismo. Los pudines, mermeladas y compotas llenaban los claros del mantel con el apretujado celo de un mediador plástico.<sup>11</sup> No es necesario mencionar las postas de rosbif con que había contribuido Aristarco para dar a entender que la cena era fastuosa.

Cuando los muchachos se sentaron en bancas llevadas especialmente del Ateneo y un gesto del director ordenó el asalto,

<sup>10</sup> Acompañamiento hecho a base de harina de mandioca frita junto con algunos otros ingredientes variables, como tocino, ajo, cebolla, pimienta y perejil.

<sup>11</sup> El “mediador plástico”, que supuestamente media entre el cuerpo físico y el alma de los humanos, fue un concepto esotérico que estuvo de moda a finales del siglo XIX. Su autoría se atribuye al ocultista francés Elphias Levi (1810–1875).

las tablas de las mesas gimieron. Nada pudo la severidad de los vigilantes contra el salvajismo de la buena voluntad. La licencia de la alegría exorbitó en canibalismo.

Aves enteras saltaban de las charolas; los lechones, asidos con las manos, dudaban entre dos reclamos igualmente enérgicos de ambos lados de la mesa. Los criados huyeron. Aristarco pasaba sonriendo ante el espectáculo, como un domador poderoso ya relajado. Las botellas, bocabajo, vertían ríos de embriaguez hacia los vasos, excediéndose en sangrero sobre los manteles. ¡Moderación! ¡moderación!, clamaban los inspectores, hundiendo la boca en terraplenes de *farofa* dignos del señor Revy.<sup>12</sup> Algunos muchachos pronunciaban brindis alzando, en lugar de copas, piernas de cerdo. En el extremo de la última de las mesas, un pequeño se había hecho de un trombón y se dedicaba, muy serio, a llenar el tubo de carne asada. Maurilio descubrió una col rellena y la devoraba a carcajadas, afirmando que era munición para los días de gala. Cerqueira, la Rata, encorvado, replegado sobre el plato, comía como un restaurante; comía, comía, comía como las sarnas, como un cáncer. Sanches, medio beodo, besaba a sus vecinos y caía con los labios en trompa. Ribas, dispéptico, era el único retraído; suspiraba de lejos, como el ángel que era, ante los reprobables excesos de la bacanal.

En medio del ebrioso tumulto, se oyeron unas palmadas. A la cabecera de la mesa principal se presentaban de pie Aristarco y el restiradito y cúprico profesor Venancio. ¡Era la poesía! Venancio de Lemos solía improvisar, más o menos previamente, estrofas análogas en las fiestas campestres...

<sup>12</sup> J. J. Revy fue un técnico inglés contratado por el gobierno imperial en 1884 para construir un embalse en el estado del Ceará, con la intención de mitigar los efectos de las sequías; estuvo en funciones hasta la proclamación de la república, en 1889.

Otros profesores que habían participado en el picnic se daban a la grosera faena de cenar. Él no.

Desde hacía un cuarto de hora caminaba misteriosamente por un seto de bambúes, deshilachándose las barbitas, la guedeja, palpándose la frente, arrancándole inspiración a su cuero cabelludo, pasando y volviendo a pasar nervioso, espiando furtivamente nuestra admiración. Nadie osaba acercarse, todos temían perturbar la elaboración del genio.

Besos adorables de las brisas, que vagáis por el campo; gemebundas fuentes, que en vano deshiláis las lágrimas de vuestras penas; amables zorzales canoros, que vivís de planta en la palmera de la literatura indígena, sin que os galardone una beca de la Secretaría del Imperio, ¡venid conmigo a distribuir el secreto de vuestro encanto! Seductoras tortolitas, ¡un poco de vuestra ternura! Vívidos colibríes, ¡a mí!, que sois como los animados tropos en el frondoso poema de la selva... Y las inspiraciones llegaron. Primero ceremoniosamente, allá a lo alto, describiendo espirales de zopilote sobre la carroña; luego, de golpe, cayeron sobre el estro a picotazos. El estro, entorpecido, despertó. El asno muerto se volvió hipogrifo. El poeta fue registrando las estrofas.

Cuartetas de rima fácil de participios, aporreados por el cincel contundente de las agudas.

Se suspendió en toda la línea el furor gastronómico de los muchachos. Nos pusimos a escuchar, sorprendidos.

Murmuraron las brisas; las fuentes corrieron, tomaron la palabra los zorzales; surgieron las palmeras en chisguete; hubo parvadas de *juritis*,<sup>13</sup> de colibríes; todas esas cosas de que se alimentan los versos comunes y por las que mueren de hambre los versificadores. De pronto, en la mejor de las cuartetas, preci-

<sup>13</sup> Especie de tórtolas.

samente cuando el poeta apostrofaba al día sereno y al Sol, comparando la alegría de los discípulos con el brillo de los prados y la presencia del maestro con el astro supremo —¡mal de las improvisaciones previas!—, se desata de las nubes espesas una carga de agua diluvial, única, sobre el banquete, sobre el poeta, sobre el miserando apóstrofe inocente.

Venancio no se perturbó. Abrió un paraguas para no verse enteramente desmentido por los goterones y siguió desde su garita hablándole con entusiasmo al Sol, a la limpidez del cielo azul.

Para no desprestigiar a su estimable subalterno, Aristarco fingía creer en la improvisación e, indiferente, dejaba caer el diluvio. Las alas del sombrero de paja se le marchitaban alrede-



dor de la cabeza, su levita blanca se desalmidonaba en pliegues verticales que escurrían.

Para los muchachos, la lluvia fue una nueva señal de desorden. El poeta se quedó con su arrebatadora inspiración de buen tiempo; reiniciamos la embestida a los platos.

La bóveda de follaje que nos cubría, en vez de atenuar la violencia de las aguas, coadyuvaba a hacer más gruesas las gotas. Poco importaba. La filosofía impermeable del director también nos servía de capa. ¡Que lloviera! Era la salsa que les faltaba a los manjares. Las frutas lavadas lucían con un barniz de frescura que ni siquiera el otoño posee. El vino se extendía por el mantel ensopado en una solemne generalización de púrpura. El baño oportuno del banquete venía a sazonar la excesiva aridez de las harinas del relleno.

—Acabamos por la sopa —descubrió Nearco, el penetrante—, ¡por donde principia el vulgo!

¡Nada de acabar! Nadie había acabado. Pasaba que, con los fondillos mojados, ya nadie quiso sentarse. Giró el atropello en torno a las mesas; los bancos fueron rechazados a puntapiés. El postre se repartía sin equidad; quien no se abalanzaba a tiempo lo perdía. Dos inspectores, João Numa y el Consejero, con el pretexto de dirimir un pleito, se hicieron de una caja de dulce de durazno y desaparecieron.

La lluvia disculpaba la bebida. Era inverosímil la profusión de brindis. Brindis a Aristarco, brindis a los compañeros, a Silvino, al poeta, al Sol, a los temporales, al trueno escandinavo; enemigos acérrimos, en los transportes de placer, se reconciliaron: Barbalho me saludó fogosamente. Rómulo, ya mareado, lejos de las mesas, brindaba en honor del despensero que le había conseguido una botella; luego brindó en honor de su prometida; el criado, que bebía también, le entrechocó la copa.

Como ya oscurecía, el director ordenó que el clarín llamara a filas.

Debajo del aguacero, que no cesaba, el colegio se alineó como pudo. Muchos, pretextando una salud delicada, lograron que se les exonerara de esta importuna disciplina de equilibrio; fueron directamente hacia el portón abrigado del Jardín... Atrás fuimos los otros, en marcha regular, escurriendo de tan mojados. La cinta roja de los gorros se nos despintaba por el rostro en hilos de sangre.

Cuando llegamos al portón nos esperaban ya los tranvías especiales. Del otro lado de la calle, en la entrada del famoso restaurante, apareció la familia de Aristarco con algunos profesores que habían cenado allí. Doña Ema del brazo de Crisóstomo, Melica altivamente sola y distanciada.

En el colegio se nos ordenó subir a descansar a los dormitorios. Loable medida de prudencia, después de los excesos y la tempestad sufrida. El descanso no fue sino una prolongación de la francachela del paseo. Para poner fin al desorden, se tocó a estudio... Bajamos al salón general. Aristarco, reasumiendo la dureza olímpica de su seriedad habitual, apareció y preguntó ásperamente si pretendíamos que la vida fuera, a partir de entonces, un picnic perpetuo en la desmoralización. Tácitamente lo negamos y la tranquilidad normal volvió a su curso.

No sabíamos que, a esas horas, el secreto de la alta justicia preparaba una trama de intrigas que arruinaría en terrores el recuerdo del gran paseo.

A la hora de la cena, por la misma puerta en que se leía la gacetilla de las clases, sombrío como nunca, vagaroso como los compases de un réquiem, tétrico como el Juicio Final, entró el director.

Pausa preliminar, temblor de sensación por el refectorio:

—Tengo el alma triste —comenzó, cavernosamente. Un cinturón de truenos en el horizonte, residuo de la tormenta de la tarde,

hacía fondo a estas palabras como un coro esquilino—. Tengo el alma triste. ¡Señores! ¡La inmoralidad ha entrado en esta casa! Yo me negué a dar crédito, me rendí ante la evidencia...

Con todo el vigor tenebroso de los cuadros trágicos, nos refirió una aventura traviesa. Una carta cómica y un encuentro programado en el Jardín.

—¡Ah! Pero nada se me escapa... tengo cien ojos. ¡Engañenme, si pueden! Hay en mi poder un papel, ¡el monstruoso cuerpo del delito, firmado con un nombre de mujer! ¡Hay mujeres en el Ateneo, señores míos!

Era una carta en la que Cándido firmaba como Cándida.

—Esta mujer, esta cortesana, nos habla de la seguridad del lugar, de la tranquilidad del bosque, de la soledad en pareja... ¡un poema desvergonzado! Lo que he de hacer es muy grave. ¡Mañana será el día de la justicia! Me presento ahora tan sólo para decirles: ¡seré inexorable, tremendo! Y les prevengo: todo aquel que directa o indirectamente se encuentre inmiscuido en esta miseria... tengo la lista de los implicados... y quien niegue su auxilio espontáneo al procedimiento de la justicia será considerado cómplice y, como tal, ¡castigado!

Esta invitación era un verdadero peinado policiaco. Removiendo el cajón de la conciencia y la memoria, puede afirmarse que no había nadie que no estuviera inmiscuido en la comedia colegial de los sexos al menos por la remota intriga del “oír decir”. Oír decir y no denunciar inmediatamente era un crimen de los grandes en la jurisprudencia habitual. La investigación prometida causaba una alarma general. ¿Cómo prever las complicaciones del proceso? ¿Cómo adivinar el temible secreto de la lista?

Aristarco se ufanaba de su perspicacia de inquisidor. Bajo la granizada de preguntas, amenazas y promesas, el interrogado se perturbaba, se comprometía, se entregaba y traicionaba a los de-

más. En los procesos del gabinete, los hechos florecían en corimbo, fructificaban en racimo; la investigación de una culpa descubriría tres, sin contar las ramificaciones de la complicidad de oídas.

Cuando se retiró, el director dejó en la sala una estupefacción de pavor. Yo, sobre todo, tenía fuertes motivos de sobresalto. La guerra latente que ya me vinculaba con el director como las conjunciones disyuntivas se había exacerbado por un episodio gravísimo, un rompimiento decisivo.

Rumbo a la biblioteca, en el mismo punto donde se había verificado mi infortunado encuentro con el enorme Rómulo, me encontré inesperadamente con Bento Alves.

Las simpatías de mi excelente compañero no habían disminuido. Durante las vacaciones me había ido a ver a casa, entablando relaciones con mi familia. Le pidieron insistentemente a mi amigo que me valiera en las dificultades de la vida colegial contra el constante peligro de la camaradería perniciosa. Durante el mes de enero no nos vimos. Cuando iniciaron los cursos sentí en él un calor nuevo de amistad, sin efusiones como antes, pero evidentemente confirmado por los temblores de su mano al estrechar la mía, embarazos en la voz de cortejador equivocado, bisoñas desviaciones de la mirada que denunciaban la vacilación de movimientos secretos e impetuosos. A veces, incluso, se le acentuaba en los rasgos un alarmante reflejo de locura.

A mí me interesaba aquel desasosiego comprimido. Extraña cosa la amistad, que, en vez de la cercanía franca de los amigos, podía producir esa incertidumbre del malestar, una situación prolongada de vejación, como si la convivencia fuera un sacrificio y el sacrificio una necesidad.

Durante los primeros días del año, cuando aún eran pocos los alumnos que habían llegado, pasábamos horas enteras haciéndonos compañía. Me había traído libros de regalo, con una



dedicatoria a colores de hermosa caligrafía, inscrita en rosas de cromo entrelazadas. Recuerdo también un dulcísimo cofre dorado de pastillas y otras ridiculeces de amabilidad, que me ofrecía abatido de vergüenza por la insignificancia del obsequio. Confusamente me sobrevinía el recuerdo de mi papelito de novia de mentiras y llevaba la seriedad escénica hasta el punto de galantearlo preocupándome por el nudo de su corbata o por el mechón de pelo que le cosquilleaba en los ojos. Le susurraba al oído secretos incomprensibles para verlo reír, desesperado por no entender. Una de sus hermanas se había casado en Río Grande. Bento Alves me mostró el retrato del esposo, un par de bigotes negros decaídos, con la novia, un rostro oval correcto y puro, y el torbellino nebuloso de los velos. Me dio un botón de flor de azahar que le habían enviado.

Así andaban las cosas, sosegadas, cuando ocurrió el más asombroso de los cambios.

Le noté no sé qué rayos de expresión en el semblante, de ordinario tan bueno. Desvarió absoluto. En cuanto me reconoció, se abalanzó sobre mí como lo había hecho Rómulo, con igual brutalidad. Rodamos hasta el fondo oscuro del vano de la escalera. Derribado, contundido, apaleado, no descuidé la defensa. Entreví en la penumbra del nicho un gran zapato enmohecido. Luchando entre el polvo, bajo la rodilla aplastante de mi agresor, le acometí la cabeza, la cara y la boca con formidables golpes de tación, robusteciendo la energía de la suela herrada con la omnipotencia de los extremos. Bento Alves me dejó bruscamente.

Habíamos luchado en silencio, sin que se oyera nada más que nuestros encontronazos por la duela. En el corredor, sin embargo, vimos llegar a Aristarco como para prestar auxilio. Bento Alves pasó; lo inmovilizó con la mirada sin vista, enloquecida, temible, de quien acaba de perpetrar un homicidio, y desapare-

ció tambaleante, manchado de polvo, con los labios hinchados y el cabello en desorden.

Aristarco se arrojó contra mí. ¡Que explicara la pelea! Yo, como mi adversario, estaba empolvado y sucio como si hubiera rodado sobre escupitajos.

Le respondí con violencia.

—¡Insolente! —rugió el director.

Me agarró la camisa con una mano, hasta el punto de hacer estallar los botones; con la otra mano me tomó de la nuca y me levantó en vilo, zarandeándome.

—¡Desgraciado, desgraciado! ¡Te voy a retorcer el pescuezo! ¡Mequetrefe imprudente! Confiésalo todo o te mato.

En vez de confesar, lo pesqué por el vigoroso bigote. Me hería aún la excitación del primer combate; era incapaz de ver las conveniencias del respeto. Pataleé, me retorcí en el espacio como un escorpión pisoteado. El director me arrojó al suelo. Y, modificando su tono, dijo:

—¡Sergio! ¡Te atreviste a tocarme!

—¡Usted me tocó primero! —repliqué con fuerza.

—¡Niño! ¡Lastimaste a un viejo!

Pude ver que en el piso había hilos blancos de su bigote.

—Y usted me injurió vilmente —dije.

—¡Ah, hijo mío! Herir a un maestro es como herir a nuestro propio padre, y los parricidas serán malditos.

El tono conmovido de este inesperado desenlace me impresionó en lo más íntimo del alma. Estaba vencido. Permanecí por un minuto horrorizado ante mí mismo. Cuando desperté del atolondramiento, estaba solo en el pasillo. La salida dramática del director no hizo sino avivar mi remordimiento. Se siguió una reacción de esfuerzo moral y rompí nerviosamente en llanto: lloré mucho, amparándome en el pretil de una ventana.

Daba por sentado un castigo excepcional, una conminación cualquiera del célebre código del arbitrio en un artículo cuyo grado mínimo sería la expulsión solemne.

Espereé un día, dos días, tres: el castigo no vino. Me enteré de que Bento Alves se había despedido del Ateneo la misma tarde de su extraordinario desvarío. Durante algún tiempo creí que mi impunidad era un caso especial en el famoso sistema de castigos morales, y que Aristarco había delegado al buitre de mi conciencia la responsabilidad de su justicia y desafrenta. Hoy pienso otra cosa: no valía la pena perder de golpe a dos contribuyentes puntuales por la simple futilidad de un hecho... desagradable, sin duda, pero sin testigos.

El caso murió en el secreto de la discreción, y el director y yo nos hallábamos dentro de un pacto bilateral de reserva, como si no pasara nada. El resentimiento, sin embargo, debía ser hondo, y la tormentosa perspectiva del proceso inquisitorial pendía sobre mí como el momento inminente de la venganza. No pude dormir tranquilo.

A la hora del desayuno, Aristarco, como había prometido, se mostró en toda la grandeza fúnebre de los ajusticiadores. De negro. Calculando magníficamente sus pasos según los del director, lo seguían en guardia de honor muchos profesores. En la puerta del frente, más maestros de pie e incluso los bedeles y la muchedumbre figona de los criados.

Tan grande era el mutis que se distinguía nítido el tictac del reloj en la sala de espera, palpitando los ansiados segundos.

Aristarco sopló dos veces a través del bigote, inundando el espacio con un hálito todopoderoso.

Y, sin exordio:

—¡Levántese, señor Cándido Lima! Les presento, señores míos, a la señora doña Cándida —añadió con una ironía desanimada—. ¡Al centro de la sala! ¡Y agáchese ante sus compañeros!

Cándido era un niño grande, de labios gruesos, rubio, de ojos verdes y modos difíciles: de indolencia y enfado. Atravesó despacio la sala, inclinando la cabeza y cubriéndose el rostro con la manga, castigado por la curiosidad pública.

—¡Levántese, señor Emilio Tourinho...! ¡Éste es el cómplice, mis señores!

Tourinho era un poco mayor de edad que el otro, pero más bajo; sotaco, moreno, con la nariz dilatada y unas cejas crespas que formaban un solo arco sobre la frente.

No estaba, en lo absoluto, conformado para galán; pero era, en efecto, el amante.

—Venga a arrodillarse con su compañero. Ahora, los cómplices...

Desde las cinco de la mañana trabajaba Aristarco en el proceso. El interrogatorio, con el apéndice de las delaciones de la policía secreta y de los timoratos, sólo había comprometido a diez alumnos.

Conforme el director los llamaba, fueron dejando sus lugares y postrándose de rodillas junto a los acusados principales.

—¡Éstos son los acólitos de la vergüenza, los co-reos del silencio!

Cándido y Tourinho, con el brazo doblado contra los ojos, se atisbaban a escondidas, confortándose en la identidad de la desgracia como Francesca y Paolo en el infierno.<sup>14</sup>

Con los doce muchachos postrados ante Aristarco, en el pasillo alargado que había entre las cabeceras de las mesas, aque-



<sup>14</sup> Francesca da Polenta y Paolo de Rimini eran cuñados y amantes. Murieron asesinados por el esposo de Francesca (hermano de Paolo) y aparecen en el canto v del Infierno en la *Comedia*, de Dante.

llo parecía un ritual desconocido de esponsales en espera de la bendición para la pareja, que estaba al frente.

En vez de bendición, llovía la cólera.

—¡...Se olvidan de sus padres y sus hermanos, del futuro que los espera y de la ineluctable vigilancia de Dios...! En sus rostros repelentes no quedó adherido el beso santo de sus madres... se les cayó la vergüenza como un esmalte postizo... Deformada la fisionomía, abatida la dignidad, todavía agravian a la naturaleza; olvidan las leyes sagradas del respeto a la individualidad humana... Y encuentran colegas asaz perversos que los favorecen callando la reprobación, y evitando encauzar la venganza de la moralidad y la obra restauradora de la justicia...

No puedo atizar toda la retórica de llamaradas que corrió entonces sobre Pentápolis.<sup>15</sup> Dejo aquí una muestra del azufre.

Pero esto era sólo el principio. Conducidos por los inspectores, los doce muchachos salieron como una leva de convictos hacia el gabinete del director, donde debían ser literalmente azotados según lo ordenaba la justicia del reglamento.

Consta que hubo, en efecto, porrazos enérgicos. Los condenados lo negaron después. En todo caso, el simple “consta” producía grandes efectos, engrandecido por la refracción nebulosa del rumor.

Cuando terminaron de llamar a los inculcados, la sala entera respiró de alivio. En el recreo, los muchachos se dispersaron con gritos festivos.

<sup>15</sup> Pentápolis, del griego *penta* (cinco) y *polis* (ciudad), es el nombre que se da a la agrupación de cinco ciudades. El autor se refiere a la Pentápolis bíblica, ubicada al sur de Canaán, compuesta por las ciudades de Sodoma, Gomorra, Adama, Seboim y Segor. Según el *Génesis*, las cuatro primeras fueron destruidas por castigo divino.

Franco, sobre todo, mostraba una alegría nunca antes vista. Casualmente libre, porque no se habían leído las notas, hacía de aquella circunstancia un escarnio contra Silvino:

—Y yo soy el malo —repetía andándole en torno—, ¡yo soy el sinvergüenza, la peste del colegio...! ¡El único malo soy yo...!

Silvino fue perdiendo la paciencia gradualmente. Al fin se lanzó desesperado sobre Franco, lo echó a tierra y la emprendió a patadas. Algunos muchachos protestaron a gritos. Silvino los amenazó. Excitados por la exaltación sediciosa del paseo de la víspera, que por momentos había dominado el terror del proceso, los muchachos se reunieron en masa contra Silvino. El inspector salvó su fuerza moral refugiándose a lo alto de la escalera y haciendo desde allá arriba gestos enérgicos con la libreta y el lápiz.

Por la tardecita llamaron a castigo a los cabecillas del motín en nombre del director.

Yo estaba entre ellos. Nos alinearon a los veintitantos en el corredor que partía del refectorio. En calidad de presos políticos, víctimas de generosa insurrección, la penitencia no nos vejaba. Unos conversaban bromeando, otros se sentaban en el piso. Junto a mí había un armario de aparatos escolares, con el vidrio revestido por una malla protectora de metal. A través del alambre, con la última luz vespertina, veía allá dentro los queridos planetas de brillo vago, como la noche aún encarcelada.

Detrás del armario había una puerta. Aristarco y el tenedor de libros conversaban del otro lado, en la sala de visitas. Algunas palabras perdidas llegaban a mis oídos.

—De buena familia... dos, ¡un descrédito...! Van a pensar... Expulsar no es corregir... Eso es lo de menos; ¿no hay becados...? Sí, sí. En cuanto a mí... desagradable siempre tachar... borra lo escrito.... En suma... juventud...”

Acababan de encender el alumbrado del Ateneo.

Decididamente era un día nefasto. Desde el corredor escuchamos gran bullicio en el patio. Recomenzaban los abucheos. Protegidos por la noche, los muchachos se mostraban más fogosos. Era un tumulto indescriptible, vocerío de populacho en revuelta, silbidos, baladros, injurias en que los gritos estridentes de los pequeños se destacaban como aristas en la masa confusa de clamores.

Los inspectores llegaron aterrados a buscar al director, con la cara salpicada de verrugas rojas. Adiviné. ¡Era la revolución del guayabate! Un antiguo reclamo.

La comida del Ateneo no era pésima.

Lo razonable para algunas centenas de bobitos. Tenía incluso el condimento imprescindible de las moscas, un agasajo. Pero la insistente impertinencia de ciertos platillos aburría. Una epidemia, por ejemplo, de hígados guisados ¡todo el año! Últimamente, desde hacía tres meses, el aguado guayabate de plátanos, obra ahorradora del dispensero.

Aristarco palideció de desaire. Él era el blanco directo de aquella desafortunada insurrección. Y precisamente el mismo día en que había hecho un espectáculo de tremebunda justicia. No quiso, sin embargo, arriesgar su prestigio. Lo vimos en el corredor, inseguro, exangüe, ordenando a los bedeles que volvieran a calmar los ánimos.

Por si fuera poco, lo torturaba el ser o no ser de las expulsiones. Expulsar... expulsar... irse a la quiebra, quizá. El código escrito en letras góticas dentro del marco negro estaba allí, imperioso y formal como la ley, prescribiendo también la expulsión de los jefes de la revuelta... Moralidad, disciplina, todo al mismo tiempo... ¡Era demasiado! ¡Demasiado...! La justicia se le metía por los bolsillos como un desastre. Lo mejor que podía hacer era asestarle un porrazo al vidrio maldito, romper y dispersar

en el viento ese texto de bazofias, ¡aquella porquería gótica de justicia!

Cuando le informaron cuál era el motivo de los tumultos, le quitaron un peso del corazón. ¡Ah! Tenían un motivo... Pero aquello era adulteración del despensero... Poco sería si le tiraran piedras... Pero él no tenía culpa... ¡El guayabate de plátano era una industria secreta!



La campana, llamando a cenar, pacificó los ánimos. Trascendió que Aristarco se rendía ante la revuelta e iba a dialogar.

Por la misma puerta por la que había aparecido formidable en la mañana, surgió ante nosotros transformado, manso, terso como la cordura y la lealtad mismas; con toda la altivez, sin embargo, que comportaba la sumisión.

—Pero ¿por qué, amigos míos, no organizaron una comitiva? ¡La comitiva es el motín reducido a la expresión pacífica y papeliforme! ¿Para qué establecer delegaciones mediante tumultos? Todos tienen razón. Los perdono a todos... Pero yo soy tan víctima del engaño como ustedes, señores... Hasta hoy estaba convencido de que el guayabate era de guayaba... El presupuesto que se le destina es para comprar el legítimo guayabate de



Campos... ¡En esta casa no hay miserias...! Cuando alguna cosa falte, reclamen, ¡que aquí estoy yo, su maestro, su padre, para tomar medidas...! Aquí tienen las latas.... ¡Y más latas...! Lean el rótulo... Cómo podría yo saber...

Mientras el director hablaba, un dispensero iba amontonando a su alrededor todas las latas vacías que había encontrado en la despensa. Grandes cajas redondas de latón, reflectantes como lunas, con el letrero en torno. Aristarco se contemplaba en los luminosos documentos de su entereza.

—¡Legítimo *casão*!<sup>16</sup> ¡Legítimo *casão*, señores míos! —aseguraba, tamborileando con los nudillos sobre una de las tapas.

Las pilas se derrumbaban fragorosamente por el piso, pero el montón subía, en desorden, centelleando con los reflejos engurruñados de las lámparas de gas. Aristarco crecía sobre las latas, como el principio de autoridad a salvo. La justificación era completa. Unas palabras más, aceitadas con ternura, bastaron para que todo resentimiento cediera y saludáramos al director, grande allí, como siempre, sobre los resplandores flamígeros de la hojalata.

<sup>16</sup> Tipo de guayabate en cuya preparación se incluye la cáscara de la guayaba. Muy popular en Brasil.

## ♦ IX ♦

La amnistía concedida a los revolucionarios benefició por extensión a los execrandos reos de la moralidad. Una vez floja la fibra de los rigores, Aristarco despidió a los del gabinete condenándolos a algunas decenas de páginas de escritura y a la reclusión en un aula durante tres días. Se desprestigiaba la ley; se salvaban, sin embargo, muchas cosas, entre ellas, el crédito del establecimiento, que nada lucraría con el escándalo de un gran número de expulsiones. En cuanto a encerrar a los culpables en la tenebrosa celda de castigo, imposible: allí estaba Franco, por exigencia expresa de Silvino, como causante inicial de las incalificables perturbaciones del orden en el Ateneo.

Esta resolución me satisfizo en grado sumo. En verdad hubiera sido para mí una lástima perder, inmediatamente después de Bento Alves, tan torpemente rematado en la historia sentimental de mis relaciones, a mi amigo Egbert.

Lo había adquirido al pasar al segundo año, donde me encontré con otros alumnos de cursos superiores. Vecinos de pupitre, nos comprendimos, mutuamente simpáticos, como si un propósito secreto de la necesidad hubiera determinado el azar de la colocación.

Por primera vez conocí la amistad. La insignificancia cotidiana de la vida escolar, que nos hastía, favorece el desarrollo de inclinaciones más serias que las de la simple conveniencia aññada. El hastío es obra de la ociosidad, y de la madre proverbial de los vicios nace también el vicio de sentir.

La convivencia con Sanches había sido sólo como el perfeccionamiento aglutinante de un sinapismo, intolerable y adherido, una especie de esclavitud perezosa de la inexperiencia y del temor; la amistad con Bento Alves había sido verdadera, pero por mi parte sólo había gratitud, culto a la fuerza, comodidad en la sujeción voluntaria y la vanidad femenina de dominar a través de la debilidad; todos los elementos de un tipo pasivo de afecto en que el dispendio de energía es nulo y el sentimiento vive de descanso y sueño. De Egbert fui amigo. Sin más razones, porque la simpatía no se argumenta. Trabajábamos en equipo algunos temas; intercambiábamos significados, nadie quedaba en deuda. Y, sin embargo, yo experimentaba la deleitosa necesidad de la dedicación. Me sentía fuerte para querer bien y demostrarlo. Me quemaba el ardor inexplicable del desinterés. Egbert me inspiraba ternuras de hermano mayor.

Tenía el rostro irregular; me parecía hermoso. De origen inglés, tenía el cabello castaño, entremezclado de rubio, una alteración exótica en la pronunciación, ojos azules con estrías grisáceas, oblicuos; párpados negligentes, casi cerrados, que en ciertos puntos de la plática, sin embargo, se rasgaban en un dibujo amplio y gracioso.

Éramos vecinos en el dormitorio. Yo, acostado, esperaba a que se durmiera para verlo dormir y despertaba más temprano para verlo despertar. Todas nuestras pertenencias eran comunes. Lo adoraba positivamente y lo creía perfecto. Era elegante, diestro, trabajador y generoso. Lo admiraba por completo, desde su corazón hasta el color de su piel y la corrección de sus formas. Nadaba como los atunes. El agua azul huía frente a él formando ondas, o subía por sus hombros bañando con un lustre de marfil pulido la blancura de su cuerpo. Pronunciaba las lecciones con calma, a veces dificultosamente, entorpecido por

aspiraciones ansiosas de asfixia. Yo lo apreciaba más en aquellos accesos enfermizos de angustia. Soñaba que había muerto, que había dejado bruscamente el Ateneo; el sueño me despertaba temeroso y, entonces, con alivio, lo veía tranquilo en la cama de al lado con una mano debajo del rostro, acompasando la respiración sibilante. En el recreo éramos inseparables, complementarios como dos condiciones recíprocas de la existencia. Yo lamentaba que no viniera algún suceso terrible a amenazar a mi amigo para poner en acción el valor del sacrificio, correr peligro por él, perderme por una persona de quien no deseaba absolutamente nada. Me venían reminiscencias de los ejemplos históricos de amistad; la comparación funcionaba bien.

Por la tarde paseábamos juntos en el campo de los ejercicios. Dábamos vueltas infinitas, hablando por hablar, con frases sueltas, descansos de mariposa sobre

las dulzuras de un bienestar mutuo, inexpresable. Hablábamos en voz baja, bondadosamente, como si temiéramos espantar con una entonación más áspera, más alta, el favor del genio benigno que extendía sobre nosotros



la amplitud invisible de sus alas. *Amor unus erat.*<sup>1</sup>

Entrábamos al prado. ¡Qué lejos quedaba el rumorcito de la alegría vulgar de nuestros compañeros! ¡Solos, los dos! Nos sentábamos en la hierba. Yo reclinaba la cabeza sobre sus rodillas o él sobre las mías. Callados, arrancábamos espiguitas del pasto.

<sup>1</sup> En latín, “el amor era uno mismo”. Alocución tomada de Virgilio (*Eneida*).

El prado era inmenso: sus lindes se escapaban ya desde la primera solución del crepúsculo. Mirábamos hacia arriba, hacia el cielo. ¡Qué espacios de transparencia y de luz! Arriba, muy arriba, se rezagaba aún, en una estela de oro, un recuerdo del sol. La



profunda cúpula se descortinaba hacia las montañas, en una dilución vasta, tenuísima, de arco iris. Blandos reflejos de llama; después, el hermoso azul de paño; después la degeneración de los matices hacia la melancolía nocturna, presagiada por la última zona de doloroso violeta. ¡Qué no daríamos por ser aquellas dos aves que veíamos a lo alto, amigas, declinando el vuelo hacia el ocaso, destino feliz de la luz, aún en pleno día cuando en la tierra las sombras ya lo invadían todo!

Otras veces subíamos al columpio doble. Nos columpiábamos primero con suavidad, afrontando la caricia rápida del aire. Poco a poco aumentaba la oscilación y nos arriesgábamos a locuras de estampida, sobrecogiendo al Ateneo, impulsados en vértigo con los brazos desplegados, los pies hacia adelante, la cabeza hacia abajo, el peinado deshecho, ebrios de peligro, dichosos si las cuerdas se rompieran y acabáramos ambos allí, como una sola vida, en un mismo impulso.

Leíamos mucho juntos. Páginas que no acababan nunca, de lecturas delicadas, fecundas en devaneos: *Robinson Crusoe*, la soledad y la industria humana; *Pablo y Virginia*,<sup>2</sup> la soledad y el sentimiento. Construíamos risueñas hipótesis: ¿qué haría cada uno de nosotros si se viera solo en las dificultades de una isla desierta?

<sup>2</sup> Obra que trata sobre el amor de dos adolescentes en una isla de las Antillas, escrita en 1787 por Jacques-Henri Bernardin de Saint-Pierre (1737–1814).

—Yo emprendería inmediatamente una propaganda furiosa a favor de la inmigración y me pondría a gritar en las playas hasta que el mundo me oyera.

—Yo haría algo mejor: decretaría como medida preventiva el matrimonio obligatorio y me pondría a esperar a que pasara el tiempo.

La obra pastoril de Bernardin de Saint-Pierre fue nuestro delecto principal. Creíamos tener el poema en el corazón. La “Bahía del Túngulo”, de aguas profundas y sombrías, festejada sólo algunas horas por el sol a plomo, siempre envuelta en suave tristeza; a lo lejos, por un desfiladero, la fachada, blanca y visible, de la iglesia rústica de Pamplémousses.

Ideábamos vaga, pero enteramente, en la meditación sin palabras del sentimiento, cuadro de manchas sin contornos, ideábamos bien las escenas que leíamos en el ameno relato, almas que se encuentran, dos cocoteros esbeltos que crecen juntos, alzando poco a poco el haz de grandes hojas desflecadas en el calor de la felicidad y del trópico. Comprendíamos a esos pequeños amantes de un año, confundidos en la cuna, en el sueño, en la inocencia.

Revivíamos todo el idilio, instintivo y puro. “Virginie, elle sera heureuse...”<sup>3</sup> Nos animábamos con la animación de aquellas carreras de niños en la libertad agreste, gozábamos los significados de aquella topografía de nombres originales: “Descubrimientos de la Amistad”, “Lágrimas Enjugadas”, o de alusiones a la patria distante. Escuchábamos palmear el revoloteo de los pájaros, que se disputaban, en torno a Virginia, la ración de migajas. Notábamos sin raciocinios la filosofía sensual del mimoso diálogo.

“Est-ce par ton esprit? Mais nos mères en ont plus que nous deux. Est-ce par tes caresses? Mais elles m’embrassent plus sou-

<sup>3</sup> “¡Virginia será feliz!” Cita de la obra de Bernardin de Saint-Pierre.

vent que toi... Je crois que c'est par ta bonté... Mais, auparavant, repose-toi sur mon sein et je serai délassé. —Tu me demandes pourquoi tu m'aimes. Mais tout ce qui a été élevé ensemble s'aime. Vois nos oiseaux élevés dans les mêmes nids, ils, s'aiment comme nous; ils sont toujours ensemble comme nous. Écoute come ils s'appellent et se répondent d'un arbre à l'autre..."<sup>4</sup>

Al volver las páginas nos quebrantaba, en suma, el cruel problema de las objeciones de fortuna y clase, el divorcio de las almas hermanas mientras los cocoteros permanecían juntos. Y la inminencia constrictora del austro, de la catástrofe, la luna cruenta de presagios sobre un cielo de hierro...

Y guardábamos del libro, cántico luminoso de amor sobre la sordina oscura de las desesperaciones de la esclavitud colonial, un recuerdo mezclado de pesar, encanto y admiración. Pues tanto pudo el poeta: altear, sobre el suelo maldito, donde el café florecía y el niveo algodón y el verde claro de las mazorcas a partir de un regadío de sangre, la imagen fantástica de la bondad. Virginia coronada; como el capricho omnipotente del Sol, formando en gloria los hilillos vaporosos que emanan los muladares y que un rayo atrae hacia lo alto y dora.

Con Egbert me probé a escondidas en el verso. Esbozábamos juntos una novela: episodios medievales, excesivamente trágicos, llenos de luz de luna, rodeados de ojivas, donde lo más notable era el combate debidamente organizado, con fusilería y ca-

<sup>4</sup> Cita de la misma obra: "¿Es acaso por tu inteligencia? Pero nuestras madres son más inteligentes que nosotros. ¿Es acaso por tus caricias? Pero ellas me abrazan con más frecuencia que tú... Yo creo que es por tu bondad... Pero, antes, reposa sobre mi seno y me tranquilizaré. —Me preguntas por qué me amas. Pero todas las cosas que han crecido juntas se aman. Mira nuestros pájaros, que crecieron en los mismos nidos: se aman, como nosotros; están siempre juntos, como nosotros. Escucha cómo se llaman y se responden de un árbol a otro..."

ñones, anticipándose a tal punto la invención de Schwartz<sup>5</sup> que quedaríamos, en la literatura, a salvo para siempre del reproche de no haber descubierto la pólvora.

Al escuchar su nombre cuando llamaban a los implicados en el proceso, sufrí la sorpresa de un golpe. Me exasperaba no hallar alguna forma de compartir con él la vergüenza. ¿Qué clase de complicidad se le atribuía? No quise saberlo. Aunque hubiera sido el más torpe de los reos, era mi amigo: todo lo que sufriera, por muy culpable que fuese, era para mí una prueba de la fatalidad. Y me hacía temblar la idea de que maltrataran a una criatura tan mansa, tan complaciente, tan amable, hecha de sensibilidad y blandura, contra quien el mal sería siempre una injusticia, y a quien yo apreciaría con todos los defectos, con todas las máculas, con el fácil perdón de las cegueras sentimentales, extrañezas de la preferencia que en el ser querido lo abarca todo: desde la frase límpida de la mirada hasta el aroma acre, incluso impuro, de la carne.

Cuando volvimos a vernos, ninguno tuvo para el otro ni la más mínima palabra; nos sentamos en un banco, lado a lado, en expansivo silencio. Y, después, nunca, ni con una alusión distante, nos referimos al caso. Coincidencia instintiva en un respeto recíproco; odio común, quizá, a una remembranza ominosa.

Desde el mes de julio del año anterior, yo asistía a los cursos elementales de lenguas. La adquisición de los vocablos extranjeros, comercio con el lenguaje de los grandes pueblos, me alegraba como si probara a tragos la civilización, como si bebiera la realidad del movimiento humano en los países remotos que retratan aquellos cosmoramas en los que vagamente creíamos como se cree en las novelas.

Siguió la letanía de temas interminables.

<sup>5</sup> El cañón.



En las clases superiores, la facilidad que había adquirido amenizaba mi trabajo. Las páginas sonreían de literatura con la sonrisa conocida de los objetos familiares.

Los profesores eran buenos y moderados. El de francés, *monsieur* Delille, nombre de poeta aplicado a un oso —un oso honrado, inofensivo y benévolo—, echaba de menos el Tercer Imperio, cuyo desastre lo había deportado hacia una vida de aventuras de ultramar; barbado como un colchón de crines por el vigor de un vello denso, lujurioso, pelirrojo quemado cerca de la boca, negro más lejos, a través del cual nos llegaban a un tiempo vaharadas expresivas de *cachaça* y reglas de *Halbout*.<sup>6</sup> El profesor de inglés, el doctor Velho Júnior, el mejor de los hombres pese a su nombre contradictorio:<sup>7</sup> celoso, explicador detallado, que nunca se exaltaba, calvo como la ocasión, pero ¡qué excelente ocasión para estimar y querer bien!

La compañía de Egbert coronaba la situación y el estudio era una fiesta.

El profesor Venancio también daba clases de inglés. Por fortuna huí de sus garras: ¡era una fiera! Humildito bajo el director, terrible sobre los discípulos; llegó a lanzar a uno contra un registro de gas y le rompió los dientes. Manlio, además de las primeras letras, presidía la cátedra especial de portugués.

Gracias a los estudios del año anterior, obtuve con cierto decoro mi comprobante de vernaculismo, garantizado por la competencia oficial. Gracias, también, a las tinturas del latín, en que

<sup>6</sup> Referencia a la *Gramática teórica e prática da língua francesa*, de José Francisco Halbout.

<sup>7</sup> En portugués, *velho* significa “viejo”, en tanto que el anglicismo *junior* designa a quien es más joven que otro del mismo nombre, usualmente, al hijo de este último.

me había iniciado el respetable padre y maestro fray Ambrosio, que siempre tenía la nariz tapada, gesticulaba con el *alcobaça*,<sup>8</sup> y recitaba el manual con la entonación hueca y honda de las misas cantadas; consumidor de rapé por todo un convento; culpable, por ello, de que todavía me huelva a Paulo Cordeiro<sup>9</sup> el magnífico idioma del *qui, quae, quod*, y de que me produzca estornudos una simple reminiscencia de Salustio.<sup>10</sup>

Era costumbre en el Ateneo liberar un poco de las reglas de la casa a aquellos estudiantes de cierto nivel que estuvieran en vísperas de un examen. Salía uno entonces al jardín con sus libros y la comodidad del trabajo a complacencia. Compañeros siempre, Egbert y yo aprovechábamos con todas nuestras fuerzas aquella regalía consuetudinaria. Antes de la fecha memorable del francés, sacamos a pasear mucho, por las alamedas de sombra, a Chateaubriand, Corneille, Racine y Molière. El teatro clásico se prestaba para grandes efectos de declamación. ¡Cuántas tragedias perdidas sobre las hojas secas! ¡Cuántos gestos nobles desperdiciados! ¡Cuántos discursos soberbios confiados a la brisa liviana y pasajera!

Uno era Augusto, y el otro, Cinna; uno, Nearco, y el otro, Polieucto; uno, Horacio, y el otro, Curiacio; don Diego y el Cid; Joas y Joad; Nerón y Burro; Filinto y Alceste; Tartufo y Clean-to.<sup>11</sup> La arboleda era un escenario real. Dialogábamos, con toda la

<sup>8</sup> Pañuelo fabricado en la ciudad portuguesa de Alcobça. Se trataba de una pieza grande de algodón, generalmente roja, que solían utilizar quienes inhalaban rapé.

<sup>9</sup> Alusión a la Imperial Fábrica de Rapé Paulo Cordeiro, situada en Río de Janeiro.

<sup>10</sup> Cayo Salustio Crispo (86–34 a. de C.), historiador romano.

<sup>11</sup> Personajes de las siguientes obras de teatro del clasicismo francés: *Cinna* (Corneille), *Polieucto* (Corneille), *Horacio* (Corneille), *El Cid* (Corneille), *Atalia* (Racine), *Británico* (Racine), *El misántropo* (Molière) y *Tartufo* (Molière).

fuerza de las encarnaciones dramáticas, la bravura caballeresca, el civismo romano, las aprehensiones del rey amenazado, el heroísmo de la fe, las corajinas del misántropo, las sinuosidades de la hipocresía. La estatua de una diosa anónima, de cerámica escaquelada, verde de vejez, hacía las veces de público, un público fijamente atento, comedido, sin demasías de aplauso o reprobación, pero constante e infatigable.

Para asignar los papeles femeninos había algunos problemas: ambos queríamos la parte más enérgica del recital. Echábamos suertes y, según lo que determinara el azar, uno u otro se metía sin ceremonia en las faldas de cualquier dama y funcionaba a la perfección la *toilette* del sentimiento: el noviazgo de Jimena, la desesperación de Camila, el luto de Paulina, la ambición de Agripina, la soberanía de Ester, la astucia de Elmira, la turbidez de Celimene.<sup>12</sup> Otro papel difícil de aceptar era el de Burro, un papel honesto, sin embargo, y altamente simpático. Nadie quería hacerla de virtuoso consejero de Nerón.

Aún mejor que la prerrogativa del estudio libre era una especie de premio no catalogado en los estatutos con que Aristarco gentilmente obsequiaba a los alumnos distinguidos. Los llevaba a cenar a su casa —¡un honor!—, sobre el mismo mantel que la princesa Melica de los ojos grandes.

Quiso el buen hado que ambos amigos obtuviéramos la preciada nota y —¡que quede perennemente registrado!— pese a que nos examinó el profesor Courroux, ¡el tremendo “Catón de las bolas negras”,<sup>13</sup> terror universal de los “brutos”!

<sup>12</sup> Personajes femeninos de las obras de teatro mencionadas anteriormente.

<sup>13</sup> Las preguntas de los exámenes se sorteaban sacando bolas numeradas de una bolsa o recipiente.

El director me recogió en la Secretaría de la Instrucción Pública con un abrazo contrahecho de etiqueta: pude sentir que todavía manaba la fístula de los resentimientos. Como habían invitado a Egbert, por fuerza debían invitarme a mí también, y lo hicieron de mala gana, por pura formalidad. A mí me correspondía fraguar algún pretexto y rechazar la invitación, pero me sentía atraído por cierto número de curiosidades: ver, por ejemplo, cómo comía Melica, cosa de elevadísimo interés.

Lo que recuerdo, sin embargo, es que había flores sobre el mantel y que la sopa quemaba; ni siquiera noté si estuvo presente la hija del director.

Me vi absorbido por un foco de atención único y exclusivo. Doña Ema me había reconocido: ¡yo era aquel pequeño de los rizos! Conversó mucho conmigo. Sobre el hombro de mi uniforme se había posado un hilacho blanco; la buena señora lo tomó finamente con los dedos, lo soltó y me mostró, sonriendo, el hilo levisimo que caía lentamente por el aire sereno... ¡Cuánto me había desarrollado! Qué diferencia de lo que era hacía dos años. Creía haber estado conmigo rápidamente el día de la exposición artística...

—¡Un briboncito! —interrumpió Aristarco, entre mordaz y condescendiente, desde una ventana en cuyo vano conversaba con el profesor Crisóstomo.

Yo quise inventar una buena respuesta, libre de grosería, pero



la señora tenía mi mano tan suave y maternalmente apresada entre las suyas que también apresaba mi vivacidad, me apresaba todo, como si yo sólo existiera en esa mano retenida.

No sé con precisión qué fue lo que pasó aquella tarde después de la interrupción de Aristarco.

Espejismo seductor de blanco, abundante cabellera negra recogida a lo alto con infinita gracia, una rosa en el cabello, roja como son rojos los labios y los corazones, roja como un grito de triunfo. Nada más. Ramilletes sobre la mesa, un caldo ardiente y, siempre, la obsesión adorable del blanco y la rosa roja.

A mi lado estaba, cerquita, deslumbrante, su vestuario de nieve. Me servían algunos platos y muchas caricias; yo devoraba las caricias.

No me atrevía a alzar la vista. Una vez lo intenté. Había sobre mí dos ojos perturbadores por los que se vertía la noche. Creo que también me observaba, no estoy seguro, del otro lado, entre las flores, el profesor Crisóstomo.

Investido en su gran orgullo, que hacía valer incluso en casa, Aristarco presidía la cena; tan alto, sin embargo, y tan lejano, que se diría ausente.

De vuelta en el Ateneo, me sentí grande. El pecho me crecía indefiniblemente, como si estuviera volviéndome hombre por dilatación. Me sentía elevado: veinte años de estatura, un milagro. Examiné entonces mis zapatos, para ver si me habían crecido los talones. No pude constatar ninguno de aquellos síntomas extraños. Sólo una cosa: ahora veía a Egbert como se ve un recuerdo, como se evoca el día anterior.

A partir de entonces comenzó a enfriarse el entusiasmo de nuestra fraternidad.

¡Qué distinta esta exaltación deliciosa del abatimiento espavorido que había experimentado la víspera, incluso aquella misma mañana, en la Secretaría de la Instrucción Pública! La expectativa mortal de los llamados era una insignificancia: ¡el terror académico! Ese terror que nos sobresalta, que nos deprime como lo más grave del mundo. Y eso que yo, en aquella ocasión, como había presentado ya los exámenes de francés, no era un debutante.

El debut del primer examen fue de dar fiebre. Tres días antes, el corazón se me salía del pecho; el apetito desapareció; el sueño siguió al apetito; la mañana del acto, las nociones más elementales de la materia siguieron al apetito y al sueño. Memoria *in albis*.<sup>1</sup>

El profesor Manlio intentaba animarnos; su intento, recordándonos el peligro, nos asustaba más. Me aplastaba por anticipado el enorme peso de la bastilla de la *rua dos Ourives*, con sus tribunales feroces sin derecho a réplica, la terrible campanilla penetrante que marcaba la apertura de la solemnidad, los cortinajes plúmbeos de espeso verdor que hacían contrapeso a las armas imperiales, las formidables paredes de mampostería secular. Una barbaridad, toda la conspiración de aquellos perfiles ceñudos, continuos, contra mí, que era uno solo: Matoso, Neves Leão, las comisiones examinadoras, cada cual más poderosa y

<sup>1</sup> “En blanco”, en latín.

malencarada; al fondo, el Consejo de la Instrucción, esa cosa desconocida, mitológica, vislumbrada como los frescos religiosos de las bóvedas sombrías, donde las voces de la nave se condensan de resonancia, dando fuerza moral a la justicia de los examinadores mediante el prestigio de la elevación y de lo inaccesible; y arriba, más alto que todo, el ministro del imperio, el Ejecutivo, el Estado, el orden social, todo aquel enorme aparato en contra de un niño.

Al zaguán enladrillado se entraba por la *rua da Assembléia*.

Allí estuve no sé cuánto tiempo, como un condenado en el oratorio. A mi alrededor morían de palidez otros infelices esperando el llamado. Uno de ellos, el mayor, cadavérico, con un aire de Cristo, tenía la barba recortada, negrísima, como una barbilla de ébano adaptada a un rostro de marfil viejo.

De repente, se abre una puerta. Del interior oscuro salía una voz, una lista de nombres: uno, otro, otro... aún no era el mío... ¡Finalmente! No hubo tiempo ni para un desmayo. Me empujaron; la puerta se cerró; sin conciencia de mis pasos, me vi en una sala grande, silente, sombría, con el techo bajo y vigas pintadas, que obligaba a inclinar la cabeza por instinto. Una pared que de arriba abajo tenía ventanales con vidrios opacos de humo, color pergamino, filtraba hacia el interior un crepúsculo fatigado, amarillento, que incrustaba máscaras de ictericia en las fisionomías.

Entre los ventanales y los asientos destinados a los examinados estaba la mesa examinadora: a la derecha, un viejo calvo, bajito, con unas canas pajizas que le rodeaban la calva formando un fleco de dragonas y barba del mismo color que el cabello, se reclinaba en el respaldo de la poltrona y leía un pequeño volumen con el esfuerzo de los miopes, frotándose el rostro con las páginas. A la izquierda, un hombre de treinta años, con una barba escasa que le salpicaba toda la cara, incluso los párpados, anteojos oscuros, cabello seco y ensortijado. La claridad, golpeán-



dolo por la espalda, le ennegrecía confusamente las facciones. El tercero, que fungía como presidente de la comisión, no se veía bien, oculto, como estaba, tras la urna verde de frisos amarillos.

Se distribuyó el papel rubricado. Uno de los examinadores se levantó, alcanzó con un movimiento circular un puñado de temas y los lanzó a la urna. La urna de latón cantaba irónica bajo el alud sonoro de los números.

Se sorteó el tema; un momento de angustia todavía...

Después, ¡estrofa de *Los lusíadas*! Estábamos libres de la expectativa. La dificultad del tema dejó de preocuparme.

Tras el dictado, como débil por la fatiga de mi espíritu, olvidé el inventario natural de los conocimientos que exigía la prueba.



Me puse a pensar en las primeras lecciones de Camões, en Sanches, en los baños de la natación, en el modo de reír de Ángela, en el criado asesinado, en el proceso del asesino, a quien habían juzgado hacía poco... Tres golpecitos en el talón me sacaron de las distracciones.

Me volví: era mi vecino de la mesa de atrás, el de la barbilla de ébano, pidiendo auxilio.

—Ayúdame, que estoy perdido: no puedo prosificar.

El ruido de esta frase, balbuceada, zumbó con suficiente fuerza como para atraer la atención de la mesa. Le arrojé la oración principal, pero temí socorrerlo por completo. Además, tenía que velar por mis propios intereses. Dejé al pobre Cristo de marfil entregado a la desesperación de una página desierta. De vez en cuando, el infeliz me espetaba la espalda con la pluma.

Para el examen oral sentí más ánimos. Mis notas en las pruebas de escritura eran tranquilizadoras.

Todos los exámenes orales se hacían en los salones superiores. Se entraba por la *rua dos Ourives*. Los examinados, por lo general, estaban más tranquilos. Además de éstos, el zaguán de la escalera se llenaba con la turbamulta de los asistentes, confusión de chalecos, fracs gastados, levitas; todas las edades, todos los colegios representados, además de los estudiantes independientes de clases particulares, entre cuyo número se confundían caras sospechosas de desarrapados, ejemplares típicos del vagabundo.

El Ateneo era envidiado. Víctimas del uniforme, los alumnos de Aristarco paseaban entre los grupos de los colegios rivales soportando la socarronería con una paciencia encomendada de buena educación.

Se fumaba. En el ambiente sin luz flotaban fijos el nubarrón de los hálitos y un olor intolerable de sarro; se embadurnaban de

escupitajos las paredes; se paseaba arrastrando los pies en la arena del ladrillo; resonaban grandes carcajadas de *ship-chandler*;<sup>2</sup> se escarnecía con palabrotas. Algunos muchachos de sonrisas flojas, inexpresivas, y modales ordinarios, se echaban hacia atrás, con el dorso de la mano, los sombreros de paja sucia y paseaban bamboleándose. Los más distinguidos abrían paso, contrayendo desdeñosos la comisura de los labios y denotando, así, su elegancia.

Una conmoción extraordinaria agitó a la multitud. Acababa de descubrirse en la pared encalada, cubierta de epigramas y garabatos, una nueva inscripción llena de ingenio: una versería satírica contra el profesor Courroux, de la mesa de francés, que rimaba en *u*, siempre en *u*, de arriba abajo, con una pasmosa fertilidad de epítetos.

¡Ni mandado a hacer! En ese preciso momento, el terrible profesor entraba y se lanzaba precipitadamente por la escalera.

—¿No lo conoces? ¡Allá va! —me indicó el compañero más cercano.

—No lo conocía...

Lo vi delgado, anguloso, feo, mirando con una ferocidad continua sin que se supiera a quién, felizmente, porque era estrábico. Por él comenzó mi improvisado informante, y, dándose cuenta de que yo no andaba actualizado en esos terrenos, ya no me soltó:

—Si puedes pagar, paga; de lo contrario, date por perdido. ¡Esto es como un puesto de pescado! El pescado es caro a veces, ¡pero siempre se vende! Mira a Meireles, el de filosofía, aquel larguirucho de barba ceniza; su precio es Ritinha la Pernambu-

<sup>2</sup> Trabajador encargado de aprovisionar los buques.

cana<sup>3</sup> de la *rua dos Arcos*; a Simas, el de la mesa de geografía, un panzón apodado Globo Terráqueo, basta que le paguen un par de gallos de pelea... A Barros Andrade... hay que comprarle los puntos... Aquel demonio de la retórica que me reprobó hace unos días... basta hablarle de sus versos y no habrá patillas más amables. Su director sí que los comprende. Cuando entra aquí es toda una fiera; hasta el techo blanco empalidece; ¡se levantan y saludan al soberano! Ahora que hay hombres respetables: el viejo Moreira, el simpático Ramiro, de sonrisa patriarcal...

Desde lo alto de la escalera gritaron hacia el zaguán que comenzarían a llamar a los de portugués.

Al subir, vi un gran movimiento de muchachos en la calle; ¡un tumulto! Los silbatos chillaban. Los estudiantes se lanzaban contra los cocheros a sopapos de ida y vuelta, según la hermosa costumbre de la época.

Los exámenes se presentaban en una gran sala llena de ventanitas con viejos marcos de cuadrícula apretada y vidrios gruesos, antiguos, mal fundidos, que mostraban espesuras desiguales y densidades verdes. Un parapeto con rejas de fierro dividía el salón en dos áreas. La más espaciosa era para los asistentes. En la otra había dos mesas examinadoras: la de matemáticas, cerca de la entrada, y la de portugués, más adelante. Estaban tan cerca entre sí que las respuestas de una se fundían con las preguntas de la otra, produciendo admirables efectos de aplicación de las ciencias exactas a la filología.

Antes de la ceremonia, se conferenciaba a media voz. Un sujeto, al entrar, dejó caer su bastón. Todos lo miraron.

—¿No lo conoces? —inquirió mi oficioso compañero.

<sup>3</sup> Del estado de Pernambuco.

Un sexagenario, encanecido y helicoidal, con cara desabrida de padre, cabellos blancos que le ondeaban sobre la joroba y una levita ilimitada que rozaba el suelo a cada paso.

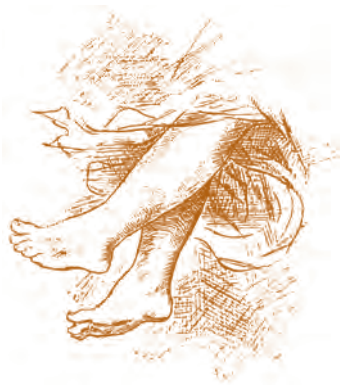
—Es el consejero Vilela, o más bien, el consejero Tieich, ¡una institución! Va a presidir las matemáticas. Lo preside todo, según sea necesario. ¡Incorruptible! Catón y Bruto sumados... En la mesa de inglés, hace unos años, los reprobaba a todos... “¡Cómo no? —decía—, ¡si se equivocan escandalosamente en la *tieich!*” Mucho tiempo después lo pillaron consultando a Tautphoeus:<sup>4</sup> “¿Qué diablos es esa célebre *tieich* en la que tantos se equivocan, barón...?”

El día de la cena, cuando subí al dormitorio con Egbert, la imagen de Ema (era agradable suprimir el “doña”), reducida a miniatura, me bailaba en el espíritu pequeñita como una abeja de oro, vibrante e incierta.

Soñé: ella sentada en la cama; yo, sobre el barniz del suelo, de rodillas. Me mostraba la mano recortada en jaspe puro, uñas de rosa como pétalos incrustados. Yo me esforzaba por tomar aquella mano y besarla, la mano huía, se acercaba un poco, escapaba hacia lo alto, volvía a bajar, se fugaba más lejos aún, hacia el techo, hacia el cielo, y yo la veía inalcanzable en la altura, clara, abierta como un astro.

Ella reía ante mi desesperación, me mostraba el pie descalzo para que la calzara; luego me lo impedía. Si tan sólo pudiera calzarle el armiño que estaba ahí, el minúsculo zapato blanco, exánime, vuelto suela arriba, sin el consuelo cálido del pie que lo pisaba, que le daba vida. Me inclinaba, envidiando al armiño,

<sup>4</sup> Barón de Tautphoeus: profesor de alemán en el famoso Colegio don Pedro II, donde estudió Raul Pompeia.



sobre el tamiz de seda de la media, milagro de la industria para el que había contribuido con esfuerzo cada día de la era industrial, tejido impalpable de fibras vivas, que dejaba filtrar la transparencia blanda de la sangre, envoltorio sutil de una rodilla mimosa, de una pierna, de un tobillo irremediabilmente robado al expolio glorioso de la estatuaría pagana.

¡Calzarla tan sólo! Y yo, en cambio, la hacía retorcerse, calzándola de dolores con una tortura ardiente de besos, exhalando yo mismo el alma entera en llamas.

¡Qué criatura tan distinta era yo al despertar! La encantadora aparición se había extinguido, pero me aquejaba la resaca de tinieblas que sucede a los deslumbramientos.

Seguía con Egbert, cordialmente. Su amistad, sin embargo, me parecía ahora una cosa insuficiente, como si hubiera en mí un salvajismo de afectos amordazado.

Egbert a veces me parecía un intruso. Al pasear con él —¡cómo habían cambiado las cosas!—, me producía el efecto de un “mal tercio”. Prefería caminar solo.

No sé por qué conveniencia organizativa me transfirieron al dormitorio de los más grandes. Esta mudanza me distanciaría aún más de Egbert: comenzamos a reunirnos sólo por la tarde, en el campo.

Después de las clases, subía al dormitorio aprovechando el relajamiento de la vigilancia en el salón. El inspector responsable era Silvino. Por temor a las represalias de los grandes, el prudente bedel dejaba hacer.

Yo me recostaba indolente, escuchando el griterío del patio como si fuera algo del todo ajeno a mi vida. Contaba las tablas del techo, cierto número de trazos paralelos que se perdían en un reflejo de la tinta. A veces leía relatos de Dumas, que no me distraían. En otras camas, recostados como yo, boca arriba, cruzando los botines, algunos colegas fumaban y soltaban despacito columnas de humo que subían verticalmente y se enroscaban, azules. En un rincón, al fondo del dormitorio, tres compañeros jugaban sin dejar de dar bostezos, acentuando sin entusiasmo las alterancias del azar como un bando de sonámbulos. Muchas veces, en el pesado amodorramiento de la siesta, con la espalda caldeada por la posición y los ojos entrecerrados ante el brillo del Sol, que se adivinaba allá afuera en el patio abrasado, me quedaba dormido. A la hora de la clase o de la cena, un compañero me sacudía.

Estos intervalos de modorra sin sueño, sin ideas, sin un devaneo definido, eran mi sosiego. Pensar equivalía a impacientarme. ¿Cuáles eran mis deseos? Siempre la desesperación de la reclusión colegial y de la edad. Me venían crisis nerviosas de movimiento y cruzaba con pasos frenéticos el patio, atormentado, acelerándome cada vez más, como si quisiera rebasar al tiempo. Ya no me interesaban ni las intrigas del salón. ¡Y qué intrigas! ¡Precisamente el meollo del famoso misterio del chalet!

En uno de los extremos del largo salón se desplegaba el biombo de Silvino: una gran caja de madera de pino a media altura del techo, con una puerta y una ventana de un palmo cuadrado por la que salían emanaciones de ropa sudada y varias otras cosas, olores indescifrables de falta de aseo; y por donde, sobre todo, salía durante la noche, creciendo y decreciendo, un enorme ronquido estrepitoso de narizón.

Los muchachos hacían orificios con brocas para espiarlo y habían descubierto las inscripciones de Silvino. A continuación

venía la demografía especial del grupo de los mayores, la distribución según familias regulares o cercanías eventuales, conforme los caracteres y bajo la divisa común del “nada haber”, o según la entendían otros, “nada a ver”. Se alababan los efectos de fidelidad; se comentaban las traiciones; se censuraban los intentos de seducción; se improvisaba la teoría del hogar y del lecho; se cantaba el himno báquico de los caprichos errabundos, del entusiasmo pasajero. A mí me llamaban Sergio el de Alves. Se criticaba a los nuevos desde su propio punto de vista. Apostaban para ver quién sería el primero. Exigían que se jurara discreción para transmitir una historia que a su vez habían jurado no contar a nadie. Se servían mutuamente, como aperitivo para las buenas carcajadas, anécdotas espesas, verificadas o no, conforme las peticiones y el paladar del momento. Toda la oscura crónica del Ateneo se redactaba allí en términos explícitos y fuertes, expurgada de los amaneramientos del recato y la falsedad ante el escrúpulo de las comisiones investigadoras. ¡Que Silvino se fuera! No tenía nada que ver con la plática de los muchachos. Una de las mejores máximas del chalet era ésta, muy representativa:

—Queda revocado el director.

Todo lo que en la primera y en la segunda clase era extraordinario, allí era normal y corriente. Todas las edades, desde Cándido hasta Sanches.

Entre las clases inferiores, algunos se empeñaban en cambiarse a la tercera. En el ambiente torvo de la intriga se insinuaba el vaivén silencioso de las ficciones, el drama joco-serio de los instintos, en ilusión convencional y grosera. Los mancebos se investían con convicción de los diversos caracteres, explotando el momento efímero de la piel, la novedad tierna del semblante como un elemento de artificio y deleitándose en el engaño, tomándose a pecho la caricatura de la sensualidad.

Había quien afectaba moderación en el capricho, conociendo la desviación al pie de la letra, como sabe el ladrón ser honesto en el robo, con el aire serio, espantadizo de las *femmes qui sortent*;<sup>5</sup> estaban los ingenuos, perpetuamente infantiles, que no tenían malas intenciones, risueños, que poseían el secreto de aplazar la inocencia intacta a través de los extremos positivos; estaban los entusiastas de la profesión, conscientes, francos, impetuosos, que se anunciaban por gusto y no le perdonaban a la naturaleza el error original de su constitución: ¡ah! ¡si yo fuera mujer para serlo mejor! Éstos formaban un grupo aparte, conocidos públicamente y satisfechos de ello, protegidos por un favor de simpatía general, inconfesado pero evidente; un beneplácito perverso y amable de tolerancia que la corrupción protege siempre como un aplauso. ¡Ellos, los hermosos efebos! ejemplos de la gracia juvenil y de la nobleza de rasgos. A veces traían pulseras; en el baño triunfaban, desnudos, demorándose en actitudes de ninfa a la orilla del agua entre la colección mezquina de carnes sin forma y esqueletos sin carnes metidos en tangas de malla. Estaban los decaídos, portadores miserables de un desprecio honesto, inculcados por todos los demás, gastados, a veces, antes del consumo; atormentados, por un lado, por la propensión y, por el otro, por la repulsa; mendigos de una compasión sin limosnas, reducidos al extremo de conformarse deplorablemente con la soledad.

Contrapuestos a ellos estaban los dueños de un orgullo varonil, peludos, morenos, nudosos de músculos, anchos de osamenta; otros, esmirriados de malicia, insaciables, de voz trémula y narinas ávidas de chivo; y los gordinflones de labio rojo y suelto,

<sup>5</sup> En francés, “mujeres que salen”, *id est*, prostitutas.



que renunciaban a una superioridad por la que no siempre habían celado antes de la madurez de las carnes.

Ángela los dominaba a todos; los vencía.

Las ventanas que se abrían hacia el patio del director estaban fuertemente enrejadas con madera. Por entre los travesaños, observábamos.

Ángela se volvía niña para jugar y correr con vivacidades de gata. Rodaba por el suelo, con la cara envuelta en el cabello seco, suelto. Saltaba agitando el aire con su ropa; recogía flores y las arrojaba, distribuyéndoselas a todos por igual, porque a todos los quería bien. Cuando no había muchos en las rejas del salón, se descuidaba: aparecía en corpiño y falda blanca, aflojándose el cordel sobre el seno, mostrando los brazos desde la espalda, estirándose con ambas manos en la nuca y los codos hacia arriba, contando hacia la ventana historias interminables, mientras en las axilas, por los ornamentos de la camisa, se le iba escapando la indiscreción de los hilos rojos. ¡Siempre en el sol! ¡siempre alegre! Hija salvaje de la luz, fauna indomable de las zonas tórridas, que afrontaba la temperatura como las leonas, insensible y altiva.

Cantaba.

Sólo en el canto era triste: canciones nostálgicas embebidas en el sentimiento de cosas distantes: un entrañable hogar paterno, un corazón adolescente, conocido una vez antes de emigrar para siempre; canciones de la isla en las que se oía el murmullo del océano tranquilo y de las brisas peregrinas, y el grito angustiado de las gaviotas, y el cantar lejano de la marinería en labores, acompañado por un insistente estribillo de amor, un amor tunante de gente pobre a la orilla el mar, hecho de pescado, de ociosidad triste y de calor.

A veces era grosera: dialogaba desafiante en chacotas desboçadas con quien se prestara; se impacientaba abruptamente y

desaparecía, arrojando una imprecación de esmerilada torpeza. Nos hacía burlas: ella también tenía un colegio en el que recibía internos, externos y semiinternos. Y se daba golpes en el vientre.

Y con su grosería, con su chacota, con su estribillo sentimental, con los descuidos de su corpiño, con sus flores, con sus turbulencias de niña sin modales, Ángela era la reina de la atención y de la curiosidad: el chalet se inflamaba en conflagraciones de entusiasmo. Si pasaba algún tiempo sin aparecer, incontables caritas chupadas de nostalgia se adherían a las rejas escrutando la sombra de los árboles del jardín.

Y se divertía apreciando los ardores enjaulados de sus niños, entretenida en desesperarlos como quien atiza el brasero para ver la erupción de las chispas, el remolino de rubíes candentes, con un placer que se graduaba entre el orgullo de la castellana galanteada por cien paladines y la expectativa palpitante de la carnicería en postas de un festín de jaula.

Con el tiempo llegué a descubrir que una camarilla de taimados había sido capaz de falsear algunos travesaños de la reja de la última ventana, a tres o cuatro lechos del mío, y, por la noche, cuando se hacía el silencio, iban a tomar el fresco en el jardín del director. Preferían las noches oscuras, que tienen más estrellas y más secreto, y las lluviosas, que, en cuestión de frescura, son decisivas. Bajaban por una cuerda de sábanas retorcidas y volvían a veces hechos una sopa, pero siempre refrescados. Como medida de prudencia, no paseaban más de dos por noche, y uno hacía de centinela durante la ausencia del otro.

Dije ya que no me interesaban las intrigas y preocupaciones generales del salón. No fui preciso, y no sabría serlo en este punto sin recurrir a las modalidades de expresión que, actual y virtualmente, el anacronismo injusto ha condenado. Poco me importaban los hechos; lo que me seducía era el espíritu. Quizá



por eso descubrí la argucia de la camarilla. Me incomodaba aquella libertad secreta, aquel banquete a altas horas, como si estuvieran cometiendo un robo contra mí, contra los compañeros, engañados en el sueño, traición odiosa a nuestra necesidad de descuidados. Una noche sentí la violenta tentación de difundir el secreto entre todos, desmoralizar a esos marrulleros, ir por Silvino y mostrarle las tablas adaptadas para el desplazamiento, traicionar merecidamente a los traidores. Sopesé las objeciones: aquello, además de una fea delación de espionaje voluntario, podía ser una burrada. Quizá todos lo sabían menos yo, simplemente porque llevaba poco tiempo en la tercera clase. Probé. Me mantuve des-

pierto hasta que llegara la hora, con una paciencia y un esfuerzo de cazador de emboscadas. En el momento flagrante, me senté en la cama frotándome los ojos y fingiéndome sorprendido. No hubo más remedio que iniciarme. Los dos de esa noche me lo contaron todo. Malheiro era el jefe del juego, un juego de nueve, muy discretos, muy hábiles; también porque quien traicionara recibiría una golpiza.

Mi irritación contra la argucia se ablandó sin deshacerse. Cada vez que, por casualidad, algún muchacho sorprendía a los expedicionarios del descarro, se veía incontinenti invitado a disfrutar de las ventajas y puesto bajo amenaza. El fabuloso porrazo de Malheiro era la sanción.

No quise las ventajas; tampoco el porrazo. ¡No es que me escaldaran las horas nocturnas del chalet! ¡Ah! ¡El paseo libre en el

jardín!, ¡las rejas abiertas de la cárcel forzada! Pero me retenía el titubeo de viejos compromisos conmigo mismo, compromisos de rectitud, no sé cómo decirlo, viejas razones de vanidad vertebrada, aversión al subterfugio; o quizá un temor que me sobrevino por último, sin fundamento: ir alguna vez y no encontrar, de vuelta, la cuerda para subir.

Otra prueba de que no escapaba a la psicología común del chalet fue un acceso de furor que me vi obligado a sofocar un día que hablaron de doña Ema frente a mí. ¿Qué me importaba doña Ema? Era una buena señora, nada más, que me había agasajado con un exceso de complacencia, pero respetando los límites de una hospitalidad de etiqueta según el concepto de muchas personas amables. Me había dejado un simple recuerdo de gratitud, que comenzaba a borrarse.

Repetían los rumores acerca del profesor Crisóstomo, frioleras de maldad. Por las ventanas enrejadas señalaban las venecianas de la enfermería, junto al muro de la natación, y hacían la apología de la enfermera, esa enfermerita cuidadosa, que tenía una habilidad incomparable para tratar los casos graves del corazón. Y venían con historias de estudiantes muy enfermos de males imaginarios... Aquello me dolió como si me hubieran herido el más santo escrúpulo de sentimiento. ¡Una infamia, una infamia, esta afirmación de cosas infundadas!

En medio de aquella temporada de descontento, viví un día de placer, de placer malvado, pero completo. En el chalet dormía el famoso Rómulo. Ocupaba toda la cama de hierro con su abundancia de adiposidades, y resonaba, en el extremo opuesto del salón, con la misma intensidad que Silvino; hablaba bajo, el condenado, pero roncaba fuerte. Era uno de los miembros del juego de Malheiro.

Cuando tocaba su turno, las sábanas se reforzaban y se quitaban dos travesaños más.

Una noche que lo vi bajar, se me ocurrió jugarle una broma; era una broma arriesgadísima, como verán, pero contaba con la subsecuente participación del interés común en esconder el asunto.

¿Recuerdan el recelo infundado del que hablé? Montaba centinela el compañero, que reacomodaba la reja hasta que un aviso del patio le pidiera la cuerda. Me ofrecí a sustituirlo. El compañero se fue a dormir.

Con la sangre fría de las buenas venganzas, sin la menor prisa, evoqué el recuerdo de la afrenta que me debía Rómulo. Era justo. Recogí poco a poco la cuerda de sábanas, apuntalé con fuerza las barras de la reja y me fui a dormir. Llovía a cántaros. Tanto mejor: la injuria que no se lava con sangre bien puede lavarse con un baño de aguacero. ¡Estaba vengado!

Al otro día, el gordinflón apareció aterido, acatarrado, furibundo, en sandalias y sin calcetines, con pantalón y camisa de náufrago, miserando, rodeado por el asombro y la burla de todos.

Había pasado la noche bajo la ventana pidiendo misericordia a los maderos impasibles, toda la noche, inundado por la tormenta, hasta que, al amanecer, Aristarco lo encontró en aquel estado lamentable.

Su prometida no lo vio, porque despertaba tarde. El suegro adivinó astutamente la aventura. Se hizo el desentendido.

—¡Ah, qué muchacho...! —exclamó con una satisfacción muy íntima.

Y sólo le pareció extraño que el bueno de su yerno se hubiera dejado pillar como un tonto.

## ♦ XI ♦

El doctor Claudio inauguró una serie de conferencias los sábados, a imitación de las que Aristarco hacía los jueves acerca de lugares comunes de la moralidad. Filosofía, ciencia, literatura, economía política, pedagogía, biografía e incluso política e higiene, de todo se hablaba; interesantísimas, sin minuciosidades pesadas. Después de la astronomía del director, ninguna curiosidad me había valido tan buenos minutos de atención.

Nos narraba la vida. Las fiestas plutonianas del movimiento, de la ignición; la génesis de las rocas, fecundidad infernal del incendio primitivo, del granito, del pórfido, primogénitos del fuego; el gran sueño milenario de los sedimentos, perturbado por convulsiones titánicas.

Hablaba de la antracita y de la hulla, el luto convertido en piedra, recuerdo trágico de muchas eras orgullosas del planeta, monumento negro de la prehistoria de los árboles, devastado por la industria de los hombres. Describía la escalinata de los terrenos, donde la huella impresa del genio de las metamorfosis sube desde la vegetación forestal de los fetos hasta el hombre cuaternario. Nos hablaba de Cuvier<sup>1</sup> y de la procesión de los monstruos resurgidos rumbo a los museos, el megaterio<sup>2</sup> potente, tardo, oscilando

<sup>1</sup> Georges Léopold Chrétien Frédéric Dagobert Cuvier (1769–1832) fue un especialista francés en anatomía comparada y paleontología, y uno de los primeros científicos que lograron reconstruir los esqueletos de animales prehistóricos a partir de restos fósiles.

su marcha; sucio, soltando gravilla y concreciones secas del lodo diluviano; solemne, consciente de la carga de siglos que transporta.

Venía después el aluvión moderno de las zonas formadas, el suelo fecundo y arable. Y el maestro describía entonces la vida en la humedad, en la semilla, la evolución de la floresta, el gozo universal de la clorofila bajo la luz. Nos hablaba del duramen, el generoso madero, el tronco que sangra en Dante y sostiene en los mares el comercio, Neptuno inglés con un tridente de oro. Nos hablaba de la poesía ignorada de la vegetación marina en los abismos y del escobo aislado en las altas nieves, flor del yermo, desterrado eterno de lo inaccesible.

Después, la historia de los brutos: los grandes bramidos de macho en las regiones vírgenes, los dramas del egoísmo en la selva, de ese egoísmo rudo de la fuerza potente, ciego, formidable, sagrado como la fatalidad. Y se desataba entera la serie de las clasificaciones, exponiendo la vida en lo infinitesimal, la vida microbiana invisible, omnipotencia del número, sociedad inconsciente de la mónada, que se solidariza con la muerte y con las reconstrucciones imperecederas de la Tierra.

El hombre, finalmente: vientre, corazón y cerebro, política, poemas, criterio; el alma, universo del universo, imagen de Dios, reflector inmenso, antropocéntrico, del día, de los colores que el Sol inflama, que el Sol no siente.

Cierto día habló sobre la educación.

Discutió la cuestión del internado. Divergía de la opinión vulgar, que lo condena.

¿Es una institución imperfecta, que educa en la corrupción, que propicia el contacto entre individuos de toda clase de oríge-

<sup>2</sup> Género de perezosos gigantes que habitó en las llanuras de América del Sur durante el Terciario y el Cuaternario.

nes? ¿El maestro es la tiranía, la injusticia, el terror? ¿No se cotiza el mérito? ¿Culebrean las líneas sinuosas de la indignidad? ¿Se aprueba el espionaje, la adulación, la humillación? ¿Campean la intriga, la maledicencia y la calumnia? ¿Los predilectos del favoritismo oprimen? ¿Oprimen los más grandes, los más fuertes? ¿Abundan las seducciones perversas? ¿Triunfan las audacias de los nulos? ¿La reclusión exagera las tendencias ingénitas?

Tanto mejor: es la escuela de la sociedad.

Ilustrar el espíritu es poco; templar el carácter lo es todo. Es necesario que un día llegue la desilusión del cariño doméstico. Y tanto más ventajoso será esto cuanto más pronto suceda.

La educación no forja las almas: las ejercita. Y el ejercicio moral no viene de las hermosas palabras de la virtud, sino del roce con las circunstancias.

La energía para afrontarlas es herencia ingénita de los capaces de moralidad, afortunados en la lotería del destino. Los desheredados se abaten.

Una vez que se han probado en el microcosmos del internado, ya no hay más sorpresas en el gran mundo exterior, donde se soportarán todas las convivencias y se respirarán todos los ambientes; donde la razón de mayor fuerza es la dialéctica general, y nos envuelven las evoluciones de todo lo que reptar y de todo lo que muerde, porque la perfidia rastrera es uno de los procesos más eficaces de la vulgaridad vencedora; donde el envilecimiento es casi siempre la condición del éxito, como si hubiera ascensos hacia abajo; donde el poder es una bóveda de plomo sobre las aspiraciones altivas; donde la ciudad es franca para las disoluciones babilónicas del instinto; donde lo que es nulo flota y aflora, como en el mar, cuyas perlas inmensas son ignoradas, mientras sobrenadan a la luz del día las algas muertas y la espuma.



El internado es útil; la existencia se agita como la criba del buscador de oro: lo más valioso y lo menos valioso se separan.

Cada mocedad representa una dirección. Vendrán los disimulos, las hipocresías, las incitaciones de la habilidad, de la ilustración intelectual; en el fondo, la dirección del carácter es invariable. La constancia de la brújula es una sola; todos tenemos un norte necesario: cada cual lleva a costas el sobreescrito de su fatalidad. El colegio no ilusiona: los caracteres se exhiben en un mostrador de absoluta franqueza. Lo que habrá de ser, ya es. Y esto es tan exacto, que el encuentro y la confusión de clases y fortunas lo equipara todo, suprimiendo los engaños de aparato, que tanto complican los aspectos de la vida exterior y que en el internado se borran por el socialismo del reglamento.

Y que no se diga que es un vivero de malos gérmenes, semi-llero nefasto de malos principios que habrán de arborecer después. No es el internado el que hace a la sociedad; el internado la refleja. La corrupción que allí se muestra lozana viene de fuera. Los caracteres que allí triunfan traen, al entrar, el pasaporte del éxito, y, los que se pierden, la marca de la condenación.

El externado es un falso término medio en materia de educación moral; ni la vida exterior impresiona, porque la familia preserva, ni el colegio vive socialmente para instruir la observación, porque carece de la convivencia de un mundo aparte, que sólo la reclusión del gran internado propicia. El internado, con la suma de sus posibles defectos, es la enseñanza práctica de la virtud, el aprendizaje del herrero en la forja, el entrenamiento del luchador en la lucha. Los débiles se sacrifican; no prevalecen. Los gimnasios son para los privilegiados de la salud. El reumatismo está condenado a ser un pésimo acróbata. Grave error, combatir al internado.

Es necesario que se instituya, que se desarrolle, que florezca y se multiplique la escuela positiva del conflicto social, con sus

malos educadores y sus compañías peligrosas, en la comunión corruptora, en el tedio de claustro, de inacción, de cárcel; es necesario que los generosos ardores del alma primitiva e ingenua se disciplinen en la desilusión cruda y prematura, porque nunca es demasiado pronto para sentir que el futuro importa, en lugar de deambular fácilmente, con las manos en la espalda, la frente en las nubes, a través de las plazas allanadas de la república de Platón.

Durante la conferencia pensé en Franco. Cada una de las opiniones del profesor se la aplicaba yo onerosamente al pobre elegido de la desdicha, que pagaba por trimestre su abandono en aquella casa, su renta de desprecio. Recordaba al desembargador de Mato Grosso, la carta que me había dado a leer, la hermana raptada, la venganza extravagante de los trozos de vidrio, la timidez baja de sus modales, su concentración muda de odios, sus movimientos incompletos de rebelión y su sumisión final de expulsado que se resigna. Sentí lástima.

Después de la conferencia, fui a visitarlo.

Estaba en cama en el salón verde, a la derecha, cerca de las ventanas. Andaba enfermo desde la última vez que lo habían mandado a la prisión.

Bajo la casa. Se entraba por el zaguán cementado de los lavatorios. Se tenía una impresión de oscuridad absoluta. Hacia los lados, a la distancia, brillaban vivamente, como ojos blancos, algunos respiraderos enrejados de aquella especie de bodega inmensa. El suelo era de tierra apisonada y apenas seca. Impresionaba al punto un olor húmedo de hongos aplastados. Con la escasa claridad de los respiraderos, una vez habituada la vista, se distinguía al centro una especie de jaula o de gallinero hecho con fuertes travesaños de pino. Dentro de la jaula, una banca y una tabla clavada a manera de mesa. Sobre la mesa, un tintero de barro. Era la celda de castigo.

Allí se enjaulaba al condenado en la amable compañía de sus remordimientos y de la execración; por si fuera poco, con una tarea de páginas para la que lo más difícil era conseguir luz suficiente.



De tanto en tanto, galopaba un ratón en lo invisible; a veces subían a las piernas del condenado los repugnantes bichitos de los sitios lóbregos. Cuando lo liberaban, el preso surgía pálido, como un redivivo, sorprendido ante el aire claro como si se tratara de algo increíble. Algunos hallaban el medio de volver verdaderamente abatidos.

Franco salió enfermo.

Algunos colegas mostraban interés por él. Franco respondía con aspereza: ¡no tenía nada! Todos tenían la culpa; tenía que enfer-

marse, tenía que enfermarse gravemente para que sintieran remordimientos, sí, ellos: Silvino, Aristarco, ¡todos sus verdugos! Razonaba como las víctimas de la vieja escuela, que se dejaban morir confiadas en su espectro. Y ocultó que sufría.

Durante semanas lo devoró una fiebre ligera, pero impertinente. Se exponía a propósito a los rayos del sol y al sereno.

Un día no pudo levantarse.

Un dolorcito de cabeza, explicaba. Le sobrevenían náuseas y corría a la ventana. Abajo había un matojo de magnolias copudo como un bosque; él, en el intervalo de las arcadas, se entretenía encarrilando el hilo viscoso del vómito hacia las amplias flores albas.

Lo encontré mal.

Con la cabeza hundida en la almohada, enterrado bajo el gran número de cobijas que los vecinos le habían cedido, afectaba en la fisionomía el descuido infantil, la indiferencia horripilante y suprema de los que no irán muy lejos. Me sentí sorprendido y aterrado.

El médico, llamado por Aristarco, había venido dos veces. Condenó la idea de desplazar al enfermo, recomendó cuidado con los ventanales, diagnosticó una fiebre cualquiera al redactar la *récipe*,<sup>3</sup> y partió en ambas ocasiones con esa discreción herméutica que le da importancia a la clase.

Le pregunté a Franco cómo se sentía. Agitó despacio los párpados y sonrió. Nunca le había visto una sonrisa tan bella; era una sonrisa de niño ante las puertas de la muerte. Ocho de la noche. Las lámparas de gas, atenuadas, producían efluvios tristes de claridad. Me retiré sin hundir la vista en los otros dormitorios, por cuyos reflectantes ventanales debía pasar sucesivamente mi sombra. Busqué al director y le comuniqué mis terrores.

Al día siguiente, un domingo alegre, Franco estaba muerto.

El tutor se presentó en persona para las indispensables providencias. El cuerpo se transfirió a la capilla, donde se alzó el catafalco. Aristarco lloró, pero el cortejo fue modesto: no le convenía al colegio la pompa de un gran entierro, posible pregón de insalubridad.

Yo no vi nada; cuando subí de nuevo al salón verde, todo había acabado. Algunos muchachos esculcaban curiosos en el cajón de Franco el espolio de la muerte: un cepillo de dientes deshilachado, teñido con el carmín de un polvo chino, una vieja

<sup>3</sup> En francés, “receta” (médica).

correa sin hebilla, la fotografía gorda de una mujer que se desnudaba los senos, cartas desordenadas y un mazo considerable de “buenas notas”, obtenidas quién sabe cómo, con el nombre de Franco y firmas falsas de profesores, éxito fraudulento con que el pobre pretendía maravillar al magistrado de Cuiabá.<sup>4</sup>

Cuando se deshizo la cama, cayó de entre las sábanas una tarjeta, un grabado. ¡Santa Rosalía! Era mi patrona desaparecida. Quizá ha-



bía muerto besándola, el paria.

Poco tiempo después, el Ateneo estaba de fiesta.

Se preparaba la solemnidad de la distribución bienal de los premios. Las benemereencias andaban hambrientas de coronas. Se suspendieron las clases. Era necesario comenzar los preparativos con gran antelación porque se proyectaba algo nunca antes visto. Habían prevenido al director de que algunos discípulos le reservaban una sorpresa: ¡el obsequio de un busto de bronce! Aristarco se predisponía para la sorpresa con todas las verdades del alma. ¡Un busto!, era la retribución que le venía por sus impagables esfuerzos, su soñada estatua. Le llegaría por pedazos. Comenzarían por la cabeza; más tarde, le ofrecerían el abdomen, una bella panza metálica, magnífico ombligo de bonzo gordo, sobresaliente como un puñetazo; luego, la prolongación del cuerpo, desplazándose sobre rodillos, gradualmente... ¡Ah, cuando le ofrecieran las botas!... Después, ya nada sería necesario: el pe-

<sup>4</sup> Capital del estado de Mato Grosso.

destal se ofrecería a adelantarlo él mismo. Y atornillaría, acumuladas, las piezas de su orgullo, la pila de sus anhelos, ¡la estatua! Surgida poco a poco de la sinceridad vagarosa de las oblaciones, como difícilmente surge la gloria del escrutinio lento de los tiempos.

Debía ser una solemnidad sin precedentes en los fastos de la pedagogía triunfante, un obelisco de gastos, de lujo, de esplendor, en cuya cumbre, como la erupción de un cráter, brotara la sorpresa, galardón de las altas cualidades y desaire supremo para la competencia de sus rivales.

No había en el Ateneo un salón con la capacidad necesaria para tan vasta festividad; ni siquiera la propia sede de los recreos abrigados. Se decidió cubrir con una lona el patio central, sobre grandes mástiles convenientemente plantados. Una tienda incalculable, la más grande que la imaginación humana hubiera concebido, que abarcara bajo su sombra a cuatro mil personas, con el paño del velamen de una escuadra prestado a los toldos. Debajo, las graderías, reservándose, en el centro, una espaciosa arena para la exhibición de los laureados. Por medio del ayudante general de la Armada, que tenía dos hijos en el establecimiento, la lona podía obtenerse cómodamente.

Durante algunos días llegaron al Ateneo cargas inmensas de tela. Los rollos se extendían en el patio, a lo largo de las paredes. Aparecieron en seguida las maderas y los carpinteros, un mundo de carpinteros.

Entre los obreros iban y venían los estudiantes, ayudando, estorbando con sus carreras, con sus saltos, con sus gritos, presintiendo la felicidad del día solemne. Aristarco aprobaba el tumulto: quería verlos alegres. La muerte de Franco había producido una penumbra de pánico. Algunos muchachos se habían ido a casa, recelosos de la fiebre.

El alborozo de los preparativos reanimaba al Ateneo. En pocos días, el patio se atrabancó de postes y travesaños, tablas y contrapesos como un astillero desmedido. Los martillos golpeaban por todos los rincones con la crepitación continua de los tiroteos. La tierra desaparecía bajo el polvo de los maderos cortados. Aristarco fiscalizaba las faenas como maestro de obras, rondando callado, serio, sorbiendo satisfecho las emanaciones del aserrín fresco, aroma de taller, aroma del trabajo; escuchando la fricción de los serruchos, con un rumor de fábrica que recordaba las aspiraciones jadeantes del vapor bajo el vaivén poderoso de los émbolos. Había un placer especial en aquello, en ver crecer del suelo, en tres días, en su honor, la selva de vigas y barrotes con el esfuerzo de tantos hombres activos y ajetreados; en escuchar el canto de las tablas bajo los mazos, desplegándose en escaleras y gradas como un desafío a las exaltaciones; y en prejuizar el efecto total, cuando todo fuese veludillo y pañito, y la afluencia de la población lo invadiera todo, y, entre un terremoto de aclamaciones, asomara el busto altanero y reluciente.

Sin duda fue menos noble el orgullo de aquellos monarcas de las pirámides, idiotas macabros y colosales, arquitectos inútiles de sepulcros.

Partieron los carpinteros, se presentaron los armadores. Se extendieron sobre la viguería los toldos, las velas, como un cielo de lona. Las ventanas del patio se abrían hacia el anfiteatro como tribunas.

Los armadores comprometieron en cenefas todo el pundo-nor de su talento. Toda la pompa que puede producirse con una buena combinación de colores vivos y drapeados de muselina flotante, y celosías de quiosco pintadas, y columnatas de cartón; todo lo que puede la concordancia asombrosa de la escenografía y de la ripia se armó profusamente en el patio.

En la arena central se expandía un tapete pardo de flores claras. En una parte de la gradería, convenientemente dispuesta, se alineaban sillas. Los estudiantes y los asistentes de poca monta se sentarían sobre la tabla dura. Las aberturas de construcción, que no podían quedar así al desnudo, se tapizaron de terciopelo, con frisos de galón. Rojo y dorado. Arriba de los asientos había una línea de balaustres con listones en espiral. En cada balaustre, un escudo con el nombre de un pedagogo célebre. Por delicadeza incluyeron varias veces el nombre de Aristarco. Aristarco no se dio cuenta.

Uno de los dos extremos del tapete se encrespaba en cuatro peldaños hacia un largo estrado que, erigido frente a la entrada del anfiteatro, se apoyaba en la pared del salón general de estudio. Allí, bajo un dosel, se alzaba un trono para la princesa regente. De vez en vez, Aristarco, cansado de tanto moverse, subía al trono y se sentaba. Le hacía bien el dosel que tenía encima. Y desde allá daba órdenes a los armadores como un soberano precavido que dictara el esplendor de la coronación.

Los autores de la suscripción del busto habían concluido su tarea. Eran dos: Clímaco, un alumno becado, y el profesor de dibujo. Clímaco, un joven de espíritu práctico, no tardó mucho en rumiar esa feliz idea. ¿Y si le ofreciéramos un busto a nuestro director? Al principio se acordó de congregar a los becados; pero rechazó inmediatamente el recuerdo por inexecutable. La gratitud podía suscribirse entre todos; salía más barato. Puso manos a la obra. Los primeros que se vieron asaltados por la invitación se quedaron fríos. ¡Diablo! No estaban dispuestos a tener gratitud así, de un momento a otro. Que consultara con los compañeros y, si la idea prendía, colaborarían sin dudarle. Algunos, más medrosos, firmaron inmediatamente; otros, incluso de entre los pequeños, firmaron sin saber a las claras de qué se



trataba aquello. En pocos minutos, la existencia de la suscripción era del dominio público. Comenzó, en efecto, la presión irresistible. ¡Qué miseria! ¡Dudar por diez *mil-réis*! ¿Quién tendría el valor de rehuir la muestra pública de agradecimiento que significaba el obsequio del busto? ¿Sería una afrenta al director! Los primeros signatarios coaccionaban a los otros encarnizándose con despecho, como si no quisieran ser los únicos sangrados.

Ya no era necesario que el autor inicial se esforzara. La idea ganaba terreno por sí misma: en dos días la suscripción estaba completa. Muchos pagaban en efectivo; los que no tenían dinero iban a sacarlo a la oficina y el tenedor de libros, en secreto, debataba el valor, gastos diversos, en la cuenta del trimestre.

Ante la facilidad de obtener el dinero, Clímaco decidió sensatamente eximir del rateo a los becados: participarían con su intención sincera y nada más. Razonable. Cuando principiaron los preparativos de la solemnidad, ya el busto, obra de un celoso artista, estaba fundido.

El día 13 de noviembre, a las nueve, comenzó la afluencia. El anfiteatro del patio estaba cerrado aún. Los invitados que llegaban, luego de saludar al director, se dispersaban paseando en grupos por el jardín o recorrían los salones del establecimiento examinando los aparatos escolares, los carteles, las máximas de sabiduría, y meditando sobre la seriedad de la enseñanza que se impartía en aquella casa. La afluencia aumentó. Las invitaciones se habían distribuido ampliamente por la ciudad. A las once era difícil circular en el Ateneo. La fiesta comenzaba a las dos. Al mediodía se franqueó el anfiteatro.

Fue como si se hubiera abierto el seno de Abraham. La última mano de los armadores había sido digna del primer esfuerzo. A lo alto, siguiendo la curva de las gradas, en cenefas, en tiras entrelazadas, oscilantes, se cruzaba el color rosado de las sonrisas

infantiles con una franja anaranjada de arrebol; inmediatamente después, una zona de vivo escarlata que hería sangre en las venas del más subido júbilo; se levantaban las columnatas con los escudos; debajo de los escudos, ocho soberbios peldaños de la gradería, terciopelo y galones. Cerca del trono se elevaba un palenque para el cuerpo docente; del lado opuesto, simétricamente, otro palenque para la banda de música y para los cantantes. Ya no se veía el techo de lona; enormes guirnalda de ramaje y flores se enmarañaban a lo alto en gracioso desorden, flácidas, colgantes, desprendiéndose como un diluvio de primavera. Entre el verdor cargado de los festones del techo y el tapete pardo vagaba la serenidad oscura de las catedrales y de las selvas, neblina penetrante de recogimiento. La gente que entraba guardaba silencio. Las pocas voces que se oían eran bajitas, susurros de misa, sordina aterciopelada, amortecida, como si el tapete estuviera hablando. La cornisa de cenefas vibraba, desentonando con la melancolía religiosa del recinto. Algunas rasgaduras de la lona sobre el follaje contrastaban aún más, abriéndose a la irrupción del día.

Los alumnos entraban uniformados, subían, se sentaban a la izquierda, haciendo temblar todo el edificio de carpintería. Aristarco vino a plantarse en la puerta. Un inmenso cortinaje encarnado, de grandes borlas, se torcía sobre él como para exponerlo. Pantalones negros, chaqueta, el pecho blindado de condecoraciones, una cinta de dignatario en el cuello, que lo ahorcaba de nobleza. ¡*Mirando!*<sup>5</sup> La suprema corrección, la envergadura imponente del talle, la majestad dominante de la presencia, todo se fundía en un mismo panzazo de petulancia. Los muchachos lo

<sup>5</sup> Aquí en el sentido del gerundivo latino *mirandus*, del verbo *mirare* (admirar): “el que debe ser admirado”.

observaban con el placer del soldado que se enorgullece de su comandante. El maestro envidiable, lijado, brillante para la fiesta, como si se hubiera tragado a un armador.

En torno a Aristarco, como oficiales subalternos, se afanaban los miembros de un comité de recepción compuesto por profesores de buena presentación y alumnos en condiciones similares. Realizaban, junto con el director, un interesante ceremonial de hospitalidad. A la entrada del anfiteatro se apretujaba la multitud de invitados. Aristarco y sus ayudantes observaban, husmeaban, descubrían a los padres y a las familias de los más pudientes, los pescaban y los llevaban hacia la entrada pretiriendo a los que estaban más cerca. Los elegidos eran conducidos a las sillas de la gradería. Y si encontraban en los asientos especiales a alguien a quien no hubieran llevado hacia allí, lo invitaban delicadamente a levantarse porque la familia del vizconde de Três Estrelas no podía ir a sentarse en las tablas pelonas. Este rigor de etiqueta hacía sudar a la comisión, cohibida entre la masa de la concurrencia. Aristarco aprovechaba también para desquitarse de los contribuyentes que figuraban como morosos en el registro. Al final, la pesca de los selectos fue evidente. Hubo murmullos, estremecimientos de sorda indignación; ¡todas las invitaciones eran iguales! Y, con el pretexto de que la multitud había crecido, muchos se fueron escabullendo sin considerar ya al director ni a los comisionados de la cortesía.

El anfiteatro se llenó tumultuariamente.

La Princesa Serenísima, con su augusto esposo, llegó puntual a las dos, accediendo a la invitación que había recibido antes que nadie.

A las dos con tres minutos, Aristarco subía a la tribuna. No hace falta decir que la “cangrejera” había sufrido una más de las grandes conmociones de su malhadada existencia. Ahí estaba,

paciente y cuadrada, en su ejercicio efectivo de porta-retórica. La habían puesto a la derecha del solio de la princesa y frente al orfeón.

Aristarco se inclinó ligeramente hacia la Graciosa Señora. Paseó una mirada sobre el anfiteatro. No pudo decir palabra. Por primera vez en su vida, se sintió mal ante un auditorio. La masa de escuchas se apretujaba curiosa en la línea de las graderías, formando una curva de herradura. El color negro de las chaquetas y sacos se generalizaba en el espacio como una oscuridad desorientadora; lo amedrentaba aquel semicírculo oscuro, enorme. La impresión simultánea del público le impedía reconocer alguna fisionomía amistosa que pudiera animarlo. Pero era urgente que improvisara algo antes de soltar la elocuencia que traía garabateada en tiras de papel... Entonces su mirada fue a parar en un objeto que le devolvió la conciencia de sí mismo. Ante la tribuna se alzaba una peana de madera lustrosa; sobre la peana, una forma indeterminada, misteriosamente envuelta en una capa de lana verde. ¡La sorpresa! Era él el que estaba allí, forrado por la expectativa de la circunstancia; él, bronce impertérito, su efigie, su estímulo, su ejemplo: incluso más él que él mismo, que temblaba, porque el bronce era la verdad de su carácter, desfigurado y sustraído por un momento absurdo de debilidad. Recordó que la amplia tienda, las guirnaldas de flores, la viguería, el veludillo, la arquitectura de los palenques, los galones clavados con alfileres, todas las cenefas de pañito, la mirada de los discípulos, la presencia de la población, el busto dentro de la capa verde, todo era su triunfo por su triunfo, y el embarazo se desvaneció. La inspiración le hirvió como una náusea en el gástrico, le vibró eléctrica en la lengua, y Aristarco habló. Habló como nunca, olvidó el abultado mamotreto que había traído, improvisó como Demóstenes,<sup>6</sup> inundó la arena, los peldaños del trono, todas las filas de la gradería hasta

la octava, con el más asombroso torrente de facundia que alguien haya hecho correr sobre la tierra.

El tema se adivina fácilmente. Agradecimientos, elogios a sus penares de apóstol. Abría su chaqueta y nos mostraba. Bajo las insignias estaban las cicatrices. Las saetas que le atravesaban el alma no podían verse bien por el chaleco, pero se evaluaban a partir de la descripción: debían ser horribles. Después de sus sufrimientos, sus servicios.

El educador es como la música del futuro, que un día se conoce y sólo se comprende al día siguiente: es la posteridad la que habrá de juzgar. En cuanto a su pasado, ¡mejor ni hablar! no miraba hacia atrás por modestia, para no convertirse en una estatua, como la mujer de Lot.<sup>7</sup> Con el Ateneo estaba satisfecho: un semillero razonable, que no se hacía del rogar para florecer. Corazones de tierra colorada, donde las lecciones del bien prendían con fuerza. Bastaba que cayera la semilla para que la virtud, instantánea, saltara como una roseta. ¡Una maravilla, aquel huerto fecundo! Que los calumniadores y los envidiosos, antes de maldecir al hortelano, evaluaran sus repollos; que pesaran sus nabos; sus tronchudas coles crespas, modestas y serviciales; sus candidas lechugas; sus sensibles cebollas, de lágrima tan fácil como sincera; sus instruidas papas; sus delicadas calabazas, que todos van a plantar y nadie planta; sus ajos, tipos eternos, a veces poros, de una vivacidad bien aprovechada; por no hablar de sus erizados *maxixes*,<sup>8</sup> de sus amoratadas berenjenas, de

<sup>6</sup> Orador ateniense del siglo IV antes de Cristo.

<sup>7</sup> La mujer de Lot se convirtió en una estatua de sal porque se volvió hacia atrás para ver la destrucción de Sodoma.

<sup>8</sup> Cucurbitácea de fruto pequeño y ovalado, con púas como las de los chayotes, de origen africano. Se consume sobre todo en el Nordeste de Brasil.

sus mastuerzos innombrables, de sus berros amargos, de sus espinacas insignificantes, ni del carurú, las espinacas chinas o la *trapoiraba*<sup>9</sup> de los baños, que tiene una flor galante, pero que, a fin de cuentas, es un hierbajo. ¡Esa huerta paradisiaca que él se ufanaba de cultivar! La distribución de los premios lo mostraría.

Podía concluir volviendo al viejo tema de la alabanza en boca propia; prefirió una simple bomba cualquiera de retórica, porque el maestrículo Venancio iba a hablar también y, en su calidad de paje por dedicación, siempre disputaba uno de los extremos de su manto de glorias para alzarlo.

Siguieron algunas piezas de la banda del Ateneo y los himnos escolares.

Decían que Aristarco había mandado insertar un solo de zambomba en la parte concertante para exhibir a su yerno. Burlas.

La premiación fue exuberante, como debía ser. Aristarco leyó un informe del movimiento literario durante los últimos dos años. Recordó el nombre de los alumnos que habían obtenido medallas de oro y plata desde la fundación de la casa e invitó al secretario a llamar, siguiendo el orden de sus méritos, a los nuevos premiados. Una lista extensa. Por cada nombre bajaba un alumno, blanco de emoción, dando pasos torpes, y transponía la arena.

A la izquierda del trono había una mesa larga, donde estaban sentados el excelentísimo ministro del imperio y varios figurones de la Instrucción Pública.

Ante ellos, ocultándolos, elevada, se alzaba una pirámide verde de coronas de roble, papel y alambre, y otra de coronas de oro, *idem, idem*. Oro para los de medalla, roble para el resto, en abundancia.

<sup>9</sup> Hierba medicinal.

En el estrado, a poca distancia, montones de libros lujosamente encuadernados. El premiado recibía tres, dos, uno de aquellos volúmenes, la medalla, la mención honorífica, un sermoncito amable del ministro, y salía mareado con todo aquello.

Cuando ya estaba en camino, por la espalda y a traición, un inspector le metía una de las diademas de papel. Se la hundía hasta los ojos cuando era demasiado grande, y peor aún cuando era pequeña, porque el mísero laureado tenía que equilibrarla hasta llegar a las gradas.

El público aplaudía, tal vez el premio, tal vez la suerte.

Ribas, Mata el Jorobadito, Nearco —el Saulo de las distinciones— y otro más obtuvieron medalla de oro. Rómulo, Malheiro, Clímaco, Sanches, Maurilio, Barreto y otros quince, medalla de plata. Egbert, Cruz el de la doctrina, el azafranado Barbalho, Almeidainha, Negrão, yo y muchísimos más, una simple mención honorífica. A los no contemplados les quedaba el consuelo de ser un simple contrapeso en la justicia distribuida.

Entre la masa de invitados, varios cientos de representantes de la buena sociedad, había personajes verdaderamente notables; figuras con títulos de sólida grandeza; millonarios con títulos aún más sólidos; personajes políticos de hermosa estampa y tradiciones sonoras: unos exhibiendo en la frente las nieves meditaundas del hibernal senado, otros, la energía juvenil de la cámara provisional; médicos que se habían vuelto célebres gracias a sus hazañas quirúrgicas o, simplemente, gracias a la recíproca vivisección de deshonras por encomienda en plena plaza pública.

Había periodistas, literatos, pintores, compositores; entre las señoras, acumuladas principalmente en las gradas especiales, se distinguían perfiles soberbios de reinas en plena eflorescencia de la hermosura, que la claridad blanda del lugar vaporizaba iluso-

riamente; había ostentaciones de pedrería y vestuarios que impresionaban; había juventudes de labios y mirada enervantes o arrebatadores; morenas que forzaban mágicamente el sopor de la siesta sensual bajo la caricia oportuna de un minúsculo pie victorioso; rubias que invitaban a un enlace de éxtasis hasta las nubes, ¡más alto!, hasta el retiro etéreo donde viven su amor las estrellas dobles... Pero ése no era el gran atractivo. Para nosotros nada podía alzarse ni un palmo por encima de la perspectiva general de la multitud; nuestra gran inquietud era el poeta. “¡El poeta!”, murmuraba el colegio, unos buscándolo, otros señalándolo. Era aquel que estaba de pie, con la mano en la cadera, vistoso en el palenque del profesorado, entornando hacia ambos lados, sobre las personas más cercanas, una asombrosa profusión de patillas.



De entre las patillas, como un gorjeo del bosque, salía una nariz alejandrina con dos hemistiquios, artísticamente larga, que disimulaba el caballete de la cesura conforme la última moda del Parnaso.<sup>10</sup> En la raíz del poético apéndice brillaban dos ojos vivísimos, redondos, de búho, como los de Minerva. Y tenían

<sup>10</sup> Alusión al parnasianismo, escuela literaria que llegó a gozar de gran popularidad en Brasil durante los últimos decenios del siglo XIX. Era frecuente que



tanta vida al fondo de las órbitas cavas, que bien podía verse allí cómo debe brillar el fondo en la fisonomía de la estrofa. ¡El gran doctor Ícaro de Nacimiento! Venía al Ateneo exclusivamente para declamar un poema famoso que desde hacía algún tiempo era el éxito obligado en las fiestas escolares de Río: “El maestro”. Inmediatamente después de los premios le cedieron la palabra.

Durante media hora sucedió algo extraño: una convulsión angustiosa de barbas en el espacio. Creciente. Desapareció el poeta, desapareció el palenque, se llenó el anfiteatro; desaparecieron el trono con Su Alteza regente y la larga mesa con Aristarco y el excelentísimo del imperio; se ovillaron las graderías; todo desapareció en una expansión incalculable de patillas, jubileo de mentones. No se veía a nadie más, nada más en aquel caos tormentoso de pelos, donde una voz pasaba atronadora, carga tremenda de escuadrones por la noche espesa, clavando versos como patadas, aplastando, rompiendo adelante.

Hasta que volvimos a ver la nariz. Las barbas se calmaron un poco. Se recogieron, como una inundación que se retira. Había acabado el poema. Nadie entendió ni una palabra de aquel griterío, pero la impresión fue formidable.

Después de una pausa musical, que fue como un descanso reparador, siguió la inauguración del busto. Le dieron la palabra al profesor Venancio.

Aristarco, en la gran mesa, sufrió su segundo estremecimiento de terror durante aquella solemnidad. Hizo un esfuerzo, se preparó. A veces, para arrostrar el encomio cara a cara, se requiere tanta bravura como para enfrentar las agresiones. También la vanidad se acobarda. Venancio iba a hablar: ¡valor! La

los poetas parnasianos, exigentes cultivadores de formas métricas rígidas, escribieran en versos alejandrinos.



oscilación del turíbulo puede causar náuseas. Temía algo que quizá fuera la jaqueca de los dioses: mareos por el mucho incienso. Le gustaba inmensamente el elogio. Pero Venancio era demasiado. ¡Y allí, ante aquel mundo de gente! ¡No importa! Viva el heroísmo.

Lo conveniente era asumir una actitud lo bastante severa y olímpica para corresponder a la glorificación de Venancio. Listo.

El orador acumuló paciente todos los epítetos de engrandecimiento, desde el raro metal de la sinceridad hasta el cobre dúctil, cantante, de las adulaciones. Fundió la mezcla en una hoguera de calurosos énfasis y forjó la masa como un cíclope, largamente, hasta acentuar la imagen monumental del director.

Pasado el primer recelo, Aristarco se olvidaba en la delicia de una metamorfosis. Venancio era su escultor.

La estatua ya no era una aspiración: estaban forjándola allí mismo. El director sentía cómo se le metalizaba la carne a medida que Venancio hablaba. Comprendía a la inversa el placer de la transmutación de la materia bruta penetrada y animada por el alma artística: una frialdad de hierro le congelaba los miembros; en las manos, en el rostro y la epidermis observaba, adivinaba reflejos nunca antes vistos de pulido. Se le consolidaban los pliegues de la ropa en drapeados resistentes y fijos. Se sentía extrañamente macizo por dentro, como si hubiera bebido yeso. La sangre se le detenía en las arterias comprimidas. Perdía la sensación de la ropa; se empedernía, se mineralizaba entero. No era un ser humano: era un cuerpo inorgánico, un peñasco inerte, un bloque metálico, una escoria de la fundición, una forma de bronce que vivía la vida exterior de las esculturas, sin conciencia, sin individualidad, muerto sobre la silla... ¡oh, gloria!, pero convertido en estatua.

—¡Coronémoslo! —vociferó de pronto Venancio.

En ese instante, Clímaco, estratégicamente apostado, jaló con fuerza un cordón. Del dilacerado forro verde emergió la sorpresa: el busto que se ofrendaba. Un poco de sol rastrero, perforando la lona, iba a despedazarse por encargo contra el metal nuevo.

—¡Coronémoslo! —repetía Venancio, entre un vendaval de aclamaciones. Y sacando de la tribuna una espléndida corona de laureles que nadie había visto, la puso sobre la figura.

Aristarco volvió en sí. Toda la oración encomiástica de Venancio se refería al busto. ¡Ninguno de esos hermosos apóstrofes era para él! Sintió celos. El placer de la metamorfosis había sido una alucinación. El aclamado, el endiosado era el busto: él seguía siendo el pobre Aristarco mortal, de carne y hueso. Hasta Venancio, el fiel Venancio, lo abandonaba. ¡Y por eso, por esa cosa mezquina sobre la peana, por aquel pedazo de Aristarco, que ni siquiera era humano!

En cuanto acabó de hablar el profesor, todos vieron a Aristarco levantarse, atravesar frenéticamente el espacio alfombrado y arrancarle al busto la corona de laureles.

Todos alabaron la magnanimidad de su modestia.

Pero el día acabó insípido para el director. Rumiaba confusamente la tristeza de aquella nueva rivalidad: el bronce invencible.

¿Por qué no usan los grandes hombres pedestales en vez de poltronas?

¿De qué sirve la estatua, si no somos nosotros? La adopción del pedestal en el mobiliario al menos tendría la ventaja de facilitar la degustación de la gloria de cuando en cuando, de la gloria efectiva, de la gloria actual, de la gloria práctica.

La columna estaría allí, en un rincón. Tan pronto como viniera la necesidad, nada más fácil: se encaramaría uno en el montículo, ensayaría la postura y esperaría inmóvil a que cediera el espasmo. ¡Pero no!, fuerza era aceptar la amarga verdad.

El monumento prescinde del héroe, lo desconoce, lo depone por sustitución, lo subyuga, lo anula.

¡Por todos los diablos! ¿Por qué tiene que ser la inmortalidad un trozo de mármol sobre un difunto?

Por la nochecita se retiraban los invitados, las familias, multitud confusa de alegrías y despechos. Las madres acariciando mucho a su hijo sin premio, los padres odiando al director, mi-

rando como vencidos a los que pasaban satisfechos; los padres de los colegas del hijo, más orgullosos por la humillación ajena que por su propia victoria.

Al margen del torrente de los que se iban, un poco más allá de la entrada del anfiteatro, me mostraron una familia humilde, de luto, en un rincón: era la familia de Franco. El desembargador sostenía el sombrero en la mano, olvidando cubrirse. Hombre bajo, de fisionomía agobiada, largas barbas canas, calvo, ojos pequeños, párpados abultados.

Venía de Mato Grosso un año después de lo planeado. El tutor le había dado la noticia.

Andaba ahora mostrándole a su familia la ciudad de Río. Había venido a la fiesta del colegio, a la escuela de su hijo, para distraer a su hija, la raptada, que estaba allí con su madre y sus dos hermanas menores, muy pálida, flaca, sumida en un ensimismamiento sombrío, incurable de melancolía y mutismo, con las pestañas caídas y la mirada fija en la tierra, como quien espera encontrar algo.

## ♦ XII ♦

Música extraña en la hora cálida. Debía ser Gottschalk.<sup>1</sup> Aquel esfuerzo agónico de los sonidos lentos, dolientes, deliciosa angustia del gozo extremo en que podría quedar la vida, porque habría sido una conclusión triunfal. Notas graves, una, otra; pausas de silencio y tiniebla en que el instrumento sucumbe, y luego un día claro de renacimiento que ilumina el mundo como el instante fantástico del relámpago y que la oscuridad abate de nuevo...

Hay reminiscencias sonoras que se vuelven perpetuas, como un eco del pasado. El piano a veces me recuerda aquella fecha, la hace resurgir.

Desde el profundo reposo decaído de la convalecencia, desde aquella serenidad extenuada en que la fiebre nos deja infantilizados en la debilidad como si recomenzáramos la vida, inermes ante las sensaciones por un refinamiento mórbido de la sensibilidad, yo aspiraba la música como la embriaguez dulcísima de un perfume funesto; la música me envolvía contagiándome su vibración como si hubiera nervios en el aire. Las notas, distantes, me crecían en el alma con una resonancia enorme de cisterna. Sufría, como las palpitaciones fuertes del corazón cuando el sentimiento se exagera, la sensualidad disolvente de los sonidos.

<sup>1</sup> Louis Moreau Gottschalk (1829–1869) fue un compositor originario de Nueva Orleans famoso por su virtuosismo en el piano y por la influencia latinoamericana de sus piezas. Murió prematuramente durante una gira en Río de Janeiro.

Laxo, sobre las sábanas, en una comodidad ideal de túmulo, pues mi voluntad había muerto, dejaba que el encanto me martirizara. La imaginación huía libre, con las alas crecidas.

Y reconocía visiones antiguas en el techo de la enfermería, en el papel tapiz de un rosa desmayado, color peculiar, enfermo y pálido... Aquel rostro blanco, cabellos de ondina partidos por el medio, sueltos, negrísimos, desatados sobre los hombros: mi adorada de los siete años, que me tenía una estrofa, parodia de un *almanak*,<sup>2</sup> la verdad sea dicha, y que le había entregado —¡sangriento escarnio!— su propio novio; otra igualmente clara, la pequeñita, la muerta a quien yo tanto había apreciado, cuya existencia había sido en el mundo como el vuelo de los vestidos que los sueños se llevan, como la frase huidiza de un himno de ángeles que el azul embebe... Otros recuerdos confusos, precipitados, mutaciones suaves, incansables, de nubes que fascinaban con el vértigo de la elevación; fugas lisas por un plano oblicuo de vuelo, oscilación serena de un prodigioso aerostato en plena atmósfera...

Panoramas completos, una despedida, abrazos, lágrimas, el *steamer*<sup>3</sup> negro sobre el agua color esmeralda, inquieta y sin fondo, la rejilla de cuerdas blancas que cercaba la popa, los salvavidas como grandes collares aplanados, cabos que se perdían en lo alto, cadenas que se disolvían en la espesura vítrea del mar; la cámara dorada, baja, sofocante, el torbellino de los que se acomodan para quedarse, de los que se apresuran a bajar a los botes...

Una ventana. Abajo, el espacioso asoleadero; al frente, mangos que redondeaban su copa sombría contra el lienzo nítido del cielo; más allá de los mangos, conglobaciones de cúmulos

<sup>2</sup> “Almanaque”, en árabe (lengua de la que procede el vocablo).

<sup>3</sup> Barco de vapor.

que crecían a ojos vistas, floresta colosal de plata; del otro lado, montañas arboladas que exponían aquí y allá protuberancias pectorales de herrumbre, como armaduras viejas. En el asoleadero, tendidas, piezas de ropa irisadas de jabón, medias largas con borda roja desenrolladas sobre la hierba, añorando la piedad ausente, grandes sábanas, vestidos rugosos de tan mojados; encima del asoleadero, cuerdas; en las cuerdas, blusas transparentes y escotadas, de encaje, sin mangas, lagrimeando espacientemente el lavado, como si sudaran al rayo del sol la transpiración de muchas fatigas; faldas blancas que bailaban en la brisa el recuerdo coreográfico de la *soirée* más reciente.

Cuando el viento era más fuerte, henchía las ropas extendidas, inflamando vientres de mujer en las faldas y en las blusas. Ángela aparecía. Siempre en su rayo de sol, como las hadas en un rayo de luna. Me saludaba por la ventana con una de sus exclamaciones vivas de niño sorprendido. Sin chaqueta; en las manos, apilados, dos montones de ropa enjuagada. Ayudaba a la lavandera para distraerse. Hablaba mirando hacia arriba, enfrentando el día sin cubrirse los ojos.

Estaba fastidiada. ¡Qué pereza! ¡Qué pereza! ¡Qué ganas de recostarse en un regazo! Comenzaba sus infinitas historias narradas despacio, como derretidas en su labio caliente, muy repetidas, de cuando era pequeña: aventuras de la inmigración, casas donde había trabajado; contaba el origen del drama del año anterior... Había tratado de apaciguarlos para ver si las cosas llegaban a buen término; la desgracia no lo quiso. Ahora, a decir verdad, le gustaba más el que había muerto. El asesino era muy malo, le exigía cosas como si fuera una esclava. Era bruto, bruto. Pero era de España, compañero de viaje ¡y un hombre hermoso! Galán, ya lo sabía yo; pero la maltrataba, la golpeaba, la empujaba: mira, todavía tenía marcas, y levantaba cándidamente el ves-



tido para mostrar, en la rodilla, en el muslo, cicatrices, manchas antiguas que yo no veía en lo absoluto, ni ella.

La música cesaba...

Las venecianas abiertas dejaban entrar la claridad del tiempo. Entraba también un bisbiseo imperceptible de árboles que hablaban a lo lejos, gorjeos sibilantes de pájaros, gritos humanos indistintamente atenuados por la inmensa distancia, pequeños golpes de picapedrero, temblor de carros en las calles, miniatura extrema del trueno, fracciones ínfimas de vida pulverizadas en la luz...

La puerta de la enfermería se franqueaba despacito y, con su *matinée*<sup>4</sup> de muselina elegante y suelta, aparecía la amable señora. Venía a ver si estaba dormido, a averiguar cómo me encontraba.



Bastaba su presencia para reanimarme en el lecho. Tan buena, tan buena en su cariño de enfermera, de madre.

Junto a la cama, un velador modesto y una silla. Ema se sentaba. Posaba los codos en el borde del colchón, la mirada en mis ojos: aquella mirada inolvidable, negra, profunda como un abismo, bordada con

todas las seducciones del vértigo. Yo no podía resistir. Cerraba los párpados; sentía todavía sobre el párpado, con el hálito de terciopelo, la caricia de aquella atención.

Pasado algún tiempo, la señora, para ver si tenía fiebre, demoraba sobre mi frente su pequeña mano, finísima, fresca, deliciosa como una diadema de felicidad.

<sup>4</sup> Bata.

Yo me perdía en una somnolencia sin nombre, que no han sido capaces de producir ni los más suaves vapores del narcotismo oriental.

Con el régimen fortificante de esta terapia, recobraba rápidamente la salud.

Inmediatamente después de la fiesta de la educación física, que fue algunos días después de la gran solemnidad de los premios, me había enfermado. Sarampión, ni más ni menos. Mi padre había viajado a Europa debido a sus padecimientos y se había llevado a la familia con él. Yo me había quedado en el Ateneo, confiado al director como si se tratara de mi tutor.

Media docena de muchachos me acompañaba. ¡Qué soledad tan terrible, el Ateneo desierto! En el patio, el silencio dormía bajo el sol como un lagarto. Deambulábamos bostezando por los salones desmontados, desnudos, los pupitres amontonados en un rincón. En el encalado quedaban tan sólo los clavos de los mensajes y algunos cuadros de máximas; para mayor insipidez, los consejos morales más necios. En los dormitorios, las camas deshechas mostraban el esqueleto de fierro pintado, la cuadrícula de placas cruzadas. Comenzaba un amplio trabajo de lavado, barnizado, encalado; algunos pintores vinieron a reformar las fachadas del edificio que se remodelaban todos los años.

Los tristes reclusos de las vacaciones permanecíamos en medio de aquella restauración general como cosas viejas, del año pasado, con el deplorable inconveniente de que no nos podían encalar ni pintar de nuevo.

En esta situación, como por el excesivo brillo de las paredes insoladas, que agitaban fulgores entre la melancolía tibia de los cerros circunvecinos, comenzaron a dolerme los ojos hasta las lágrimas; un desagradable sabor de castañas crudas me forró la

lengua. ¿Sería ése el sabor del aburrimiento? Me pesaba la cabeza, el cuerpo entero, como si estuviera cubierto de plomo.

Así pasé algunos días, sin quejarme. Cierta mañana, descubrí en mi cuerpo un hormiguero de puntitos rojos. Aristarco hizo que me recluyeran en la enfermería, un ala de su residencia que se prolongaba hacia el área de la natación. Vino el médico; el mismo de Franco. No me mató. Doña Ema fue mi verdadero auxilio. Sabía celar, animar y acariciar tan bien, que la agonía misma había sido una resurrección bajo su cuidado.

La enfermería era una simple ala de la casa, una especie de pabellón lateral al que se entraba independientemente por la quinta y comunicado por dentro con las otras piezas.

La señora no abandonaba la enfermería. Vigilaba mi sueño, mis crisis de delirio, como una hermana de la caridad.

Aristarco aparecía solemnemente a veces, sin demorarse. Ángela nunca. Le habían prohibido la entrada.

Junto a la cama, doña Ema se conmovía al ver la postración pálida con que reabría los ojos tras uno de esos periodos de sueño de los enfermos, que tanto se parecen a la muerte. Sacaba mi mano, la retenía entre las suyas, pasaba el tiempo; le relucía en la mirada un brillo de llanto. Ella misma traía los alimentos de la dieta; ella me los servía. A veces, por un juego cariñoso, intentaba darme el alimento en la boca, la cucharadita de sagú, que probaba primero, con un adorable mohín de beso. Si necesitaba trasladarse por el aposento para cambiar un frasco o entreabrir la ventana, caminaba como una sombra por un suelo de paina.<sup>5</sup>

Yo me sentía deliciosamente pequeño en aquel círculo de acogimiento, como en un nido.

<sup>5</sup> Copo algodónoso que produce el palo borracho, usado para rellenar almohadas, entre otras cosas.

Cuando empecé a convalecer, la graciosa enfermera se volvió alegre. A escondidas del médico me embriagaba con aquella medicina de risas, gargareo inimitable de perlas, por cualquier pretexto. Parloteaba, se agitaba como un pájaro enjaulado. A veces, para arrullarme, cantaba canciones desconocidas tan fina y sutilmente que los sonidos casi morían en sus labios, blandos como el aleteo blando de la mariposa que expira. Cuando creía que me había dormido, me acomodaba la colcha sobre el hombro, alisándola sobre mi cuerpo. Una vez me besó la sien. Y se retiraba imperceptiblemente, se evaporaba.

Por un azar de la distribución acústica en los compartimentos de la casa, el sonido del piano del salón se oía bien, agradablemente mitigado. La amable señora, para mandarme desde su ausencia algo que aún fuera acariciador y amable, traducía en el teclado, con la misma blandura sentida, las canciones que sabía entonar. Ninguna violencia de ejecución. Sentimiento tan sólo, sentimiento, sucesión melódica de sonidos profundos, destacados como el repiqueteo de los bronces en noviembre; después, una resplandeciente sarta de lágrimas cosechadas en un lago de reposo final, sereno, consolado... efectos conmovedores de la música de Schopenhauer;<sup>6</sup> forma sin materia, turba de espíritus aéreos.

La primera vez que me levanté, trémulo de debilidad, Ema me amparó hasta la ventana. Eran las diez. Había todavía una frescura matinal en la tierra. Ante nosotros, el jardín verdeguante, constelado de margaritas; después, un muro de hiedra y bambúes a la derecha; una parte del prado del frente; después,

<sup>6</sup> Referencia a la teoría del filósofo alemán Arthur Schopenhauer (1788–1860), según la cual la música es cualitativamente superior a las demás artes, ubicándose al mismo nivel que las Ideas platónicas como objetivación inmediata de la voluntad.

casas, torres, más casas allá adelante; tejados que se perdían en la distancia, la ciudad. Todo me parecía desconocido, renovado. Aquel espectáculo se cubría de un curioso esplendor. Era la primera vez que me encantaban a tal punto las gradaciones del verde: el verdinegro vidriado, reluciente, de la hiedra; el verde flotante, más claro, de los bambúes; el verde clarísimo del campo a lo lejos, sobre el muro, con todo el fulgor de la mañana. Techos de casas, ¡qué novedad! ¡Qué novedoso el perfil de una chimenea rayando el espacio! Ema se entregaba, como yo, al placer de los ojos. Me sostenía en un suave abrazo; me tocaba con su cadera en reposo.

Absorto en la contemplación de la mañana, penetrado de ternura, incliné la cabeza hacia el hombro de Ema como un hijo y entrecerré los párpados: vi el campo, los techos rojos, como cosas soñadas en una lejanía infinita a través de un tejido vibrátil de luz y oro.

Desde aquella ocasión, la compañía de la buena señora se convirtió para mí en una necesidad desesperada. ¡No! ¡Nunca había amado así a mi madre! Ella estaba entonces de viaje por países remotos, como si ya no viviera para mí. No me hacía falta. Yo no pensaba en ella... Aquella mirada negra, bella, poderosa, había oscurecido mis recuerdos como se disipan en la noche las líneas, las formas, los perfiles, los tintes en el aniquilamiento uniforme de la sombra... Era muy poco un resto deshecho de nostalgia para aquella inercia intensa, que avasallaba.

Sólo me atenazaba un terror, alarma eterna de los felices, acidez insanable de los mejores días: que aquella situación se destruyera súbitamente. Mi convalecencia progresaba; era una lástima.

Mi mundo se limitaba al pequeño aposento de la enfermería. Mi pasado eran los recuerdos del día anterior: una caricia

especial de Ema, una actitud seductora que se me clavaba en la memoria como una visión presente, las dos cavernuelas, que yo besaba, que los codos de Ema dejaban en el colchón presionado cuando se iba, después de su última visita nocturna, en que se quedaba como esperando que me durmiera, con el rostro apoyado en las manos, los brazos sobre la cama, imponiéndome el letargo magnético de su vasta mirada.

Mi futuro era el despertar precoz; la ansiada esperanza de su primera visita. Saltaba de la cama, abría imprudentemente el ventanal, la veneciana. Todavía oscuro. Una luz al frente, lejana, irradiaba solitaria, reforzando la oscuridad por contraste. Por todas partes, el firmamento limpio. El más completo silencio. Podría sentirse, en el silencio azul de las alturas, la crepitación de las estrellas al arder.

Yo volvía a mi lecho. Esperaba. Ya no dormía. Al cabo de mucho tiempo, la primera manifestación de la alborada entraba en la enfermería; se acercaba a las sábanas, con cuidado, como una insinuación derramada de leche. La arboleda se movía afuera con el bullicio progresivo del follaje que despierta. La luz, amable, recelosa, se desenrollaba dulcemente por el piso y las paredes.

Había en el aposento un gran cromo que representaba un paisaje: al fondo, montañas de nieve; más a la vista, una vivienda desmantelada, una cascada de añil y pinos espectrales, fatigados, encanecidos por un siglo de tormentas. La madrugada subía al cuadro como si amaneciera también en la región de los pinos. Yo, esperando. La madrugada progresaba.

La vegetación se ponía el penacho de los colores diurnos. Dialogaba el primer trino de los pájaros. Yo, esperando aún. Y ella venía... con la aurora.

Una vez me trajo una carta, de París, de mi padre.

“...Salvar el momento presente. La regla moral es la misma de la actividad. Nada para mañana de lo que puede hacerse hoy; salvar el presente. Que no te preocupe nada más. El futuro es corruptor, el pasado es disolvente, sólo la actualidad es fuerte. La nostalgia, una cobardía; la aprehensión, otra cobardía. El día de mañana transige; el pasado entristece y la tristeza afloja.

”Nostalgia, aprensión, esperanza: vanos fantasmas, proyecciones inanes de espejismo; vive sólo el instante actual y transitorio. ¡Tienes que salvarlo! Salvar al náufrago del tiempo.

”En cuanto a tu línea de conducta: sigue adelante. Es la lógica honesta de las acciones.

”En la línea del deber, hacia adelante es lo mismo que hacia arriba. En general, el gasto de heroísmo es nulo. Piensa en esto. Para que la mentira prevalezca, es necesario un sistema completo de mentiras armónicas. No mentir es simple.

”...Estoy en una gran ciudad, interesante, ajetreada. Las casas son más altas que allá; los techos, en compensación, más bajos. Se diría que el piso de arriba nos aplasta. Y como cada cual tiene sobre la cabeza un vecino más pobre, parece que la opresión, aquí, es el peso de la miseria sobre los ricos.

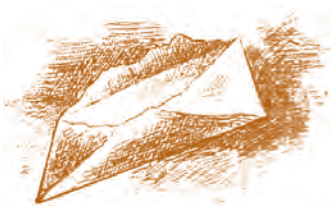
”La agitación no me hace bien.

”Abro la ventana hacia el *boulevard*; una efervescencia de animación, de ruido, de gente, la fiesta luminosa de los negocios, de los intentos, de las fortunas... Pero todos vienen, pasan frente a mí, se alejan, desaparecen. ¡Qué espectáculo para un enfermo! Parece que es la vida la que huye.

”Te doy mi bendición...”

Momento presente... Tenía aún contra la cara la mano que me había dado la carta; contra la cara, contra los labios, venturosa, ardentemente, como si aquello fuera el momento, como si bebiera en la linda cuenca de su palma el gozo inmortal de la verdad viva.

—Ah, todavía tienes un padre —dijo Ema—, una madre querida, hermanos que te aman... Yo no tengo nada; todos muertos... A veces se me aparecen por la noche... sombras. No tengo a nadie. Estoy de más en esta casa... Pero dejemos esas cosas... No sabes lo que es un corazón aislado como yo... Todos mienten. Los que se acercan son los más traidores...



La convivencia cotidiana en la soledad del aposento había establecido entre nosotros la entrañable familiaridad de los matrimonios.

Ema afectaba ya no tener conmigo las tacañerías de amiga íntima.

—Sergio, hijito mío —me daba los buenos días.

Salía. Volvía fresca, con la gran sonrisa vernal escarchada aún por el rocío de las abluciones. Reía sin causa, por la claridad feliz de la mañana, por verme fuerte, casi restablecido.

Se inclinaba expansiva, esplendiendo su hermosura sobre mí desde el cuello del *peignoir*,<sup>7</sup> como el derramamiento de flores de una cornucopia.

Tomaba mi frente entre sus manos, la pegaba a la suya; retrocedía un poco y me miraba de cerca, muy adentro de los ojos, en un encuentro extático de miradas. Acercaba su rostro al mío y relataba, labios sobre labios, mimosas historietas sin texto, en que hablaba más la vivacidad sanguínea de su boca que la imperceptible confusión de gorjeos canturreando en su garganta como un collar sonoro.

Yo le parecía pequeñito, pequeñito. Se sentaba en la silla. Me tomaba en su regazo, me acunaba, me sacudía contra su seno

<sup>7</sup> Especie de bata o camisón que las mujeres solían vestir al despertar.



como a un recién nacido, inundándome de cálidas irradiaciones de maternidad, de amor. Se soltaba el cabello y, con un ligero movimiento de la espalda, hacía caer sobre mí una tienda oscura. Desde arriba llegaba a mis mejillas el aliento tibio de su respiración. Al fondo de la tienda, inseguro como en los sueños, veía el fulgor sideral de dos ojos.

Pero sería necesario que supiera herirme el corazón y escribir con mi propia vida una página de sangre para relatar la historia de los días que siguieron, los últimos días...

Y todo acabó con un final brusco de mala novela...

Un grito repentino me estremeció en el lecho:

—¡Fuego! ¡Fuego!

Abrí violentamente la ventana. El Ateneo ardía.

Las llamas se elevaban sobre el chalet hacia el edificio principal. Un inmenso globo de humo convulsionaba en los aires; tenebroso en la copa, que parecía llegar al cielo, e iluminado en la base por un destello cobrizo.

En la casa de Aristarco reinaba el mayor silencio.

Las puertas abiertas, todos habían salido. Me precipité hacia afuera de la enfermería.

Entre los reclusos de las vacaciones había un muchacho inscrito hacía poco: Américo. Venía del campo. Su contrariedad fue evidente desde el primer día. Aristarco intentó ablandarlo. Imposible; estaba cada vez más irritado. No hablaba con nadie. Ya era grande y parecía de una robustez poco común. Todos lo miraban como a una fiera digna de respeto. Un día desapareció. Pasado algún tiempo, tres personas lo trajeron de vuelta: el padre, el tutor y un criado. El muchacho, amarillo, con manchas rojas y movedizas en el rostro, se mordía los labios hasta hacerse daño. Su padre pidió que lo trataran con toda la severidad posible. Aristarco, que tenía veleidades de amansador, vanaglo-

riándose de saber aplicar una irresistible combinación de energía y modos amorosos, tranquilizó al hacendado:

—Los he visto peores.

Cargando su mirada con toda la intensidad de la fuerza moral, sostuvo al discípulo firmemente por el brazo y lo obligó a sentarse.

—¡Aquí te vas a quedar, hijo mío!

El muchacho se limitó a responder, cabizbajo, poseído de una repentina complacencia:

—Sí, aquí me voy a quedar.

Dicen que su padre lo había tratado terriblemente cuando lo vio llegar a casa, evadido.

Al acercarse la fiesta de los premios, el caso del desertor cayó en el olvido y nadie fue mejor ejemplo de cordura que él.

El Ateneo ardía, en efecto. Transpuse corriendo la puerta que comunicaba la casa de Aristarco con el colegio.

Aún no habían iniciado formalmente los trabajos para extinguir las llamas. La mayor parte de los criados estaban de licencia por las vacaciones; los pocos que quedaban, caminaban como locos, inseguros, gritando: ¡fuego!

Encontré a Aristarco en la terraza lateral, agitado, pidiendo a gritos las bombas, que estaba perdido, ¡que aquello era su desgracia completa! A su alrededor, gente del pueblo, que había acudido, trabajaba para salvar la oficina antes de que llegaran las llamas. El incendio había iniciado en el zaguán de las palanganas.

Para mayor desastre, ardía también, en el patio, una gran cantidad de madera que había quedado de las gradas, calentando las paredes cercanas, resecaando la viguería y favoreciendo la propagación del fuego.

El susto me había sorprendido a tal punto que no tenía una conciencia precisa del momento. Me abandonaba observando

el vuelo de aquellos dragones dorados sobre el Ateneo, aquellas salamandras inmensas de humo que despegaban hacia lo alto, desdoblándose en contorsiones monstruosas, hundiéndose en la sombra cien metros más arriba.

Una multitud había invadido el jardín: el barrio entero acudía. Vociferaban lamentos, clamaban pidiendo auxilio. Dominando la confusión de las voces, sonaba el silbato alarmado de la policía, cortante, eléctrico, y el repique plañidero de una campana a lo lejos, como el desconsuelo de un paralítico que hubiera querido asistir.

El fuego nutría ímpetus de entusiasmo, como alegrado por sus propios destellos, ofendiendo a la noche con el azote de las llamaradas.

Sobre el patio, sobre el jardín, sobre toda el área circundante llovían chispas; la suavidad de su caída contrastaba con los tempestuosos arrojados del incendio. Por todas partes caían escorias incineradas que la atmósfera encendida ahuyentaba hacia lo lejos como si fueran las hojas secas de un inmenso árbol sacudido.

Cuando aparecieron las bombas, ya hacía mucho que habían comenzado los derrumbes. Cada cierto tiempo, un estruendo prolongado de descarga, a veces sordo, estremecía el suelo como una explosión subterránea. A veces, con un nuevo arranque de las llamas, la columna ardiente crecía mucho y era posible ver los árboles aterrorizados, inmóviles; los más cercanos, chamuscados por las oleadas de aire tórrido que el incendio despedía. Las alamedas, súbitamente iluminadas, multiplicaban los rostros lívidos, expectantes. En la calle se oían las arcadas presurosas de una bomba a vapor; las mangueras, como serpientes interminables, se insinuaban por el suelo, se arrimaban a las paredes, desaparecían por alguna ventana. En las cornisas, destacados como siluetas sobre los tintes horribles del incendio, se movían los bomberos.

Se había perdido por completo el ala principal del edificio: la sala de entrada, la capilla, todos los dormitorios de la primera y segunda clase. Un equipo de rescate intentaba aislar el refectorio y las salas aledañas entregándose a un trabajo de vandalismo absoluto, abatiendo el tejado, cortando las vigas, destruyendo los muebles.

A la terraza lateral, donde Aristarco permanecía impasible bajo la lluvia ardiente de las chispas, llegaban, uno tras otro, los destrozos miserandos que habían podido salvarse: armarios rotos, aparatos, cuadros de enseñanza inutilizados, mil fragmentos irreconocibles de pedagogía tostada.

El frente del Ateneo presentaba el aspecto más terrible. En varios puntos del tejado, como columnas retorcidas, se enroscaban gruesas erupciones de humo; por las ventanas superiores, el humo irrumpía en brazos inmensos, que parecían sostener la mole incalculable de vapores allá arriba. Con la falta de viento, las nubes, acumuladas y comprimidas, parecían consolidarse en pavorosos peñascos inquietos. Por las ventanas del primer piso aparecían llamas que tiznaban los umbrales, ennegreciendo los maderos. Al contacto con el fuego, los ventanales estallaban. En la tempestad de rumores se distinguía el ruido cristalino de los vidrios sobre piedra de los balcones, como brindis perdidos de las saturnales de la devastación.

En los sitios que aún no habían sido afectados, bomberos y otros voluntarios lanzaban hacia afuera camas de hierro, trastes diversos, veladores que iban a despedazarse en el jardín, con un estrépito de aplastamiento. Las imágenes de la capilla se habían salvado al principio del incendio. Estaban puestas en fila al sereno, en los márgenes de un prado, vueltas hacia el edificio como si se entretuvieran con el espectáculo. La Inmaculada Concepción lloraba. San Antonio, con el niño Jesús en el regazo, era el más abs-

tracto, equilibrando a duras penas una aureola desproporcionada, ofreciendo ante aquellos terrores un ejemplo de impasibilidad con la sonrisa imbécil que le había prestado algún santero canalla.

El trabajo de las bombas, en aquel tiempo de circunscripciones legendarias, era una vergüenza. Los incendios se acababan por agotamiento. La simple presencia del coronel excitaba las llamas como una impertinencia de petróleo. Se sabía que el incendio cedía más fácilmente sin los esfuerzos de los profesionales de la manguera.

En el siniestro del Ateneo, la cosa fue evidente. Después de las bombas, la violencia de las llamas llegó a su auge. Del interior del edificio, como de las entrañas de un animal moribundo, brotaba un rugido sordo y vasto. Por las ventanas sin batientes, sin bandera, sin vidrios, estalladas, carbonizadas, se veía arder el techo; el tejado se desmembraba, se abría en bocas hambrientas hacia la noche. Los barrotes, sobre braseros invisibles, como animados por el dolor, se retorcían en crispaciones pavorosas, precipitándose en el sumidero.

Entre la multitud se comentaba, se explicaba y se definía el incendio.

—¡Menos mal que el desastre sucede en tiempo de vacaciones! Dicen que fue a propósito.

Se afirmaba que el fuego había comenzado en una sala donde estaban apilados los colchones que habían retirado para limpiar la casa. Decían que había iniciado simultáneamente en varios rincones, por aberturas del tubo de gas cerca del suelo. Algunos sospechaban de Aristarco y aventuraban consideraciones sobre las circunstancias financieras del establecimiento y los lujos del director.

La noticia del incendio, pese a la hora, se había difundido en gran parte de la ciudad. En las calles del suburbio había un aje-

treo de fiesta. Gran número de alumnos había acudido para presenciárselo. Algunos se empeñaban con valor en el trabajo. Otros rodeaban al director, en silencio, o hacían exclamaciones incoherentes manifestando los síntomas de la más peligrosa desolación.

Aristarco, que al principio se había desesperado, consideró que la angustia no convenía a su dignidad. Recibía con toda calma a las personas importantes que lo buscaban, autoridades y amigos que se esforzaban por mitigar su dolor con el lenitivo proficuo de los ofrecimientos. Enfrentaba la desgracia soberanamente, contemplando el aniquilamiento de su fortuna con la tranquilidad de las grandes víctimas.

Aceptaba los rigores de la suerte.

“Et comme il voit en nous des âmes peu communes  
Hors de l'ordre commun il nous fait des fortunes”.<sup>8</sup>

.....

Después de algunas horas de sueño volví al colegio. El fuego había amainado. Parte de la casa había quedado a salvo. El refectorio, la cocina, la despensa, uno o dos salones. Las llamas respetaron los pabellones independientes del patio. Todavía funcionaban las bombas, refrescando los escombros carbonizados y las paredes. Por todas partes, como de una extensa solfatara, nacían hilillos de humo que alimentaban una neblina terrosa y un fuerte aroma de maderas quemadas. Las paredes maestras se mantenían firmes, perforadas de ventanas como marcas iguales de demolición, ennegrecidas como si hubieran sufrido la acción continua de la ruina durante muchas edades.

<sup>8</sup> “Y como ve en nosotros almas poco comunes / fuera de lo común nos traza las fortunas” (versos del *Horacio* de Corneille).

Sobre los muros internos que aún quedaban, se equilibraban astas de viguería revestidas con un moho de ceniza clara, enormes tizones apagados. En la atmósfera luminosa de la mañana flotaba el sosiego fúnebre que cae al día siguiente sobre el teatro de un desastre.

Me enteré de cosas extraordinarias. El incendio había sido causado a propósito por Américo, que para ello había roto los conductos de gas en el zaguán de las palanganas. Después del atentado, había desaparecido.

También había desaparecido, durante el incendio, la señora del director.

Me dirigí hacia la terraza de mármol del flanco del edificio. Ahí estaba Aristarco, trasnochado, el infeliz. En el jardín continuaba la multitud de figones. Algunas familias paseaban vestidas con la *toilette* matinal. En torno al director habían permanecido muchos discípulos desde la víspera, firmes y compadecidos. Ahí estaba él, en la silla en la que había pasado la noche, inmóvil, absorto, sucio de ceniza como un penitente, con el pie derecho sobre un montón de carbones, el codo clavado en la pierna, la gran mano felpuda envolviéndole barbilla, los dedos perdidos entre el bigote blanco y el ceño fruncido.

Le hablaban del incendiario. ¡Inmóvil! Le decían que no hablaban a su señora. ¡Inmóvil! ¡Su propia señora, con la que contaba para el jardín de niños! ¡Dolor venerando! ¡Indiferencia suprema de los sufrimientos excepcionales! ¡Majestad inerte del cedro fulminado! Pertenece al monopolio del dolor. ¡El Ateneo devastado! ¡Su trabajo perdido; perdidas las invaluable conquistas de sus esfuerzos...! ¡En paz...! Aquello no era un hombre; era un *de profundis*.<sup>9</sup>

<sup>9</sup> Salmo penitencial.



Ahí estaba. A su alrededor se apilaban figuras tostadas de geometría, aparatos de cosmografía rotos, enormes carteles desgarrados, quemados, tiznados, vísceras dispersas de las clases de anatomía, grabados rotos de los cuadros de historia sagrada, cronologías de historia patria, ilustraciones zoológicas, preceptos morales esparcidos por el suelo como enseñanzas extraviadas, esferas terrestres abolladas, esferas celestes hendidas; borra, hollín por encima de todo; despojos negros de la vida, de la historia, de la fe tradicional, de la vegetación de otros tiempos; lascas de continentes calcinados, planetas exorbitados de una astronomía muerta, soles de oro destronados e incinerados...



Él, como un dios *caipora*,<sup>10</sup> triste sobre el desastre universal de su obra.

Aquí suspendo esta crónica de nostalgias. ¿Nostalgias, realmente? Sólo recuerdos; nostalgias, quizá, si ponderamos que el tiempo es la ocasión pasajera de los hechos, pero, sobre todo, el funeral eterno de las horas.

*Río, enero–marzo de 1888.*

<sup>10</sup> Término indígena que indica a una divinidad de mal agüero.

♦ Índice ♦

Nota a la edición .....	7
Estudio preliminar .....	15
<b>El Ateneo</b>	
I .....	77
II .....	99
III .....	119
IV .....	143
V .....	169
VI .....	193
VII .....	223
VIII .....	249
IX .....	273
X .....	285
XI .....	301
XII .....	325

*El Ateneo (crónica de nostalgias)*, editado por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, se terminó de imprimir el 23 de noviembre de 2012 en los talleres de Formación Gráfica, Matamoros 112, colonia Raúl Romero, Ciudad Nezahualcóyotl, Estado de México. Se tiraron 300 ejemplares en papel cultural de 75 gramos. Se utilizaron en la composición, elaborada por Mauricio López Valdés, tipos Gandhi de 24, 12:14, 10:14 y 8:12 puntos. El cuidado y el diseño de la edición estuvieron a cargo de Mauricio López Valdés.

Raul Pompeia nació en 1863, en el seno de una familia terrateniente, en Angra dos Reis. Pasó la infancia en Río de Janeiro, entonces capital del imperio. Desde muy joven se revelaron sus destrezas como escritor y dibujante. Publicó su primera novela, *Uma tragédia no Amazonas*, a los diecisiete años. Estudió Derecho en São Paulo, donde abrazó las causas abolicionista y republicana con marcado radicalismo. Consagrado al periodismo combativo, fue una presencia constante en las páginas de los diarios, en los que publicaba columnas incendiarias y caricaturas implacables. A los veinticinco años escribió *El Ateneo*. Una vez abolida la esclavitud y decretado el fin de la monarquía, apoyó el gobierno de Floriano Peixoto y el movimiento jacobino. Se suicidó a los treinta y dos años, incitado en parte por acusaciones de homosexualidad. Entre sus obras pueden mencionarse, también, la novela *As joias da Coroa*, los primeros poemas en prosa escritos en Brasil, *Canções sem metro*, e infinitud de cuentos y notas periodísticas.